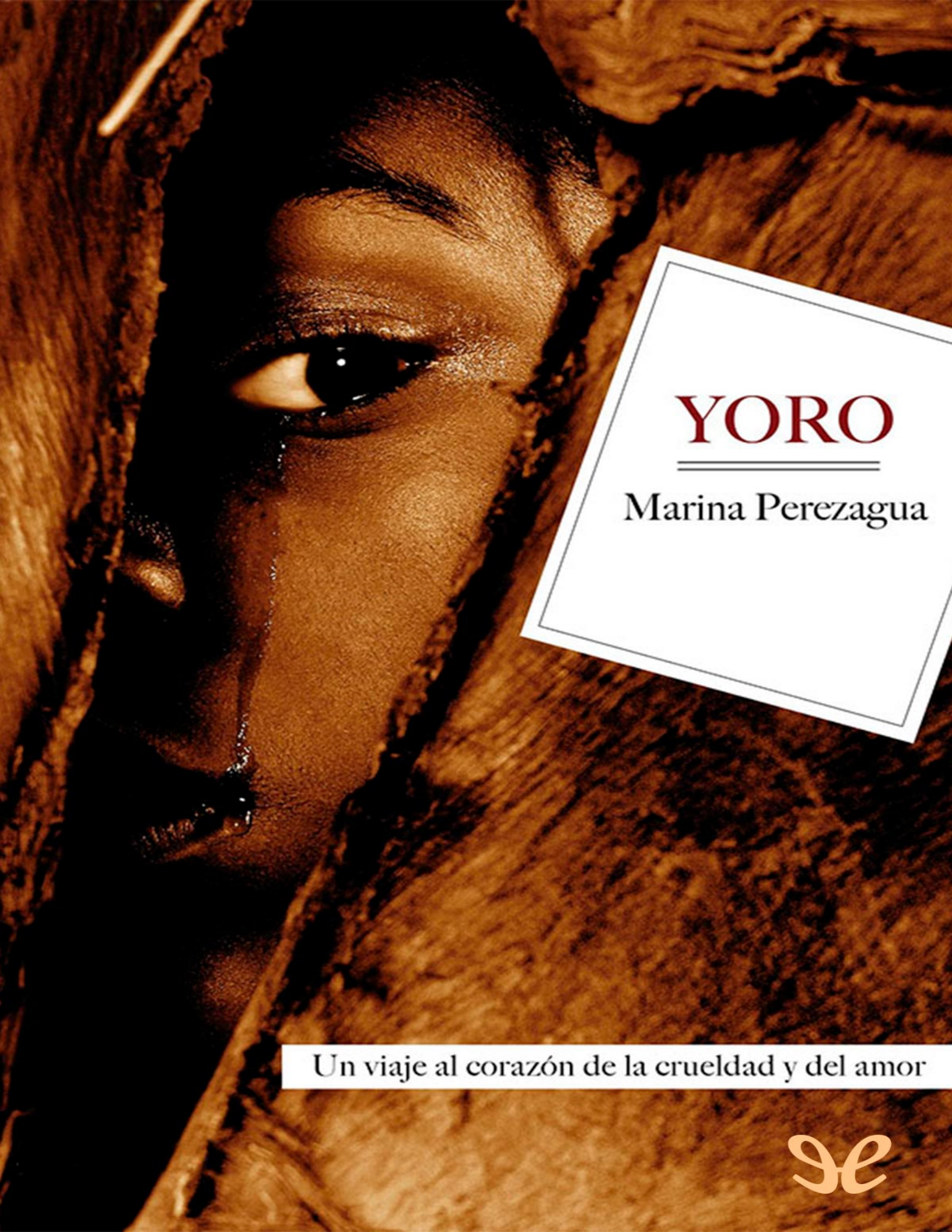




# YORO

Marina Perezagua

Un viaje al corazón de la crueldad y del amor



Esta es la primera novela de una autora de culto; y confirma con creces la expectación generada. «Yoro» es el testimonio inaudito de una mujer que no está dispuesta a aceptar el destino trágico que le ha sido impuesto. La historia de una mujer que lucha contra el mundo, y que logra vencer, pero pagando un precio muy alto. H, la narradora y protagonista, confiesa en la primera página del libro que ha cometido un crimen. Y en tono desafiante pide al lector que se atreva a leer su historia. Desde Hiroshima en el día de la bomba atómica, hasta las minas de coltán y uranio en África, pasando por Nueva York y Japón... la historia recorre en tono vindicativo algunos de los horrores de la historia del mundo. Siempre de la mano de H, mujer misteriosa, intersexual, cuyo objetivo es encontrar a Yoro, una niña que es, como ella, víctima de Hiroshima.

***OceanofPDF.com***



Marina Perezagua

# Yoro

ePub r1.0

Titivillus 07-10-2021

***OceanofPDF.com***

Marina Perezagua, 2015

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



***OceanofPDF.com***

# YORO

Marina Perezagua

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

*A Robert Wimmer*

***OceanofPDF.com***

Señor:

Las páginas que siguen constituyen mi declaración, y se centran especialmente en las circunstancias que me llevaron a cometer los delitos por los que se me juzgará, actos de los que no me arrepiento.

Esto no es una confesión. Toda confesión no es más que un arma del poder que hace que quien escribe termine delatándose. No voy a ser yo quien se delate a sí misma. Como se verá, hice todo lo que pude por resistir al poder. Si me manché, no fue en su defensa.

Este texto tampoco es una justificación.

Lo que usted va a leer es la señal que un hierro candente dejó en el anca de una mula, el hueco erosionado por la lluvia en la roca, la inclinación de un árbol provocada por el viento persistente. Esto es, usted leerá la respuesta lógica de una naturaleza sensible, mi historia. Una historia escrita por mí, pero movida por la fatalidad que otros tejieron desde arriba.

A medida que vaya leyendo, usted verá el retrato de alguno de sus colegas, de algún familiar, o de usted mismo. Si no le gusta lo que encuentra, puede romper el espejo o quemar lo que ha leído, pero no logrará librarse de la infección con que el intestino corrupto contamina ríos, mares, úteros, campos. Tampoco podrá quitarme la alegría que finalmente he logrado conocer.

Me llamo a mí misma H porque se me negó siempre la voz y un español me dijo que en su idioma la *h* es la letra muda. Utilizaré esta letra como mi nombre, considerando que es también el nombre de muchos otros mudos que tal vez encuentren aquí su voz.

He escrito esta nota después de contar toda la historia que sigue. Estoy muy cansada, quizás de ahí el tono de frialdad que encontrará en estas últimas palabras. No se lo tome como algo personal. El amor siempre ha prevalecido en mí. He amado y amo como si hubiera nacido para ello. Si usted lee bien, verá que en el fondo de todos mis actos está siempre ese amor. Júzgume según su ley, pero considere como mi último deseo esta petición:

Una vez que también usted me quite la voz, si tiene la oportunidad de hablar por mí, no mencione palabras de muerte. Cuando alce mi cabeza en su mano, todo el mundo sabrá que maté. Por eso solo le pido que, si le preguntan, recuerde que las últimas palabras de H fueron estas:

«Dios sabe cómo defendí la vida».

H.  
República Democrática del Congo

## **GRAVIDEZ CERO: 1942**

### **Los que llevamos la bomba dentro**

Frente a nosotras ardía la carpa principal del campo de refugiados. La lona se quemaba con la rapidez de la piel sintética. Yo le daba la mano a Yoro. Noté que estaba temblando, y lo hacía al mismo ritmo que el fragor del incendio. El temblor de Yoro parecía darle al fuego algo que su sonido no tenía: materia. Yoro y las llamas eran espalda y pecho de un mismo ser, dos partes indisociables como lo son el tambor y su golpe. Y así, a través de ella, sentía en mi mano el último chasquido del alma de una mesa, de un vaso de latón, de los tubos metálicos que sostenían la tienda. Fijarme en la sutileza de estos detalles no implicaba que no me importara que personas y cosas estuvieran ardiendo frente a nosotras, pero en las situaciones más graves he aprendido a contener el impulso de correr, de llorar, de tratar de corregir lo que ya no tiene remedio. No quería pestañear. Parpadear en exceso es como hiperventilar. Mantener constante el movimiento de las pestañas ahorra oxígeno, energía, y me ayudaba a que las piernas no fallaran. Así pude mantenerme en pie. Así he sostenido siempre la mirada. Claro que tenía miedo. Claro que sentía compasión. Pero me controlaba, no solo porque si yo caía otros vendrían a comerme, sino porque no quería que ningún músculo se me contrajera otra vez de rabia, ni de pena. Ni un solo músculo. Así se lo prometí a él. Le prometí a Jim que ningún músculo se me contraería de nuevo, ni de rabia, ni de pena. Detenerme en esos pensamientos, este mirar desde lejos un calor que estaba tan cerca de mí misma como mi piel, me ayudó a cumplir mi promesa. Busqué la tranquilidad, a mi manera, en ese hilo de la memoria del que tiro cuando necesito recuperar alguna vivencia que me ayude a mantenerme impasible.

Lo encontré. El hilo. El hilo del que tiré fue la muerte de Quang Duc, el monje que con setenta y seis años se quemó ante mis ojos y los de otros muchos monjes en una calle de Saigón. Buscando la libertad se prendió fuego, se ardió a sí mismo, y estando en llamas no alteró su postura meditativa con ningún movimiento, ni el más imperceptible. Los otros monjes, yo misma, llorábamos, algunos con él, sin tratar de oponernos a su deseo; otros pedían ayuda, para salvar su vida, también por él, pero al mismo tiempo en su contra, porque él debía arder para dar fin a la persecución, para conquistar la paz para sus hermanos, y para todos los que, como yo, necesitamos no pestañear mientras nos enfrentamos a un incendio. Fui encontrando la serenidad. El calor de las lonas en llamas me alejaba de allí, de ese ahora, y avivaba el calor del monje a quien vi arder en Saigón, y así, cuanto más ardía la lona del campo de refugiados, más me escapaba, sin moverme, hacia el momento en que moría Quang Duc. Al igual que el temblor de Yoro parecía dar cuerpo al ruido de las llamas, también los gemidos de quienes amábamos al monje parecían dar sonido a su silencio, pues él, que ardía vivo, no emitió ni una palabra, ni un grito, ni un crujido que expresara queja, dolor, reproche.

El incendio fue el final de una búsqueda que comenzó hace exactamente cincuenta y cinco años, cuando conocí a Jim. La historia de Jim es la mía. No es que su historia esté vinculada a la mía, no es que el hecho de amarle haya influido en mi vida, es que sin él yo no habría llegado a ser, pues entiendo por *llegar a ser* ese momento en que me atreví a ver lo que siempre había sido. Llegar a ver, llegar a ser, eso es lo que le debo a Jim. Dije adiós al yo desollado, al yo carente del órgano más grande del cuerpo —la piel—, al yo que ni siquiera reclama su derecho a ese único cuero que nos sale gratis, y poco a poco me convertí en el yo que se lanza a la caza de la presa que me habían quitado de entre los dientes, el yo que es un león que corre, salta, lucha para recuperar la carne que le robaron, su propia carne, no carne de cebra, ni de antílope, ni de otro león, sino la suya propia. Fui una leona lanzada a la caza de sí misma. Y me atrapé. Con mi carne rellené la piel reencontrada. Así me convertí en el yo de hoy, completo, dorado,

amenazador. Jim fue la primera mano que vio y acarició el pellejo sincero con que mi madre me había nacido, esa piel que me devolvió la protección natural que me correspondía. Tan fuerte he llegado a ser, a verme, que hoy, aun estando desnuda, soy capaz de sentirme acorazada. Atrás quedaron aquellos tiempos en que me despertaba intentando meterme en la cáscara de otra, y al final del día me iba a la cama triste, con dolor en las articulaciones. ¿Cómo no se me iban a deformar los huesos después de tantos intentos de acoplarme a lo que se esperaba de mí? Pero ya no me duele nada. Gracias a Jim se detuvo la deformación que sufrieron mis dedos intentando alcanzar frutas que habían crecido para otros; gracias a Jim también mis piernas comenzaron a enderezarse cuando dejé de transitar las curvas de paisajes que no me importaban, y gracias a él mi espalda está hoy, en mi senectud, mucho más erguida que cuando tenía veinte años y cargaba con las expectativas de los demás.

Imagino que, consciente de la importancia de Jim desde el principio, empecé a tomar algunas notas durante los años que estuvimos juntos, y todo lo que fui escribiendo se acumuló a lo largo del tiempo con naturalidad, sin saber que acaso estaba conservando el material que después, tal vez hoy, podría servirme para recomponer la historia que dé sentido al incendio. A partir de esas notas, pues, intentaré articular el relato de este largo viaje que, sospecho, está ahora alcanzando su destino.

Antes de conocerme, antes de reconocer también mi papel en su vida, Jim había sido uno de los soldados estadounidenses que habitó el Japón ocupado. Durante mucho tiempo los días fueron pasando para él sin apenas sentido, en los territorios que un oficial está destinado, simplemente, a ocupar. Las intervenciones que se realizaron para la recuperación del país fueron mínimas, pero mínimo fue también cualquier tipo de cambio. Nada sucedía que enriqueciera la vida de un soldado, ni en las labores humanitarias —que en aquel momento no tenían dicho nombre— ni en la cazuela del más estricto egoísmo individual o nacional.

Jim aún no sabía que en aquellos meses, mucho antes de que nos viéramos por primera vez, se gestaría nuestra unión justo cuando, en mayo de 1950, la base militar le entregó, en custodia, un bebé. Me contó que le había llegado sin previo aviso, que el bebé le fue adjudicado como una

misión cualquiera, igual que antes le había sido entregada la tierra que debía ocupar. Al principio sintió cierto rechazo, pero no pasó un día y ya, del modo más natural, supo que aquel bebé de ojos rasgados ponía en sus brazos parte de la reconciliación que él andaba buscando desde hacía seis años, desde el día en que los japoneses decidieron degenerar el cautiverio al que llevaba años sometido, y lo embarcaron en Manila junto a otros 1600 prisioneros norteamericanos. Todo lo que a Jim le sucedió en el barco en donde continuó su reclusión, todo lo que había sufrido antes, se transformó en paz cuando sintió el peso escaso del bebé la primera vez que lo sostuvo. No le sería posible olvidar tanto dolor, pero aquella niña, víctima de Norteamérica, fue la fruta en el platillo que igualaría la balanza al repartir la carga de la crueldad entre los dos bandos.

El barco en el que recluyeron a Jim fue construido en Nagasaki el año 1939, y su destino inicial era el de servir como un crucero de lujo para solaz de la población civil japonesa. Su nombre era *Oryoku Maru*. Cuando el barco pasó a ser utilizado como prisión, terminó ganándose el sobrenombre de Crucero de la Muerte, por motivos que, más adelante, intentaré explicar. Jim no me contó gran cosa sobre su estancia a bordo, seguramente por el dolor que el recuerdo le ocasionaba, pero hace pocos años salieron a la luz unas crónicas que el general MacArthur había destruido sin saber que en el cajón de su autor, George Weller, quedaban unas copias en carbón, que el hijo del cronista recuperó y entregó para su publicación. Parte de estas crónicas pasaron a acumularse junto a mis notas, y de ellas me serviré para rellenar los huecos del testimonio de Jim.

El *Oryoku Maru* debía transportar también en ese viaje a cientos de civiles japoneses. Los prisioneros americanos irían en las bodegas. El viaje en barco a Japón, que los prisioneros pensaban que duraría unos diez días, se alargó siete semanas. Jim me dijo que de haber sabido lo que iba a ocurrir en el transcurso de ese tiempo, se habría dejado atravesar por las bayonetas con las que los soldados japoneses les marcaron el camino que conducía al barco. Si eso hubiera pasado, si Jim se hubiera quitado la vida, yo habría sido solo una mujer pusilánime, conforme, triste, una muerta a los veinte años que espera su entierro durante cuarenta, sesenta, setenta años más. Pero Jim no imaginaba lo que le aguardaba, y aguantó. De los 1619

prisioneros, apenas llegaron a Japón unos (las cifras exactas se desconocen) cuatrocientos hombres. Cien de ellos estaban en tan malas condiciones que murieron antes de ser entregados a las autoridades en tierra, y otros tantos murieron en los campos de trabajo en Japón. Se calcula, así, que de los iniciales 1619 prisioneros, solo unos doscientos sobrevivieron hasta la liberación en agosto de 1945. Jim, que entonces tenía veintinueve años, fue uno de ellos, algo que todavía hoy agradezco cada día.

Conocí a Jim en Nueva York, el 27 de abril de 1960. Al norte de la ciudad, en Tryon Park, hay cinco claustros medievales que fueron traídos, piedra a piedra, desde Francia. Sus jardines se cuidaban respetando —entonces como ahora— la horticultura románica. Había sido el primer día despejado después de unas semanas de lluvias y, siguiendo el movimiento del sol, fui pasando de claustro en claustro. Con la mente vacía de pensamiento, buscando solo calentarme, me había abandonado a la pretensión sencilla de un girasol, cuando oí que alguien decía:

—Este sol fortalece los huesos. Vas a necesitarlo si pasas el invierno en esta ciudad.

Al girarme vi a Jim sentado en el suelo, con la espalda pegada al muro de piedra. Me miraba. Aquellas palabras iban, por tanto, dirigidas a mí. Me acerqué y me contó, como si enlazáramos con una conversación anterior, que ya los egipcios, según Heródoto, conocían los beneficios que el sol proporcionaba a los huesos, y a ese factor atribuían que los cráneos de sus muertos fueran mucho más resistentes que los de las huestes persas enemigas, cuyas calaveras se quebraban con un simple golpe de piedra. Esto era debido a que, mientras los egipcios crecían sin protegerse del sol, los persas usaban turbantes que impedían que el astro fortaleciera sus cabezas. Luego me dijo su nombre sin preguntarme el mío y, con una elegante suavidad al cambiar de tema, aquel desconocido pasó de hablarme de los huesos de persas y egipcios a mostrarme la variedad de pájaros y flores que había en el lugar. Me asombró que conociera el nombre de tantas especies que, para mí, se habían dividido hasta entonces solo en dos: animales y plantas.

Con la misma fluidez, un par de horas después estaba contándome en un café cercano que él, como yo, buscaba algo. El contexto de la búsqueda había sido el mismo, la Segunda Guerra Mundial; para él, una guerra perdida; para mí, una guerra, en parte, ganada. La palabra clave para ambos era *hija*, pero mientras que para Jim se trataba de una hija desaparecida, para mí se trataba de una hija, o de un hijo, que nunca llegué a concebir. Cuando salimos del café, sentí la mano suave de la sincronía, esa sospecha amable de que la proximidad de ambas búsquedas podría ser la confluencia de dos senderos en uno solo.

Encontré la solución a lo que buscaba casi inmediatamente después de escucharle contar la historia de su conflicto. En aquel momento no fui consciente pero, con el tiempo, a medida que fui conociendo el motivo de su dolor, la hija que a los cinco años le fue arrebatada, me fui también dando cuenta de que en la búsqueda, en la apropiación de aquella hija, podría encontrar yo también a la hija que, por las circunstancias que contaré más adelante, yo no había podido tener. Cada vez que Jim me hablaba de ella, las ganas de encontrarla crecían más y más en mi cabeza, en mi corazón y, más visiblemente, en mis pechos, pues pude comprobar que especialmente manifiestan estos en su aumento que la recuperación de la esperanza produce la misma leche que la gestación. Estrené mis conductos lácteos con el líquido blanquecino que todo deseo genera, y que de repente se interrumpió al cabo de unas semanas, obedeciendo quizás a los mensajes de mi cerebro, pues ya imaginaba que los nueve meses que constituyen un embarazo normal se extenderían durante mucho más tiempo.

Lo que yo no sabía era que aquel embarazo, que algunos llamarían psicológico, iba a marcar la ruta de un viaje que había comenzado en Japón y terminaría en África. De un lado, la cabeza veloz del espermatozoide: la bomba atómica de Hiroshima; del otro, su colita: un incendio en la República Democrática del Congo. Por una parte, los miles de víctimas de la primera bomba atómica; por otra, las pocas pérdidas causadas por un incendio, pero en una tierra donde cada día las muertes individuales se amontonan unas sobre otras hasta alcanzar —por el hambre, la esclavitud, la enfermedad— las cifras de un bombardeo. Y entre ambos extremos, el Japón de la guerra y el África de hoy, setenta años de diferencia, trabados

por ese espermatozoide-cometa que para mí comenzó con el genocidio nipón en un punto concreto y que ahora me deja, como si en su trayectoria me llevara entre las esquirlas de la misma bomba, en esta tierra africana, con la visión de la vida que se extiende por el continente donde nació el primer hombre para morir también en él una y otra vez.

Una vez oí a una silvicultora decir que en un bosque los árboles no son seres individuales, sino un todo que se conecta en el subsuelo mediante bulbos, hongos y raíces a través de los cuales intercambian dióxido de carbono y nitrógeno. Lo que un árbol respira sale por los pulmones de otro árbol. La calidad de vida y longevidad de cada uno depende del resto. Al igual que antes dije que mi vida está enraizada en la historia de Jim, también su vida vino marcada por la mía. Jim y yo fuimos —somos— parte del mismo rizoma, árboles conectados por el hongo de la primera bomba atómica. Así, unos siete meses después de que Jim fuera embarcado en el *Oryoku Maru* se produjo el bautizo del arma que nos sembró en el mismo bosque y cambió la Historia, y que en lo personal me afectó de un modo tan particular que todavía hoy me cuesta explicar el evento con la distancia con que lo leo cuando los historiadores lo cuentan. No me llegan sus crónicas, no me afectan. No veo el dolor cuando, en un libro de historia, leo ese capítulo, y me resulta imposible entender cómo puede nadie tratar de explicar una guerra sin causar dolor, empatía, en el lector. Lo llaman imparcialidad, pero se puede mostrar dolor también desde la imparcialidad. Yo lo llamo desinterés, que es lo mismo que parcialidad puesta al servicio de los vencedores. Al servicio de usted. Apenas llevo escritas las primeras páginas de este testimonio y ya me había olvidado de que le estoy escribiendo, en gran parte, a usted. Pues bien, déjeme explicarle por qué no me gustan los libros de historia, ya que de historia va, en gran parte, este relato. Seguro que usted ha oído alguna vez a alguien que, tras haber sido testigo directo de algún acontecimiento histórico de importancia, dice cosas como «creo que he nacido para contar este momento a los demás». Se diría que la Historia, con mayúscula, les ha dado su misión en la vida. Señor, no es este mi caso. Yo no sobreviví a Hiroshima para contarlo. Yo sobreviví a

Hiroshima porque mi deber era sobrevivir, ser testigo de mi propia existencia, que es para lo que mi madre me trajo al mundo, para ver lo que tengo delante, una bomba o un rebaño de ovejas que pacen en paz. Tan simple como eso y, sin embargo, algo que no todo el mundo puede decir. La gente necesita misiones espectaculares. Alguien nace en un pueblecito de la Provenza francesa que considera muy aburrido. ¿Qué misión es esa de levantarse y ver siempre las mismas piedras? Entonces decide estudiar la guerra civil española. Hace un par de viajes a España, habla con los supervivientes, se le salta una lágrima al escuchar algunas cosas demasiado inhumanas para su alma de pueblo bondadoso, lee algunos libros, o digamos que lee muchísimos libros, y luego se pasa el resto de su vida escribiendo parrafadas desde la perspectiva del bando que haya elegido. Ya ha encontrado su cometido. Documentar. Pasar la voz. Tal vez ese sea el deseo del historiador, es alguien que siente la necesidad de actuar como un mesías de la información. Esto está muy bien, señor, es necesario. Pero le diré algo. Esa historia no vale nada si no está escrita desde un sentimiento de dolor universal. Una guerra es mucho más que datos, recuento de muertos, atrocidades. Una guerra es una herida profunda en la dignidad del ser humano, es una tara, una deformación congénita que indica un nuevo fracaso de la humanidad. El historiador que no haya vivido lo que cuenta, si quiere contarlo, debe escribir desde un sentimiento de vergüenza y compasión. Yo sí podría escribir un capítulo sobre Hiroshima, pero no porque nací allí, sino porque ya antes, y a pesar de mi poca edad, había sentido ese fallo humano que se cuela en el día a día hasta explotar en Hiroshima, en Vietnam o en cualquier enclave que no es más que un afluente del caudaloso río de la guerra. Insisto: un árbol no es un ser individual. Lo que un árbol respira sale por los pulmones de otro árbol. Hasta que el historiador no comprenda esto, los niños, con razón, seguirán odiando esa asignatura en las escuelas y, lo que es peor, seguirán olvidándola. Ajena a ese desinterés del historiador que escribe desde una biblioteca, trataré de dar mi propia versión de los hechos, tal como yo los sufrí, en las trincheras, como quien dice. No podré decirle, ni me importa, si fui de las que ganaron la guerra o la perdieron. Lo que sí sé es que he vivido mi época en primera persona, y eso me da ventaja sobre aquellos que al

final de su vida creen que vivieron su contemporaneidad porque compraban el periódico del domingo.

Disculpe esta (para mí necesaria) digresión. Le decía que, unos meses después de que embarcaran a Jim, se produjo el bautizo de algo que cambió la Historia. Fue el 6 de agosto de 1945. Aquello había sido creado sin manos capaces de empuñar armas, pero aquel día destruyó a más de doscientas mil personas y, aunque no tuviese tampoco boca, arrasó de un soplido casas, árboles y fábricas. Aunque lo habían concebido sin calor humano, fundió el hierro, e incineró parques, perros y pájaros. Tampoco le habían dado un sexo, pero le pusieron nombre de niño: *Little Boy*, y, a las 8:15 de la mañana de aquel día despejado de agosto, aquel artefacto fue lanzado sobre Hiroshima.

*Little Boy*, ese es el nombre de la primera bomba atómica. Pero antes de nacer, antes de su bautizo, *Little Boy* no era sino un jeroglífico en las cabezas de los diferentes países que competían por descifrarlo. Su poder acabó siendo tanto, e implicó un cambio tan radical en mi identidad, que en mi cabeza, durante mucho tiempo, pensé en la bomba como si esta, y no los hombres que la crearon, tuviera vida. Imaginaba así su gestación, cómo sentiría las ondulaciones que la llevaban y traían de un cerebro a otro mientras los científicos trataban de concluirla. Cómo se dejaría llevar por la electricidad de los que rivalizaban entre sí, por esas corrientes que la deslizaban por los pasadizos neuronales de los mejores físicos, haciendo del pensamiento un flujo que, por su voluntad de condensarse en una nueva creación, no se distinguía del flujo reproductor y sexual. Fantaseaba a menudo con la visión de las tomografías que mostrarían las secciones iluminadas por el éxito del cerebro que logró encontrar la fórmula, el que ganó la carrera, el más rápido: el de Robert Oppenheimer. Y así imaginaba de qué manera esa minúscula lámpara orgánica, como una luciérnaga, activaba los circuitos del placer en el cerebro del físico satisfecho, de la inteligencia que preñó a Norteamérica con *Little Boy*, su hijo (¿hija?) predilecto, la bomba atómica que en aquellos tiempos difíciles defendería a los aliados y, lo más importante, les permitiría ganar la guerra.

Esa personalización de la bomba que hice durante los primeros años, por considerarla parte de mi identidad, no era sino un producto de mi

juventud, de mi inmadurez, y con el tiempo desplazé la responsabilidad a su verdadero protagonista: el hombre, ese hombre múltiple que fue capaz de crear, y de utilizar, el mecanismo más letal conocido, todavía, hasta hoy. Pero mi historia no pretende informar de ese hecho ya conocido, y las alusiones a ese acontecimiento no son sino un modo de definir el paisaje donde se inserta un hecho personal: si se me permite que me atreva a imaginar una víctima beneficiada por la bomba, esa víctima soy yo. Perdí miembros, trocitos de carne, familiares, y nadie me resarcirá jamás de esas pérdidas, pero gané otras cosas acaso más importantes. Así, mi vida se balancea entre el duelo por lo que la bomba se llevó y la celebración de lo más maravilloso que llegó a concederme.

La mañana en que *Little Boy* cayó, había amanecido como un día normal. Era uno de esos días claros y apacibles que hacen pensar que la paz del lugar se extiende por todo el planeta. Al igual que cada día, miles y miles de madres en el mundo alumbraban a sus hijos separando las piernas, y sufrían los dolores con los que los niños se iban abriendo paso al exterior. Pero para *Little Boy* no se abrieron unas piernas sino las puertas de la bodega de armas de un B-29. Y tampoco el dolor que provocó su salida al mundo se lo causó a una sola madre, porque lo que fue dejando a su paso fue un daño de un orden superior. No hirió a una mujer, sino a todos, hombres y mujeres. Mientras tantas otras mujeres se concentraban en aquel momento en las contracciones de su parto, el bombardero se preparaba para la contracción más dolorosa: la desgarradura global.

*Little Boy* fue parido, pero también parió. Fue a la vez parturienta y nacido, porque naciendo dio a luz al mayor alumbramiento, esa descomunal nube luminosa con forma de hongo. Significó, para algunos, la total destrucción; para otros, la paz; y para todos, la luz. Una luz tan potente que quienes lo vieron estallar antes de tocar el suelo no perdieron solo la vista, sino los ojos. Muchos miraban hacia arriba cuando caía, él (no puedo dejar de personalizar) los veía a todos, y él fue lo último que ellos vieron. Luz. Por eso, cuando su padre lo liberó desde la tinta gris de las ecuaciones hasta la fusión nuclear, estaba concediendo al mundo la luz eterna. Podría haber

presentado la fórmula diciendo: «Este es mi hijo, la luz del mundo». Pero hasta la explosión ni siquiera él pudo imaginarlo. Hasta que no fue detonado no se vio el resplandor, y solo después de Hiroshima se supo que para nuestra raza se había acabado para siempre la oscuridad. Así es, Oppenheimer trajo la promesa de luz más radical. Él fue el último mesías, el dios mayor de la física teórica que compartió una fórmula imposible de borrar, un arma cuya existencia no se detuvo en *Little Boy* ni en su detonación, sino que inseminó al resto de los países con la rapidez del coito de un conejo, pues hoy existen en la tierra más de veinte mil bombas peores que la de Hiroshima. Algunos sostienen que muchas más. En cualquier caso, un mínimo de más de veinte mil conejitos folladores y pirómanos que, si las naciones vuelven a enfurecerse, provocarán un incendio planetario que nos licuará a todos en la eyaculación de un mismo sol. Olvide usted Hiroshima. La naturaleza de *Little Boy* se sigue clonando en miles de hermanos con piel de acero. Mientras sus creadores los mantengan escondidos vivirán aletargados como el oso que hiberna, pero si llega la orden de despertarlos, todo el calor de todos los veranos entrará en la guarida, y todas las cuevas, todas las casas, todas las bocas se abrirán negras como la puerta que no resiste la temperatura del horno que alguien cerró. Hiroshima no será, entonces, más que una pelusa histórica. Ese momento no ha llegado, y en este planeta que a usted le parece imperturbable, eterno, leerá mi testimonio como algo insólito. También a mí me parece insólito, aunque sé que el mecanismo del mundo se está engrasando para hacer de Hiroshima tan solo un enredo de pelo caído en el último rincón de esa casa siempre sucia que llamamos Historia.

Como mi vida y mis delitos son indisociables de la historia de Jim, permítame volver a él, quien, junto a mí, fue una víctima más. Me dijo que el calor que padecían en las bodegas del *Oryoku Maru* era insoportable, pero uno no se imagina el calor con un adjetivo tan indeterminado, por eso creo que usted lo entenderá mejor si le digo los grados según las crónicas de George Weller, de acuerdo con las cuales el calor en las bodegas debió de alcanzar unos cincuenta y cuatro grados centígrados. Cincuenta y cuatro

grados centígrados. Demasiado y, sin embargo, aproximadamente 3946 grados menos que la temperatura que alcanzó la tierra en la zona de impacto tras la explosión de la bomba atómica. La diferencia entre ambas temperaturas es la diferencia entre una cocción lenta y una calcinación súbita. Las gargantas de los prisioneros que viajaban en las bodegas del barco se iban secando. No había ventilación porque los japoneses taparon la mayor parte de las escotillas con mamparos. Aquellos que habían sido situados al fondo de cada compartimento fueron los primeros en comenzar a desmayarse. Solo el pulso podía establecer la diferencia entre un preso desmayado y un preso muerto, pues el calor era tan intenso que los cadáveres se detenían en el proceso de enfriamiento hacia la muerte. Pero nadie tomaba el pulso a nadie. Cuantos más muertos, más duraría el oxígeno. Cuenta Weller que todos se quitaron la ropa para respirar por la piel lo que no podían respirar por los pulmones. La presencia de tantos hombres amontonados hizo que las maderas del barco comenzaran a absorber la humedad, rezumando gotas compuestas por el sudor de los prisioneros. La sed empezó a ser tan insoportable que los hombres comenzaron a lamer en las maderas esas perlas de agua hechas del sudor colectivo. Cuando el aire se hizo inhumanamente escaso, los prisioneros comenzaron a gritar, pero el señor Wada, un japonés que estaba al mando, amenazó con cerrar del todo las escotillas. Jim me contó que cuando los aviadores norteamericanos pasaban sobre ellos para bombardear el barco que, creían, transportaba solo japoneses, todos sacaban de sus últimas fuerzas la energía necesaria para temer un paso más hacia la muerte, una muerte a cargo, irónicamente, de los suyos. En este mismo punto las crónicas de Weller difieren, pues no se centran en el miedo, sino en la esperanza, ya que cuando los aviadores les bombardeaban, las escotillas se movían, ofreciendo por un instante luz y aire. También hubo una ventaja, según me contó Jim: en las bodegas, los americanos, que en su mayoría ya estaban delirando y habían enloquecido, abrían la boca para beber, creyendo que era agua —o quizás sabiendo lo que era—, la sangre de los japoneses heridos en cubierta, que se filtraba hacia abajo. Sea como fuera, cualquier líquido que viniera del exterior les refrescaba.

Las crónicas hablan de otros actos que fueron producto del progresivo enloquecimiento sufrido por los presos debido a la deshidratación feroz y a la falta de aire. Así, cuentan que los japoneses accedieron a bajar a la bodega unos cubos para que los prisioneros echaran ahí sus excrementos. Pero cuando el cuerpo no funciona, la mente cambia sus mecanismos de manera arbitraria y lo que antes habría sido motivo de espanto, ahora resultaba motivo de broma, pues un grupo de hombres se entretuvo en hacer confundir los cubos de excrementos con los cubos de comida, que eran similares, de modo que nadie sabía ya si estaba cogiendo comida o los últimos desechos de un compañero, o ambas cosas a la vez.

En aquel momento Jim no podía sospechar que quince años más tarde emprendería el verdadero viaje, y que lo haría de la mano de alguien del mismo país que quienes lo habían torturado. Mi mano, en cuya sangre no había ni atisbo alguno de mezcla que descontaminara, para él, mi radical ascendencia nipona. El bebé cuya custodia le habían asignado, tan japonés como yo, había sellado la reconciliación definitiva, pero creo que la maquinaria del perdón se había activado algo antes, cuando Jim tuvo que caminar entre miles de personas, de niños sin casa, que durante mucho tiempo estuvieron merodeando los espacios de sus antiguas habitaciones cargados con cubos donde iban echando cualquier cosa que semejara el recuerdo de un ser querido. Jim decía que, básicamente, recogían todo lo que no era polvo. Creo que comprendió que cuando él sufría en el *Oryoku Maru* ya se estaba gestando la desgracia de todo mi pueblo, la más devastadora que hasta aquel momento había visto el mundo, y ese caminar meses más tarde por las ruinas de la ciudad y de los cuerpos que sus americanos habían destruido le dio cierta sensación de justicia que, imagino, le preparó para aceptar primero a su hija, y luego a mí, en paz.

La desventura de mi gente me pilló con un termómetro en la boca. Con esa fiebre hubiese debido quedarme en casa. Yo tenía solo trece años y me correspondía obedecer a mi madre, que prefería no llevarme a la escuela. Pero yo no quería perderme el recreo con mis amigas, habíamos dejado inacabado un juego del día anterior, e insistí de todas las maneras posibles.

Aún no sabía que, gracias a esa desobediencia, lograría imponerme, al cabo de un par de meses, como lo que siempre había querido ser; pero la idea del juego, del recreo, fue suficiente para que me opusiera a mi madre, de tal manera que a las ocho en punto, después de una hora en el auto, ya estaba sentada frente a mi pupitre. Todo lo que me pasó en los siguientes días no he logrado recordarlo nunca, pero la Historia de los ganadores sí nos da datos precisos, a partir de los cuales puedo reconstruir parte de lo que sucedía mientras yo estaba en mi pupitre, ajena a lo que estaba por caer, o cuando, segundos más tarde, yacía en el suelo inconsciente. Así, sé el minuto exacto en que William Sterling Parsons, capitán del *Enola Gay*, arrojó la bomba, y comenzó a seguir en los medidores los segundos que el artefacto tardaría en descender desde los 9470 metros de altitud a los que volaba el avión hasta los 600 metros, el punto en que se había predeterminado la detonación. Sé, también, que los tripulantes habían previsto que la explosión ocurriría a los cuarenta y dos segundos, y que a los cuarenta y tres segundos se pusieron nerviosos. En la máxima tensión seguían mentalmente el conteo de los medidores. Con tres segundos de diferencia, el experimento funcionó: en el instante en que alcanzaron a contar cuarenta y cinco segundos, yo salí disparada hacia otra aula. Al volver en mí, miré alrededor y ya no había nada ni nadie en pie, no quedaban ni las paredes. La escuela era ya toda ella patio, un patio sin juegos, abierto a la ciudad también abierta. De los ciento cincuenta y dos alumnos que estaban en la escuela ese día, supe después que solo yo salí andando. En lo que había sido un baño vi un bulto desnudo que se me acercaba. Me pedía agua. Me asusté. Tenía la cabeza tan hinchada que triplicaba su tamaño. Solamente cuando el bulto dijo su nombre reconocí que era mi profesora. Salí corriendo.

Durante años me preocupé por conocer con exactitud los datos de todo aquello que sucedía en el aire mientras los que estábamos en tierra enfrentábamos la cotidianidad de un día normal. Conocer los datos sobre el lanzamiento de la bomba desde el avión me daba la sensación de que podía, así, llenar los huecos de mi historia. Lo mismo hice para averiguar lo ocurrido durante el tiempo que estuve inconsciente tras la explosión. Eso es lo máximo a lo que durante muchos años pude aspirar, a llenar las lagunas

de mi mente con informes realizados por aquellos que habían sido los responsables de aquellas lagunas, de cientos de miles de muertos, de enfermos que pasan su enfermedad de generación a generación hasta el día de hoy. Ya ve usted cómo me agarré a un clavo ardiendo. Este método de reconstruirme a partir de lo que había provocado mi derrumbe era triste, además de imposible, pues cómo iba a levantarme con las mismas herramientas que habían sido pensadas para aniquilarme. Pero eso era lo único que tenía, y a ello me agarré para cicatrizar parte de mi amnesia.

Tras el lanzamiento, el *Enola Gay* había iniciado la maniobra de escape, trazando un giro de 155° hacia el noroeste. La tripulación se puso las gafas oscuras mientras esperaba el impacto de la onda expansiva, que les alcanzó después de un minuto, cuando ya estaban a 9 millas de distancia. Para mí los datos fueron mucho menos precisos. No sabía cuánto tiempo estuve inconsciente, ni cuándo salí de la escuela. Recordaba que los relojes que fui viendo estaban todos parados a la misma hora: 8:16. Pero no me explicaba cómo encontré el hospital. Quizás me llevó alguien que tampoco recordaba. Las semanas que siguieron, hacinada con otros heridos, también son imprecisas. Más tarde se supo que en aquellos primeros días había un único médico por cada tres mil víctimas. Aunque entonces no lo sabía, yo tenía quemaduras en un setenta por ciento del cuerpo. Al cabo de algunos días mis ojos se sellaron. No podía abrirlos. Pensé que me había quedado ciega. No había medicamentos ni calmantes, y el dolor era atroz. La única medicina que me administraban era el cambio de postura. Alguien llegaba de tanto en tanto y me movía. Pero los dolores eran tan intensos que cuando me daban la vuelta no sabía si me colocaban bocarriba o bocabajo. Todo el cuerpo me ardía por igual, y nada podía incrementar mi dolor, así que el pecho, el vientre, las rodillas, eran la misma placa ardiente que la espalda, las nalgas, la parte posterior de las piernas. Sentía que había perdido mi relieve, que, empujadas por el dolor, mi parte delantera y mi parte trasera se habían juntado, hasta hacer de mí una plancha plana de incandescencia uniforme. Supe que empezaba a recuperarme el primer día en que sentí la humedad de mi orina. Entonces fui capaz de deducir cuál era mi postura. Si la orina resbalaba hacia abajo, estaba bocarriba. Si salía para formar directamente un charco, estaba bocabajo. Cuando me limpiaron los ojos

pude abrirlos, y cuando el dolor decreció lo suficiente como para permitirme realizar algún movimiento, incorporé la cabeza para verme toda la carne viva y descubrir que, aunque conservaba las formas en todas mis extremidades, desde la parte baja del vientre hasta mis ingles había un amasijo irreconocible. La hinchazón era tan grande que en aquel momento no podía estar segura, pero todo parecía indicar que la bomba se había ensañado principalmente con mi sexo.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## **PRIMER MES: 1960**

### **El hombre y la selva**

A medida que voy escribiendo, veo que hay detalles que seguramente usted considerará innecesarios para dictar su sentencia. Pero no crea que eso, su sentencia, es lo único que me importa. Hay cosas que quiero escribir sin pensar en usted, no sé si para revivirlas o porque, en el fondo, muy en el fondo de mis deseos, me gustaría que alguien ajeno a la venganza y cercano a los sentimientos profundos de las personas me comprendiera. Esos detalles personales son parte de mi defensa ante los hombres, una defensa válida, independientemente de cuál sea mi condena. Y también está el perdón. Ese perdón que usted no me va a conceder, pero que me gustaría, cuando menos, soñar que otros me darían si llegaran a leerme.

Recuerdo la primera vez que dormí con Jim. No nos conocíamos lo suficiente para poder pasar toda una noche abrazados sin molestarnos, pero de algún modo se agarró a mí, o me agarró a él, con esa naturalidad que se consigue solo con el tiempo. Nunca antes había tenido esa sensación al dormir con un hombre prácticamente desconocido. Era como si en su sueño requiriera de toda mi presencia, toda mi atención; pero, al mismo tiempo, y como si fuera consciente de que es esta una confianza que se gana con el cariño, lo hacía de modo tan liviano que, aunque no me dejara separarme de él, nunca hasta entonces había dormido con tanta sensación de libertad. Más tarde me contó algo que yo asocié con esta manera que Jim tuvo de aferrarse a mí desde la primera noche. Me dijo que en el *Oryoku Maru* una de las manifestaciones de la locura entre los prisioneros era agarrarse a otro y tocarle la cara, el cuerpo, como si un ciego tratara de distinguir, desesperado, a un ser querido en la oscuridad. Así lo leí también en las

crónicas de George Weller sobre el barco. En los compartimentos había tantísima gente que la mayoría debía ir sentada con otra persona delante, encajada entre sus piernas, y a su vez esa otra persona tenía a otra también encajada entre las piernas, así que el excesivo contacto que provocaba la locura de los que se obsesionaban por pegarse, por palpar a su compañero, hizo que más de uno acabara con la vida del enajenado. Jim nunca me dijo si él fue de los que exigían esos contactos o de los que, del modo que fuera, los habían esquivado, pero, en cualquier caso, cuando me enteré de todo esto me expliqué su manera de agarrarse a mí como una forma de agarrarse a la vida, a lo que respira en la negritud de la noche.

La mayor parte de las cosas que Jim me contó habían sucedido después de la guerra. Las contaba con distancia, no como si nunca le hubieran afectado, sino como alguien que en su tono, en su mirada, denota que esa distancia ha sido el resultado de una lucha de años. Sin embargo, las pocas cosas que me contó sobre sus vivencias como prisionero de los japoneses me las contó metiéndose en el interior no solo de su sufrimiento, sino del sufrimiento de cada cosa que nombraba. Así, cuando describía cómo un compañero se rascaba la cabeza por los piojos, no quería decirme solo que ese compañero no lo dejaba dormir, sino muchas cosas más: quería decir que ese piojo, y no otro, también sufría mientras trataba de sobrevivir a las uñas de los soldados, y así, con solo una frase, él declaraba el fratricidio mundial, la vibración de un violín que en sus cuerdas transmite la masacre de onda en onda, desde una tripa de oveja a una tripa de gato, desde el dedo que toca la madera al tímpano que, al recoger el sonido, replica como una campana el dolor en cadena.

Las únicas referencias que yo tenía sobre los campos de concentración eran los campos nazis. Pero escuché a Jim decir en varias ocasiones que los campos de concentración japoneses eran tan superiores en su perversidad como en su nulo conocimiento pues, hasta entonces, casi todos prestaban atención exclusiva al dolor judío, lo cual había dejado a las víctimas de los japoneses con el peor dolor que puede infligir la paz: el olvido. Dolía el silenciamiento no por parte del enemigo, sino por parte de los mismos aliados. Recuerdo que muchos años después pensé en todo esto al leer una placa que había sobre los hornos crematorios de Ebensee, uno de los

campos de concentración anejos a Mauthausen, en Austria. En ella estaban grabados unos versos de Peter Rosegger, que, declarándose amante del calor y la luz, pedía que se le incinerara y le libaran del gusano que en la tierra penetra el cuerpo. Otra plaquita mostraba la traducción en inglés, que apunté en una de mis libretas:

*No slimy worm  
shall some day upon my corpse!  
The purest mine shall consume  
Constant was my love for the warmth and the light  
So burn me and do not bury me*<sup>[1]</sup>.

Así, lo que el poeta austríaco había escrito desde su amor a la vida, a la calidez y a la luz, había sido utilizado para producir un embellecimiento del horror. Aquella placa sería leída por muchos ojos antes de arrojar los cadáveres a los hornos, y no importaba que la leyeran alemanes, judíos, homosexuales o quien fuera, porque su contexto solo permitía una lectura: los versos, al estar en primera persona y pedir la cremación, solo podían identificarse con la voz de aquellos que iban a ser quemados, de modo que, irónicamente, se arrebatava lo último que se le puede arrebatar a alguien: no la voz de un vivo, sino la voz de un muerto, al que se le imponía el deseo de ser incinerado con la multitud anónima. Esos versos sobre los hornos crematorios parecían estar ahí para lo más perverso, para simular que los judíos no solo no temían la muerte o la aceptaban, sino que la pedían y hasta la justificaban. El azar quiso que fuera precisamente esa desdichada multitud anónima la que, a su vez, y del mismo modo, y sin quererlo, silenciara con su protagonismo no buscado otra ignominia, las atrocidades que, paralelamente, se cometían en el holocausto asiático.

El 31 de agosto de 1946, casi exactamente un año después del lanzamiento de la primera bomba atómica sobre mi ciudad, se publicó en *The New Yorker* un reportaje de John Hersey en el que el autor aportaba el relato de seis supervivientes que hablaban de los efectos de la bomba en la ciudad y

en los cuerpos de sus habitantes. Yo era demasiado joven entonces, y además ni siquiera sabía aún inglés, y así fueron pasando los años sin leer aquel texto, que leí finalmente unos diez años después de su publicación. A partir de entonces comencé a interesarme por los testimonios de las víctimas, a través de declaraciones de personas anónimas o registradas en documentales. De este modo supe que una imagen que yo había utilizado antes con frecuencia, la de esos bultos irreconocibles que tras la bomba necesitaban decir su nombre para identificarse, no la había inventado yo. Las imágenes más concretas y poderosas, que creía patrimonio mío, se repetían en testimonios de diferentes personas. En aquel momento le di la explicación que me pareció más lógica. Pensé que lo indecible podía ser la causa de que los mismos supervivientes se prestaran mutuamente las expresiones más efectivas, creando así un idioma del horror: el idioma más nuevo, el que se aprende de golpe, el que no se transmite de padres a hijos, sino de testigo a testigo. En ese idioma, «un bulto con la cabeza tan hinchada que triplica su tamaño» solo puede ser expresado como «un bulto con la cabeza tan hinchada que triplica su tamaño». No existen expresiones equivalentes. Es una lengua sin sinónimos.

Al igual que los informes norteamericanos que acabarían por publicarse me dieron los datos de lo que había pasado en el bombardero que lanzó la bomba mientras, abajo, yo esperaba a la profesora en mi pupitre, también intenté utilizar otros testimonios para llenar todo el vacío que sentí cuando abrí los ojos en el hospital. Tenía la necesidad de saber qué había estado pasando mientras estaba inconsciente. Era como si comprobar que la vida había seguido moviéndose me devolviera esos días en que estuve sin conciencia, es decir, muerta. Cualquier testimonio parecía hablar, también, de mí misma. Una vez escuché a una mujer que decía que los heridos caminaban entre los muertos pidiendo perdón. Así me educaron a mí, avergonzándome por haberme salvado. En las imprentas, los periódicos suprimieron los ideogramas que significan «bombardeo atómico» y «radiactividad», y el gobierno evitó la palabra *superviviente* por respeto a los más de doscientos mil muertos, decían. En el texto de Hersey leí que *hibakusha* significa «persona afectada por una explosión». Efectivamente ese era su significado, un término que esquivaba no solo el dolor, sino el

milagro de la supervivencia. Dos letras podrían cambiarlo todo: «Persona afectada por *la* explosión»; pero decir «*una* explosión» parece referirse a un estallido cualquiera, al de la masa de *tempura* que en la sartén hace saltar el aceite demasiado caliente, o al de un petardo que, por un descuido o fallo en su fabricación, estalla en la mano de alguien durante una fiesta de cumpleaños. Pero la bomba no fue un accidente, ni siquiera es aceptable decir que fue una explosión. Hiroshima fue LA explosión. En mi cabeza formé algunas palabras que incluían ese artículo determinado *la*, o que podían definir mejor eso que otros llaman *hibakusha*. Concluí que, si yo tuviera que escoger un nombre para nosotros, elegiría «los que llevamos la bomba dentro», ya que la mañana en que un bombardero B-29 lanzó *Little Boy* sobre Hiroshima fue solo el inicio de la detonación. El noventa por ciento de todo el daño que sufriríamos los supervivientes se iría dosificando minuto a minuto, mes a mes, año a año, preñándonos de ese mal que si se abortaba era solo para abortarnos con él. Pienso en un *Little Boy* invertido que hora a hora encogía (¿encoge?) un trozo más de universo en mi cuerpo, para que cualquier día, no se sabe cuándo, reviente por fin.

El Convenio de Ginebra del 27 de julio de 1929, relativo al trato que los prisioneros de guerra debían recibir, no fue respetado por Japón. Pero este no fue un hecho tan excepcional como la historia nos ha hecho creer. Es cierto que un japonés, al preferir el suicidio antes que la rendición, consideraba que la dignidad de cualquier prisionero, por el simple hecho de querer permanecer vivo, quedaba situada por debajo de la dignidad de una rata. Pero en realidad los Estados que, habiendo firmado el tratado, lo respetaron, fueron excepciones. Usted debe de saberlo bien. Cuando Jim me contó las condiciones en que vivió como prisionero, yo aún no sabía que, por medio del hilo ficticio de los organismos internacionales, el destino me llevaría hasta lo que importa para el final de esta historia. Como la canción infantil, estos tratados se sostienen sobre una tela de araña donde se balancea un elefante que, al ver que no cae, va a llamar a otro elefante que, a su vez, al ver que no caen, va a llamar a otro elefante, hasta que la tela,

finalmente, se rompe por el peso de elefantes / Estados tan sobrealimentados como irresponsables.

Antes de llegar a Manila para ser embarcado en el *Oryoku Maru*, tristemente Jim ya había sido víctima del incumplimiento del Convenio de Ginebra. Fue uno de los prisioneros aliados que los japoneses utilizaron en la construcción del tendido ferroviario de Birmania que, al igual que el *Oryoku Maru*, se ganó a pulso su sobrenombre: Ferrocarril de la Muerte. Las obras habían comenzado el 22 de junio de 1942, con mano de obra forzada: unos 190 000 trabajadores asiáticos y 55 000 prisioneros de guerra aliados. Cuando gobernaban Birmania, los británicos ya habían estudiado la posibilidad de construir una ruta ferroviaria que uniera Tailandia y Birmania, pero el terreno era tan dificultoso que el proyecto ni siquiera fue iniciado. Fueron los japoneses quienes, al invadir Birmania en 1942, decidieron enfrentar las obras, pues si querían fortalecer su presencia en aquella tierra debían asegurar la llegada de suministros, y esto era tremendamente peligroso por una vía marítima expuesta a los ataques de los submarinos aliados. Por otra parte, la enorme cantidad de prisioneros chinos y aliados que fueron capturando hizo necesario encontrar el modo de mantenerlos bajo control, y la mejor solución fue ocuparlos como esclavos en aquella obra colosal.

Los primeros 1414 prisioneros occidentales murieron en un tiempo récord que coincidió con la construcción de 415 kilómetros de vías y 8 puentes de acero. Fueron los llamados «meses rápidos», no sé si por la rapidez en las construcciones o en las muertes. Algunas de estas cifras tengo que comprobarlas con los apuntes que, como amante fiel de uno de aquellos prisioneros, fui tomando al leer numerosos documentos a lo largo de mi relación con Jim, y también después. Pero la mayor parte de las cifras, de algún modo, se me quedaron grabadas en la memoria. Imagino que es otra de las incongruencias que provocó en mí la guerra, nunca pude memorizar un número de teléfono, pero los muertos, esas cifras siniestras, quedaban registradas en mi mente con la mayor facilidad. No creo que la memoria me traicione en ese conteo. Ni un muerto de más, ni un muerto de menos, así es la insoportable exactitud del recuerdo que me dio la bomba. La matemática exacta del cadáver sobre cadáver.

Trabajar en un terreno como el de la selva birmana era durísimo. No en vano el Ferrocarril de la Muerte se consideró como el campo de concentración más grande durante la Segunda Guerra Mundial pues, básicamente, aquellas vías atravesaban casi un país entero. Un campo de concentración largo, muy largo, y estrecho, muy estrecho, que se llevó por delante más de 200 000 vidas, y fue superado en su poder destructivo solo por el de Auschwitz. Las condiciones de la selva eran casi tan inclementes como el trato de los oficiales japoneses. Jornadas de dieciséis o veinte horas bajo el calor o la humedad de las lluvias monzónicas, mosquitos que transmitían enfermedades imposibles de tratar, serpientes, piojos, disentería, desnutrición, torturas, cólera. La selva y el hombre combatían en su propia guerra: cómo llevarse más vidas. Hubo, también, numerosas bajas causadas por los aviones aliados, incapaces de distinguir los campos en los que trabajaba su propia gente. Pero a veces, selva y hombre se aliaban en su labor, la selva prestaba los árboles, los hombres aportaban ideas: la crucifixión. Y así, era esta, al modo del Imperio romano, una forma habitual de tortura, uno de los pocos ritos con los que los japoneses participaron de la herencia occidental. Jim me contó que algunos presos que fueron crucificados llegaron a resistir catorce días antes de morir, pues los japoneses les daban la comida y el agua suficientes para prolongar su martirio. Esto era, también, una tortura para los que trabajaban escuchando los gritos de dolor de un compañero.

En Hiroshima la paz que reinó tras la destrucción trajo consigo promesas esperanzadoras. Usted comprenderá que yo, siendo todavía una adolescente ingenua, quisiera compartirlas. Qué lejos queda hoy aquella credulidad, aquella capacidad de la juventud no ya para el perdón, sino para el olvido. Supongo que el rencor es un gen de supervivencia que responde a mecanismos tan necesarios como los de la cópula. Un gen que se activa solo con el tiempo y de acuerdo con las circunstancias. Sin embargo, los animales viven sin rencor. Es solo nuestro nivel de sofisticación destructora lo que ha implantado en nosotros ese sentimiento que nos permite no caer en la misma desgracia a la que nos ha llevado, precisamente, la misma

causa que lo ha provocado: nuestra capacidad de exterminio. Desconozco los misterios de la genética. Pero en algún momento los seres humanos nos hemos convertido en un absurdo. Nuestro genoma es un injerto de genes negativos que se funden con los positivos. No hemos llegado a las dos décadas de edad y ya somos incapaces de deshacernos de la información contaminada. Todo se ha mezclado en nosotros, y no podemos aislar el bien, ni tampoco el mal.

Como le decía, los más jóvenes fuimos capaces de alentar de nuevo cierta esperanza. Cuando la guerra hubo terminado, veinticinco chicas fueron seleccionadas para viajar a Estados Unidos y ser sometidas a una serie de operaciones de cirugía estética, cuyo objetivo era atenuar el rastro de la bomba. Fueron conocidas como «Las doncellas de Hiroshima». Las envidié. Seguía por la televisión todos sus pasos, las veía salir del avión, tímidas, cabizbajas, recibidas con ramos de flores en el país que intentaría reintegrar las sonrisas que él mismo había desfigurado. Quería formar parte de aquella selección pero, por razones que más adelante revelaré, nunca me habrían admitido. Sin embargo, las imágenes de las veinticinco doncellas me llevaron a iniciar unos años de ahorro. Comencé a guardar todo el dinero que me daban, y cuando tuve edad de trabajar me empleé tantas horas como me permitieron, pensando siempre en las operaciones que más tarde yo misma llegaría a costearme. Algunos cambios fundamentales de mi cara y, sobre todo, la reconstitución de mi sexo.

Tantos años después, todavía conservo algunas de mis cicatrices. Usted las verá cuando me entregue. Las muestro sin maquillaje. Como ese queloide rojizo que ocupa una de mis mejillas, que tiene un tacto resinoso y la forma del continente africano. La bomba me dejó a África marcada en la cara. Quién me iba a decir que ese continente, en el que nunca había pensado, una tierra radicalmente distinta a aquella donde nací, se convertiría en el lugar donde deposité, durante tanto tiempo, la esperanza de Jim, y la mía propia. África en mi cara, sí, y dentro de su contorno yo misma encerrada en mi rostro, y refugiada en esta cabaña que alguien me ha cedido mientras escribo lo que es mi último testimonio.

Al principio la cicatriz, tan visible, solo me causó problemas. En Japón esas cicatrices fueron durante mucho tiempo inconfundibles. Por culpa de

ellas, y porque los demás temían las secuelas del mal atómico, los supervivientes comenzamos a ser excluidos. No encontrábamos trabajo, y las oficinas matrimoniales, que por entonces concertaban muchos de los matrimonios, comenzaron a rechazar a los supervivientes que buscaban cónyuge, pues se daba por descontado que nuestros hijos nacerían con malformaciones.

Recuerdo a mi prima embarazada. Su barriga, en lugar de crecer, comenzó a achicarse a partir del sexto mes. Como arrepentido, el vientre deshacía sus pasos desde el feto hasta el esperma, para alcanzar la añorada forma plana previa a la gestación.

Pero, además de la marginación que sufrí como *hibakusha*, había otra cosa que también me separaba del mundo. Un enigma que me definía en la incertidumbre, una confusión que yo no veía que preocupara a mis compañeros de escuela, en mis primeros años, y que seguí sin apreciar en los otros más allá de mi adolescencia y juventud. En mi entorno, todos parecían estar radicalmente seguros de su identidad sexual. Esto me inició en una búsqueda que —como verá más adelante— me conectaría con seres tan indefinibles como yo. Pienso en la forma que tienen los puentes en Japón, que no son planos. Trazan mi arco, y gracias a ello quien los cruza puede ver el paisaje desde diferentes niveles. Cruzarlos es entonces no solo el acto de pasar de una orilla a otra, sino de ver cuántos paisajes caben en un solo paisaje. Yo quería ver el puente que cruza de hombre a mujer, un puente que reconoce, en su curvatura, todos los géneros que existen entre ambos márgenes. Y caminé mucho, observé mucho, traté de comprender mucho, para formar, yo misma, esa curvatura de un puente que no es de piedra ni de madera, sino un puente humano.

Había cumplido los quince años cuando, adoptada por una familia, aterricé en el país invasor, como si yo y la bomba fuéramos dos brazos del mismo boomerang que regresa a la mano que lo lanzó. En la nueva escuela mis compañeros querían ser futbolistas, astronautas, maestros. Yo solo quería ser abuela, porque los médicos siempre me dijeron que la radiación acabaría manifestándose más pronto que tarde. Además de las operaciones estéticas voluntarias sufrí otras muchas obligatorias, operaciones decisivas para la vida o la muerte y, todavía hoy, sigo acogiendo nuevas

enfermedades. He aprendido a abrirles la puerta en silencio, con una taza de té, tranquila como si cada una de ellas fuera la última. Todas las enfermedades fueron siempre bien recibidas por mí, excepto una: la incapacidad de procrear, esa falta que ocupaba mi vientre como una presencia, como un hijo atómico de cuya pérdida puede apropiarse cualquiera. Una pérdida tan real como la cantidad de hierro que se me iba en cada periodo, esa menstruación que luego desaparecería para volver al cabo de los años sin que los médicos se explicaran ni una cosa ni la otra. Una pérdida, la del hijo negado, que se me aparecía entre las piernas; o bien en unas bragas sin rastro de sangre durante meses o años, o bien en una compresa empapada y roja, que tiraba en ese desagüe estigio por el que desaparecen lo mismo muertos que no nacidos.

Fue esta ausencia el terreno propicio que permitió que, al conocer a Jim, creciera en mí el sentimiento de maternidad, pues la búsqueda de su hija llenó la ausencia de mi hijo. Me apropié de la niña como si fuera mía. Absorbía los datos que me daba Jim y los archivaba en mi memoria como si yo misma los hubiera vivido. De esta manera, aunque no la conocía, la recordaba, y este recuerdo era como una ventosa en la pared frontal de mi cerebro, que succionaba el recuerdo de la hija de Jim —mi hija— y lo sostenía por el mismo medio por el que las ventosas en las patas de una lagartija la agarran a la pared para que no caiga: el vacío. Eso fue lo único que durante mucho tiempo tuve. El vacío.

## **SEGUNDO MES: 1963**

### **A la muerte se le olvidó mi hora**

Convencí a Jim de que la búsqueda de su hija debía llevarnos a Japón, país al que yo había vuelto solo dos veces, y al que él no había querido regresar, y donde —me dijo— no esperaba recibir ningún tipo de ayuda para nuestras pesquisas. Yo no pude entender por qué no había comenzado su búsqueda por lo que yo pensaba que era el principio.

Fuimos en vuelo directo a Tokio, pues en esa ciudad Yoro le fue entregada por las fuerzas de ocupación americanas, el 7 de mayo de 1950, aunque la niña había nacido, según su partida de nacimiento, dieciséis días antes, el 22 de abril. De aquello hacía casi once años, el hospital militar provisional donde le dieron el bebé ya había desaparecido, y en la época de nuestra llegada había sido reemplazado por un ala del mercado de pescado más grande de Tokio, el mercado de Tsukiji. La demanda alimentaria de los vivos había acabado por imponerse, aunque siempre con ese perdón que en Japón se pide a los difuntos. Por eso en el mercado, en sus sonidos, en los movimientos, regía una especie de respeto, como un culto a los muertos que parecía darle un sentido sacro a la sangre de los últimos instantes que le son otorgados al pez antes de convertirse en pescado.

Acostumbrada a los de mi país adoptivo, observar este mercado japonés, que no visitaba desde mi adolescencia, me permitió interpretar, por la disposición de su mercancía, las diferencias entre el cerebro de Jim y el mío. En el mercado de Tsukiji, el pescado se exhibía por secciones, según la especie. En un lado los peces aguja, en otro los salmones. Había grandes áreas verdes dedicadas a las algas. Muy de vez en cuando, cargada en un camión, pasaba una ballena. De acuerdo con la disposición de la mercancía,

el mercado de Tokio es un museo que organiza lo que en las pescaderías norteamericanas parece un bazar. Esta diferencia en la compartimentación de contenidos era la misma que, en muchas ocasiones, nos separaba a Jim y a mí. Recuerdo aquel día en que un turista inglés se nos acercó para preguntarle algo a Jim, seguramente animado por sus rasgos occidentales. Antes de irse, nos dijo que nos había oído hablar, y le dio a Jim la enhorabuena por su dominio del japonés. No era la primera vez que se lo decían, y me reí, porque Jim y yo nos comunicábamos en un idioma híbrido. Lo que había oído el turista no era japonés, sino una lengua fallida que, sin embargo, permitía a Jim comunicarse, más mal que bien, tanto en inglés como en japonés. Dejé de reírme cuando comprendí que ese idioma intermedio era un reflejo del limbo conceptual que a veces nos retenía a los dos. Al principio de nuestra relación no nos entendíamos. No es que no nos lleváramos bien. Tampoco se debía a las diferencias culturales, sino al hecho de que nuestros cerebros parecían estar en el mismo estrato evolutivo, pero de dos planetas diferentes. Lo que con otra persona podía ser una interrogación, una discusión, con Jim era un *stop*, una inclinación de respeto a otro tipo de inteligencia y, finalmente, una resignación al aislamiento, que se salvaba por un hecho fundamental: en la cama sí nos entendimos desde el principio, a pesar de todo, porque mis historias en la cama —usted lo verá— llevan siempre por delante un *a pesar de todo*.

Miro una de mis libretas de notas de aquel tiempo. Estas libretas son lo único que siempre ha viajado conmigo. Mi memoria. En la cubierta pegué la foto de una pintura del periodo Edo. Es una caza de ballenas. El agua debería estar roja. Pero el rojo del mar se suaviza, pues de lo contrario apagaría los tonos ocres de la costa. La estética es el pulso de Japón. La visión de esta pintura me hace recordar algo que Jim también repetía a menudo: en Japón la belleza de la laca cubre las maderas podridas con que las casas han sido levantadas. En esto, desde el hibridismo de mi identidad, sí le di la razón. Pero yo no estoy recubierta por ningún barniz. En mi cara, en mis cicatrices, muestro lo que soy. No hay mayor franqueza que la que dejó la bomba. La bomba, actuando de forma más natural que esa pintura del periodo Edo que para suavizar contrastes empalidecía los tonos de una

matanza, desveló la sangre negada de los cetáceos que tiñeron el mar de rojo para decir: soy yo el verdadero pincel, el de los pelos de uranio.

El resto de las libretas que he puesto sobre la mesa tienen todas la cubierta gris. ¿Sabe? Hay otro rasgo por el que se puede distinguir a un superviviente de Hiroshima. Para mí ese algo es un sonido que oigo al ver el color gris, por una especie de efecto sinestésico. Se trata de la voz, esa voz también inconfundible, de los *hibakushas*. La explosión podía no haber marcado la piel de un superviviente, pero siempre marcaba su voz. Todos sonamos parecido, hablamos con un timbre entrecortado, irregular y algo estriado como la fricción de un muerto que rasga una sábana para volver a nacer. Creo que por eso asocio la voz de un superviviente al color gris, el tono de la piel blanca que vira hacia la ceniza, o el tono del polvo inerte que avanza hacia la vida. Ni blanco ni negro. Ni muerto ni vivo. Recuerdo lo que me contaron, que durante los días posteriores a la explosión, cuando yo estaba en lo que quedaba del hospital, la gente caminaba con los brazos extendidos hacia delante. Los que habían quedado ciegos lo hacían para no tropezarse en el camino con otros supervivientes, pero también quienes conservaban la vista extendían de la misma manera los brazos quemados y viscosos, para evitar que se les pegaran al tronco. No eran muertos vivientes, sino vivos murientes. Para aliviar las quemaduras se ponían en la piel aceite de colza, el que se usaba para cocinar. Cuando se acabó, los supervivientes que aún tenían fuerzas iban a la estación ferroviaria para ordeñar de los trenes, como si fueran vacas, ese aceite negro de motor, pastoso, que luego se untaban por el rostro y por el cuerpo, ennegreciendo tanto el rojo de las quemaduras como el mismo negro de la piel carbonizada.

Regresar a Tokio me devolvía, tal como ahora trato de contarlas, todas aquellas imágenes, tan frescas como el pescado recién llegado a la lonja del mercado de Tsukiji. En mis libretas escribí frases, descripciones, que ahora podría utilizar, pero creo que si perdiera estas notas sería capaz de escribirlas de nuevo, palabra por palabra, y no porque sea capaz de recordarlas con precisión, sino porque mis sentidos reaccionan al recuerdo exactamente como lo hicieron entonces. Digamos que podría escribir las mismas libretas por primera vez, una y otra vez. En mi memoria el pescado

del tiempo nunca se pudre. Me duele esa condición permanente del pescado que ya no será pez pero que, inevitablemente, tampoco dejará de ser una eterna pieza de pescado fresco. Así resultó en Tokio. La ciudad a la que regresamos fue un inmenso atún que, oliendo a fresco, solo engañaba al hambre, porque no podía alimentarnos. Cuando Jim y yo tratamos de hacer indagaciones sobre el paradero de Yoro, todo se volvió hermético. Las escamas se juntaron hasta formar una superficie sellada y resbaladiza que se nos cayó de las manos. Jim tenía razón, allí nunca conseguiríamos ningún dato. Tokio nos cerraba unas puertas que ni siquiera quería mostrarnos.

Sentí que, de algún modo, yo había empezado mis pesquisas con esa sensación que siempre aparece en los inicios de toda búsqueda que, por estar apenas en su comienzo, no ha empezado a corroer las fuerzas, de modo que la abundancia de mis energías opacaba la capacidad para distinguir la ilusión de la realidad. Y esa era una capacidad que Jim sí tenía, por haber comenzado a buscar bastante antes y encontrarse, por tanto, en un nivel de cansancio que le exigía priorizar y ahorrar esfuerzos. En cualquier caso, durante ese viaje se afianzó la vinculación que establecí entre mi maternidad y la búsqueda de la niña de Jim. Encontrarla era la oportunidad que me daba la vida para hacer real la que hasta entonces se me había presentado como mejor posibilidad para ser madre. Hice mía a la hija de un hombre al que quise desde el primer momento, con la sencillez y verdad de lo que no puede ser explicado. Yo tenía veintiocho años. Él, bastantes más. Edad más que suficiente para saber, ambos, lo que queríamos.

Efectivamente, Jim supo desde el principio que el bebé le había sido entregado solo en custodia. Desde que lo sostuvo por primera vez en sus brazos, comenzó una marcha atrás hacia el futuro, hasta llegar al día en que la niña cumpliera los cinco años, cuando debería entregarla sin hacer ninguna pregunta y aceptando que no volvería a verla nunca más. Todo estaba firmado. La niña era como un informe militar. Jim sería el primer cuidador, y a él le relevaría otra persona durante otros cinco años, y así sucesivamente, de modo que nadie se atreviera a apegarse a Yoro sabiendo, como se sabía desde el principio, que los cinco años de cada uno jamás se alargarían.

Pero el desapego programado no resultó, ni con Jim ni —como supe después— con algunas de las otras familias de adopción. Imagino que a Jim le tocó una de las etapas de Yoro más dolorosas, por ser una de las más bellas. Primero fueron esos días iniciales de un bebé que se alimenta y crece gracias a ti, y luego la transformación, la metamorfosis de bebé a niña. Jim no era muy dado a contar detalles excesivamente emotivos, pero a veces se le colaban en la conversación. Los contaba con un tono de frialdad seguramente forzada, aunque el contenido de estos detalles era tan intenso que el modo de contarlos no restaba emotividad. Así, me contó una de las noches que se levantó de la cama para ir a calmar el llanto de Yoro en la cuna. La tomó en brazos y le puso en la boca el biberón. Pero Yoro no parecía calmarse. Jim estuvo más de media hora tratando de que tomara al menos algo de leche. Yoro rechazaba el biberón. Entonces Jim la acurrucó y se la pegó al pecho. Jim dormía solo en ropa interior, tenía por tanto el torso desnudo y, mientras trataba de calmar a Yoro, la boca del bebé le tomó un pezón. Iba a retirarle la boca de su pecho cuando vio que el bebé se había callado. Dormía de nuevo mientras succionaba ligeramente. Me dijo que en ese momento conoció su maternidad, y que no le importaba no haber engendrado, porque el contacto de aquella boca hambrienta no de leche sino de calor humano bastó para hacerle madre. Pero los papeles que había firmado según las condiciones de la misión decían, en otras palabras, que Yoro solo tenía un padre y una madre: el ejército. Y el ejército, como todo el mundo sabe, tiene pezones, solo que los tiene hacia dentro. Es un cuerpo que no alimenta, una perra que, en lugar de amamantar, succiona las fuerzas de su camada. La carrera militar de Jim era intachable y había participado en otras misiones que habían acabado anulando su individualidad, según me dijo. Esto hacía de él un buen candidato. Pero en veinticuatro horas se inició la destrucción de toda una carrera como militar anónimo. Lo que al inicio él tomó como parte de su labor militar se convirtió enseguida en su peor miedo. El primer día pensó que sería difícil desprenderse de Yoro. El segundo, supo que sería imposible.

Cuando nos conocimos, Jim llevaba cinco años buscando a Yoro, que en aquel momento tendría ya diez años. Su negativa a entregarla le valió enfrentarse a un tribunal militar, pero finalmente el juicio fue suspendido

por la necesidad que tenía el ejército de mantener el caso tan secreto como fuera posible. Pero sí fue expulsado de las fuerzas armadas, por desobedecer las órdenes que le prohibían establecer con la niña unos lazos que pudieran, como finalmente ocurrió, vincularle a ella de tal manera que se negara a entregarla. Desobedeció, por tanto, las órdenes más absurdas, las que se resisten a darse y mucho más a cumplirse: órdenes afectivas.

Jim se vio, de un día para otro, sin Yoro y con su carrera militar terminada. Pero conservaba algún amigo gracias al cual encontró el extremo del hilo del que tiraría durante mucho tiempo, unos documentos que indicaban que la niña había sido adoptada por una familia en Estados Unidos. Cuando le conocí en Nueva York estaba en las últimas pero siempre lentas indagaciones, que concluirían dos años después de nuestro regreso de Tokio. La familia que tenía a Yoro o, al menos, la última que la había tenido, residía en Nuevo México. Concretamente, en un lugar que nunca había imaginado que podría pisar: Los Álamos, el espacio que fue creado precisamente para desarrollar la primera bomba atómica, y desde donde se coordinó secretamente el Proyecto Manhattan.

Era julio de 1963 cuando llegamos a Los Álamos con la excusa de visitar, gracias a la intervención de los contactos que Jim conservaba, el Laboratorio Nacional. Hacía muchísimo calor, y no pude evitar hacer una conexión entre ese calor y las pruebas de la bomba atómica que tuvieron lugar durante la misma época en aquel mismo enclave. Me encontraba en el útero que había dado a luz y había lanzado sobre Hiroshima a su criatura, en el útero que había concebido lo que arruinaría, también, mi sexo. Aquel fue el lugar donde Robert Oppenheimer, con tan solo treinta y ocho años, escuchó la propuesta del general Leslie Groves, que le puso al frente del equipo de los mejores científicos del mundo, casi todos mayores que él. Jim me contó muchas cosas de aquella misión, que fue uno de los secretos mejor guardados de la Historia: se trataba de desarrollar la primera bomba atómica antes de que lo hicieran los alemanes.

Oppenheimer aceptó la dirección del proyecto. Casi todos aceptaron. Científicos y militares trabajaron día y noche, reclusos en aquel recinto,

con la sola obsesión de encontrar el modo de llevar a la práctica la fórmula que ya poseían en el plano teórico. Y debían conseguirlo antes de que lo hiciera el enemigo. El equipo trabajó con mucho entusiasmo. Al principio había incluso una atmósfera de campamento de verano. Al fin y al cabo se trataba de una carrera, y no una carrera cualquiera, sino una carrera de las élites deportistas más competitivas: una carrera de cerebros. Cuando un genio recibe el reto de aventajar a otro, es difícil que la conciencia de que lo que está haciendo es crear un monstruo le haga retroceder. Cuando una inteligencia se excita, es difícil que ningún sentido ético obstaculice la necesidad de culminar el placer que aguarda a quien consigue encontrar la solución de un problema de máxima dificultad. La posibilidad de engrandecer los límites de la mente superaba cualquier tipo de disyuntiva moral. Al principio, científicos y militares chocaban por cuestiones éticas y políticas, pero fue evidente que eran choques superficiales el día en que supieron que los alemanes no estaban ni siquiera cerca de desarrollar armamento nuclear y que, además, su rendición era un hecho. En ese momento los científicos tuvieron que enfrentar la realidad de que el motivo por el que habían sido llamados, adelantarse a los alemanes en la creación del armamento más destructivo jamás imaginado, había perdido toda razón de ser. Se trataba entonces, solo, de seguir trabajando en la creación del monstruo, pero no para destruir a otro monstruo, sino solo para verle la cara, darlo a luz y, lo que aún no sabían, bautizarlo, lanzándolo sobre la población civil japonesa. Así, en noviembre de 1944 el coronel Boris Pash, comandante de Alsos Mission, que se encargaba de vigilar los progresos atómicos de los nazis, envió un telegrama en clave al general Groves. Jim me dijo que el telegrama, cuya exactitud no he podido contrastar, anunciaba: «La madre no ha tenido un bebé, ni siquiera ha estado embarazada, los doctores la declaran infértil». La infertilidad de Alemania, su incapacidad para ensamblar la bomba, dejó a los cerebros que investigaban en Los Álamos con la responsabilidad de trabajar, a partir de entonces, no tanto para ganar una carrera por la paz, sino por la guerra. Tras los primeros ensayos de Trinity, Robert Oppenheimer, utilizando una frase del texto sagrado hinduista *Bhagavadgita*, expresaría sus sentimientos así:

«Desde hoy me he convertido en muerte, el destructor de mundos».

Y allí estábamos, en Los Álamos, llamando a la puerta de una familia desconocida para preguntar sobre la hija de Jim, también mi niña. «Con solo verla un minuto —me dijo Jim por el camino—, o al menos con solo saber que está viva, sana, contenta, me conformaría».

Una mujer rubia, que llevaba un peinado sofisticado, abrió la puerta. Me sentía como una mendiga. Seguramente esa familia también formaba parte de aquella operación que debía criar a la niña sin establecer demasiados vínculos. Con toda probabilidad ellos habrían tenido que pasar por lo mismo que Jim. Y yo no estaba muy desencaminada. Tres minutos después estábamos sentados en el sofá del salón de esa familia hablando con una señora que nos decía que hacía ya dos años que Yoro no estaba con ellos. Se la habían llevado. Nos dio un dato poco fiable —advirtió— sobre su paradero. El alcohol la había debilitado tanto que aquella mujer no se sentía con fuerzas para una búsqueda que, suponía, era imposible, pues cómo iba a encontrar ella, o su marido, algo que las fuerzas secretas del ejército ocultaban. Y luego comenzó a hablarnos sin parar de un proyecto del que, según nos contó, habían retirado a su marido. Se llamaba Proyecto Orión, y nos lo contaba entusiasmada porque fue, dijo, lo único bonito que ella vio durante aquellos años de trabajo en la peor industria de la muerte.

Según la señora, su marido había trabajado en Los Álamos con el matemático que presentó por primera vez el proyecto en 1946, el polaco Stanislaw Martin Ulam, un proyecto que años más tarde se desarrollaría en el General Atomics, el centro de Física Nuclear de San Diego, gracias al trabajo con uno de los físicos que, aún hoy, sigue defendiendo el —para algunos delirante— sueño, Freeman J. Dyson. El Orión partía, para muchos de sus integrantes, de una idea de salvación: cómo evitar que la raza humana se extinguiera en caso de que este planeta no tuviera más alternativa que ser desalojado. En aquel momento, como ahora, no había modo de alcanzar distancias suficientes a través del espacio para llegar a un lugar habitable. Pero el Orión se basaba en un método de propulsión para naves espaciales que superaba las deficiencias de los combustibles probados en cohetes químicos, y permitía, por tanto, cubrir mayores distancias en viajes interplanetarios. El sistema consistía en colocar una serie de bombas atómicas en la parte posterior de la nave, de forma que su explosión

consecutiva provocara, a partir de la onda expansiva, su propulsión, que conseguiría alcanzar velocidades de un porcentaje considerable de la velocidad de la luz. Teniendo en cuenta que el cuerpo humano no soporta durante un periodo prolongado una aceleración superior a los  $49 \text{ m/s}^2$ , se hicieron los cálculos para estimar cuántas bombas atómicas harían falta para alcanzar la velocidad de escape, esto es, la velocidad necesaria para salir del campo gravitacional de la tierra, y se concluyó que deberían explosionarse de dos a cuatro bombas por segundo, lo cual, solo para mantenernos fuera de órbita, supondría una cifra inicial de más de mil bombas atómicas. Gran parte de la información, nos dijo la señora, había sido declarada *top secret* en 1959. En un momento en que se había encontrado estroncio 90, material radiactivo, en los dientes de leche de niños que vivían cerca de las zonas donde se realizaban las pruebas nucleares, y en unos años en los que la población mundial se levantaba en contra del armamento y la energía nuclear, el Proyecto Orión proponía la explosión no de una sola bomba, sino de miles, lo cual conllevaba otro peligro inconmensurable, que venía detallado en los informes: las alternativas para conseguir el material de la manera más económica posible. Conocer esas vías habría hecho que cualquier país tuviera acceso a la producción masiva de armas atómicas a un precio asequible. Así pues, gran parte del proyecto era secreto, pero los datos que nos dio la señora, relativamente superficiales, ya estaban desclasificados. Nos dijo lo que aquello había significado para ella. Ese artilugio del diablo que era la bomba atómica, aquello que, en el momento debido usted verá de qué modo está asociado a la pérdida de Yoro para todas las sucesivas familias adoptivas, serviría, por una vez, para algo positivo: sacar a un puñado de hombres de este inhumano planeta. Aunque no fuera ella una de las afortunadas que podrían abandonar la Tierra, le bastaba saber que alguien tendría la posibilidad de comenzar de nuevo en un lugar tan lejano que, con el tiempo, haría de nuestro planeta una bola azul que la gente señalaría como el símbolo del abandono merecido. Recluida en aquel campamento prefabricado donde todo, salvo la muerte, parecía artificial, el Proyecto Orión fue lo único a lo que sus fantasías pudieron aferrarse durante aquel tiempo. Un amigo de su marido, Mateo de Paz, una de las mentes más

brillantes del General Atomics de San Diego, los visitaba de vez en cuando. El nombre de ese amigo, Mateo de Paz, le parecía una pieza extraordinaria más de aquella utilización de la bomba no para matar, sino para vivir. Solo por ese nombre, que además permitió que aquella mujer se reencontrara con su origen mexicano, durmió con él muchas noches. Pero esto fue después de que un tratado viniera a truncar su sueño de evacuación, el llamado «Tratado de prohibición parcial de ensayos nucleares en la atmósfera, en el espacio exterior y bajo el agua». Un nombre muy largo que ella no olvidaría.

El Orión comenzó a morir, pues, cuando se prohibieron los ensayos nucleares. Un par de años más tarde me acordé de aquella señora al leer en la revista *Science* un artículo del propio Freeman J. Dyson, titulado «La muerte de un proyecto». Me llamó la atención porque Dyson venía a resaltar algo que no suele asociarse con el objetivo principal de una bomba atómica: su posibilidad de redimir a la humanidad, de compensarnos por lo que hicieron esas bombas en Hiroshima y Nagasaki. Sus palabras, según tengo anotadas, eran estas:

«Quizás sea conveniente que los avances radicales en tecnología, que pueden ser utilizados tanto para fines buenos como perversos, queden interrumpidos hasta que la especie humana sepa organizarse para tratar con ellos. Pero los que han trabajado en el Proyecto Orión no pueden compartir este punto de vista. No pueden olvidar el sueño que un día incendió sus imaginaciones en 1958 y los sostuvo, más tarde, durante años de lucha. El sueño de que la bomba que mató y mutiló en Hiroshima y Nagasaki podría un día abrir los cielos para la humanidad».

Jim y yo habíamos llegado tarde, pero al menos teníamos una nueva dirección que, aunque de dudosa utilidad, siempre parecía mejor que nada. La esperanza hacía que todos los padres de Yoro nos aferráramos a pistas de frutos improbables. Lo mejor que sacamos de aquella visita fue que la mujer nos enseñó fotos de Yoro tomadas durante el tiempo que estuvo con ellos. Así Jim llenó algunas lagunas, al menos las relativas a cuál podía ser su aspecto físico. También nos habló de cuánto le costó a Yoro adaptarse a ellos durante los primeros meses. Extrañaba a su padre. Para Jim esto fue un regalo de valor incalculable, aunque luego, en el coche, me diría que se

sentía egoísta, pues habría sido mejor para Yoro no extrañarle, y, sin embargo, cuánto le aliviaba saber que ella lo recordaba... Correspondió a la generosidad de la mujer mostrándole algunas fotos que llevaba en la cartera. Yoro recién nacida. Yoro con dos años. Con tres. Con cinco. Justo antes de desaparecer. Así, entre los dos, completaron la imagen de Yoro más actualizada que, dentro de sus posibilidades, podían tener.

Ya se habrá preguntado usted muchas veces, a estas alturas del relato, por qué también aquella señora pensó que toda búsqueda de Yoro sería infructuosa, por qué la ocultaban, y por qué, como máximo, podríamos averiguar el itinerario que la niña había recorrido, pero jamás el lugar donde se encontraba en el momento presente. Parecía una competición macabra, en la que teníamos que recoger partes de un cuerpo diseminado por distintas geografías, a fin de recomponerlo y darle vida con la última pieza, la más importante, la que parecía que nunca llegaríamos a encontrar antes de que los gusanos la disolvieran. Las pistas, en su momento, nos parecían útiles, pero en realidad hoy se me presentan como distracciones de latón que nos demoraban, con su brillo falso, en la búsqueda de lo esencial. He llegado a pensar que esos destinos nos frieron revelados a propósito, sabiendo que llegaríamos siempre tarde, para entretenernos y hacernos creer que los habíamos descubierto como fruto de nuestras pesquisas. Pero esto último son solo especulaciones. El resto de las preguntas sí podría contestarlas, pero usted no lo entendería, así que me va a permitir que por ahora le haga esperar. Es una espera necesaria, porque lo que usted sabrá antes de terminar de leerme es tan difícil de explicar que no podría comprenderlo si yo no fuera dosificando una información que, gotita a gotita, se irá sedimentando en su conciencia hasta que la estalactita del significado rasgue ese momento en que uno entiende lo que solo con los pasos del tiempo se puede entender.

La historia de Jim fui conociéndola poco a poco. También él fue dosificando la información. Hoy creo que si no hubiera ido midiendo todo lo que me contó de su vida no me habría quedado junto a él. Siempre pensé que me enamoraría de alguien poco curtido, cuya ingenuidad me aliviara de

mi propia historia. Pensaba yo que, si tenía una tendencia hacia cierto tipo de hombre, era hacia un hombre escasamente dolorido. Así que, cada vez que Jim me contaba algo más sobre su pasado, me quedaba mirándolo sin decir nada, tratando de evitar que notara la sorpresa que yo sentía al comprender que me había enamorado de él. Era este un sentimiento tan concreto que le sería difícil de identificar, pero aun así temía que pudiera leerlo en mi expresión.

A veces un simple objeto conectaba a Jim con un recuerdo y comenzaba a contarme. Un día ese objeto fue una bicicleta. Estábamos en Central Park y se quedó ensimismado mirando la bici de alguien que pasaba, y luego todas las bicicletas de los que disfrutaban del domingo haciendo algo de deporte. Mientras caminábamos empezó a contarme algo más sobre sus trabajos en el ferrocarril de Birmania.

Ni él ni sus compañeros habían sido preparados para sobrevivir a la selva birmana. Y trabajar en aquellas condiciones —aseguraba— era incluso peor que los combates bélicos. Los japoneses tenían armas, tanques, pero también tenían algo que, concebido en sus orígenes como medio de recreo o de transporte plenamente pacífico, fue transformado en el sistema capilar que transportaba la sangre de la guerra: bicicletas. Con el tiempo averigüé que Jim estaba obsesionado por las bicicletas. Imagino que apreciaba en ellas ese modo tan discreto de moverse relativamente rápido. En efecto, fueron muy utilizadas por los japoneses para desplazar la artillería por terrenos complicados. Pero Jim veía en ellas algo más que un medio de transporte bélico. Después de sobrevivir no solo a los trabajos forzados y las torturas, sino también a veinte ataques de malaria, difteria, disentería y beriberi, él mismo se identificó con esa facilidad que tiene el ciclista para avanzar, y esa idea fue para él una fijación: rodar hasta el final de la guerra. Me contó que por las noches, para conciliar el sueño a pesar de la humedad, los mosquitos, las diarreas, los vómitos suyos y ajenos..., imaginaba que era la bicicleta invisible que le sacaba de allí. Esta clase de fantasías eran modos de evasión comunes entre los prisioneros, y aquí recuerdo, por ejemplo, un testimonio que leí en las crónicas de George Weller, pero que Jim ya me había contado de una manera casi tan obsesiva como cuando hablaba de las bicicletas. Así, me recordó decenas de veces

que otro medio de evasión entre los prisioneros que padecían cada día la tortura del hambre consistía en intercambiar —como si fueran cromos de niños que juegan ociosos— recetas de cocina. Se las pasaban de unos a otros, salivando en el intercambio como si realmente se tratara de comida. De igual modo que Jim nunca fue la bicicleta que soñaba que le permitiría huir de allí, aquellas recetas eran solo papel que, en el mejor de los casos, tenía algo de color. Sin embargo, ambas virtualidades, la de las ruedas y la de los ingredientes de tinta, constituyeron una gran parte de ese alimento que necesitaba no ya el cuerpo, sino la fantasía, para sacar con vida a un hombre de aquella selva.

Gracias a aquellos relatos, lograba comprender ciertas manías de Jim, ciertas fobias que no me molestaban especialmente, pero que, una vez comprendidas, apreciaba desde un sentimiento de ternura. A Jim le daban pánico los espaguetis a la boloñesa. Por supuesto, sabiéndolo, yo nunca los preparaba en casa pero, si estábamos en un restaurante y se daba la circunstancia de que los comensales de una mesa cercana habían pedido ese plato, Jim se ponía, literalmente, a temblar. Me contó que en aquellos días en la selva, las recetas, al ser un modo de evasión, una vía de escape, se convertían a veces en motivo de pelea. Había ciertas reglas para el intercambio. Una de las reglas era que no se podían intercambiar recetas repetidas ya que, por lo visto, cuando las fuerzas flaquean, también lo hace la inventiva y, para estimular la capacidad de fabulación, la singularidad era importante, pues en la calidad de lo único se vertía la competitividad, el riesgo, y hasta el juego, todo ello sinónimo de vida. Pero ocurría que a veces el juego, en manos de unos hombres hambrientos y deshidratados, se convertía en un delirio, y los prisioneros se metían en peleas en las que podían morder y matar como una jauría de perros famélicos que se disputan un mismo trozo de carne. Jim me contó uno de estos casos, que sucedió con la receta estrella, aquella que todos se disputaban: espaguetis a la boloñesa. A pesar de que había personas con diferentes culturas culinarias, todos parecían gustar de esa mezcla de pasta, carne y tomate, y se peleaban como fieras por lo que solo era una sopa de letras. La última disputa por los espaguetis terminó con dos muertos. En la alucinación consecuencia del

hambre, un prisionero se lanzó sobre los cuerpos rotos de sus compañeros, una carne tan roja como la pasta por la que había comenzado la reyerta.

También en aquel paseo por Central Park Jim me contó por qué temía las saunas. Cuando entre los prisioneros se producía alguno de aquellos actos salvajes, los prisioneros que todavía estaban en condiciones físicas de mantener cierta lucidez se encargaban de acabar con la vida de los enajenados. Con esto evitaban que los japoneses se confirmaran en la valoración de los reos no como personas, sino como animales, como cosas, y torturaran a los responsables. Acabar con sus camaradas de una manera rápida era mucho mejor que aguantar los gritos, las súplicas, los dolores de los moribundos durante días. Lo peor eran las *sweatboxes*, porque la muerte en ellas era lenta, y como estaban situadas junto a las barracas, los gritos que salían de ellas durante la noche no dejaban dormir a los que al día siguiente trabajarían durante dieciséis o dieciocho horas seguidas. Estas *sweatboxes* eran unas cajas en las que se confinaba individualmente a los reos, que inmediatamente comenzaban a sudar. Debido al material con el que estaban construidas las cajas, y a que eran herméticas, las víctimas de esa tortura comenzaban a deshidratarse en pocos minutos, pues aquellos espacios estaban pensados para conservar todo el calor, como un horno, donde los prisioneros se cocían a fuego lento. Todavía tantos años después, Jim era incapaz de entrar en una sauna. De hecho, nunca pudo comprender que hubiera gente que pudiera disfrutarlas, pues aquellas cajas de tortura que vio hacía tantísimo tiempo habían llenado el significado futuro de cualquier habitáculo hecho para sudar.

Jack Bridger Chalker fue un artista inglés que, estando prisionero en Birmania, retrató a sus camaradas. Jim me había hablado de él, pero nunca me quedó claro si le conoció personalmente. Cuando todavía no había visto las imágenes, tampoco pregunté si él había sido retratado, pues en medio del sufrimiento colectivo esta pregunta me parecía una impostura. Pero cuando años más tarde fueron publicados los dibujos y vi los rostros concretos, unas facciones personales que no representaban al colectivo, sino que retrataban el sufrimiento individual; cuando distinguí las facciones

reales, con sus gestos y con sus arrugas y sus pliegues, no le pregunté a Jim si él estaba allí, pero sí le busqué, hojeando el libro, apresurada, repetidas veces.

En uno de los dibujos aparecía un hombre en pie amarrado a dos varas de bambú que, en comparación con el cuerpo enflaquecido del prisionero, parecían mucho menos esbeltas de lo que habitualmente son esas cañas. Del cuello del hombre colgaba un cubo con un asa que parecía ser de alambre y, al estar inclinada su cabeza hacia la boca del cubo, uno se preguntaba viendo esa imagen si los guardias lo habían colocado expresamente así para que la víctima evacuara los vómitos de la debilidad o la enfermedad o si, por el contrario, el cubo era en sí mismo un instrumento de tortura debido a un contenido que desconocemos.

En otro de los dibujos se veía un pie ulcerado que dejaba a la vista huesos, tendones envueltos en pus. Las úlceras tropicales, leí o escuché, eran causadas por las bacterias del terreno, ciertos microorganismos que se iban comiendo la carne como lo haría un ácido. Un arañazo bastaba para abrir la puerta a estas termitas invisibles.

Una de las ilustraciones que más me llamó la atención fue la que mostraba las bocas abiertas de alguno de los prisioneros en el interior de una tienda de lona. Parecía que se curaban las llagas unos a otros, y en la boca de uno de ellos, abierta como un óvalo negro, se escuchaban los gritos de todos los demás. Pensar en este dibujo provoca en mi recuerdo, todavía hoy, la sinestesia entre la vista y el oído, un dibujo a lápiz y acuarela que se mete en los oídos como un lamento agónico.

Al pensar en esas imágenes vuelvo a recordar el Convenio de Ginebra relativo al trato de los prisioneros de guerra. Fue el propio Jim quien me dio una copia que, repito, resuena en mí como una premonición del incumplimiento de otros tratados internacionales. Contrastar las vivencias de Jim con los artículos del convenio me crea una sensación de impotencia solo comparable a recordar mis propias vivencias a la luz de convenios humanitarios similares. Leer estos artículos significa leer todo lo que no solo no se cumplió, sino lo que se anuló por medio de la cosificación de los prisioneros, a los que se despojó de cualquier rastro de apariencia humana. Permítame que cite aquí algunos de esos artículos, elegidos al azar. Verá

que en cada uno añado, entre paréntesis, el incumplimiento del tratado según las vivencias de Jim.

Insisto en que todo esto es solo un ejemplo de la violación de tales tratados hasta hoy. Considere que esto es apenas otra pieza más del puzzle que, una vez completado, terminaría por dar forma a mi venganza. Al final todos la podrán ver tan clara como una fotografía.

### *Artículo 2*

Los prisioneros deben ser tratados, en todo tiempo, con humanidad y protegidos especialmente contra los actos de violencia, insultos y la curiosidad pública. (Jim no fue tratado ni como un ser humano ni como un animal inteligente, sino como una bacteria expuesta a los ojos curiosos de un químico que la provoca para observar mutaciones, mutilaciones, muerte. Me contó que de vez en cuando un guarda pasaba y pedía a algún prisionero que se arrodillara y abriera la boca. El guarda le escupía dentro. Si el prisionero se tragaba el escupitajo sin ni siquiera hacer un gesto de asco, el guarda proseguía su camino; de lo contrario, lo degollaba).

### *Artículo 9*

Los prisioneros capturados en regiones malsanas, o cuyo clima fuere pernicioso para las personas procedentes de regiones templadas, serán transportados, tan pronto como se pueda, a un clima más favorable. (Cientos de presos murieron a consecuencia de enfermedades derivadas directa o indirectamente del clima de la selva. Nunca se pensó en su traslado, puesto que habían sido llevados allí para trabajar en aquel preciso lugar).

Los beligerantes evitarán, en cuanto sea posible, reunir en un mismo campamento a prisioneros de razas o nacionalidades diferentes. (Otro de los grandes problemas fue que, a conciencia, los japoneses mezclaron a los reos, forzándolos así a atacarse mutuamente como si fueran perros de pelea).

### *Artículo 11*

La ración alimenticia de los prisioneros de guerra será equivalente en cantidad y calidad a la de las tropas del recinto. Quedan prohibidas todas las medidas disciplinarias colectivas que tengan relación con los alimentos. (Los prisioneros tenían que matar ratas, lagartos y gusanos para poder sobrevivir. Solo les daban, al día, una bola de arroz del tamaño de un puño).

Les será suministrada agua potable en cantidad suficiente. Se les autorizará el uso de tabaco. Los prisioneros podrán ser empleados en las cocinas. (Los prisioneros tenían que romper tallos de ciertas plantas para refrescarse con su savia. Cuando les daban agua se la arrojaban a la cara en cubos para ver cómo se lamían unos a otros para combatir la sed).

### *Artículo 30*

La duración de la jornada de trabajo de los prisioneros de guerra, incluyendo el trayecto de ida y vuelta, no será excesiva, y no deberá, en ningún caso, exceder de la admitida para los obreros civiles de la región que estén empleados en el mismo trabajo. Se concederá a cada prisionero un descanso de veinticuatro horas consecutivas cada semana, preferentemente los domingos. (Aquello era un campo de trabajos forzados, no había tiempo de descanso y, mucho menos, veinticuatro horas).

Que Jim estuviera o no en los dibujos de Jack Bridger Chalker es irrelevante, pero esos dibujos me confirmaron algo que él decía repetidamente: «Cuando me llegó la hora, la muerte pasó de largo». Esta idea lo envolvía en un halo de protección que cualquiera podía sentir. Efectivamente, Jim era capaz de vivir como si la muerte se hubiera olvidado de su cita con él. Un día, estando en una reserva nacional al borde de Canadá, me llamaron para decirme que habían visto que la avioneta en la que Jim volaba con un amigo nuestro se había estrellado al otro lado del lago. Cuando estábamos llegando y vi por el camino los hierros desguazados y piezas calcinadas, tuvieron que sujetarme dentro del *jeep* para que no me desvaneciera. Al llegar, Jim estaba tratando de suturar el

corte en el cuello de un búfalo que, asustado por el accidente, se había quedado enganchado en una valla de espinos. Así pasaba cada vez que la desgracia parecía rondarle cerca. O no tocaba a nadie o le tocaba a otro, y él siempre decía lo mismo: «No te preocupes. Ya te he dicho que a la muerte se le olvidó mi hora». Aunque Jim tenía diecisiete años más que yo, aún era joven, y nunca me gustó esa imagen que él se había hecho de la portadora de su guadaña, a quien veía como una cabeza distraída, porque, como verá usted más adelante, la muerte no se había olvidado de él. O quizás debería decir que la muerte, que sin duda no se había olvidado de mí, esperó a que nos conociéramos para llevárselo y matarme, así, otra vez, una vez más. Pero esto se lo contaré después. Sea como fuere, en aquellos momentos yo quería creer lo que me decía, que sería un vivo eterno. Quizás aquí esté el origen de uno de los sueños recurrentes que tengo todavía hoy. Estoy en una habitación con una gran ventana. Tengo un libro en la mano, pero más que leyendo me entretengo mirando a un pajarito que está en una jaula. Salta de un palito a otro, con esos movimientos algo nerviosos que tienen los pájaros enjaulados. Yo lo observo durante unos minutos, tranquila, y de repente veo que algo le ocurre. Ha caído al suelo de la jaula y sufre temblores, convulsiones. Entonces cojo la jaula y salgo de la casa corriendo para buscar ayuda, un veterinario, alguien, de puerta en puerta. Todo el mundo me remite a otro, a otro, a otro, y yo sigo corriendo y preguntando, cada vez más desesperada y con más prisas, porque veo que el pájaro sufre. Al final, cuando me aseguran que en la acera de enfrente hay una casa donde seguro que podrán ayudarme, cruzo la calle, y justo cuando la estoy cruzando viene un coche y me golpea. Caigo al suelo y veo que la jaula sale despedida hacia arriba, de manera que la puerta se abre, y el pájaro sale sano y salvo, y empieza a volar, exactamente al mismo tiempo que mi corazón se para. Jim decía ser, efectivamente, el alma que, cuando el cuerpo muere, escapa. Solo que, en su caso, volvía al mismo cuerpo justo a tiempo de enlazar el último latido del corazón con el siguiente, el primero en la cadena de una nueva supervivencia. Ojalá hubiera sido así, el palpito eterno de un pájaro libre.

Qué le importarán a usted mis sueños. Pero ya se lo dije, escribo con la ilusión de que otros, quizás, me lean sin tener que juzgarme. Además, quién sabe lo que esos representantes de la psiquiatría forense pueden sacar de

mis sueños. Mi inocencia o mi culpabilidad. Puro azar cuando te evalúa un psiquiatra que desconoce que un cerebro, hoy por hoy, no se puede categorizar. Pero no crea que se me olvida que estoy solo en sus manos. Mi caso no pasará por ningún psiquiatra, algo que sí le agradezco.

Cuántas cosas he tenido que buscar. Yoro fue sin duda la máspreciada, pero cuando conocí a Jim, hacía muchos años que había iniciado otra búsqueda, la de personas que, como yo, no se encontraban cómodas dentro de los esquemas de ninguna categoría sexual. Cualquier etiqueta me hacía sentir como encerrada en un corsé pensado para otro cuerpo, un traje de neopreno con el que cualquier movimiento se hacía pesado y del que uno no puede desprenderse si no es con mucho esfuerzo. Me habría sentido bien desnuda, quiero decir, en una *no categoría*, pero mi estatus acategorístico no era aceptado, porque la gente, sabe usted, necesita poner la etiqueta en el bote de formol de cada especie. El problema es esa superioridad que cualquier etiqueta parece tener por el mero hecho de haber sido aceptada como tal, de haber sido impresa. Eso me parece a veces nuestra vida en sociedad, todo consiste en que unas cuantas personas se pongan de acuerdo y estén dispuestas a pagar por las letras que componen el nombre de su colectivo en una camiseta o una gorra. Las posibilidades del individuo, del solitario, son ínfimas, porque representarte a ti mismo sale muy caro. Hoy hablan de minorías. Me río yo de la exclusión de las minorías. La verdadera marginalidad es la que siente el que no tiene acceso ni siquiera a un grupo minoritario. El mundo está hecho de grandes minorías, pero durante mucho tiempo yo estuve radicalmente sola. Recuerdo ahora las primeras vacaciones que pasé con mi familia adoptiva. Fuimos a Londres y, uno de los días, visitamos el Museo de Historia Natural. Nos apuntamos a una visita guiada que nos mostraría, en grupos reducidos de cinco personas, algunas de las especies que más tarde formarían parte del Centro Darwin del mismo museo. Mis padres y hermana, todos norteamericanos, otro visitante, y yo, conformamos un grupo que siguió a una bióloga vestida con una bata blanca, que fue nuestra guía. Nos llevó a una primera estancia rectangular y cerró la puerta. El olor a formol, a viejo, a muerto disecado

era fortísimo. Me causó mucha impresión. Y luego, en los estantes, me fijé en los cientos y miles de pequeñísimos botes que contenían, según la bióloga, los organismos más simples que quería mostrarnos. Bacterias, vidas invisibles, de menor a mayor, hasta pasar a líquenes o microinsectos. Las sucesivas salas eran también rectangulares, bastante estrechas, y se sucedían una tras otras, como si estuvieran dispuestas a lo largo de un larguísimo pasillo separado por puertas. Y a cada nueva sala, el olor era más intenso, y más grandes los botes que contenían, a su vez, especímenes también cada vez más grandes. Cuando llegamos a los simios y vi aquellas caras prácticamente humanas conservadas en líquido, aquellas manos como de niños, aquellas expresiones tan diversas de según qué rostros, tuve un ataque de pánico que recuerdo muy bien, el primero de mi vida. Ni mi nueva familia, ni la guía, ni el otro visitante me parecían pertenecer a la misma especie que yo. Cualquiera de los animales encerrados en botes de cristal me resultaba más similar a mí que los que habían entrado conmigo para verlos. Entonces tuve pensamientos delirantes, y sentí terror al pensar que, siendo yo la extraña en aquel grupo humano, a la bióloga se le podía ocurrir la idea de meterme en uno de aquellos botes para exhibirme ante el siguiente grupo de turistas. Era un miedo tan potente que empecé a pedir a gritos que me sacaran de allí. Una vez fuera, mientras trataban de tranquilizarme y me daban un poco de agua, no podía dejar de pensar en una cosa: lo que me había pasado me mostraba a vista de pájaro mi propia miseria: de los cientos de miles de especímenes que contenía aquel museo, incluyendo las personas que me acompañaban, no podía sentirme identificada realmente con ninguno. Esa sensación de ser única en mi especie me ha acompañado hasta hoy, cuando eso ha dejado de ser para mí un problema. El problema era cuando sentía que mi unicidad me condenaba a ser invisible, cuando sentía que lo único digno que alguien querría mostrar de mí era mi ausencia.

Estas ideas acerca de la existencia de la ausencia me llevan a recordar mi encuentro con T, la primera de una serie de personas acategorizables como yo, y de la cual nunca más volví a saber. Tendría ella unos veinte años, y la conocí en mi segundo viaje a Hiroshima después de mi marcha a Estados Unidos tras ser adoptada. Es curioso, porque T se declaraba

asexual, y aunque hoy en día la asexualidad esté considerada como una categoría, no deja de ser una categoría inasible. La gente no comprende la ausencia. Comprende mejor el excedente, la sobreabundancia, la exageración del deseo, una orgía desmedida. El hambre se entiende como la falta de comida, pero pocos la entienden como lo que es: una falta sin referencia, un hueco lleno de hueco. Igual pasa con la asexualidad, se piensa en ella como la falta de deseo sexual, pero no como una entidad en sí misma.

T no había sido marcada por *Little Boy*, sino por otra bomba: la lluvia. Ese líquido negro, espeso, que siguió a la explosión. La gente dejó que los mojara y T, como tantos otros, no se protegió. No podía saber que aquel fluido aceitoso, que muchos incluso bebieron, traía una bomba en cada gota, una ametralladora de úlceras y cánceres que al principio no se veían, pero que de un día para otro brotaban fuertes como patatas. Esa capacidad de reciclaje era impactante. Todo siguió así durante muchos años, la gente estaba bien y, de repente, ya no estaba. Así que no todo fue sinceridad en la bomba: la apariencia, el movimiento, no servían ya para distinguir a los vivos de los cadáveres. T pasó los primeros seis meses tras la explosión tan visiblemente sana como calladamente muerta. Pero finalmente sobrevivió, aunque ella sitúa los orígenes de su asexualidad en aquel terreno de apatía, de indiferencia entre lo que se mueve y lo que no se mueve; lo erecto, lo espigado por un lado, y lo débil, lo lacio por otro. T aseguraba no sentir ningún tipo de apetito sexual desde la explosión. Se consideraba, en el sentido más literal de la palabra, asexual. No obstante, cuando T me contaba cuántos seres como ella hay en la naturaleza, se le llenaba la boca de algo que yo llamaría deseo. ¿Lo ve usted? Quizás también yo, como la mayoría, sea incapaz de ver que el no deseo también puede tener su existencia. En cualquier caso, fue al conocerla a ella que comencé a dejar por escrito de manera más sistemática pensamientos que antes copiaba en cualquier papel y acababa por extraviar. Los fui guardando en mis libretas como una especie de registro de las emociones que me causaron ciertas personas. El primero de estos textos se lo debo a T, y aunque lo escribí yo, fue ella quien me hizo pensar, quizás pese a su modo de entender su sexualidad, que hasta en el no deseo habita un erotismo vital. T parecía

estar agradecida por esa especie de comunión asexual que la comunicaba con otros como ella, y de este agradecimiento tomé el título de mi texto, en una época en que mi deseo parecía, si no muerto, sí al menos bien dormido, pues aún no me habían reconstruido el órgano que me lo devolvería. No sentía, desde la explosión, absolutamente nada, y en cierto modo, siendo yo también asexual en aquel momento, agradecí la compañía de su existencia a todos esos seres de los que T me habló.

### Oración de una asexual agradecida

En el origen no estaba el sexo (una sofisticación del proceso reproductivo), sino la humilde materia, que por bipartición se multiplica, en otros seres, en otras vidas, que sin sentir deseo continuaban el proceso. Yo misma me he repetido esto muchas veces, para consolarme, cuando me siento sola. Qué sola me siento. Sobre todo cuando las pulsiones eróticas de los demás me rodean, me sacuden y me meten en un tornado de confusión. Entonces tengo que apretar los párpados contra el viento, contra el polvo, y tan desarraigada me encuentro en el vuelo que quisiera que un coche, una vaca, me golpeará la cara, para sentir así lo que la mayoría siente.

En esos momentos de soledad, desear la carne del otro es mi mayor deseo. Pero otra vez cierro los ojos, ya en mi cama, y por más que lo intento no puedo imaginarme deseando otro cuerpo. Tampoco a mí misma me deseo. Me toco, y también he pedido que me toquen, para ayudarme. Pero sin resultado. Nada. No siento nada, ni con mi mano ni con una mano ajena.

Pero ocurre —y por esto quisiera dar las gracias— que hay otras veces en que me reconozco completa, porque en la tierra hay millones de seres que, desde su condición asexuada, me confirman que yo, tal cual soy, soy tan posible como ellos. A menudo los escucho, cuando salto al agua desde la barca, o cuando camino por el campo. Entonces, a medida que aparecen las voces, la triste excepción desacompañada que soy comienza a recibir luz de su

propia sombra. Por ejemplo cuando, sin querer, piso a uno de estos animalitos y, en su crujido, me anima: «continúa, no arrastres los pies, no estás sola, hay muchos, muchísimas como nosotras»; o cuando, al sumergirme en el mar, siento que algo me roza, como una materia viscosa y blanda sin sexo que me dice, también, que soy un ser tan probable como cualquier otro. A ellos agradezco ese aliento que me dan, desde esas bocas que, siendo tan diferentes a las mías, tampoco besarán la piel genital de un órgano que no les incita a nada.

Doy las gracias:

A la medusa que, desde la calma, marca la piel como un mordisco que arde, y en su gelatina es portadora —como el tigre es, permanentemente, portador de sus rayas— de la lubricación independiente del estímulo ajeno. Siempre mojada por dentro toda ella parece humedecerse a sí misma. Y son sus propias contracciones las que la desplazan. Así se mueve el aguaviva: primero toma agua desde su estómago, y luego, como propulsor, la expulsa, haciendo del orgasmo algo tan habitual como un pie que sigue a otro pie, un paso más en su andadura.

A la lombriz que reptaba bajo tierra, que se desliza aireando el suelo, y regala sus desechos nitrogenados a la fertilidad de la materia asexual. Y qué poco pide a cambio. Es tan generosa que sus últimos días los vive en una cajita de cartón en la tienda de pesca. Y de ahí pasa la lombriz al anzuelo, y todavía sin pedir nada ofrece, a partir de la agitación de su cuerpo largo convertido en cebo, su último regalo: hacer agua la boca de muchos peces.

A la estrella de mar, que siendo asexual es infinita, porque lleva en sí misma tantas estrellas como brazos le quiebran, y a partir de una esquinita partida, el astro se regenera, y comienza a extender sus rayos (ilumina) la roca oscura submarina. Al principio, cuando se rompe, es solo un brazo como un dedo, pero luego el dedo se va ensanchando en un círculo, y después se ramifica, y entonces

comienza a moverse, muy lentamente, lamiendo los fondos como una mano abierta que tiene una boca en el centro.

A la salamanquesa, que clandestina se cuela en la habitación de los amantes en verano. Y cercana a la bombilla escucha con sus oídos sin orejas los gemidos, que no comprende, pero cuyas vibraciones siente en sus dedos adhesivos, desde la verticalidad de una pared que, cuando la mano caliente apague la luz, se irá enfriando. A ella no le hace falta comprender el placer humano, pero el frío sí lo entiende, todo el mundo entiende el frío (yo también lo entiendo) y, antes de que llegue el invierno, se reproduce consigo misma. Es la partenogénesis, que dará lugar a dos huevos, dos veces al año.

Tras sus años en el Ferrocarril de la Muerte en Birmania y el buque *Oryoku Maru*, Jim nunca habría imaginado que le encomendarían la misión de ocupar el país responsable de sus torturas. Habría preferido volver a casa pero, por otro lado, nadie que realmente le importara estaba esperándole, y la rutina militar acaso le daba la sensación de formar parte de un engranaje para el cual quizás sí era necesario. En realidad, él bien sabía que, como cualquier otro soldado, era totalmente prescindible, pero le aliviaba creer a sus superiores cuando aseguraban la importancia de cada individuo y, puesto que habían ganado la guerra, no había razón alguna para no confiar en que se había ganado en parte también gracias a él. Todo podía ser, y en los momentos de soledad fantaseaba con la idea de haber sido él el aleteo de la mariposa que desencadenó el huracán redentor.

Jim fue liberado en septiembre de 1945 por las tropas norteamericanas. El primer contingente de las fuerzas de ocupación lo formaron quince mil soldados. Durante los siguientes siete años seguirían llegando otros miles de norteamericanos. Mientras que Jim ya estaba familiarizado con la mentalidad japonesa, aunque fuera a través de la conciencia de que un entendimiento profundo era imposible, los americanos que pisaron Japón por primera vez se encontraron con una sociedad que jamás habían confrontado. Apenas sabían nada de aquel país. El lema con el que Sadao Araki, general de la Armada Imperial japonesa, se enorgullecía de las

diferencias entre su cultura y la cultura invasora era: «El sable es nuestra Biblia de acero». El conservadurismo bíblico de las fuerzas de ocupación era rebatido, con cada imagen, con cada palabra, a través de la moral de un pueblo que no se guiaba por unas escrituras sagradas, sino por una casa imperial descendiente del mismo sol. Todo aquello que constituía el ideal de vida americano encontraba en Japón sus antípodas. No tenían ellos —mis padres, mis hermanos— necesidad de la palabra de un profeta, porque llegando el calor del astro a todos los continentes, la aceptación de su poder debía ser absorbida no a través del oído, sino de la misma piel, sin cuestionamiento, pues la temperatura de aquello que desprende calor es un dato físico, irrefutable. Ese sol que alumbraba nuestra tierra era como la bola de fuego que pertenecía, por su nacimiento, solo a Japón, y pensaba mi país ser el dueño de unos preceptos que debían extenderse, como los rayos solares, por todo el orbe. Cuando Estados Unidos luchaba por expandir su imperio, Japón luchaba por la misma causa, pero con una diferencia: los norteamericanos se justificaban con armas y discursos, los japoneses solo con armas, porque el solo hecho de que el sol volviera a salir cada día les daba mayor autoridad que cualquier palabra.

Haber conocido a Jim, haber conocido, sobre todo, el amor con Jim, hizo de mí una esponja que se empapaba con cada noticia, cada relato, cada testimonio de la tragedia de Japón. Fue este amor por un extranjero lo que curiosamente me llevó a interesarme por el sufrimiento de mi pueblo, pues antes de conocerle yo misma estaba tan herida por mi gente que creo que poco a poco me habría ido desligando de mis raíces. Pero, a partir de Jim, cualquier cosa que escuchaba, la retenía. Recuerdo un vídeo de propaganda que en 1945 lanzó el gobierno norteamericano, describiendo el espíritu japonés. Una de las descripciones estaba vinculada, precisamente, con el sol. Las palabras que acompañaban aquellas imágenes decían que el emperador, al ser descendiente directo del sol, era lo más brillante, lo más alto, y cumplía todas las siguientes funciones a la vez: la del presidente de Estados Unidos, la del primer ministro de Gran Bretaña, la del Papa, la del arzobispo de Canterbury y la de la cabeza de la Iglesia ortodoxa rusa. Del emperador Hiroito todo manaba y todo en él subsistía. Cuando pasaba por la calle, las ventanas del primer piso —apuntaba el vídeo propagandístico—

debían cerrarse. Igual, exactamente, que si pasara por la calle el gran astro y tuvieran las casas que protegerse de su irradiación. Había grandes diferencias con la mentalidad americana. Pero se aseguraba que: «Debemos intentar entender a Japón, pues japoneses y americanos hemos estado encerrados en la más cercana de las relaciones posibles: la guerra. Y nos guste o no, nosotros y los japoneses vamos a tener que ser amigos durante largo tiempo».

Estos vídeos estaban destinados a preparar a las fuerzas de ocupación para los años que les esperaban. Cuando los primeros norteamericanos que desembarcaron en Japón liberaron a sus compatriotas de los campos de concentración, las imágenes de los cuerpos torturados, famélicos, moribundos, muertos, les provocaron una repulsión que, no obstante, fue mitigándose a medida que fueron descubriendo y quizás, en cierto modo, comprendiendo los sufrimientos que había padecido la población civil japonesa. Miles de huérfanos caminaban, pedían, robaban por las calles de Tokio y otras ciudades atacadas. Apenas había agua y comida. Algunos tragaban serrín para obtener su ración de fécula, y a modo de proteínas comían, por consejo del gobierno, reptiles, ratas e insectos. Escuché una vez el testimonio de Kitty Teraki, una japonesa que vivió durante los años de ocupación, que decía que con las raciones que daba el gobierno era imposible mantenerse con vida. Un profesor intentó demostrarlo, y trató de sobrevivir sin comprar nada en el mercado negro. Al poco tiempo, murió.

Otro testimonio decía que, durante meses, lo único que hicieron los vivos fue enterrar a los muertos. Aquel acto permanente de enterramiento me impresionó y sigue impresionándome hasta hoy. Ciertos testimonios nunca se olvidan. Ya sean directos o indirectos. Así, recuerdo cómo Daniel Machover contó sus sensaciones al filmar una misa de Nochebuena en diciembre del 45, en la catedral de Urakami, en Nagasaki. Todo alrededor era destrucción, desierto, muerte, pero del interior de la catedral salían unas voces *angelicales* —utilizaba él esta misma palabra— que, por el contraste con la desolación exterior, le parecieron un espejismo. Entró en la catedral y, efectivamente, las mujeres vestidas con kimonos cantaban «Noche de paz». La catedral de Urakami o catedral de Santa María, entonces totalmente destruida por la bomba atómica de Nagasaki, había sido

levantada en 1875 debido a la gran presencia de cristianos que había en la zona. Pudo construirse cuando cesó la persecución contra el cristianismo. Aquel día de Nochebuena, escuchar aquellas voces y ver a las mujeres con aquella expresión de paz, y vestidas con sus kimonos, tan limpios como las circunstancias permitían, hizo que en la mente de Daniel Machover se juntaran dos tipos de mártires: los que habían perdido la vida en defensa de una religión y los que la habían perdido en defensa de un imperio. Aquellos cánticos eran cantos de muertos, hermosos, pero cantos de muertos que habían sobrevivido tan solo para seguir siendo muertos.

Mi aventura en la búsqueda de sexualidades que pudieran acoger las que por entonces eran aún incertidumbres acerca de mi identidad comenzó en Hiroshima, mi ciudad, adonde regresé cuando cumplí los veinte años. Antes había comenzado este relato de mi búsqueda sexual con el encuentro con T, que se correspondió con mi segundo viaje a Hiroshima. Comencé por ella porque, en su asexualidad, veía yo las mismas raíces de mi tristeza, esa falta, ese vacío no ya únicamente de deseo, sino de aliados, de modelos, de compañeros. Pero incluso antes, en mi primer viaje, ya había conocido a N. El motivo por el que fui a su encuentro fue porque era una conocida experta en desviaciones sexuales. Ya ve usted que, en mi soledad, estaba incluso dispuesta a adscribirme a cualquier tipo de desviación sexual con tal de que estuviera etiquetada, escrita, con tal de que constituyera una entrada en un diccionario de seres raros. Qué injusta me hizo conmigo misma la soledad.

Nos citamos en el banco de un parque, frente a la escultura que se encontraba en su mismo centro. Todo estaba verde. Me sorprendió porque la última vez que vi aquel parque sus árboles no conservaban ni una sola hoja. En el punto de impacto de la bomba, la temperatura de la tierra llegó a los 4000° C. Estas cifras le resultarán tan enormes que no podrá hacerse usted una idea sin otras referencias. Le diré, entonces, algunas cifras para que pueda comparar: la temperatura máxima de la superficie del Sol es de 5800° C; a los 1500° C el hierro se funde. Ahí tiene referencias. Mi ciudad se calcinó a una temperatura que oscilaba entre el calor del metal líquido en una fragua y el calor del sol. Como los bultos de cabezas tan hinchadas que

triplican su tamaño, hay otros personajes que pasean por mi recuerdo y por los testimonios que completaron mis primeros días de inconsciencia. Son aquellos que miraban al cielo mientras caía la bomba, y que se mencionan siempre con palabras muy concretas: un verbo —sujetar—, un nombre en plural —ojos—, otro verbo —salir— y otro nombre —órbitas—. Tras dejar la escuela el día de la explosión, recuerdo haberme cruzado con hombres y mujeres que deambulaban sujetándose los ojos con las manos para que no se les salieran de las órbitas. Los ojos de N —pensé la primera vez que la vi— eran tan negros que parecían huecos.

N no era una *hibakusha*. Había vivido siempre en Hokaido, y el día del ataque ni siquiera se enteró de lo que había ocurrido. Hasta una semana después no comenzó a escuchar algunas noticias, pero la magnitud de la nueva arma era difícil de imaginar, y N no le dio más importancia que a las bombas incendiarias que habían destruido el setenta por ciento de Tokio. Nadie que no hubiera estado en Hiroshima el día del ataque podría haber imaginado mayor destrucción que ese setenta por ciento de la ciudad más importante del país. N me escuchaba, pero al principio me angustió pensar que yo veía algo que ella no veía, que ella no podría ver mi sufrimiento. Quería contarle lo que yo había vivido, pero me preocupaba pensar que como mucho conseguiría que viera algo que ya no era, la luz que llega de un sol apagado. Por eso le recordé las cifras que ya le he proporcionado a usted: esas más de veinte mil bombas como las de Hiroshima que se esconden por todo el planeta.

Comencé a contarle mi historia a N mostrándole algunas fotos de diferentes años. Pensé que sería buena idea comenzar por ahí. Era un modo suave de introducir, sin tener que contar lo principal de una manera brusca, lo que muchos consideraban una paradoja, pues normalmente la gente se sorprendía cuando yo aseguraba que la bomba había transformado mi apariencia positivamente, y que ya no podía reconocerme en las fotografías anteriores a aquel lunes 6 de agosto. La bomba —así se lo dije también a N— se atrevió a cambiar partes de mí que aborrecía, y esbozó nuevos rasgos que más tarde, cuando tuviera el dinero suficiente, intentaría fijar de modo definitivo mediante la cirugía. En realidad, estas afirmaciones, que podrían parecer duras en exceso, tenían una explicación muy sencilla: antes del

ataque, yo ya era una víctima y, de todos mis allegados, la bomba fue la única que supo verme como lo que era.

En las fotos me veía hermosa. Quizás esa belleza hizo que N, visiblemente sorprendida, se planteara la pregunta que me hizo. Me preguntó si había vuelto a tener relaciones sexuales. Le respondí que había estado con tres hombres, pero que los tres debieron de ver algo que les asustó. No podía asegurarlo —le dije—, porque no había visto otro sexo femenino, pero yo creía que las operaciones practicadas hasta la fecha no habían tenido el éxito que me prometieron. Desde entonces era la única parte que no le dejaba ver a nadie, ni siquiera a los médicos. Por eso creo —hasta hoy— que ninguna de las enfermedades que tuve pudo entrarme por ahí. Mi sexo ha sido fuerte como un refugio atómico, solo que, lastimosamente, por mucho tiempo, nadie quiso entrar en él.

Recuerdo una noche en una playa de Florida. Pasó algo que me hizo ver, desde fuera, esa desorientación que un hombre sufría al entrar en mí. Lo vi escena por escena. Y por este orden se lo conté a N:

Yo haciéndome agua,  
Yo caminando por el desierto,  
Yo aplastada por una rueda.

Había ido, como solía, a sentarme en la arena, sola, tranquila, para mirar el mar, que en esos momentos es lo mismo que decir para mirar nada, para pensar en nada. Tenía las manos enterradas, imagino que buscando, por su cuenta, la humedad. Creo que fue en las manos donde primero noté la sensación que me trajo de vuelta al pensamiento. Algo empujaba mis dedos. Luego lo sentí también en las plantas de los pies, que me había descalzado. Me levanté. La vista se me había adaptado a la oscuridad lo suficiente para ver que, justo donde yo estaba, la arena se elevaba formando montoncitos. Al principio me pareció que se abrían unos agujeros pequeños, pero enseguida me di cuenta de que lo que parecían agujeros no eran huecos, sino masa, cuerpos. Eran las pequeñas cabezas, patas, picos, caparazones de cientos de tortugas, que rompían los huevos que, sincrónicamente, como un reloj biológico latiendo en todas a la vez, habían desovado sus madres. Miré

alrededor de mí y vi que salían de diferentes nidos, de esos círculos cuyo diámetro debía de corresponderse con el de la redondez de la tortuga adulta. Eran tan numerosas que parecían hormigas. Pero cuando emergían de la arena por completo y se mostraban enteras, eran bonitas, mucho más bonitas que un insecto. Yo sabía —porque lo había escuchado alguna vez— que las recién nacidas debían, inmediatamente, caminar hacia el mar. Al contrario que nosotros, que al nacer buscamos el aire, ellas debían regresar a las aguas. Sin ayuda, solas. Apenas comenzando a vivir, en el tramo que separa el nido y el agua está ya la peor amenaza, una pampa vigilada por las alimañas de toda frontera. Me sentía afortunada por presenciar aquel momento, y ansiaba ver cómo se salvaban. Pero, en lugar de caminar hacia la orilla, comenzaron a moverse en el sentido equivocado, hacia la autopista. Me angustié. Al acercarme vi cómo se dejaban en la arena las babas, el moco que en el huevo las protegía. Si llegaba un depredador, un zorro, un perro, yo estaba dispuesta a ahuyentarlo, a darle una patada. Pero cómo conservar lo más difícil: esa humedad que intuía tan necesaria; esa lubricación que yo misma, tantas veces, había visto cómo se secaba desde dentro, sin llegar a humedecer al hombre que, al desnudarme, al descubrirme, al ver eso que yo aún no sabía explicar, huía. Así iban ellas hacia el asfalto seco, hacia esa carretera que separaba la playa de la gran ciudad. La contaminación lumínica no era entonces tan elevada como hoy. Pero las luces artificiales eran ya en algunos tramos exageradas. Las tortugas habían confundido la luz de la autopista con la luz de la luna; el sonido de los coches, con el de las olas; y se deslizaban en dirección opuesta a la que miles de millones de otras como ellas habían, desde la prehistoria, seguido. Tenía miedo de moverme, porque las tortugas seguían saliendo y no quería pisarlas. Me quedé quieta, viendo cómo agitaban torpemente sus aletas, pobres reptiles que, siendo marinos, daban sus primeros pasos en tierra. Así se desplazaban, nadando sin agua, hacia las luces de los coches, que pasaban veloces, en un silbido continuo, ajenos a aquel ejército que, desorientado, marchaba contra sí mismo. Comenzó a lloviznar. No pude soportar esta visión: las pequeñas tortugas estrenando sus pulmones en un charco de alquitrán, aceite de coche y agua sin sal. Se me ocurrió una cosa. No solo la ciudad, también yo podía proyectar, si

quería, y desde más cerca, luz artificial. Encendí la linterna. Apunté el foco hacia la hilera de caparazones y luego hacia el mar. Repetidas veces. Durante los primeros segundos no pasó nada, pero pronto los animales cambiaron el rumbo para seguir mi foco, que yo dirigí hacia ese líquido que las había perpetuado en la cadena que lleva del instante al día, del día al año, del año a la era. Me metí en el mar solo hasta las rodillas para poder ver cómo entraban. Las vi llegar a todas hacia el agua. Desde la primera, que de camino hacia la autopista habría sido la última, hasta la última, que habría sido la primera. Me senté de nuevo para mirar el mar, que en esos momentos es como decir para mirar nada, para pensar en nada. Pero esa vez no funcionó. Sí pensé. Y me imaginé a mí misma deslizándome hacia la autopista, desecándome, perdiendo en el camino todas mis humedades, por esa arena de la playa que en mí era legaña en la lengua que me impedía explicar lo que me define: mi diferencia. Me vi reptando. Lastimosamente, en aquella playa no habría nadie que me ayudara, nadie que dirigiera una luz hacia mi cuerpo para indicar al hombre que me desnudara lo que yo no quería, no podía, explicar, y que en mí se entraba no a pedir explicaciones, porque yo no podía darlas, sino a nadar en el mar, que es lo mismo que a pensar en nada.

Por supuesto, esta experiencia no le sirvió de nada a N. Me dijo que tenía que ser menos alegórica y que, si quería que me ayudara, debía enseñarle eso de lo que los hombres huían. Pero en aquella época me resultó imposible. No estaba preparada. Ni siquiera yo quería verlo. Nos despedimos.

La alegoría fue el único nivel que, durante mucho tiempo, logré alcanzar para explicar lo que me pasaba. Ahora, evaluándolo desde la distancia, me alegro de que ocurriera así, porque creo que aquella manera mía de expresarme se correspondía con cierta ingenuidad, con algo de pudor, de timidez. Me gusta recordar que pasé por esa etapa que, creo, todo el mundo debe conocer, y me alegra especialmente a la luz de los acontecimientos posteriores, porque después vendría más brutalidad, acabarían arrancándome la delicadeza que antes tenía al contar mi historia, y comenzaría a contar las cosas como fueron, literales, directas, duras, hirientes. Sin mar. Sin agua para aliviar la fiebre.

Jim también insistía a menudo en esa idea de que no hay entre los hombres relación más íntima que la de la guerra. Ni el amor, ni la amistad, ni cualquier otro tipo de relación pueden ofrecer en mayor medida que la contienda aquello que está en la base de lo que acerca a los hombres: su conocimiento. En la guerra, la supervivencia depende del conocimiento del enemigo. Cuanto más se le conozca, mayores posibilidades habrá de seguir con vida. En la guerra se conoce lo más íntimo de las personas, todo aquello que un hombre es capaz de hacer a su enemigo, pero también todo aquello que un hombre es capaz de hacer a los suyos, a su propio padre, o hijo, por el daño que a su vez el enemigo le causó. La guerra de fuera se cuele siempre en la guerra interna, de uno mismo, del hogar, del corazón. Así, Jim me contó que mientras trabajaba en la selva birmana, entre los prisioneros había un camarada que tenía escondida una flauta. Cuando, por las noches, el lamento de los torturados o enfermos les resultaba insoportable, le pedían que la tocara para camuflar los gritos. Un día, una de las niñas que los guardias mantenían en el campamento para preparar la comida le descubrió tocando. Todos esperaban el chivatazo, que tal vez le valiera a la niña una ración de comida extra, o algún ungüento para calmar la comezón de las picaduras de insecto. Pero a la noche siguiente la niña volvió a la tienda. Sigilosamente se acercó al flautista y, con gestos, le pidió que le dejara la flauta. Puso sus dedos en los agujeros y sopló. Al primer sonido, la dejó inmediatamente en el suelo y corrió. Y otra vez, a la noche siguiente allí estaba de nuevo. Y así siguió volviendo a la tienda las noches sucesivas. Cada vez soplabla durante más tiempo. Nada melódico podía salir de ahí, por eso alguien le preguntó en su idioma por qué le gustaba el sonido. Ella dijo que no estaba segura, pero que la flauta le recordaba a un juego que le obligaba a jugar su padre ya muerto, solo que de aquella flauta de nuestro compañero solamente salía viento. Al escuchar esto, alguien le quitó a la niña la flauta de la boca y le dijo que no volviera. Unos días después la vieron de rodillas en la arena, más sucia de lo habitual, despeinada, parecía enloquecida, desligada de la realidad. Sostenía en sus manos un gran lagarto

muerto. El único movimiento que hacía era llevarse la boca abierta del lagarto a sus labios y, con cuidado, soplar.

Esta anécdota de la flauta, así como la descripción anterior de las voces que cantaban «Noche de paz» en la catedral de Urakami, trae a mi mente una serie de asociaciones que me llevan a pensar en una tercera idea musical vinculada, precisamente, a mi búsqueda por aquellos años de mi identidad sexual. La tercera de las asociaciones musicales me sorprendió hace solo algunos meses. Una de las pocas veces que, en el campo de refugiados, conseguí conexión a internet, un amigo me enviaba una parte del diálogo de una película, en la cual uno de los protagonistas explica la ninfomanía mediante el concepto de polifonía en Bach. Al igual que la polifonía introdujo la posibilidad de tocar o cantar diferentes líneas melódicas simultáneamente, la ninfómana consideraba que todos sus hombres eran, a la vez, uno solo. En mis años de incertidumbre, de adolescencia, no había yo aún vivido lo suficiente para recoger experiencias de las que pudiera apropiarme para mi tranquilidad espiritual, ni asimilarlas de acuerdo con la sofisticación de procesos culturales paralelos, y lo más cercano a esta idea de reconocer la unicidad de múltiples voces fue ese símil del puente que comenté antes: a saber, que si algo intuía en aquellos años era que mi búsqueda sexual era como un puente arqueado que permite al paseante, a mí, ver el paisaje desde diferentes niveles. Ver los paisajes innumerables, los infinitos sexos, dentro de un solo paisaje, un solo cuerpo.

A pesar de que cuando conocí a Jim ya estaba lejos de la incomodidad de cualquier tipo de incertidumbre que involucrara a mi sexo, con él volví a sentirme vulnerable, expuesta, débil, y preferí, antes de tener mi primera relación sexual con él, escribirle mis circunstancias en una carta, que él conservó siempre y que, tras su muerte, regresó a mí. A continuación, parte de la carta. No transcribo el encabezamiento, la despedida u otras partes que no afectan al hecho principal que me llevó a escribirla, aquello que temía que Jim rechazara. Usted será capaz de ver, al leerla, que ya desde mi nacimiento me marcaron con la primera de las imposiciones, que tan difícil haría mi vida. Lo que no podrá imaginar es hasta qué nivel de felicidad ha terminado por llevarme aquella imposición que durante tanto tiempo vi solo en sus aspectos negativos. Aún ahora, cuando escribo, lo hago bajo los

efectos de lo que para mí también ha sido un descubrimiento. El más feliz e inesperado. Pero ese último descubrimiento lo dejo para el final de este testimonio, porque cuando escribí mi carta a Jim yo ni siquiera sospechaba lo que se iba acercando para resarcirme de todo mi dolor. Lea, pues, por ahora, solo parte de mi carta...

***[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)***

## **TERCER MES:**

### **Intersex**

Nací con un trastorno de diferenciación sexual. Este es el nombre clínico. Quizás te sea más familiar el nombre común con que se refieren a nosotros: intersexuales, o hermafroditas. Pero mi conciencia nunca ha sido mixta, siempre ha sido de mujer, desde que era niña, aunque fui educada como un niño. Al nacer, los médicos y mis padres decidieron que era un niño, pasando por alto ciertos rasgos ambiguos y el órgano femenino que por fuera no se veía: un útero a medio formar. Me llevaron a un colegio de chicos y me criaron ocultándome que mi sexo fue motivo de confusión para los médicos durante mis primeras semanas de vida. Hasta los doce años mis dificultades tuvieron que ver con mi peinado, mi uniforme, las proyecciones que mis maestros hacían viéndome como hombre en el futuro. Pero cuando crecí y fui desarrollándome, los conflictos fueron abarcando más campos, desde la manera de vestir y el corte de pelo hasta los cambios internos. Mi testosterona, aunque débil, no lo fue tanto como para dificultar que, en mi pubertad, comenzara a salirme vello, como al resto de mis compañeros de escuela, y experimentara otros cambios visibles, que corrían en paralelo a la producción de semen en mis testículos. Lo que antes habían sido simples cosas externas, como mi vestuario, pasó a ser orgánico, inherente, y una mañana me levanté con el uniforme ya puesto. Lo más traumático fue no poder desvestirme de esas ropas con las que los demás me habían vestido. Las imposiciones ajenas, como abdómenes de araña que van secretando su hilo, me habían ido atrapando hasta convertirme en la presa que no era. Y, entre la tela, un margen de movimiento: mi pene diminuto respondiendo a los estímulos de mi mano izquierda. El bichito masturbador explorando las

ventajas de su nueva máquina. Pero no bien la leche densa me ligaba los dedos con membranas de ave acuática, me preguntaba si ese clímax sería suficiente para compensarme.

Un día comencé a pensar en la automutilación. Y luego comencé a hacerlo cada vez con más frecuencia. Aquellos pensamientos quizás podrían haberse quedado en el alivio de una fantasía, en un jugueteo de la mente como evasión. Por eso me alegré de que la bomba se lanzara a materializarlos. Aunque verme la cicatriz no fue fácil, y me pasé semanas llorando por el pene que siempre, e incluso entonces, había detestado. Durante mucho tiempo dormí bocarriba porque extrañaba la fricción del pequeño apéndice entre el futón y mi piel. Pensaba en él como en la cola que, separada de la lagartija, gasta sus últimos coletazos en un intento por reencontrar su cuerpo. Me habría dolido menos imaginar mi pene carbonizado, inerte, hecho puré; pero lo imaginaba sacudiéndose, buscándome entre las ruinas de Hiroshima como un lagarto sin ojos. Ese lagarto ciego y perdido ha sido otras de mis pesadillas recurrentes hasta hoy.

Jim, cuánto dolor. Diez años. Diez años estuve sintiendo el desamparo de un reptil que extraña el coleteo del mismo rabo que desprecia. Mi espíritu basculaba entre el alivio de la pérdida y el dolor de la castración, en el pasadizo reptante entre su mutilación y el deseo de ver mi cola regenerada en un órgano diferente. Y, por fuera, el sexo de una muñeca. Ni pene ni vagina. La explosión también me había afectado a los testículos, que habían quedado reducidos a la mitad de su tamaño en el escroto.

Luego vino el periodo. En un principio me alegré, y hasta me pareció que la bomba me había alcanzado para hacerme mujer, como suele decirse, para inaugurarme con ese líquido que desde niña había soñado como lo que vendría a confirmar a todos lo que yo era. Pero ahora no me atrevo a llamar menstruación a esa sangre porque, al principio, era solo una pequeña mancha cada dos meses, y luego, durante algunas temporadas, un sangrado abundante y prolongado que en una ocasión llegó a durar tres semanas, ocasionándome una pérdida de hierro que me dejó sin energías y me imposibilitó para llevar a cabo hasta el acto más sencillo de mi vida diaria. Incluso algo tan sencillo como inclinarme sobre el lavabo para lavarme la

cara por las mañanas era un esfuerzo terrible. Con el tiempo comprobaría que la menstruación nunca me vino en su justa medida, y su escasez o sobreabundancia tan solo venían a confirmarme que esa sangre era una muestra más de la indefinición de mi cuerpo.

Ya entonces comencé a sentir el deseo de ser madre. Jim, tú eres padre. Sé que tu hija vive, pero también sé que ahora, hoy, está perdida, y sufres su ausencia. Yo, cuando sentí esa necesidad de ser madre, sentí la peor presencia: la presencia de lo que nunca ha existido. No puedo comparar tu situación con la mía pero, créeme, perder algo que no se ha tenido es también doloroso. Seguía en las noticias cómo algunas de las doncellas de Hiroshima, aquellas que habían quedado desfiguradas por la bomba y luego fueron seleccionadas para recuperar sus rostros mediante cirugía americana y gratuita, hacían declaraciones anunciando que, tras sus operaciones, emprenderían la maternidad. Mientras, les iban difuminando cicatrices, e iban recuperando partes de sus formas, siempre amparadas social y económicamente por el país que, de repente, se había convertido en la tierra del buen humor. Las doncellas de Hiroshima eran recibidas con globos, aplausos. Recuerdo un *show* televisivo llamado *This Is Your Life*. No sé si lo viste alguna vez. En ese programa vi una de las muchas humillaciones que sufrió el Japón derrotado pero que, no obstante, no afectaron ni un ápice a la envidia que yo sentía por las doncellas de Hiroshima. La humillación recayó en ese caso sobre el reverendo Tanimoto, que en aquel momento estaba en Estados Unidos acompañando a aquellas jóvenes. El presentador, con una sonrisa invariable, hacía un recorrido por la vida del reverendo, y para ello se remontaba incluso a su infancia. Yo sabía que el señor Tanimoto estaba allí en su calidad de *hibakusha* y, como todos los telespectadores, esperaba su testimonio, impaciente. Pero el presentador jugaba con el suspense y, entre capítulo y capítulo de la reconstrucción de la vida del señor Tanimoto, ponían el anuncio de un esmalte de uñas, cuyo nombre compartía con el reverendo su carácter eclesiástico: *Hazel Bishop*. El hecho de publicitar un producto cosmético llamado «Obispo avellana» mientras los espectadores esperábamos el testimonio doloroso de un reverendo víctima de Hiroshima me pareció un acto sádico. Pasmado, el reverendo esperaba a que una señorita terminara de frotarse con un

estropajo las uñas pintadas con el último esmalte del mercado, imposible de descascarillar. Además del suspense y el esmalte, se intercalaba en la historia de Tanimoto un factor de intriga: a los pocos minutos de comenzar el programa apareció en el plato la silueta de un hombre que comenzó a hablar oculto tras un panel traslúcido. El presentador avisaba al reverendo acerca de esa sorpresa, le anunciaba el encuentro inminente con un hombre al que nunca había visto. Y antes de salir de detrás del panel la silueta finalmente habló: «El 6 de agosto de 1945 yo estaba volando sobre el Pacífico en un B-29. Destino: Hiroshima». Se trataba de Robert Lewis, copiloto del *Enola Gay*, que —según explicaba el presentador— estaba aquella noche en el mismo plato que el reverendo para estrechar, ante miles y miles de telespectadores, la mano de Tanimoto en muestra de amistad.

Te cuento todo esto para que entiendas que mis ganas de ser madre eran tan potentes que, a pesar de conocer aquellas ofensas, no podía dejar de envidiar a las doncellas de Hiroshima. Al independizarme de la familia que me había acogido comencé a someterme a las intervenciones más asequibles: una mamoplastia de aumento, operación que tuve que repetir años más tarde porque mi cuerpo rechazó los primeros implantes, y un fuerte tratamiento hormonal destinado a feminizar mi aspecto. Todavía tendría que esperar diez años más para afrontar, una vez ahorrado el dinero suficiente, la decisión de fijar la sentencia de la explosión mediante una vaginoplastia. ¿Sabes lo que ello significa, Jim? Lo que trato de explicarte —con mucho temor— es que si, después de leer esto, algún día decides hacerme el amor, el sexo que encontrarás será posiblemente distinto a los otros sexos que has conocido. Esto me aterra. Me aterra que huyas. Por eso, porque no tengo el valor de esperar a que lo descubras directamente en mi cuerpo, te lo cuento por escrito.

Agoté mis ahorros con los viajes e intervenciones en Suecia, pues Estados Unidos en aquella época era todavía reticente a permitir que se realizara la operación definitiva que yo solicitaba. Ya me he recuperado de mis últimas cirugías. Nada duele ya. Pero en su momento sufrí muchísimo, no solo por los dolores físicos, por la recuperación, sino por la carga que supuso saber que nunca tendría un órgano capaz de pasar inadvertido durante la penetración. Sabía que una penetración sería, siempre, un

cuestionamiento de mi sexo y, por tanto, y más grave, de mí misma. La vaginoplastia tuvo todo el éxito que la técnica quirúrgica permitía en aquella época, pero era insuficiente para permitir que un pene de la misma época no me cuestionara a partir de la forma, el tacto, el tamaño de mi vagina. Penes paleolíticos buscaban vaginas estándares, agujeros de dimensiones y texturas similares.

Quedé contenta después de las primeras operaciones. Anorgásmicamente satisfecha, porque la pérdida del glande impidió que se me pudiera recomponer un clítoris, pero aquello me resultaba psicológicamente menos dañino que el orgasmo de un miembro que no reconocía. De todos modos, has de saber que hoy sí alcanzo el placer, pues años más tarde, gracias a otra intervención, rescataron lo que parecía ser, y era, la parte interna de mi clítoris. Puedo decir, por tanto, que he conocido el orgasmo de ambos sexos. Sin embargo, a pesar de quedar ya satisfecha después de tanto esfuerzo, con el tiempo, con la madurez, sí tuve que aceptar que la bomba se había precipitado. De haber explotado diez años más tarde, mi vida podría haberse visto acompañada por la existencia de un hijo. Por eso, en el día de hoy, aún sufro.

Hay otro detalle sobre el que quiero advertirte. Después de leer todo lo que antecede, seguramente te parecerá que son cosas superfluas, pero para mí no lo son. Hubo un rasgo masculino que el tratamiento hormonal no consiguió detener: la calvicie. A partir de los veinte años tuve que comenzar a utilizar peluca. En realidad, nunca sabré si la caída de pelo se debió a una calvicie prematura de mi parte masculina o a los efectos de la radiación en mi parte de mujer. En cualquier caso, para mí fue siempre un signo de decadencia. Hoy, también esta parte la llevo mejor, aunque nunca permito que nadie me vea sin mi pelo o, mejor dicho, sin el pelo de otra.

Lo que me cuesta tanto explicar no es solo mi trastorno de diferenciación sexual. Mi identidad como mujer hace ya mucho tiempo que es diferenciable y, además, debido al tratamiento hormonal y las operaciones, tampoco para los demás debe de existir ningún tipo de ambigüedad. Lo que me cuesta explicar es mi cuerpo, desde los huesos hasta el cabello. Cómo prepararte, Jim, para que lo aceptes y lo desees. Pero aún más duro es lo otro. Ese algo que aún ahora no sabría cómo escribir de

manera que pudieras entender no con la cabeza, sino con ese órgano, cualquiera que sea, que nos permite sentir el dolor ajeno. Lo que más duele es esa imposibilidad que tengo de ser padre, o madre. Me ha sido negado para siempre. Es un sentimiento duro, tan duro que esa renuncia se ha convertido en parte importante de mi identidad, como una aspereza del alma, que ubico en mi medio útero, ese órgano cuyo destino disfuncional fue marcado por las primeras semanas de gestación. El embrión hermafrodita que todos somos durante nuestros primeros días se detuvo para mí, debido a una forma particular de hiperplasia adrenal congénita, en su indeterminación. Ni macho ni hembra. Macho y hembra. Pero, más allá de mi biología, estoy yo, como mujer. Principalmente como mujer. Pocos años después de la explosión comencé a sentir el deseo de tener un hijo. Lo que al principio fue solo un deseo se convirtió al cabo de un par de años en un sentimiento de urgencia por quedarme embarazada que perdura hasta hoy, un sentimiento tan poderoso que pondría todos los medios a mi alcance para procrear.

Durante muchos años se refirieron a mí como *hibakusha*, pero si yo tuviera que darme un nombre me habría llamado «La gestante nuclear», porque la mañana en que un bombardero B-29 lanzó a *Little Boy* sobre mi ciudad y sobre mí, me preñó de un bebé atómico que sentía pero no podía ver, en la pesadilla de un embarazo que prolongó los nueve meses hasta hacerlos durar toda una vida.

Recuerdo los días en que, siendo adolescente, y a falta de clítoris, me masturbaba mediante el pene y pienso que, siendo este mucho más vital que mis ovarios, aquel miembro podría haberme permitido engendrar el hijo deseado. Testículos, amenorrea, hipotrofia mamaria, vesículas seminales indicaban que estaba diseñada para ser padre. Pero la bomba me explotó anticipadamente, cuando era tan joven que no quería ser ni madre ni padre.

Interrumpo aquí la carta que escribí a Jim, dicho ya lo más importante, al recordar una experiencia que tuve con mi amiga S —a la que usted conocerá en las siguientes páginas—. Fue en el año 2008, la última vez que

visité Japón, sin saber que quizás sería, como todo parece indicar, la última visita de mi vida a la tierra donde nació.

S y yo habíamos ido al cine a ver una película de Yojiro Takita: *Okuribito*. En una de las primeras escenas comprendí lo que en su momento me golpeó como una coincidencia extraordinaria. El joven protagonista se enfrentaba a practicar por primera vez, junto a su maestro, el oficio improvisado de *nokanshi*. El *nokanshi* en Japón es la persona que se encarga de preparar el cuerpo del difunto según la ceremonia del *Nokan*, en la que se acaricia, se masajea y se lava el cuerpo con la esponja tibia y amable de una ternura doble: la de una despedida que es a la vez una bienvenida. Al principio de la película el aprendiz, frente a la familia de una difunta joven y hermosa, prepara su cuerpo. La joven parece viva, debido a la dulzura de un suicidio con monóxido de carbono. El *nokanshi* admira el rostro del cadáver. Comienza acariciándole la cara. Pero las suyas no eran unas caricias ordinarias. Le vemos presionar levemente los párpados, los pómulos, la barbilla, como si quisiera destensar los músculos más pequeños. Luego le toma una muñeca, y se la sujeta para empujar la palma de la mano rígida hacia atrás, como si realizara un estiramiento que prepara las extremidades antes del ejercicio físico. Parece que el cuerpo se fuera distendiendo, de manera que resulta difícil pensar que aquellos contactos tengan algo que ver con un final, pues, muy al contrario, parecen estar preparando un despertar. Un despertar a la muerte que es como un despertar a la vida. Así era exactamente cómo me despertaba Jim antes de que yo abriera los ojos. Los masajes que espabilan del sueño al cuerpo aletargado son los mismos que los que animan al cuerpo entumecido a dirigirse hacia la muerte. Pero la coincidencia que más me impactó, porque me condujo a un capítulo tan preciso de mi historia, no fue esta, sino otra que sucedía en la siguiente escena. El *nokanshi* cubría el cuerpo con una especie de colcha y, siempre ante la mirada de los familiares, retiraba bajo esta el kimono de la joven. Esto le permitía meter la mano bajo la tela y comenzar a limpiar la piel sin necesidad de que nadie viera el cuerpo desnudo. En la cabecera de la muchacha, un cuenco humeante de agua, en el que el *nokanshi* mojaba una pequeña toalla que introducía a la altura del pecho. Así comenzaba a lavar el cuerpo. Bajo la tela se adivinaba el recorrido de los dedos

templados, como las patas de un animalito que, sigiloso, abre un túnel a ras de la superficie. Pero, un poco más abajo del vientre, la mano se detiene. El animalito ha encontrado algo, lo palpa, trata de identificarlo. Sin duda, es un pene. El pene entre sus dedos sorprende al *nokanshi*, que mira estupefacto el rostro inequívoco de la joven, sus facciones de mujer, su cabello largo, y comprende, de un golpe, su suicidio.

Creo que comprender el suicidio de un desconocido de golpe, sin palabras, a partir solo del contacto con su cuerpo, era el tipo de comprensión que yo siempre había necesitado. Una comprensión instantánea me habría ahorrado la carta que escribí a Jim, por ejemplo. Una comunicación afásica que, en mi caso, podría explicarse con una endoscopia. ¿Se imagina? Pienso entonces en una cámara situada en un tubo quirúrgico que, por introito vaginal, llega hasta mi útero. Todos los que quiero que entiendan, también usted, están sentados en una sala. La microcámara que recorre mi cuello uterino proyecta la imagen en una pantalla que nos envuelve a modo de cúpula. Nosotros somos la cámara. Por ahora solo vemos rosa. Un túnel rosa. Al final del túnel está la resolución, la comprensión de mi conflicto. Pero, por ahora, esperamos. Esperamos en la suspensión de un cordón umbilical que cuelga de arriba, del cielo, de una bomba que se aproxima y que, en su caída desde el aire, comienza a atisbar una cuadrícula de calles irregulares; comienza, conforme se acerca en picado, a comprender Hiroshima. A comprenderme a mí. No se preocupe, que no acabaré este testimonio sin explicarle lo que hay al final del túnel, al final de mi maltrecho útero.

Estos pensamientos me llevan a enlazar con un manga que me sorprendió por su habilidad de resolver, de una manera tan sencilla como una endoscopia, el conflicto de su protagonista. He de decir que mi acercamiento a la intersexualidad fue paulatino y, al principio, involuntario. No comencé a buscar información de manera consciente, ni recuerdo de qué forma llegué a las primeras pistas sobre casos similares al mío, pero la aceptación de mi naturaleza me inició en la mejor búsqueda: abrirme los ojos como boca para que el anzuelo de la información se me metiera dentro sin buscarlo. Hace unos años encontré por casualidad en una tienda de cómics ese manga que, con elegante simplicidad, explica la tragedia

intersexual. Se trata de una serie de Chiyo Rokuhana. Su nombre —*IS* (*Aiesu*)— hace referencia a la palabra *intersexual* mediante las siglas IS. Este manga, de diecisiete volúmenes, comenzó a publicarse en Japón en el año 2003. Está escrito en un lenguaje sencillo, aunque los dibujos son suficientemente ilustrativos, y por ello no hace falta leer japonés para comprender el conflicto de sus personajes. Jim, o cualquier extranjero, lo habría entendido. En una de las viñetas aparece una maestra señalando en una proyección la imagen de una vagina a las alumnas. En la siguiente, aparecen todas las alumnas ruborizadas, con esas sombras a rayas características con que se muestra el rojo de las mejillas de los cómics en blanco y negro; todas, excepto Hiromi, la protagonista de la primera parte del volumen I, un intersexual que creció como niña a pesar de los genitales masculinos que le enseñaron a esconder. En su viñeta, Hiromi es la única con las mejillas lisas, porque no puede sentir el rubor de la vagina que no tiene. Más tarde, al descubrir en internet que existen otros IS como ella, Hiromi decide, para no perder al chico que le gusta, someterse a una reasignación de sexo, mediante una orquidectomía —conocida vulgarmente como castración— y un desmontaje del pene, que asimismo sería reciclado para la construcción de la neovagina. En su primera visita al doctor, Hiromi se sienta en un potro de ginecólogo. Nunca, hasta ese día, se había utilizado en ese hospital un potro ginecológico para observar de cerca un pene, y Hiromi ve, entre sus piernas, que el número de personas que forman el equipo médico va aumentando, y siente en su sexo más dedos de los que debería tener un solo médico en sus dos manos. Ve, también, los *flashes* de las cámaras que la fotografían, como material científico, y escucha las voces de admiración de los que la examinan. No está ahí sentada como paciente, sino como objeto de estudio. Naturalmente esto me lleva a pensar en los primeros contactos de las víctimas japonesas con los médicos de la ocupación americana. Estaban allí solo para examinar, para estudiar las consecuencias de la radiactividad, y no intervenían ni siquiera en los estadios más simples de reacción como los vómitos o la diarrea infantil. Algunas víctimas seguíamos contribuyendo, sin saberlo, a una investigación vinculada al Proyecto Manhattan. Más tarde leí que los experimentos humanos de dicho proyecto no comenzaron con los japoneses, sino que se

remontaban a algunos meses antes de la explosión, concretamente al 10 de abril de 1945, cuando se inyectó al primer hombre una dosis de plutonio cuarenta y una veces mayor a la media que una persona recibe en toda su vida. Esa inyección radiactiva la sufrió Ebb Cade, un hombre negro de cincuenta y tres años que, herido tras un accidente de tráfico, fue llevado al U.S. Army Manhattan Engineer District Hospital de Oakridge, Tennessee. Cade fue el primero de los dieciocho pacientes a los que se les inyectó una dosis letal de plutonio. Los norteamericanos inauguraron sus experimentos, así pues, con los propios norteamericanos y, preferiblemente, con la población negra.

Si en la época en que escribí mi carta a Jim hubiera ya pasado por mis manos el manga de Rokuhana, quizás no le habría contado por escrito lo que me pasaba de una manera tan literal, con tantas palabras. Quizás solo le habría dicho lo que sentía, y él habría comprendido, como comprendí yo al leer y ver los dibujos de las viñetas, algo así:

A Hiromi le duele un testículo. Se lo toca a través de la falda. Hiromi encuentra el diario de su madre. En un párrafo la madre dice que la llamó Hiromi para que, cuando cambiara de sexo, no tuviera que cambiar de nombre. Por la expresión en el rostro dibujado de Hiromi, parece que está sorprendida y agradecida por ese generoso gesto de su madre. Hiromi decide operarse. Sueña con una vagina artificial. Pero Hiromi también sueña con niños. Hijos que salen de ella. Entonces decide no operarse. Pienso que yo habría querido ser Hiromi. Ser padre, mejor que no ser padre ni madre. Ser padre y luego ser madre. Pero la bomba se anticipó y se llevó, con mi pene, a mi hijo. No puedo escribirlo con palabras. Lo veo a través de otra endoscopia. No es una metáfora. Es una endoscopia. Me abro de piernas y hablo con la boca cerrada. La cámara, de nuevo, en mi cuello uterino. Un latido retumba cada vez más cerca. El sonido no sale de mi sexo, ni del monitor donde veo las paredes rosas, sino que procede de muy arriba, de la bomba que en su descenso corta el aire. Veo que el artefacto tiene unos numeritos que indican su peso, más de cuatro toneladas. Sé que los B-29 tenían fallos de despegue, y que debido a ello la tripulación tenía que armar la bomba en pleno vuelo. Así, veo la mano del último hombre que la toca, Morris R. Jeppson. No tiembla, pero tiene miedo. A lo mejor

Jeppson ignora que de la bomba pende un cordón umbilical. Sigo el cordón con la mirada hacia arriba. Es un cordón muy largo, de 9470 metros. Roza mi vientre. De un lado, la bomba que va a caer; del otro, yo, que espero. También espero que el cordón se acople en mi útero. Pero tengo solo medio útero y el cordón acaba enganchándose fuera de mí, justo en la mitad de útero que no existe. Veo el hipocentro de la explosión y entiendo la incineración súbita del vacío: una columna vertebral de bebé que succiona lo que hay a su alrededor en forma de corrientes de agujero ascendente. Una columna sin médula. Sin nada. De golpe comprendo la bomba emasculadora, que cayó para capar mi pene, y para quemar mi deseo, mi hijo. Era el lunes 6 de agosto de 1945, y la bomba descendía veloz, temprano por entre las nubes soleadas. Eran, exactamente, las 8:16:43 de la mañana cuando mi bebé recién fallecido comenzaba a llorar.

Contarle todo a Jim por escrito fue un alivio. Ahora, visto desde la distancia, creo que aquella carta resolvió uno de los tres problemas más importantes que he tenido en mi vida. El primero fue elegir mi sexualidad en contra de las imposiciones ajenas; el segundo, aliviado mediante la carta, cómo explicarle todo eso al hombre que yo quería; y el tercero, la búsqueda de mi hijo, su hija.

Mencioné antes que mi búsqueda sexual se había iniciado cuando me faltaban aún muchos años para conocer a Jim. Particularmente significativo fue mi encuentro con T, que situó los orígenes de su asexualidad en aquel terreno yerto donde la vida no era ni muerte ni vida, sino algo confuso que no deseaba decantarse por nada. Ausencia total de deseo. Lógicamente, no todas las personas que conocí en esta búsqueda fueron víctimas de Hiroshima, pero las primeras sí lo eran, dado que fue en el momento de mi regreso a mi ciudad cuando comencé a cuestionarme, cuando sentí la necesidad de establecer qué era, realmente, mi sexo. De este modo, conocí a D. Desde el principio me habló con toda franqueza, confiándome no sus vivencias sexuales, sino algo que resulta siempre mucho más difícil de confiar: sus fantasías.

D solo había tenido un contacto sexual, lo suficiente para comprobar que la realidad de otro cuerpo no la satisfacía como cuando se tocaba y recreaba en su cabeza el contacto con un ser negado para la guerra. D no quería solo un hombre cariñoso, ni entregado, ni un buen amante. Su preferencia sexual era clara: quería un hombre que estuviera imposibilitado para coger un arma. Pensaba que la pasión más placentera solo podía dársela alguien que la llevara al orgasmo por medio de la paz que practicaba ese alguien más allá de la cama. Quería una mente invalidada para el odio, una mente a la que se le hubiera cercenado ese sentimiento, un cerebro carente de una parte.

A raíz de sus testimonios y de los recuerdos parecidos que yo también conservo, volví a confirmar que una de las secuelas que la bomba había dejado en nosotros era la permanencia de lo que se había llevado. El hueco que dejó en D la pérdida de la calma, cuando aún era una niña, se llenó con el peso de esa misma pérdida cuando se desarrolló, y vinculó el clímax sexual con la recuperación obsesiva de la paz. Las cosas no desaparecieron del todo con la explosión, sino que dejaron sus contornos llenos de vacío, como si quisieran recordarnos para siempre todo aquello que la bomba destruyó. Lo invisible dolería algo menos, pero ver las siluetas de lo que había sido y ya no era llegó a ser un martirio diario. En este sentido, recuerdo que tras el lanzamiento de la bomba, abajo, en la tierra, los más cercanos al punto de impacto se esfumaron, dejando tras de sí el indicio de su forma en las llamadas sombras atómicas. Las paredes donde habían estado apoyados, los escalones donde se habían sentado, conservaron sus siluetas debido a que la radiación incidía de manera diferente dependiendo de la materia que se encontrara en su camino. Así, si la radiación tenía que atravesar a una persona, la superficie que esta ocupaba quedaba como recortada de su entorno. Conocí a una madre que creía haber reconocido la sombra de su hija en una pared de la escuela. Durante meses estuvo dedicada a la conservación de esa silueta. La protegía del viento y de la lluvia, como quien protege en un yacimiento arqueológico una pintura rupestre, y trataba así de conseguir que no se desdibujara el claroscuro que recordaba la última postura de su gacela. Cuando comenzó la reconstrucción de Hiroshima y derribaron esa pared, la madre abandonó

Japón. Pienso que la diferente incidencia de la radiación en los cuerpos de acuerdo con el tipo de superficie explica la descripción que leí, creo, en la crónica que John Hersey escribió sobre Hiroshima, o quizás fue en un testimonio oral, ahora mismo dudo. Pero, si lo recuerdo bien, un señor expresaba su extrañeza al ver a una mujer que iba vestida con un kimono muy ajustado tras la explosión. Cuando se fijó mejor vio que la mujer estaba, en realidad, desnuda, tan desnuda que no le quedaba ni un centímetro de piel. Sin embargo, los colores de su kimono, al absorber y reflejar de manera diferente el calor de la bomba, habían dejado impresas en su cuerpo las flores del antiguo paño. También el reverendo Tanimoto había hablado de la desnudez de las víctimas. A primera vista parecía que iban en harapos, pero en realidad lo que parecía ropa eran trozos de su propia piel, que colgaban como jirones de tela. Nada de lo que se iba, por tanto, desaparecía, sino que seguía estando en el más doloroso estado: la ausencia. En el hospital viví una escena que tampoco he podido olvidar. Semanas después de la explosión colocaron a una niña al lado de donde yo estaba tendida. Una joven enfermera empezó a desvestirla para poder evaluar la evolución de las heridas. Yo miraba la dulzura con la que esa enfermera, seguramente llegada como voluntaria de otra ciudad japonesa, trataba a la niña. Hacía mucho que no había escuchado un tono de voz capaz de reconfortar. Pero cuando la enfermera, con todo cuidado, le quitó el zapato a la niña, se llevó con él, como si fuera una media, la piel de toda su pierna. Los médicos aún no sabían cómo tratar a los heridos. Ni siquiera los invasores conocían los efectos físicos de la bomba, que tardaron mucho en averiguar. La enfermera se puso a llorar sin saber qué hacer con esa media sin pierna, no se atrevía a tirarla, a dejarla a un lado, porque seguramente ella, como yo, seguía viendo la pierna dentro. De nuevo, la presencia de la ausencia lo llenaba todo hasta el punto de hacer de todos nosotros unos seres inútiles dedicados a cuidar lo que ya había dejado de existir.

D, que se masturbaba pensando en lo que no existía para ella, acaso para nadie, un hombre genéticamente pacífico, estaba obsesionada con una historia que alguien le había leído de niña. Yo había escuchado tantos testimonios de supervivientes, había visto, nada más abrir los ojos, tanto horror durante los días siguientes al ataque, que cuando D me contó lo que

recordaba de la historia se me quedó grabado su relato con tal persistencia que logré recordar yo misma algo más de mi estancia en el hospital: ese mismo relato. Sé que alguien se lo contaba a alguien cuando yo aún no podía moverme. Un relato que habría surgido casi inmediatamente como un respiradero para el horror, algo capaz de permitir que se vislumbrara, al menos, un poco de futuro, y que luego D, que tan solo tenía ocho años cuando lanzaron la bomba, escucharía y recordaría para siempre. Y es que aquella fábula era, en efecto, poderosa para nuestra época.

Aquella historia se convirtió en una fantasía a la que me agarraba cuando ni siquiera Jim podía garantizarme alguna clase de seguridad. Entonces se la contaba. Le contaba esa historia anónima o, lo que es lo mismo, colectiva. Jim me escuchaba como si fuera, siempre, la primera vez. Esto sí que me daba seguridad. Entonces yo le hablaba de ese planeta al que llegará dentro mil millones de años una sonda espacial que enviaremos (o quizás ya hayamos enviado) con información sobre nuestra raza. Pero esta sonda no llevará, como llevó la *Voyager*, lo mejor de nosotros. Ni el Concierto de Brandemburgo número 2, ni un aria de *La flauta mágica*. Llevará, solo, lo peor. Y es normal que este relato surgiera del espíritu de nuestro tiempo y comenzara a difundirse. Después del primer ataque nuclear de la historia, después de saber que a los pocos meses aquella arma se había multiplicado en otros muchos países, era difícil mantener la fe en la paz de la tierra. Así surgiría la historia. Como un mecanismo de defensa. La paz no es posible para nosotros pero sí por nosotros porque, gracias a nuestro mensaje espacial, la calma, y no la guerra, será lo inevitable en otro planeta. Y érase una vez.

Érase una vez una civilización formada por un solo individuo. En realidad, la componían millones de cabezas, pero estaban todas conectadas. Los pensamientos fluían entre todos, y permanecía en la memoria solo aquello que la mayoría detenía en sus circuitos y, así, no llegaba a colarse por los filtros del recuerdo, que estaban situados en una pequeña membrana bajo el tímpano artificial. Cualquier sentimiento que descubrían se extendía por los demás.

Ni siquiera sabían decir yo, sino *nosotros*. Iba la civilización avanzando en sus descubrimientos. El amor fue primero. Se extendió como lo que nosotros llamamos pólvora y que ellos —por las razones que se verán más adelante— no llegaron a llamar de ninguna manera. Luego descubrieron el sexo. Después la pasión. Y así se fueron acercando, peligrosamente, a la rabia. Empezaron a verse copulando con dolor. Se arañaban las pieles metálicas y las biológicas. Ponían en la cama (o donde durmieran ellos, si es que dormían, de esto no me acuerdo) ese sentimiento de enfado que, por desconocido, vinculaban al sexo. Y así se peleaban. Comenzaron a confundirse. El amor y la furia. Por los cables circulaban como la misma cosa. Las córneas, que eran como las nuestras, se les ponían rojas, y no sabían si era del placer de amar o de matar. A punto estaban de descubrir la guerra. Pero cuenta la historia que, tal como nuestras religiones tuvieron distintos mesías, tuvieron ellos, por estar conectados, uno solo: nosotros. Fuimos nosotros, porque, justo cuando los brazos se les quedaron cortos para herir con la profundidad de un torpedo, encontraron la sonda espacial con nuestra información, lo peor de lo que la raza humana fue capaz: la fórmula de la bomba atómica. Pero lo más importante no fue esta fórmula, pues esto, por sí solo, habría sido peligroso. Lo más importante fue que, junto con la fórmula, habíamos enviado un disco que contenía la grabación de los impulsos neuronales producidos en nuestros cerebros durante los días posteriores a la explosión. Todo estaba grabado: las respuestas del sistema nervioso al horror, a la agonía de la calcinación lenta de los cuerpos, a la aparición súbita de un tumor. Hasta las respuestas más pequeñas de nuestro cuerpo en aquellos días fueron recogidas y entregadas posteriormente junto a la fórmula que las causó. El que encontró o encontrará la sonda con nuestra información, sufrió o sufrirá, de repente, el dolor atómico, pasándolo al resto de la colectividad, que lloraron o llorarán lágrimas metálicas como nuestra lluvia ácida. La guerra quedará obsoleta antes de que lleguen a verle los ojos. Se filtrará por el sumidero de la memoria, en esa pequeña membrana bajo el tímpano artificial, antes de fijarse en la información genética de esa civilización de muchos en uno. La guerra que nos voló miles de cabezas será, gracias a nosotros, genéticamente imposible para ellos.

Con uno de estos hombres tranquilos se imaginaba D que hacía el amor. Hacía el amor con la paz. Esa era la única experiencia sexual que le daba placer, basada en la ausencia que siempre la acompañaba, como la acompañaba la presencia de su hermanito cada vez que veía pájaros en el cielo. Ese peso de lo que ya no era marcaba gran parte de la soledad de D, así como su particular obsesión sexual. Me contó que en la época del ataque vivía en uno de los pocos edificios de cemento que había en Hiroshima. Jugaba a ayudar a su madre mientras esta limpiaba los cristales del apartamento donde vivían, en la tercera planta. Se había subido en una silla para ser más alta. Me dijo que las dos veían cómo su padre columpiaba a su hermano en el parque. Su madre mojaba el paño en la cubeta fijándose en el vaivén del columpio y, como si ya presintiera algo, no le prestaba tanta atención a D como a lo que ocurría en el parque. El niño parecía venir hacia ellas empujado por su padre para, de nuevo, retroceder, pertinaz en el juego. Dijo que con la explosión el niño salió despedido hacia arriba en su último balanceo y que, a través de los cristales hechos esquirlas, vio la transformación de su hermano a lo largo de la trayectoria desde el aire hasta el suelo. Sin abandonar su forma de niño, todo él, en pleno vuelo, se ennegreció. Ya no era carne lo que volaba, sino polvo prensado en forma humana que, en su caída, comenzó a desunirse como lluvia de ceniza. Al mismo tiempo vio que igual pasó con los pájaros que volaban en aquel momento. Mientras batían las alas pasaron de pájaros a moléculas de carbono. Así, sin fuego, sin heridas, el pájaro terminaba en su metamorfosis más lógica: la ingravidez perpetua, el vuelo más ligero, libre de esfuerzo y de alas. Los pájaros serían desde entonces para D la sombra volante de su pequeño hermano, siempre presente sobre ella, cada día y, acaso, lo que la llevaría a buscar el orgasmo en la paz del vuelo indoloro.

Yo no era como D. Mi deseo se manifestaba con hombres reales y, cuando conocí a Jim, le deseé con todas mis fuerzas. Sus conocimientos de botánica, de ornitología, y el modo que tenía de transmitirlos, azuzaron mi libido, porque hasta entonces yo no había reparado en las vidas más

sencillas, pájaros y plantas, y descubrirlas así, de un soplo bajo el sol, me estimuló físicamente.

El mismo día en que nos conocimos en los claustros de Tryon Park me llevó a su apartamento. Vimos una película sentados en su cama. Me daba miedo lo que vendría después. Estar en la cama con un hombre al que no solo deseaba, sino que me gustaba, me produjo cierto temor, porque sabía que todo podía terminar en un minuto, en ese instante de la penetración por la que se desvanecía la fuerza del encuentro. La penetración significaba para mí una expulsión. Expulsión de la posibilidad de una segunda cita, expulsión de mis esfuerzos por recomponerme y explicar con dignidad lo que soy, expulsión de mí misma. Aún no había escrito la carta a Jim y, por tanto, no quería tener ningún contacto sexual con él. Anteriormente, lo que solía hacer era apagar las luces. Pero esto no servía de nada, solo retardaba el descubrimiento, porque las cicatrices me delataban en mis relieves. Casi invariablemente ocurría así: si el hombre pasaba la mano por mi pecho suavemente, enseguida notaba los puntos que habían sellado los implantes. Si, por el contrario, apretaba mis senos con pasión, advertiría que su tacto, su densidad, no se correspondía con las características de un pecho natural. Pero lo que asustaba no eran los implantes mamarios, sino lo otro: mi vagina artificial, que tras la explosión de la bomba me recompusieron mediante todas esas operaciones que se dilataron durante años. Pensar en todo ello mientras me tendía en la cama con Jim me hizo pedirle que me diera algo de tiempo, que me abrazara y solo descansáramos.

Recuerdo que Jim comenzó a hablarme mientras yo tenía la cabeza apoyada en su pecho. Estaba muy cansada y no podía prestar verdadera atención a lo que me decía. Por el oído que no estaba pegado a la piel de Jim me entraban las palabras, y permanecían dentro de mí, moviéndose en un vaivén que me metió en un sueño donde mezclé, como pasa en los sueños, realidad y ficción.

La realidad era que Jim era altísimo y yo, aunque de estatura media, resultaba pequeña junto a él. La realidad era que Jim parecía saber todos los secretos de botánica y ornitología. La realidad era que nos conocíamos solo desde hacía unas horas, y que acabábamos de ver una película en su apartamento, donde entendí el significado de unas de las primeras palabras

que le escuché a Jim: *Den lilla Aurora*. Primero me dijo lo del sol, algo así como lo que escribí al principio de este testimonio, que copio, aunque no fueran las palabras exactas: «Este sol fortalece los huesos. Vas a necesitarlo si pasas el invierno en esta ciudad». Y luego me dijo eso que solo entendí más tarde: *Den lilla Aurora*.

Todo había sido muy rápido. Después de los claustros y sus jardines, el metro hacia su apartamento. Estaba anocheciendo. Primero vimos la película, y luego tuve que decirle que solo quería descansar en sus brazos. La palabra vital para mí, de lo que aún no quería hablarle, era *sexo*, también *hijo*, pero sobre todo *sexo*. La de él era *hija*. Y ambos términos se unieron en un sueño porque, relajada, me había quedado dormida mientras Jim hablaba.

Incapacitada para ser madre, soñé con mi gravidez, hasta que el deseo de Jim comenzó, muy lentamente, a despertarme. No desperté, pero sí soñé, en ese sueño erótico, que despertaba. Estaba (soñaba que estaba) muy cansada. Apenas podía reaccionar a sus caricias. Entreabría los ojos. Era ya de noche. Por la pesadez de mis brazos calculaba apenas una hora de sueño. Quería decírselo, que estaba muy cansada, pero la formación de la palabra es más lenta que la del deseo. Entonces aceptaba. En sueños noté, deseé, la metamorfosis. Él estaba duro y su dureza iba pasando a mi carne aún tierna por la levedad del sueño. Primero el cuello se me tensaba y escuché un sonido que salía por la nariz y que sonaba a un cambio de materia, como el tronco frío que cruje hacia el calor de la leña. Y entonces, como si estuviera embarazada, le hablé a mi hija de apenas semanas de gestación. Cuando desperté, al darme cuenta de que eso nunca sería posible, salté de la cama y me despedí de Jim. Al llegar a mi apartamento escribí algo para esa niña no nacida, que mezclaba principalmente imágenes del sueño, ficciones y algunas de las cosas que Jim me había contado sobre flores y pájaros. Había sido una experiencia tan vívida que sentí que tenía una vagina real, y le decía a Jim en mi sueño que no quería plástico dentro de mí, permitiéndome de esa manera rechazar uno de los artículos que más envidiaba de aquella época, pero que se atascaba o rompía en vaginas artificiales: los condones, y olvidando también, mientras dormía, que gran parte de mi cuerpo estaba (está) hecho de plástico. Hasta entonces, aquel fue uno de los momentos

más clementes que la vida me había dado, una vagina de nacimiento, la posibilidad de decir no a un condón. Pero no fue real. También irreal, y más importante, fue otra sensación que tuve durante aquel sueño: sentí en mis falsas, soñadas carnes, la maternidad. Supuse, en esta fantasía que se manifestaba con sensaciones físicas, que estaba embarazada de cuatro meses. No me pregunte usted por qué de cuatro meses. Quizás fue que oí que después de los tres meses el feto está como más agarradito y hay menos peligro de pérdida. O tal vez se debía a que había leído que durante esas semanas los órganos genitales ya son perfectamente reconocibles, y no es que me importara tener un niño, o una niña, lo que no quería era tener ambos en un solo cuerpo y culparme por dejar a mi hijo con lo peor de mí como herencia: el sufrimiento de la indefinición. A partir de entonces sentí la maternidad muchas veces más, hasta la que sería la última. Sobre esa última vez en que sentí la maternidad, le contaré más adelante. Ahora imagino cómo usted, para entenderlo, tendrá que leer dos veces lo que le contaré sobre ese último acontecimiento que cambió mi vida para bien e hizo que acabara con otras vidas. Pero por ahora no quiero hablar de ello. Puede saltarse todo esto y pasar al final, pero si decide ir por orden, le voy a hacer esperar. Como dije en un principio, mis actos fueron solo consecuencia de una ley natural. Si usted no le pide explicaciones a la fuerza de la gravedad por mantenerle sujeto a la tierra, no debería pedírmelas a mí. Pero dejemos a un lado ese último capítulo. A continuación, transcribo lo que escribí para mi niña no nata esa primera vez que sentí que había otra vida dentro de mí, gracias, en parte, a la tranquilidad que supo darme aquel por entonces desconocido, Jim.

## CUARTO MES: 1965

### Gimes como un *wren*

Antes de estar embarazada había veces en que no notaba el chorrito corriendo. Pero desde que supe, hace tres semanas, que estás ahí, siento el paso caliente del líquido por mis paredes y entonces, en el agüita donde flotas, te imagino golpeada (¿golpeado?) como una barquita por el oleaje, por el semen de donde vienes. Bébelo, bija, ahora que eres lo suficientemente afortunada como para beberlo por todas partes porque ni tu boca, ni tu ombligo, ni tu ano han terminado de formarse. En eso te envidio. Disculpa. No has nacido y ya te envidio. Ni boca ni ombligo ni ano terminados. A veces no sé con qué orificio recibir el fluido, y cambio de posición, indecisa, agarrando no sé qué partes de tu padre, y entonces, en medio de ese trance, le hago moverse a él, y tampoco sé cómo lo hago porque él es muy grande y yo a su lado muy pequeña. Quizás se mueve él solo, esperando a que me decida. Y retiene. Retiene hasta que me acomodo y le digo con no importa qué órgano: aquí dentro, aquí está bien. Quizás algún día me disculpe por hablarte así (no lo creo), pero comprenderás que todavía no soy madre, y tú eres solo un guisante sin princesa. Un guisante sin colchón. No, un guisante no. A tus cuatro meses ya eres algo un poco más grande. Una fruta de diez centímetros, redonda, entre mis piernas. Y abajo, tu padre. ¡Mira! Me ha subido a sus hombros como si fuera una niña y me lleva corriendo por este claustro francés. Hay muchas flores y árboles. Él sabe los nombres de todas las plantas, hasta el de las hierbas más insignificantes, y me los va diciendo, señalando entusiasmado aquí y allá, incluso brotes invisibles, que solo aparecen cuando él los nombra, de repente, como flores inmediatas, flores que se niegan a pasar por la tediosa

gestación del capullo. Veo cómo estallan las reglas del ciclo vegetativo. Me río. Es muy divertido. Me río mientras corremos en círculo, esquivando como si fueran minas los tallos que nacen bajo la galería arqueada. No, las minas no son los tallos. Las minas somos nosotros, el peso de una mujer y un hombre sobre dos únicas piernas que corren tratando de evitar la masacre de una zarza. Algo me roza el pelo. Es el techo. El techo de madera. Ahora que soy mucho más alta tengo que proteger mi cabeza. Me pongo un pañuelo como un casco suave, un casco duro y flexible de un material futuro. Y en sus hombros llego al centro del claustro. Este debe de ser el árbol principal. Es muy frondoso y aparto las ramas de mi cara. «Es un tejo», me dice la boca que habla bajo mi cuerpo, «un árbol sagrado porque es inmortal y antes de morir, cuando se está pudriendo, deja que una de sus ramas se meta en el interior de su tronco ya hueco, y esta rama que crece hacia abajo va limpiando la podredumbre como un pececillo *corydora* limpia las paredes de un acuario». ¿La ramita se come lo podrido? —pregunto—. «Sí», responde la boca, «se alimenta de ello, y así continúa creciendo hasta agarrarse al suelo y ya no es rama sino raíz sana que sostendrá al árbol durante mil años más». ¿Y cómo has dicho que se llama el árbol? —vuelvo a preguntar—. «Se llama Aurora». ¿Aurora? Vale, pues Aurora. Así te llamó tu padre cuando me vio. *Den lilla Aurora*, frieron sus primeras palabras, y sus manos tocándome en el metro («¡Señora!, ¿qué mira? Este vagón no es de acero, es orgánico como las ramas de la wisteria que en la pérgola del parque sostienen a los mapaches. Y las familias que caminan por debajo halagan el olor de las flores. Ignoran que ese olor está mezclado con el calor del pelo animal, con sus orines, con sus semillas masticadas, con el sudor de los círculos que encierran cabezas y rabos enroscados. Señora, no sea mojigata, el ámbar gris del perfume que usted querría costearse es bilis de cachalote»). Y él volvía a repetir *Den lilla Aurora*, dándote a ti un nombre antes de saber el mío, un nombre con un adjetivo sueco, porque el sueco es el idioma de los pájaros, dijo, y se pronuncia así: *Dein lilya Aurora*, y lo decía muy lento: *Dein* (mi oreja), *lilya* (mis ingles), *Aurora*: la tensión de sus pantalones, un vaho, un jadeo en el espacio que media entre su piel y la tela, reducida, por la excitación, al algodón llovido y apretado, pelusa mojada de la flor cuando todavía estaba

en la rama. Y en la lentitud de esas palabras yo tenía tiempo de decirme a mí misma que soy alérgica al plástico pero, qué importa, en este vagón no hay farmacia y además no quiero el tiempo para comprar nada; lo que duraban esas tres palabras solo me daba para decirme que este hombre tiene que estar sano y yo no acepto condones en mi cuerpo y vámonos a mi casa sin justificarle ni a él ni a mí que hacía apenas cinco minutos que nos conocíamos. Y luego, cuando nos conocimos vimos una película, y tú recién nacida en sus grandes manos en la pantalla y él que repetía mirándote *den lilla Aurora* y yo que decía que si tengo una hija no le voy a poner un nombre porque cuando nací mi padre me puso S sin saber cómo me llamaba. Y esperaba que cada vez que yo escuchara S, respondiera. Y yo que no respondía, pero no era culpa mía sino de él, que se atrevió a darme un nombre sin conocerme, cuando todavía era apenas tres kilos de carne ensangrentada. Y las hojas del tejo me arañan un poco la cara pero encuentro un claro dentro del árbol y me acomodo mejor en los hombros que me sostienen. La distancia entre el comienzo de mis dos muslos es exactamente igual a la anchura del cuello de tu padre, que queda en medio. Qué alta estoy. Y qué verde me rodeo. Y a veces tengo miedo. Cuánto miedo. Miedo de que todas las cosas se callen como personas rencorosas, de que todo me niegue la palabra, o hable hacia dentro, y yo caiga en una pecera de bocas que se abren sin lenguaje. Entonces floto como un besugo que busca los ojos de otro besugo en un acuario de agua turbia. Y el temor es tanto que cuando veo un besugo ya no veo un pez, sino una persona que no puede hablar de tanto miedo que siente. Así los reconozco en la pescadería, en su lecho de cubitos de hielo, los ojos asombrados ante la visión de esa burbuja que ellos soltaron como palabra pero que solo emergió como una pompita de aire en el agua. ¿Y si el dolor es así, tan grande que no puedo nombrarlo sino con burbujas que se rompen y entonces se vacían de nada? Entonces quienes me quieren me darán por desaparecida. Pondrán una denuncia, reunirán a los vecinos para buscarme en el campo con linternas en plena la noche, sin saber que los desaparecidos que mueren mudos abandonan sus formas humanas y cambian la piel por escamas, y los huesos que les vertebran se transforman en una espina lacia de un pescado que nunca fue pez. «Mamá, amigos», les diría, «los mudos

desaparecidos no están bajo tierra, sino en la fosa común de ojos atónitos y escamas que un pescadero arroja en un cubo de basura negro». Pero hoy no quiero hablar de ello, *den lilla Aurora*, o como te llames, porque ahora no estoy en un cubo ni en una pecera, sino en las alturas de un hombre, en la copa de un árbol. ¿Y sabes que los ruiseñores son tan valientes que atacan a los gatos? Y los *tyrannus* son pájaros que se atreven contra los aviones. Se lanzan contra los motores. Esos aviones de pesticidas que sobrevuelan los campos casi a ras de hierba se lo tienen bien merecido. Que se calcinen sus pilotos entre venenos inflamables mientras los insectos sin orejas escuchan los chasquidos sin saber, o quizás sabiendo, que hasta la semana que viene no volverán a fumigar; toda una semana (una larga vida) para ellos. Y mira. Aquí viene un *nuthatch*. Los *nuthatch* trepadores son pájaros sin cuello. Él me explicó por qué. El cuello no les hace falta porque avanzan tronco arriba, tronco abajo, en busca de insectos y no necesitan ver más allá de la corteza que tienen enfrente. Míralo. Aquí viene uno. Sube por el tronco como un lagarto. Me quito un zapato y acerco el pie con cuidado al pajarito trepador. Tiene su pico largo y afilado como todo insectívoro. Acerco más el pie, muy lentamente, para no asustarlo, y lo balanceo a la altura del abdomen de tu padre. Me fijo en ese piquito tan fino y largo como el de un colibrí. Mi pie está ya muy cerca. Cierro los ojos. Escucho cómo picotea la corteza y deseo que me picotee entre la uña y la carne. Que me desparasite o que me retire la piel muerta. Pero el trepador sigue subiendo y ahora que está a la altura de mis ojos me pregunto si querrá al menos lavarme la cara como lo hace tu padre algunas mañanas, su lengua limpiándose los ojos, retirándose de las esquinas oculares los humores cuajados de la noche. Pero el *nuthatch* se pierde por una rama y yo misma me limpio esos granos como de arena. Los chupo en mi dedo, imaginando que están todavía en mis ojos y que yo entera soy la lengua de otro. Se deshacen. Y aquí vuelve el miedo que trepa como el pajarito, que sube con su nariz pegada a mis piernas. El miedo de que todas las cosas se callen. El miedo de que tu padre, o el padre de cualquier otra, o el padre no padre de nadie, no quiera subirme ya más a sus hombros. El miedo de pasar de la risa y la altura al gateo en el suelo, a la súplica de un cachorro que reclama la atención tirando de los pantalones del cazador que solo sabe otear el horizonte. Pero

por qué habría de ser así. Ahora mismo no tengo motivos para temer nada porque la mano de tu padre toma mi falda y la engancha a una pequeña rama, como la ropa húmeda que en el cordel se orea. Y es cierto que no soy muy grande, pero pío como un *wren*. Esto me lo dijo él: «Gimes como un *wren*». ¿Y qué es un *wren*? —le pregunté—. «Un *wren* es un pájaro cuyo volumen de canto es, en comparación con su tamaño, el más potente». Es cierto. Pío. Pío como ahora cuando sus dedos tocan mi semilla como un brote que se dilata como lo haces tú en mi vientre, y creces. Pío, y quizás el sonido te llegue amortiguado por el líquido amniótico. Pero escucha, otros también pían. Él me está acariciando y con los ojos medio cerrados miro alrededor y veo decenas de nidos. Decenas. Y en cada nido hay (cómo me gustaría que lo vieras) tres o cuatro polluelos que abren el pico pidiendo comida. Pían. Ellos también pían. Pían con sus picos que parecen sonrisas anaranjadas, y cientos de madres acuden a la vez a llenar sus buches. Las alas me rozan la cara mientras él me acaricia, y mi boca rosada detrás de su cuello se tensa en una sonrisa llena de agua, que llueve el tronco de este árbol cantor.

Jim y yo estuvimos durante dos años dando palos de ciego en la búsqueda de Yoro. Dependíamos, exclusivamente, de la compasión de extraños o, si no extraños, de nadie lo suficiente cercano a nosotros como para arriesgarse con información confidencial. Pero un día encontramos un paquete en el buzón. Era del mismo amigo de Jim que nos había impulsado a viajar a Los Álamos. Al abrirlo, vimos copias de unas cartas, sin sobre, acompañadas por una nota en la que este amigo nos decía que, por razones de seguridad, las cartas y los sobres habían sido siempre guardados por separado, para hacer más difícil que nadie pudiera averiguar su procedencia si alguien conseguía hacerse con ellas. Por desgracia, no había conseguido ver los matasellos, que nos habrían indicado, por orden, los sitios por los que Yoro había ido pasando. Hoy no dudo de la sinceridad de aquel amigo, pero no me resultaría extraño que el acceso a esas cartas que él creyó copiar y enviarnos clandestinamente fuera un acceso consentido, facilitado, para mantenernos en ese entretenimiento de un viaje interminable que nos

conformaba por el mero hecho de movernos pero que, en realidad, nos agarraba, nos detenía en una búsqueda infructuosa.

Nuestro amigo había glosado las cartas con posibles lugares de procedencia, basándose en un banco de datos de familias de acogida vinculadas con proyectos militares durante aquellos años. Como verá usted más adelante, algunas de sus notas fueron de gran utilidad, pero en principio —nos avisaba— no podía garantizar que las cartas hubieran sido enviadas realmente desde aquellos lugares, y estas glosas eran más bien especulaciones para ayudarnos a descifrar el contenido críptico de los mensajes, que se contenía en un par de frases. El resto consistía en varias hojas de un cuestionario médico respondido solo con cruces marcadas en las casillas donde indicaban diversas opciones: «nunca»/«rara vez»/«alguna vez»/«a menudo»/«siempre», informes enviados por las distintas familias de acogida de Yoro, destinados, al parecer, a comunicar cualquier tipo de cambio en su salud.

Yo no entendía muy bien los motivos de tanto secretismo. Con el tiempo me había acostumbrado a aceptar la naturaleza nómada que le había sido impuesta a Yoro, y llegué a tomarlo como algo natural, de un modo que Jim no contradijo. Simplemente pensé que la niña quizás no podía ser adoptada por tener una madre biológica que temporalmente no podía hacerse cargo de ella y que, por tanto, Yoro solo podía ser cuidada en régimen de acogida. Pero se me hizo mucho más difícil explicarme el porqué de los informes sobre la salud de Yoro. No solo sobre su salud, sino, en palabras de nuestro amigo, sobre «la evolución de su salud». ¿Qué tipo de evolución? ¿Evolución hacia dónde? ¿Es que Yoro estaba enferma? Cuando has sufrido tanto, te acostumbras a no pedir explicaciones, porque sabes que estas han de darse solo en el momento en que ellas mismas lo requieren. En mis peores momentos sentí que las explicaciones tienen su propia voluntad, y cuando me las pedían y yo no contestaba, no era porque no quisiera, o no siempre, sino porque no podía, porque ese ciclo vital de infancia, madurez y expulsión de lo que puede ser explicado no se había cumplido. Pero no era ese el caso de Jim. Él no me había explicado nada, decía, porque algo le (nos) amenazaba. El día en que llegó aquel paquete me dijo que esperaba ansiosamente aquellas cartas, pues lo único que le había sido concedido fue

el derecho a saber sobre el estado de Yoro regularmente, a cambio, eso sí, de silencio. Sin embargo, las cartas llegaron todas a la vez, y por vía inesperada, gracias al favor de un amigo, pero sin señas, nada más allá de las especulaciones del amigo y, además, acompañadas de una nota que nos advertía de que Yoro no había vuelto a ser reubicada en ninguna familia sino que, al parecer, había desaparecido. Jim podría haber roto aquel día el silencio, explicarme muchas cosas, pero hoy sé que tenía otros motivos para callarse, motivos personales que sobrepasaban un pacto de silencio militar.

Yoro, que entonces tenía dieciséis años, había desaparecido, y no solo para nosotros y el resto de las familias, sino también para los encargados de su tutela, que yo imaginaba como altos mandatarios de un ejército cuando, en realidad —hoy como entonces—, sospecho que esa tutela había pasado ya a manos de funcionarios que trataban aquella vida como si no fuera más que un cajón administrativo que se cierra siempre con alivio al final del día. Si encontrarla había sido hasta entonces una necesidad para nosotros, desde ese momento se convirtió, quizás, en una necesidad para ella, demasiado joven para estar sola o mal acompañada.

Jim hojeó las cartas con prisa. Como he dicho, todas respondían a una especie de cuestionario médico estándar. Al principio no logré descifrar de qué se trataba. A simple vista me pareció que eran simplemente preguntas a las que diversas personas habían respondido marcando la casilla correspondiente. También había un espacio después de cada pregunta para añadir observaciones, y otro espacio para el mismo propósito, pero mucho más amplio, al final. Pero todos esos espacios estaban en blanco. Nadie había añadido ninguna clase de observaciones. Lo que resultaba más evidente cotejando las cartas de manera rápida era que todas las cruces, todas las respuestas, coincidían, es decir, no parecía haber variaciones en la salud de Yoro, que, por lo que podía verse, había crecido sana. No recuerdo las preguntas con precisión, pero sí recuerdo la sensación de pánico que experimenté cuando, pasada la confusión inicial, me di cuenta de que absolutamente todas estaban dirigidas a rastrear las consecuencias de algo muy concreto, y que yo conocía bien: la radiactividad. Yoro era, por tanto, una víctima de mi mismo mal, la radiación.

No había tiempo que perder. Recuerdo nuestra ansiedad. Si antes pensábamos que el punto focal de nuestra vida era la búsqueda de Yoro, en ese momento nos dimos cuenta de que nunca más volveríamos a tener vida, ni dentro de nosotros, ni mucho menos del uno para el otro. Y no porque nuestra relación se deteriorara, sino porque se convirtió en otra cosa, dejamos de ser pareja para ser un equipo de rastreo. Todo lo que no tuviera que ver con el paradero de Yoro no nos importaba. La comida dejó de interesarnos. Ni siquiera de eso hablábamos. Comíamos lo que ese día se me ocurriera poner en el plato. El amor seguía estando ahí, pero se transformó en algo que tenía un objetivo ajeno a los sentimientos individuales: mantener unida nuestra camada de dos. Todo estaba envuelto en esa sensación de no gastar, ni siquiera en el calor de nuestra cama, ni una caloría en esfuerzos innecesarios para ese solo propósito. Así pues, nos preparamos para el próximo viaje, de acuerdo con las conclusiones que, con la ayuda de nuestro amigo, pudimos sacar.

Llegamos un día de septiembre por la noche. Era la primera vez que pisábamos Europa. Francia. Lyon. El taxi del aeropuerto nos dejó en el centro de la ciudad. Por el camino vimos que todo estaba oscuro, salvo por los poquísimos coches que, de vez en cuando, iluminaban las calles. Al salir del taxi, caminamos por la orilla de uno de los dos ríos que tiene la ciudad. Todas las farolas, todas las luces de las casas, estaban apagadas. Avanzamos enmudecidos a lo largo de una hilera de pequeñas casas con velas en las ventanas. Esos cientos de velas eran la única luz de la urbe, esa luz antigua, medieval, rupestre, luz de infancia, de mis paseos oscuros con mi abuelo por el campo enladrado de perros, de cuando el fuego que quemaba el arroz era, también, la única luz de la noche. Al final de la hilera de lucecitas se podía ver una colina, una masa aún más negra a lo lejos, coronada por una basílica también iluminada. Toda ella amarilla. La única luz artificial. Al día siguiente supimos el porqué de aquella oscuridad ceremoniosa. Nos lo explicó alguien en el mercado. La basílica que habíamos visto era Notre-Dame de Fourvière, la fuente hacia la cual se dirige en peregrinación, cada año, una noche de septiembre, un río de hombres, mujeres y niños que

sostienen candelas como las que arden tras las ventanas de sus casas durante una semana. Cuatro siglos adorando a la Virgen que les salvó de la epidemia que azotó Europa. Cuatrocientos años dando gracias con el fuego silencioso de los hogares por haberlos librado de la peste.

Para mí no había sido fácil caminar entre candelas en aquel lugar que, siendo yo extranjera, me acogía con lo único que podría resultarme familiar en una ciudad europea: pequeñas llamas que me recordaban a los farolillos de papel que con mis padres, cuando era pequeña, colocábamos en las aguas del río Motoyasu, junto con otros cientos de personas que también iban a colocar las pequeñas lucecitas que habían de flotar en el agua y servir de guía para las almas de nuestros difuntos durante la ceremonia *Toro nagashi*. Eran bellos aquellos recuerdos, pero por lo general hacía mucho que intentaba alejarlos de mis pensamientos, porque iban unidos, inevitablemente, a otros muy tristes, y es que desde el ataque a Hiroshima, aquel río pasó a ser otra cosa. Después de que cientos de heridos en llamas se arrojaran a él, y como también se iban arrojando a sus aguas miles de cadáveres, el río quedó definitivamente unido a la tragedia de nuestra ciudad. El Motoyasu de mi Hiroshima natal estuvo muchos días deslizándose más cuerpos que agua, y se podía cruzar de una orilla a la otra saltando de cuerpo en cuerpo, sin mojarse. Cuando asistí al primer memorial en recuerdo de la explosión, habían acudido tantas personas y era tanta la gente que quería colocar sus farolillos que algunos voluntarios se metían en el agua hasta la cintura para ir depositando las lucecitas sobre el agua, pues eran tan numerosas que, a pesar de que la corriente iba alejándolas, apenas cabían en el tramo del río que quedaba junto al único edificio iluminado en la noche, la cúpula Genbaku, que dejaba ver su armazón metálico. Ese edificio fue lo único que resistió a la explosión, a unos ciento cincuenta metros del hipocentro y, habiendo sido un edificio gubernamental, parecía —así iluminado, destruido aunque todavía imponente con su enorme cúpula descarnada— un monumento que en poco difería del aura religiosa con que nos había acogido la basílica de la pequeña ciudad francesa en la oscuridad. Esos recuerdos me resultaron muy dolorosos, especialmente porque el río de Lyon iba cargado solo de agua, y en su cauce no se veía ni una luz, ni un mensaje escrito en el papel de arroz que continuara guiando a mis queridos

padres, a mis vecinos, a los que se habían ido apagando junto a mí en el hospital tras el ataque. Me pareció que el río de Lyon era un río poco compasivo, egoísta. Un río que no transporta mensajes para nuestros ancestros siempre me ha parecido un desperdicio de las capacidades comunicativas del agua.

El segundo día entré con Jim en una pequeña tienda y compré una cajita de música. No tenían la música que buscaba. El vendedor insistió en que me llevara un vals que nunca había escuchado. Un vals que, hasta hoy, desconozco. Cuando acepté, no quiso cobrarme. Me olvidé de la cajita hasta la hora de dormir. Entonces, ya en la cama, la vi en la mesilla de noche del hostel. La abrí. Le di vueltas a su pequeña manivela y surgió la música. De regreso a Nueva York, pasé meses dándole vueltas a aquella pequeña manivela antes de dormir. Y en su música me llegaban las sensaciones que vivimos en aquella búsqueda de una nueva puerta: dormir en sábanas que olían a lavanda del sur, pensando si Yoro se habría quedado alguna vez dormida con el mismo olor de campo azulado; los cortes en los dedos al abrir ostra tras ostra para alimentarnos cada mediodía, como queriendo poner un efecto afrodisíaco en la fuerza de los pasos que deberían guiarnos; la desconocida que, al verme llorar sentada en un escalón en medio de una calle, me dijo que me levantara y, sin preguntar nada, me dio un abrazo y se fue. Muchos días lloré desesperada y, si el llanto me pillaba sola en la calle, me sentaba hasta que se me pasaba, porque no quería que Jim supiera que la ausencia total de rastros de Yoro me estaba consumiendo de un modo que no sabía si podría aguantar durante mucho más tiempo. Pero lo que más recordaba al escuchar la cajita de música eran los paseos con un ciego sabio que fue mi lazarillo y que me mostró la ciudad, sus laberintos, y algo que acabaría resultando, en la distancia, como el símbolo de aquel viaje frustrado: los llamados *traboules*, unos pasajes secretos que comunicaban unas calles con otras y que tradicionalmente se habían utilizado para escapar de la autoridad. Estos pasajes, inapreciables desde el exterior, permitían desaparecer en un sitio y aparecer en una calle paralela como por arte de magia. Y así me había sentido yo en aquel lugar porque, cada vez que tenía la sensación de estar más cerca de Yoro, se vaciaba de repente, como si en un segundo hubiera pasado de estar frente a mí a estar en una

calle paralela hacia la cual yo no encontraba pasadizo. Finalmente la puerta se abrió y se cerró en su inexistencia, pues el lugar que buscábamos era ya solo un solar sin edificio, un gran nido de gatos.

Ya en Nueva York, una noche me pasó algo extraño, y este fue, sin yo saberlo entonces, el que más tarde identifiqué como mi primer contacto con África, cuando ese era aún un lugar al que nunca había tenido intención de ir, algo en lo que ni siquiera había pensado nunca, más allá de esa cicatriz abultada que la bomba había dejado en mi rostro, y que tenía la forma exacta de ese continente. Como de costumbre, antes de dormir cogí la cajita de música y comencé a darle vueltas a la manivela. El simple movimiento, y no solo la música, me relajaba. Pero esa noche algo ocurrió que la diferenciaba de las anteriores. Y es que las imágenes que me venían no eran recuerdos pasados, sino, de alguna manera, futuros. No puedo decir que fueran fantasías, porque parecían surgir, verdaderamente, cargados de vida, y nada los diferenciaba de los recuerdos que había vivido realmente. No eran evasiones mentales, sino reminiscencias de cosas que, no obstante, todavía no había vivido. Estuve así toda la noche. Al día siguiente no quise contarle nada a Jim, y acepté aquello que me había ocurrido con una mezcla de seriedad y burla, como una ruptura en la linealidad de mi trayectoria biológica. Mis recuerdos del futuro parecían saltos en el tiempo, que si bien no podía identificar, sí me devolvían al presente con la sensación de traer conmigo imágenes de lo que algún día viviría, después de haberlo recordado. Primero el recuerdo. Luego la vida. Pensé que esos saltos en el tiempo contenían, en su naturaleza, un componente biológico, y la manivela no era el simple automatismo de la maquinaria primitiva de una cajita de música, sino una mezcla entre maquinaria y biología. La vivencia más poderosa que tuve fue en un carrusel. Iba montada en un caballo blanco y, en el caballo de al lado, una mujer negra reía a carcajadas mientras subía y bajaba. Aquella risa me produjo una alegría difícil de explicar. Me hacía sentirme plena, pero en aquel momento triste en nuestra cama de Nueva York, donde Jim y yo estábamos de nuevo con las manos vacías, con los abrazos huecos, no entendía por qué en la risa de una extraña encontraba yo toda la plenitud, la justificación de mi vida. En el carrusel no había casi nadie, y la mujer negra comenzó a pasar de un caballo a otro, para

contarlos, me dijo. Un total de cincuenta y siete caballos de madera que giraban, como respondiendo al engranaje circular que comenzaba a regir mi vida. Los recuerdos, antes que las vivencias. La música del calíope sonaba durante los pocos minutos que duraron las siete vueltas (también la mujer las contó y me dijo el número). Durante la última vuelta ella permaneció en el caballo situado junto al mío, un caballo que subía y bajaba con la boca abierta, como relinchando del placer que sentía copulando con aquella mula de carne y hueso que, bajo esos mismos caballos de madera, pero cien años atrás, había gastado su vida tirando del carrusel, moviendo entre resuello y resuello, cada vez más cansada, todos los círculos: el del carrusel, el de mi cajita de música, el de mi vida.

En mi búsqueda sexual, S fue la persona de más relevancia que se cruzó en mi camino, puesto que se convirtió, al cabo de los años, en una amiga valiosa, y esa amistad ambas la hemos alimentado hasta hoy. La conocí antes de encontrar a Jim, cuando establecer un asentamiento sexual junto a otros como yo era tan importante para mí como la maternidad.

El interés de S en esta historia no radica solo en su papel en mi vida, sino en la propia historia, pues ella me proporcionó el arma del crimen, el material con que llevé a cabo mi delito. Pero los detalles exactos de todo esto se sabrán asimismo más adelante. Mi intención más inmediata es que ese lector que no es solo usted, la empiece a conocer, pues S, además de ser gran amiga y la pieza que cerrará conmigo el relato, es una de las mujeres más fascinantes que he conocido.

Era temporada de lluvias en Japón. Recuerdo que yo acababa de cumplir veintidós años. Llovía con esa lluvia inclinada que hace inútiles los paraguas. Me había metido en un soportal para resguardarme, diciéndome a mí misma que aquella sería la última vez que salía del apartamento con una tormenta así, pero al recordar el apartamento donde me alojaba en Tokio, casi vacío, rectifiqué, y decidí que no había nada peor que quedarme entre sus cuatro paredes tristes. No llevaría ni cinco minutos en el zaguán cuando un vecino en silla de ruedas se asomó a mis espaldas para pedirme de mala manera que me marchara y no encharcara el suelo con mis ropas

empapadas. No se preocupe usted —le dije—, yo todavía puedo andar, y me fui. No me había dado cuenta de que había allí una tercera persona, S, que ya en la calle me dijo que, si quería resguardarme de la lluvia, podía mostrarme un negocio que iba a abrir próximamente, pero que estaba concebido para ser clandestino incluso después de su inauguración. Aquello me intrigó y acepté la invitación. La naturaleza de su negocio, en aquella época y lugar, y en un barrio pobre de Tokio, me marcaría del mismo modo en que me habría marcado poner el pie en otro planeta.

Caminamos cinco minutos por las calles de la zona. A uno y otro lado de la calzada se alineaban unas casas de madera parduzca, la mayoría de dos plantas. Era una de esas calles tan estrechas que permiten que desde cada vivienda se pueda fisgar en la de enfrente, a modo de hurón que olfatea los interiores, nidos de humedades meteorológicas y también corporales. Unas humedades que asomaban en la transpiración de las matitas de musgo que crecían sobre todo entre las maderas que hacían esquina. Me detuve a mirar una. La microplanta guardaba agua en su vello rizoide, y mientras la observaba de cerca pensé que aquello debía de ser un rocío doméstico que nada tenía que ver con el frío de la calle. Me llevé a la boca un trozo de verde muy oscuro que, efectivamente, me supo a piel mojada. S me vio. Al principio sentí cierto pudor, como si me hubiera descubierto haciendo una extravagancia, pero también ella se llevó a la boca un trocito de musgo. Mientras caminábamos, probamos muchas otras algas terrestres y ásperas que daban vueltas en la boca resistiéndose a deshacerse, y que yo mascaba como si estuviera rumiando acerca del lugar adonde S me llevaba.

Llegamos al local. Aún no conocía ni siquiera el nombre de mi nueva anfitriona cuando S comenzó a comentarme la disposición de todos los objetos. En el centro, y por tanto en el eje de la sala, había una curiosidad, un objeto extraño que se erguía imponente como el ombligo de la tienda: la reproducción exacta de un consolador encontrado en Hungría, que los arqueólogos databan del periodo Mesolítico, alrededor del año 9000 antes de nuestra era. El nombre del yacimiento del que se extrajo, la fecha, el material y las medidas venían de fabrica en un cartelito pegado al pedestal, que convertía al consolador en un ornamento adecuado para cualquier

salón. Pero su carácter decorativo no reducía en nada su funcionalidad, pues gracias a su base desmontable aquel objeto podía ser utilizado de la manera más sencilla. Aquella piedra finamente pulimentada, de 18 cm de longitud, acabaría siendo, según supe años después, uno de los objetos más solicitados por algunos historiadores, ávidos de conocer los enigmas de la Edad de Piedra a través de un espasmo intenso. Pero en este testimonio y en la historia de mi vida, ese objeto es sobre todo, como he dicho, el arma de mi crimen, y aunque yo aún no lo sabía, me llamó tanto la atención que le pedí a S que me regalara una réplica de silicona. ¿No dicen que el arma del crimen es vital para esclarecer quién cometió un asesinato? Pues aquí la tiene, por escrito confirmo su existencia, porque la verdadera, la que utilicé, no podrá ser recuperada jamás.

Imagino que lo que me llamó la atención de aquel consolador mesolítico fue el pensar que una mujer o un hombre prehistórico, con apenas un idioma rudimentario, y nada menos que ciento diez siglos antes de la llamada revolución feminista, había decidido pensar su sexualidad con independencia del Otro. ¿Cómo no iba a sentirme identificada con ese acto cavernario de resistencia, yo, que precisamente me había pasado la vida dependiendo de los nombres con que otros quisieran etiquetarme? Pero, al apartar la mirada y el pensamiento de aquel objeto, vi otras cosas en ese lugar al que S me había llevado. Por ejemplo, aquella tarde vi por primera vez algo que, hoy en día, es bien conocido. Allí estaban. Unas muñecas de tamaño natural, de tacto y apariencia tan reales que tuve que acercarme para ver si tenían poros o no, pues su apariencia humana era tan notable que la inmovilidad no era suficiente para contradecirla. S me dijo que las hacía una amiga íntima, fabricante de autómatas. Y me explicó que las que estaba viendo, a diferencia de otras, no se movían porque estaban pensadas como mujeres pasivas, receptoras de todo lo que cualquiera quisiera hacer con ellas. Aún no había establecido el precio exacto, pero serían caras, me dijo. Incluían, además, el compromiso por parte de la empresa fabricante de que, en caso de fallecimiento del dueño durante los dos primeros años de convivencia, la muñeca asistiría al velatorio como cualquier otro mortal, siempre que el difunto no tuviera viuda, o que hubiera declarado antes de su

muerte que su esposa reconocía a la mujer hinchable como parte de la familia.

No puedo evitar volver al pene mesolítico. Me da placer, ¿sabe? Quiero decir que me da placer pensar en lo que hice con él, meterle una mecha en la uretra para lo que usted ya sabe. Ya ve, ahí tiene la prueba de que no me arrepiento. De hecho ahora, cuando lo escribo, todos esos sentimientos de amor que siempre he considerado como definitorios de mi carácter se desvanecen ante el placer que me produce el recuerdo de aquella escena violenta que provoqué. Si ahora tuviera que dejar escrita mi última frase, sería esta: que se pudra la paz. Pero aún he de vivir un poquito más, siquiera lo necesario para irme tranquila, para reconciliarme con el amor que en mí, salvo excepciones, ha prevalecido.

También me mostró S otros útiles que, aunque hoy puedan encontrarse con relativa facilidad, en aquella época me sorprendieron. Linternas anales, para los amantes de los agujeros negros; estetoscopios que permitían escuchar y seguir la fricción producida por cualquier objeto intruso al entrar en el cuerpo; braguitas vibratoras de funcionamiento aleatorio, que durante las 24 horas en que se pegaban al cuerpo podían vibrar en el momento menos esperado, o incluso no vibrar, y que estaban por tanto diseñadas para los adeptos al azar. S era una inventora de complementos sexuales, y para mí, que nunca había visto ni uno solo de aquellos objetos, la sorpresa fue muy grande. Pero todo aquello era solo un modo de ganar dinero que no tenía otro objeto que financiar su gran proyecto, el diseño y posterior fabricación de lo que consideraba su mayor invento, un objeto entrañable que consistía en la réplica exacta de su sexo, un duplicado de su paisaje interior, desde los labios hasta el útero, y que tenía que llegar a ser tan parecido al de ella como se parecen dos gotas de la misma agua. Si bien tendría la apariencia de un consolador convencional, su función sería otra: encontrar a alguien con un hueco íntimo del mismo tamaño y complexión que el suyo. Al molde, al intermediario, al consolador, lo llamaría «*Solitude*». Y «*Solitude*» era, por tanto, el anhelo de S por encontrar una doble, una mujer que se le pareciera como su alma sexual gemela, alguien que, cuando se acariciara, acariciara al mismo tiempo a S. No hace falta decir que me sentí acompañada al saber que S estaba, evidentemente, tan

sola como yo. Acaso, también como yo, necesitara creer de vez en cuando en los cuentos de príncipes y princesas, y por ello buscaba a su cenicienta por medio de algo más íntimo que el zapato del cuento infantil.

S inventó muchos de los artilugios que hoy se pueden encontrar en cualquier *sex shop* del mundo. Aspiradoras labiales, anillas erectoras, un acrecentador de miembros basado en el principio de tracción, a lo largo, para hombres, o a lo ancho, para mujeres, y orificios posteriores de ambos sexos; consoladores dobles para aplicaciones simultáneas, y otros con terminaciones cónicas diseñados para uso anal, llamados enchufes anales; prótesis; un columpio o trapecio pensado para posturas aéreas, con cinturón de seguridad y manual de instrucciones incluido; una pera lavativa resistente a cualquier tipo de líquido y temperatura, dependiendo del humor sexual del momento. ¿Ha probado usted alguna de estas cosas, señor? ¿Un enchufe anal? ¿Un acrecentador de miembros, tal vez? ¿Sabe que eso de que los japoneses tienen el pene pequeño es un mito? Personalmente no me importa el tamaño del pene, pero quiero atestiguar aquí que los japoneses no solo no tienen el pene pequeño, sino que, por lo que yo he podido saber, lo tienen más grande que los norteamericanos. Bueno, ya me dirá cuando me vea, ¿ha probado alguno de estos artilugios? Todos ellos, señor, se los habría aplicado yo simultáneamente a aquellos innombrables. ¿Por qué me ha vuelto, repentinamente, este sentimiento de odio? Pues sí, como le digo, si hubiera tenido alguno de estos objetos, además del consolador mesolítico, no habría dudado en utilizarlos, y todos a la vez. Me pregunto ahora qué temperatura resistirá exactamente aquella pera lavativa. En el paquete decía «cualquier temperatura» pero ¿qué imprecisión es esa? ¡Cualquier temperatura! ¿Aguantaría la temperatura del sol?

¿Acaso los fabricantes que proporcionaban parte del material a S no sabían que desde Hiroshima hay que ser más cuidadoso a la hora de hablar de temperaturas? Yo habría comprobado en las carnes de aquellos tipos cuántos grados centígrados exactos resistía la pera, y luego habría escrito a la fábrica para que fueran más precisos. Usted sabe que estas cosas se hacen por estas tierras, ¿verdad? Claro que utilizan simples botellas de plástico y la mujer no es la que las introduce en el hombre, sino al revés. Más adelante le contaré el caso de Jeannette. No, usted no se va a escandalizar ahora,

leyendo todo esto. Lo que sí le extrañará es que sea yo, una mujer, la que piense en ello como hacedora de los hechos. ¿Añadiría saña a mi asesinato? Pues tenga, añádala: añada ensañamiento, porque si no me ensañé no fue solo por no tener al alcance y utilizar todos estos objetos como instrumentos de dolor, sino porque fui lo suficientemente inteligente como para que el odio no me nublara la capacidad estratégica: soy mujer, el acto que cometí lo cometí yo sola, ellos eran hombres, eran más numerosos, y sabía que era necesario actuar rápido y sin ser vista. Pero sí, no se olvide, añada ensañamiento en la lista de los delitos, porque puede estar seguro de que, justo en el instante en que agarré el falo prehistórico, sentí en todo el cuerpo el último orgasmo que me faltaba por conocer, el tercero. Ya ve, en ningún caso podrá llamarme frígida. He conocido no solo el orgasmo de ambos sexos, el del hombre y el de la mujer, sino el orgasmo primigenio del ser humano: el placer de matar.

En un espacio contiguo a la sala principal había instalado S otra invención, un gabinete con el nombre de «Decoración de Interiores», donde un artista prepararía y pintaría el vello púbico con trampantojos. Su especialidad era el dibujo de naturalezas muertas. Sobre el fondo totalmente negro de una de las paredes del cuartito había pintado una mesa rectangular de madera, sobre la que había castañas, una calabaza, uvas, peras y tres ostras abiertas, que emergían con una presencia tan real como la de cualquier otro volumen de tres dimensiones. Pero en el campo de las naturalezas muertas su fuerte era, sin duda, las cerezas. Puesto que el lugar se inauguraría durante la época del *Hanami*, en que los japoneses celebraban —celebramos— la belleza de la flor del cerezo, que llamamos *Sakura*, el pintor pintaría gratis, como celebración personal, racimos de cerezas en los pubis de todas las clientas que quisieran. También él estaba ultimando los detalles necesarios, y se ofreció a pintar cerezas sobre mi cuerpo. Acepté. No podía creer la eficacia con que trabajaba. Me dispuso el vello de tal manera, me falseó el color con gamas tan naturales, que el racimo parecía escaparse de mí en un altorrelieve, con un aspecto auténtico y delicioso. Pensé en aquella anécdota que en su *Historia Natural* contaba Plinio el Viejo sobre el pintor Zeuxis,

cuyas uvas parecían tan reales que se decía que los pájaros acudían a picotearlas. En cierta ocasión, Zeuxis retó a otro pintor, Parrasio, para determinar cuál de los dos era mejor artista. Tras mostrar el realismo de sus uvas, le pidió a Parrasio que descorriera la tela que cubría su pintura para poder juzgarla. Solo entonces Parrasio reveló que la propia cortina que simulaba esconder lo que había pintado era la pintura, esa cortina era la obra con la que él competía. Zeuxis, admitiendo que es más difícil engañar a un hombre que a un pájaro, tuvo que reconocer el mayor talento de Parrasio. Mientras el pintor que trabajaba para S pintaba mi pubis, yo pensaba en cuántas veces me habían engañado, y por un momento deseé que un pájaro viniera a picotearme porque en cuanto se posara en mí cerraría las piernas y lo apresaría, para demostrar que es más fácil engañar a un pájaro que a una mujer. El pintor me sacó de estos pensamientos cuando me dijo que sus obras eran un reto incluso para él, pues tenía que refrenar su impulso de chupar la jugosa fruta. Pienso que quizás por esa razón se había colocado uno de los bozales que vi en la tienda antes de ponerse a pintar mi racimo, aunque no se lo pregunté.

Todo esto ocurriría por detrás de la acción principal, o sea, mientras S pasaba largas horas entregada a su autorretrato genital, su sinónimo venéreo, probando diferentes materiales para la formación de un molde que encajara en su cuerpo y en otro cuerpo, una plantilla que identificaría a su semejante por el mismo sistema por el que el ADN delata a su portador. Con ese fin, su mesa de trabajo se había llenado de todo tipo de materiales: tejidos, cartones, dibujos, planos, espejos..., todos dependientes de sus manos, para poner en marcha la maquinaria que resultaría en la forma, la suya propia y la de esa doble que S buscaba, su alma sexual gemela, que cuajaría al cabo de seis semanas de estudio y elaboración.

Aquí lo tiene, señor. Gracias a la búsqueda y la creatividad de S conseguí —y sin saberlo, atesoré durante muchos años— el arma del crimen. Fue uno de los pocos objetos que en cada viaje me ha acompañado. A Jim nunca le gustó que lo llevara porque ocupaba un espacio para él innecesario en nuestras maletas, y cuando me preguntaba por qué tenía que llevarlo siempre, yo no sabía qué contestar porque, simplemente, no sabía la respuesta. Cuántos viajes habré hecho con aquel objeto en mi equipaje.

Cuántos escáneres lo habrán detectado para diversión de los agentes en los aeropuertos. Y si en los años más recientes hubieran sabido mi edad, aún más se habrían burlado. Una mujer joven con un consolador es una guarra, pero si quien lo lleva es una mujer vieja, entonces es una guarra loca. Ahora soy yo la que se burla de todos aquellos que infravaloran la capacidad de cualquier objeto para ser cualquier cosa. Frente a sus narices pasé ese objeto decenas de veces. Ya ve, no me hizo falta ir a un supermercado y comprar un arma porque, cuando podría haberlo hecho, estaba en contra de la posesión de armas, y luego, en aquel momento puntual en que sentí que necesitaba una, no me hizo falta volver a ningún supermercado norteamericano para comprarla, pues S me había enseñado el respeto que hay que tener al potencial de cualquier objeto, la versatilidad, en este caso, de un falo mesolítico, para el amor, y para la guerra. ¿Quién nos dice, en efecto, que aquella mujer del 9000 antes de nuestra era solo utilizó el consolador como consolador? Quizás también lo usó para abrir el estómago de un lobo.

Ya he mencionado varias veces que en mi adolescencia encontré en el puente la forma arquitectónica de mi búsqueda sexual; el puente arqueado, no plano, pues, como ya le he explicado antes a usted, mientras que la pasarela llana conduce al caminante de un lugar a otro, el puente en arco no solo cumple con esa función primaria, sino que permite que la mirada vaya cambiando de altura, dejando ver el entorno desde niveles distintos. La línea recta en la búsqueda de una sexualidad bien definida me pareció siempre la línea más complicada. Sin embargo, cuando conocí a S comprendí que a mi símil del puente le faltaba un grado más de sofisticación. ¿Existe, realmente, una *sexualidad bien definida*? Así como el sol nace y muere cambiando, entre ambos estados, la luz de lo que nos rodea, las formas, el brillo, nuestro paso por un puente depende no solo de su forma, sino también del momento en que lo pasamos. Antes de conocerla mi sexo era ambiguo; mi género, femenino; mi preferencia sexual solo se había manifestado hacia los hombres. Pero, por alguna razón, S fue para mí una epifanía que me reveló la ductilidad sexual. Puesto que en ese momento consideré que lo más lógico es cambiar de preferencias sexuales a lo largo de nuestra vida, ¿tenía sentido que yo, precisamente yo, que desde un punto

de vista anatómico parecía concebida para la ambigüedad, me quedara en la línea recta de la heterosexualidad? La personalidad de S me sedujo por completo. Creo que si más tarde no hubiera conocido a Jim, S habría sido mi mejor compañera sexual, si ella hubiera querido. Nunca noté atracción de su parte, pero yo sí la sentía hacia S y creo que, al igual que yo, ella podría haberla ocultado en aras de eso que solemos llamar amistad. Como si un amigo no pudiera ser, también, el mejor amante.

No quiero demorarme demasiado en el tiempo que Jim y yo volvimos a pasar en Nueva York hasta nuestro siguiente viaje. Además, no recuerdo nada de los preparativos para ese viaje que, esta vez, nos llevó a un poblado situado al norte de Borneo. El guía nos condujo hasta allí y se fue. Dijo que nos recogería tres días más tarde.

El que parecía el cabecilla de la aldea nos dio la bienvenida. Jim pagó una suma de dinero a cambio de información. No sabemos si por falta de esa información, o por miedo, a cambio del dinero ofreció a Jim otros servicios. En un mal inglés le pidió que le siguiera. Quise acompañarlos, pero el jefe me hizo comprender con gestos —dándose en el pecho varios golpes como hacen los gorilas— que aquel era un regalo solo para hombres. Debo admitir que esos golpes en el pecho que me marginaban por ser mujer me halagaron. Ya ve usted hasta qué grado he sentido humillaciones en mi vida, son tantos los años sufridos en la carcasa de hombre que, una vez reconocida como mujer, estoy dispuesta a echar por tierra los avances que estas (que nosotras) han (hemos) logrado respecto a nuestros derechos. Finalmente entendí que el hombre sí me permitía que los acompañara hasta la entrada de una pequeñísima casa que, según pude ver por la ventana cuando ellos entraron, se reducía solo a una habitación oscura. Al principio, debido al sol intenso de aquel día, no pude ver nada. Pero cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad vi desde la entrada a un orangután hembra en una cama. Supe que era hembra porque tenía los labios pintados, una peluca rubia, un top rosa semitransparente, y porque no tenía pelo, estaba totalmente depilada. Al principio no pude entender de qué se trataba, pero cuando escuché a Jim discutir, entendí en qué consistía la invitación:

relaciones sexuales con la orangután. Entonces entré y pude verla mejor. Estaba sujeta con cadenas a una cama de hierro oxidada. Sus genitales estaban inflamados. Nunca había visto a nadie tan triste. Y digo nadie porque las diferencias entre aquel animal y una persona eran absolutamente imperceptibles. Nos miraba sin levantar la cabeza. Me puse a llorar. Quería tocarla. Pero tenía miedo. Me entró un temor a todo. Pánico. No entendía nada. Jim me abrazó y me hizo salir de allí. Me resistí, pero finalmente le dejé que me sacara. El hombre se quedó dentro, imagino que para negociar el precio con el primer cliente. Afuera, una fila de hombres aguardaba su turno.

Esta escena es importante, señor, recuérdela cuando llegue al final de este testimonio, porque mi crimen estuvo precedido por unos días en que también yo recordé a Sandy, que así llamaban a la orangután. Verá, hay un cuento que desde la primera vez que lo leí, hace muchísimos años, me ha estado interpelando. El cuento se titula «Yzur», que es el nombre de un mono que alguien compra en la subasta de un circo. Su nuevo dueño recuerda haber leído en alguna parte que los habitantes de Java aseguraban que si los monos no hablan no es porque no puedan, sino porque no quieren. Según esa leyenda, los monos saben que emplear el lenguaje articulado implicaría que los hombres podrían utilizarlos como esclavos, darles órdenes, y por eso decidieron no hablar para no tener que trabajar. Sin embargo, el dueño de Yzur, convencido de que este no habla por desidia, o por resistencia, decide torturar al mono de todos los modos posibles tratando así de reactivar, después de que el animal lo hubiese tenido aletargado miles de años, su aparato de fonación. Finalmente, cuenta su dueño que, cuando el pobre Yzur está agonizando, lo atrae hacia sí y le susurra, en un último suspiro, estas palabras: «Agua. Amo. Agua. Mi amo». La historia es, como ve, relativamente sencilla. ¿Por qué, entonces, Yzur significó tanto para mí? Verá, siempre he pensado que en este planeta, además de la evolución del hombre, también se produce su involución. La involución no es más que la evolución de unas criaturas que, hace millones de años, cuando nosotros no éramos ni monos, ya eran hombres, probablemente más avanzados, en muchos sentidos, que nosotros. Por involución elegida, aquellos hombres han logrado en nuestra época

retroceder hasta llegar al respetable nivel de los primates, y esto ha sucedido gracias a que se ubicaron en unos parámetros que los distinguían de los hombres de hoy: los de su enorme capacidad contemplativa. Así, cuantos más edificios se construían, más apreciaban ellos las montañas. Cuantos más puentes se levantaban, más admiraban ellos a los osos que se dejaban llevar por la corriente del río para cazar su comida. Cuanto más se desarrollaban las estructuras lingüísticas sofisticadas, más se admiraban ellos de la comunicación, sencilla pero elocuente, de los cetáceos. Se invertían meses en construir un rascacielos de cien plantas y, todo ese esfuerzo no servía para nada, porque los trabajadores de las nuevas oficinas dejaban sus puestos y sus escritorios cada vez que el sol se elevaba sobre el horizonte, y luego se quedaban durante horas mirando a través de los nuevos y enormes ventanales el espectáculo de los pájaros que comenzaban a despertar con sus alas ya desplegadas. Permanecían ensimismados viendo, desde las bellas arquitecturas de acero y mármol, que las nieves al fondo, el mar en el horizonte, los enormes árboles, hasta las malas hierbas que ni siquiera alcanzaban a divisar desde tanta altura, todo les sobrepasaba. En poco tiempo (que en la historia de la evolución serían quizás millones de años) la sociedad, debido a esa misma capacidad contemplativa, dejó de producir. Los rascacielos pasaron de ser oficinas a ser miradores desde los cuales los habitantes pronto redujeron su lenguaje a unos cuantos versos, que más tarde el sabio Walt Whitman rescataría porque, en realidad, seguramente los escribió alguien muy parecido a él. Así, repetían los versos como una oración recién descubierta, día a día, reduciendo el diccionario a este escaso número de palabras, porque no necesitaban más:

*Creo que una brizna de hierba no es inferior al trabajo diario de las estrellas, y que la hormiga es igualmente perfecta, y un grano de arena, y el huevo del zorzal, y que la rana es una obra maestra, a la altura de las más elevadas, y que la hiedra podría adornar los salones del cielo, y que la articulación más pequeña de mi mano puede humillar a todas las máquinas, y que una vaca, paciendo con la cabeza gacha, supera todas las estatuas. Y que un ratón es un*

*milagro suficiente como para hacer dudar a seis trillones de infieles.*

Cada día, durante meses, años, decenios y siglos, esto fue lo único que dijeron. Después vino el silencio, como un glaciar de observación, de comunicación basada solo en la fricción de las pieles. Y después, diligentes como hormiguitas, comenzaron a deconstruir todo lo que habían construido. No derruían, sino que retiraban los materiales con el mismo cuidado con que los habían colocado y empleado, y los devolvían a sus canteras naturales. La arcilla, al campo; la arena, a la playa; el agua, al mar; y todo lo que era sintético lo redujeron en tantas partes como requirió su reinserción en el mundo natural. Por eso, el único rastro que nos queda de ellos son ellos mismos: esos animales que consideramos primates, pero que en realidad son hombres sin lenguaje.

Mi ciudad, en cambio, no la desmontaron con ningún cuidado. Hiroshima fue borrada en pocos segundos. ¿Sabe una cosa? Nos encontrábamos en estado de alerta, esperábamos un brutal ataque y, sin embargo, la potencia del arma que se utilizó fue tan nueva, tan descomunal, que los testimonios de los supervivientes difieren absolutamente de todos aquellos que han sobrevivido a cualquier otro ataque de la historia, y es que los supervivientes de Hiroshima, los *hibakushas*, yo misma, coincidimos en algo muy particular: todos, sin excepción, aquel día pensamos que lo que se había pulverizado no era solo Hiroshima, sino el planeta entero, y la mayoría de nosotros no asociamos la devastación a un ataque —a pesar de que estaba previsto—, sino al fin del mundo, cuyas causas no podíamos identificar, pero un final que era lo único que ciertamente podía explicar ese cambio radical y repentino de todo lo que nos rodeaba, ese entorno absolutamente trastocado. ¿Se da cuenta? Las armas son procesos bélicos autorreferenciales en los cuales se cuenta la muerte muriendo, y se cuenta la supervivencia sobreviviendo; pero el arma que destruyó mi ciudad no fue autorreferencial, porque su poder aniquilador consiguió algo inaudito: aniquilarse a sí misma, desprendernos de esa idea de que alguien nos estaba atacando; matarnos de la peor manera, pero hacerlo de un modo que hasta

entonces era inconcebible: bombardearnos al tiempo que nos borraba del cerebro la posibilidad de que estuviéramos siendo bombardeados.

Ya ve, estos son los hombres de hoy, hombres como usted, que vienen a molestar, a aniquilar, ya sea a masas de hombres, ya sea a orangutanes como Sandy, o ya sea a todos aquellos que callan porque ustedes no les dejan hablar. Pero como también nuestro silencio les desagrada, nos quitan las muelas, las uñas, nos bombardean, nos matan a nuestros seres queridos y dispersan sus trozos por la faz de la tierra para que no podamos ni siquiera juntarlos; en definitiva, nos torturan para subyugarnos, para que digamos las mismas palabras que dijo Yzur: «Agua. Amo. Agua. Mi amo». Como le decía, recuerde bien esta escena porque comprobará que, por una vez, siquiera por una vez, he sido yo la que ha truncado una pequeña parte de la llamada línea evolutiva. Considéreme, pues, desde hoy, una primate con sintaxis.

Tras haber visto a Sandy, nos pasamos el día siguiente yendo de casa en casa, tratando de conseguir algún dato que nos acercara a Yoro. Nada. Aquella visión espantosa, aquella esquina del infierno, tampoco nos aportó ni un dato útil para nuestra búsqueda. La experiencia que habíamos tenido en Los Álamos —donde aquella señora que nos atendió, si bien no nos dio grandes pistas, sí nos alivió con su sufrimiento compartido por Yoro, con sus fotos, sus recuerdos— había sido una excepción. A la tercera mañana vino el guía a recogernos. Le dijimos que aguardara hasta la noche, y entonces, aprovechando la oscuridad, entramos en la casa donde estaba Sandy y le quitamos las cadenas. Ahí estaba yo, por primera vez, junto a una criatura humana involucionada. Al principio no se movió. Se mantuvo en la misma posición que había mantenido mientras estaba encadenada. Nosotros tampoco nos atrevimos a movernos, era un animal muy grande y en el fondo temíamos que quisiera vengarse de toda la especie de sus captores golpeándonos a nosotros. Después de unos minutos se miró las muñecas y se lamió las marcas de las cadenas, todavía sin levantar la mirada. Ni siquiera la levantó cuando me echó los brazos al cuello y yo, que no podía con ella, los puse sobre el cuello de Jim, que tuvo que sentarse en la cama sucia, húmeda, para soportar su peso. Durante unos segundos no supimos qué hacer. Estuvimos en silencio. Cogí la mano de Sandy, era muy

suave y estaba helada; salimos intentando hacer el menor ruido posible y nos montamos los tres en el *jeep* del guía.

Cuando nos alejábamos de allí escuchamos unos gritos, algún disparo. Pero ya estábamos demasiado lejos, no había en la aldea vehículos más potentes que el nuestro, y nadie nos siguió. Una vez que el miedo comenzó también a alejarse, con un pañuelo le quité a Sandy el pintalabios, y también la peluca y el top. Estaba temblando. Las dos temblábamos. Volvió a darme miedo. Ese cuerpo tan enorme. ¿Qué habría pasado si realmente hubiera querido vengarse de la humanidad atacándome a mí? Lo habría entendido. Pero Sandy miraba por la ventanilla cómo nos alejábamos del horror. No se movía. Su respiración creó en el cristal un vaho que hizo invisible el exterior. Su aliento hizo que el coche se quedara aislado como una cabina blindada. Luego cerró los ojos, parecía dormir tan profundamente que se diría que había estado aguantando las torturas, los malos tratos, la prostitución, solo para poder morir libre. Me acerqué con cuidado a su nariz. Respiraba. Solo estaba dormida, y yo sentí un pequeño instante de felicidad.

Antes de regresar a Nueva York nos quedamos cuarenta y dos días en Borneo, en un pueblecito de Sarawak. Fue el tiempo que necesitamos para arreglar las vacunas de Sandy en un centro de recuperación de orangutanes que trabajaba en asociación con un centro hermano de Ohio. Insistí en trasladarla a Estados Unidos porque allí tendría posibilidad de visitarla, al menos, varias veces al año, para asegurarme de su recuperación completa y eventualmente de su posterior integración en los bosques donde había nacido, aunque esto último, tras tantos años de confinamiento, era una posibilidad muy remota. El regreso a su hábitat natural era difícil. Aunque Sandy era aún joven, nadie podía garantizar en ese momento que se recuperaría lo suficiente como para reencontrar su libertad. Las heridas físicas cicatrizarían, pero los hombres la habían humillado, habían sembrado en ella la semilla de la esclavitud, que germina rápidamente y desarrolla raíces duras, profundas, difíciles de arrancar. Los esclavos, en su gran mayoría, nunca dejan de ser esclavos, aun cuando alcanzan la libertad.

Fue en aquel centro de recuperación donde conocí a Brigitte. Mi interés por las sexualidades no normativas siguió vivo hasta mucho después de

consolidarme yo en la mía propia. Era un interés, por otro lado, no activo. Quiero decir, no era una cazadora de minorías sexuales, pero mis heridas me dotaron de un olfato que me hacía identificarlas sin buscarlas. Lo que otra persona no apreciaría, a mí se me presentaba al desnudo sin tener que esforzarme. Así lo supe al observar la interacción de Brigitte con los orangutanes, ahí advertí inmediatamente eso que otro habría pasado por alto. He de decir primero que no solo había otras hembras como Sandy, que habían sido utilizadas para la prostitución por los trabajadores de las plantaciones de aceite de palma, sino también orangutanes machos que eran utilizados para el boxeo. Se los emborrachaba o se los azuzaba y los obligaban a pelear hasta que cualquiera de los dos mataba al otro a golpes, sin quererlo. En esos falsos combates se cambiaban las leyes de la supervivencia, pues los golpes que en sus hábitats daban los orangutanes para imponer respeto a los más débiles pasaban a ser golpes cuyo sentido no tenía nada que ver con las leyes naturales del respeto animal, sino con una diversión humana y perversa. Como digo, al cabo de un rato de conocer a Brigitte, de observar —con esa especie de observación pasiva, olfativa— sus movimientos, vi que, de todos los orangutanes, se compadecía, principalmente, de los mutilados. Había compasión, cierto, pero había algo más: placer. Brigitte sufría de una poco común *parafilia*, término utilizado para definir la desviación sexual, y que utilizo no porque acepte que existan desviaciones sexuales, sino para hacerme entender. Brigitte tenía, concretamente, *acrotomofilia*, esto es, sentía una atracción especial por las partes que lindaban con partes amputadas del cuerpo. Esto no significaba que tuviera o quisiera tener relaciones sexuales con los orangutanes. O sí. Es indiferente. El caso es que no las tenía, jamás habría abusado de su poder como cuidadora y mujer para satisfacer su impulso sexual. Si me lo contó, seguramente fue porque yo no oculté que lo sabía y, cuando estas cosas se hacen con naturalidad, a menudo resulta un alivio para la persona que sufre en secreto. Brigitte me dio mucho que pensar cuando me dijo que la mayor parte de los pedófilos nunca llegan a rozar a ningún niño. La pedofilia, sea considerada o no como enfermedad —me dijo—, no puede cuestionarse, pues es un sentimiento, existe y, en la mayoría de los casos, no se puede controlar. Lo que sí logran controlar los pedófilos es la

materialización de ese impulso. Pensé que vivir así, permanentemente contenido, debe de ser un infierno y, para mí, un sacrificio digno de alabanza.

Brigitte sintió la confianza que podía depositar en mí de un modo intuitivo. Hacía no mucho tiempo, uno de esos expertos en etiquetar con palabras de origen griego me había dicho que, por alegrarme de que la bomba pasara por mis genitales, yo pertenecía a uno de esos grupos de anormales o de psicópatas que los especialistas disfrutaban clasificando, poniéndoles nombres. Según aquel especialista, yo había padecido lo que se conoce como *apotemnofilia*, o «desorden de identidad de la integridad corporal (BIID)». Los enfermos de *apotemnofilia* se sienten incompletos estando completos, y para sentir que están completos necesitan, al contrario que la mayoría, amputarse uno o más de sus miembros. Es curioso que alguien pudiera decirme que yo padecía una enfermedad por desear que me arrancaran un miembro que no me correspondía, que me sobraba. Todo esto se lo conté a Brigitte. Y ella me dijo que, en su caso, su deseo de verse mutilada venía de una experiencia traumática. Una experiencia de amor en la guerra. Me contó que, antes de trabajar en aquella reserva, había sido soldado. Y me narró su historia.

Un día la llamaron a filas, y me dijo que no se acordaba de que antes solía creer en la paz y se enroló con gusto, aunque tampoco recordaba haber creído en la guerra. Se vio vestida con el uniforme que le dieron, y se colgó todos aquellos aparatos. Y mucha munición. Sobre todo mucha munición —insistía—, para defender no a la patria, que tampoco recordaba cuál era, sino su cabeza, su corazón. Con todo el peso de su cuerpo más el peso de tanto hierro, comenzó a correr cubriendo a un compañero. Esa era su misión. Protegerle. Él era más importante que ella, le decían. Más importante para la guerra. Más importante para la paz. «Y si tenéis que combatir el miedo en la batalla —recordaba que le advertían antes de salir— recordad esto: ya estáis muertos». La muerte es un remedio casero del militar contra el miedo. «Ya estábamos muertos», decía Brigitte. Y corría achatada por tanto peso, con el sudor nublándole la vista, y no se paraba a pensar si los muertos podían sudar o ver, pero sí sabía que el que iba detrás le importaba. La vida de él antes que la suya. Y a costa de semanas y meses

protegiéndole, lo amó. Lo amó mucho. Así, varias veces cayó Brigitte en trampas pensadas para él, que importaba más que ella, para la guerra, para la paz. Un día cayó en un agujero profundo sembrado de bayonetas. Quién sabe por qué se salvó, me dijo. Quizás fue el amor. O quizás era que ya no estaba viva, como le decían. Pero en cualquier caso fue el amor, quería pensar. Perdió dos dedos. Le miraba desde el hoyo y él por primera vez le tendió la mano. Le curó los dos agujeritos. Como es importante andar erguida —me dijo— se enderezó, y limpió como pudo las armas, los metales, todo lo que, con un poco de grasa y de cariño, podía seguir brillando. Se preguntó si él se había fijado en ella. Al fin y al cabo, en medio de los horrores de la guerra, si había una soldado guapa y bien pertrechada, esa era ella. «Bien guapa, con mi chaqueta de plata», decía. Y así siguieron su camino. Cuando llegaban a las trincheras ella se detenía y le cubría hasta que los sacos, las piedras, la relevaban en la labor de protegerle. En una de esas, una granada la dejó sin medio brazo. Él volvió a curarla. Sobrevivió otra vez, y otra vez quién sabe por qué. Sería el amor. O que ya no estaba viva, como decían. Pero fue el amor, en cualquier caso. Se enderezó de nuevo y le sonrió. El sol se reflejaba en su chaqueta de plata. Sin duda, si había una soldado guapa y bien arreglada, era ella. Y continuaron la marcha. En los campos de minas él seguía detrás, encajando sus pasos en las huellas que ella iba dejando. Atravesaron muchos campos y, en uno de los últimos, una mina le arrancó a Brigitte una pierna y media. De nuevo él la curó. Como no les quedaba mucha distancia por recorrer y ella aún conservaba suficientes partes del cuerpo para seguir cubriéndolo, siguió adelante. Reptó a lo largo de los pocos metros que los separaban de la casa deshecha donde los camaradas los encontrarían. Ir siempre bien erguida es importante —me repetía—, pero al llegar no pudo ya enderezarse sola. La ayudó él, apoyándola contra una pared que también estaba, la pobre, inclinada. Su chaqueta de plata se había vuelto marrón, sucia de lodo, de polvo. Eso sí le dolió. Mientras esperaban ayuda, dijo, se enrolló una gasa en los tres dedos que le quedaban y limpió su chaqueta hasta que volvió a brillar todo lo que era metal, el noventa por ciento de su cuerpo. Le quedaba la cara, un pelo castaño y abundante bajo el casco, un brazo y medio, algo de pierna y lo que cubría su chaqueta argentada. No era poco, y

todo era hermoso. Ella continuó sonriéndole y brillándole durante tres días, al cabo de los cuales llegó el helicóptero. Como eran manos amigas, dejó que por una vez él subiera primero. Sujeto a un arnés lo vio ascender y salvarse por la puerta de aquella libélula metálica. Fue la única vez que lo dejó ir por delante, porque era él más importante que ella para la guerra, para la paz. Para ella. Y cuando llegó su turno, las fuerzas enemigas rompieron el cable de cobre que la subía. Cayó, pero fueron no más que un par de metros. No se hizo daño. Se olvidó de cuánto de ella quedaba, ya no estaba derecha, pero miró al cielo. Se movió como pudo, buscando el ángulo en que el sol volviera a reflejarse, como en un espejo, en su chaqueta de plata, para despedirse. Con mucho esfuerzo intentó que el reflejo, ese pequeño círculo de luz, como un animalillo inquieto, que ella dirigía hacia arriba con sus movimientos, se deslizara por la piel del helicóptero. Al ver cómo se alejaba se preguntó si él, su amor, habría llegado a advertir su brillo (su adiós) desde la ventana. Se preguntó si pasaría a su recuerdo como destello o como soldado invisible.

Cuando acabó de contarme esta historia, Brigitte me dijo que, a pesar de que cuando terminó la guerra estaba entera, siempre vivió aquellos días en que se dedicó solamente a proteger a su soldado —una protección real, fiel y absoluta— como un desmembramiento. Desde entonces, sentía una atracción muy intensa por las personas que habían sido amputadas, aunque no sabía decir si esa atracción estaba conectada con el soldado a quien jamás volvió a ver, o con aquello que ella misma perdió para siempre por protegerlo. Siendo yo también una mutilada de guerra, la abracé cuando terminó de hablar, y me sentí, durante el abrazo, más completa que antes.

Era niña. Quiero decir que al final de mi cuarto mes de embarazo supe que era niña. Y no lo supe por las ecografías que hoy en día revelan el sexo a la madre —precarias en aquella época—, ni tampoco porque la hija de Jim, cuya búsqueda me obsesionaba, fuera niña. Lo supe por la forma de mi vientre. Usted, como tantos otros hicieron, negará mi embarazo, pensará que se me ha ido la cabeza, o que escribo bajo el efecto de alguna medicación. Una mujer nacida con un útero inservible, con un aparato no

reproductor principalmente masculino, pene disfuncional, testículos, no puede quedarse embarazada. Muy bien. No puedo negar esa imposibilidad biológica, pero el caso es que por ahora tendrá que creerme si quiere que todo este relato tenga sentido. En mi cuarto mes de embarazo, como le digo, supe cuál era el sexo de mi bebé por medio del mismo método que siguieron nuestras abuelas: por la distribución de esa —aún muy pequeña— barriga, que me crecía un poco repartida hacia la cintura, en contraste con los embarazos de niños que, según oí, se manifestaban en sus formas puntiagudas, hacia el frente, haciendo que la mamá, de perfil, pareciera embarazada de más tiempo. Me gustaba imaginarme a mi niña así, formándose discretamente, más cercana a mis costillas que al exterior, más mía que del resto, más íntima que pública. Verdaderamente la sentía, pero como no estaba loca, no se lo conté a Jim. Mi percepción de lo que me sucedía por dentro estaba desconectada de esos cables que nos permiten comunicar al otro lo que nos pasa, así que era consciente de que toda explicación habría sido fútil.

Estábamos de vuelta en Nueva York, tan agotados física y moralmente que tuvimos que tomarnos un par de meses de descanso, no sin prometernos el uno al otro que no interrumpiríamos nuestra pausa hasta recuperar las fuerzas. Jim cobraba una pensión vitalicia del ejército. No era mucho, pero nos permitía vivir modestamente y, para costear los viajes, buscábamos trabajos esporádicos que nos daban un dinero extra sin necesidad de contrato permanente ni de ningún verdadero esfuerzo, pues eran, normalmente, trabajos que nos estimulaban; un estímulo necesario, en cierto modo buscado, porque sabíamos que los viajes siempre conllevaban frustración, tristeza, desaliento. En los periodos de reposo en Nueva York, era obligatorio recuperarse, haciendo algo que habíamos aprendido a hacer, siempre que se tratara de un periodo corto de tiempo: dejar de pensar en el pasado, en el futuro, y vivir ese presente del que ahuyentábamos cualquier mal pensamiento. O, al menos, lo intentábamos, normalmente con necesario éxito.

Nunca pensé que cada mes de gestación para mi bebé —siempre me costó llamar *feto* a mi bebé— pudiera corresponderse con periodos de meses o años de mi vida. El tiempo pasaba para mi niña mucho más

despacio que para mi cuerpo. Era como si, mientras yo pensaba que cargaba con ella en la tierra, ella estuviera embarcada en un viaje espacial de velocidad aproximada a la de la luz; un viaje corto para ella, largo para mí, acaso para darme tiempo a estar preparada para lo que mi futuro estaba ya tramando. Así me imaginaba a veces a mi niña, en el espacio, conectada a mí por un cordón umbilical larguísimo e invisible desde el cual era ella quien me alimentaba —quien me redondeaba— a mí. Pues bien, aquellos meses ocupados por mi cuarto mes de embarazo coincidieron con una carta de S en la que me decía que quería visitarme, y no me pareció que pudiera haber mejor momento. Estaría con nosotros cinco semanas. Su negocio llevaba ya algún tiempo abierto, dentro, siempre, de los límites de su clandestinidad. Todavía no había encontrado a la horma de su sexo, pero me pareció que estaba contenta, ilusionada, y bellísima. Deseché también la idea de contarle mi embarazo a S. Pienso que ella sí me habría acompañado, sí lo habría sabido ver, pero no supe cómo decírselo. Estaba pasando por una metamorfosis a la que yo misma asistía con enorme sensación de extrañeza. Esa transformación de mi cuerpo era el mayor acto de libertad que me había permitido nunca, y eso que ni siquiera dependía de mi voluntad. Después de gastarme tanto dinero en operaciones estéticas —no para embellecer mi cuerpo, sino para hacerlo, para corregir la gran equivocación del nacimiento— asistía asombrada a ese crecimiento gratuito que ocurría dentro de mí, esa vida que se desarrollaba sin que yo ni nadie pudiéramos intervenir en sus formas. Me quedé sin lenguaje. Por primera vez no fueron los otros quienes me anularon la palabra, sino un trozo de mí misma, que tenía aire solo porque yo respiraba, que crecía solo porque yo seguía alimentándome. Era lo más querido y, sin embargo, a veces sentía que debía protegerme de esa parte de mí que me detenía la lengua que necesitaba para compartir mi estado con S.

Aunque aún no tenía las herramientas necesarias para contarle mi transformación a S sí la hice partícipe de otro proyecto, pues pensé que no existía mejor compañera que ella para reiniciar unas clases que solía dar hacía años. La idea se me ocurrió cuando pasé por la operación de aumento de pecho que, en mi caso, fue un implante completo. Durante las consultas, el tiempo en el hospital, la convalecencia, conocí a otras mujeres que

también se iban a someter a una mamoplastia. Normalmente debían esperar más que yo, hacerse más pruebas, pues en su mayoría eran mujeres que habían sufrido, debido al cáncer, una mastectomía. Cuando supieron que iba a someterme a la misma operación que ellas, pero para contradecir mi sexualidad más visible, sentí su menosprecio. A aquellas mujeres les parecía que el derecho de reconstrucción de un pecho que antes existía era mayor que el derecho a elegir un pecho con el que no se había nacido. Ese modo de pensar, aunque comprensible, me pareció pedestre. Utilizar el cáncer como argumento de autoridad me parecía como aceptar el poder de la enfermedad, escudarse detrás de esta como un niño se esconde en las faldas de la madre. Sabía que hablar con ellas no tenía sentido, pero un día se me ocurrió algo que podría ayudarlas durante esos meses en que esperaban los implantes con un pecho amputado. Fue la primera vez que llevé a cabo el proyecto, con éxito. Hay que tener en cuenta, antes de pasar a esa idea —que, creo, fue útil—, que aquellas mujeres habían perdido toda la confianza en sí mismas. Las cicatrices de una mastectomía siguen siendo hoy en día demoledoras, pero en aquella época lo eran mucho más. Por otro lado, ninguna de esas mujeres había tenido la oportunidad de ver las cicatrices en fotos, en anuncios, en campañas contra el cáncer, de modo que la primera vez que las vieron fue ese día en que, después de varios intentos fallidos debido al temor de la visión espantosa de la nada marcada por una brecha, se quitaron las vendas frente al espejo. La impresión era, lógicamente, tan grande que durante mucho tiempo ninguna quiso volver a verse y, mucho menos, que nadie las viera.

S escuchó con atención el proyecto que había llevado a cabo ya una vez años atrás en el hospital. Le conté los daños que ese tipo de operaciones producían en la autoestima y luego le mostré, de manera práctica, en qué consistía mi plan. Le dije que se sentara mientras iba a buscar algo. Regresé con una masa ovalada de silicona que me habían dado en el mismo hospital y le expliqué que esa era una de las prótesis provisionales que se colocaban en el sujetador mientras se esperaba la operación estética. Esa prótesis permitía que, en una mujer vestida, nadie notara la falta de un pecho. Esto aliviaba bastante, hasta el punto de que muchas dormían con la prótesis puesta, y hasta se duchaban en sujetador para no verse la zona amputada

siquiera unos instantes al día. Pero lo que me interesaba era que las mujeres comenzaran a aceptar sus cuerpos tal como eran en ese momento. Había que convencerlas de que, habiendo superado el cáncer, no estaban en peor situación que cualquier otra mujer sana con sus dos pechos. Los pechos —solía decirles—, se terminan cayendo. Algunas mujeres sienten que los tienen demasiado pequeños, a otras les gustaría tenerlos menos grandes. Yo intentaba defender lo que sigo pensando; de hecho, lo que, al cabo de los años, puedo comprobar: que el cuerpo no es estático, sino cambiante, transformable, y no veía razón para que el peso de los años y la caída consiguiente de los pechos fuera más fácilmente aceptable que los efectos de un cáncer. La vejez, al fin y al cabo, es en sí misma una enfermedad, y una mujer, estando sana, debería aceptar su cuerpo con o sin cicatrices. Yo misma me ponía como ejemplo. Había nacido con un sexo que mis padres negaron. Eso sí era un problema, porque mi cuerpo no era mi cuerpo, sino el de otro que otros habían elegido.

Una vez que terminé de explicarle a S la naturaleza de la silicona que tenía en mis manos, puse música de baile a gran volumen y comencé a jugar con la prótesis como si fuera uno de esos complementos de la gimnasia rítmica. He de reconocer que nunca he sido una gran bailarina, pero la flexibilidad de mi cuerpo y mi experiencia en yoga y *chi kung* compensaban la carencia de toda formación en danza. Me tumbaba bocarriba en el suelo, arqueaba el cuerpo en forma de círculo y dejaba que la masa silicona rodase hasta reposar en mi cuello. En algún momento me pregunté si S notaría el mayor volumen de mi barriga, pero en ese caso le podía decir que era consecuencia de las hormonas que tomaba desde hacía años y que, efectivamente, y en según qué épocas, me hinchaban esas partes tradicionalmente asociadas a la fertilidad: las caderas, el abdomen, los pechos. La química, dentro de sus limitaciones, venía a imitar los ciclos naturales de una mujer. Las hormonas habían hecho de mí —piedra caliza sin curvas—, una Venus de Willendorf, menos gruesa, pero con las partes fértiles igualmente acusadas. Me imaginé —hecha fósil mi carne— en un museo de generaciones futuras, como ejemplo del cincel del siglo xx, explicado mi ser a través de la voz de un androide guía: «Esta es H, la Venus Hormonada de Hiroshima. Encontrada por X; Yacimiento X;

material: orgánico». Pero como estaba contando, aquel día en que me puse a bailar estando con S yo iba cogiendo la prótesis al ritmo de la música, la tiraba hacia lo alto y la volvía a coger con los pies. S miraba asombrada cómo me movía, con la rapidez y agilidad de un gato, atenta solo a ese volumen que fue pensado para ir pegado al torso y que yo, en cambio, lanzaba por los aires o deslizaba por diferentes partes del cuerpo. La prótesis estaba en mi ombligo, en mi frente, en la ingle, como un seno que se desplazaba libre de la decisión del dios o el doctor que lo fijó en un solo lugar. Y en eso consistían los bailes que había ideado para las convalecientes que pasaban por una mastectomía. Utilizar la prótesis como medio de fortalecer sus espaldas, sus brazos, sus glúteos. Si luego querían colocársela en el pecho, bien, pero aquellas mujeres debían aumentar su autoestima no con una bola de plástico inamovible, sino con los progresos corporales de los que todos somos capaces. Me enorgullecía de que, años atrás, cuando llevé a cabo por primera vez aquel proyecto, algunas de las pacientes me dijeran que se encontraban con su cuerpo mucho más a gusto de lo que se habían sentido antes de la operación. Se sentían más sanas, más fuertes, más dueñas de sus movimientos y, por ello, más sexis.

S se entusiasmó con la idea, y durante su estancia en Nueva York me ayudó a buscar mujeres que pudieran beneficiarse de esos bailes. Para mí suponía una fuente de ingresos para financiar el próximo viaje, pero también algo más. Cuando bailaba con ellas, me olvidaba de todo. La mente estaba en la masa traslúcida de silicona con que jugaba, y en esa prótesis parecía reflejarse el entorno como si, en efecto, todo el mundo que importaba estuviera contenido ahí, y solo ahí. Nada más me interesaba en ese momento. Pero por las noches, a pesar del calor de Jim, o quizás por eso, lamentaba no poder compartir con él el desarrollo de mi embarazo. Me costaba conciliar el sueño, me sentía ridícula por ayudar a otras mujeres mientras que no era capaz de contar algo tan importante por temor a la incomprensión, y no de una persona cualquiera, sino de Jim, la persona que más me ha querido en la vida. Esas noches recordaba cuántas veces en el pasado me había planteado la posibilidad de la adopción, alternativa que terminé rechazando siempre por considerarla una suerte de sucedáneo de la maternidad. Quizás —pensaba antes de mi embarazo— si hubiera sido

físicamente capaz de concebir, habría adoptado un niño. Pero la negación de esa posibilidad me obsesionó hasta el punto de no poder quebrar la conexión entre la maternidad y la gestación. Por este mismo motivo, también me sentí durante muchos años estúpida cada vez que me paraba a pensar cuántos esfuerzos, cuánta tristeza, cuánto de mi vida estaba destinado a encontrar a la hija de otro. Tras estos pensamientos, en la cama, junto a Jim, venía el optimismo que me metía finalmente en el sueño, cuando me tocaba el vientre y me decía que todo eso era pasado, y que había algo peor que no poder anunciarle a Jim mi embarazo: el no tener nada que anunciar, la ausencia de mi bebé.

Consciente de que Jim y yo debíamos tomarnos la necesaria época de descanso en esa búsqueda que, aunque por momentos absurda, gobernaba nuestras vidas, contacté con el hospital donde conocí años atrás a las primeras pacientes de mastectomía, y la directora, que me guardaba un gran cariño porque pudo comprobar los efectos positivos de mis sesiones de danza como parte de la terapia postoperatoria, me dio la oportunidad de presentar otra vez el proyecto, junto con S, en una visita al hospital. De aquella primera visita, en la que les expliqué a las mujeres en qué consistía mi terapia, conseguí cuatro interesadas, a las que se sumó otra chica que S había llevado al grupo. Podrían haber sido muchas más, pero en ciertas fases de la convalecencia es frecuente que las pacientes cierren los oídos a una posible mejora, por el miedo a recaer. Para aceptar aquella idea aparentemente loca hacía falta estar en esa fase en la que ya se va recuperando el optimismo.

Quería que la primera sesión con mis cinco mujeres fuera inolvidable. Alquilé a un viejo lobo de mar amigo de Jim un barco de pesca con el que toda una familia, desde hacía generaciones, se ganaba la vida, y las cité en Gateway Marina, el puerto de Brooklyn. A las ocho de la mañana del domingo ya estaban todas en el muelle con sus mochilas. Era solo la segunda vez que nos veían a S y a mí, pero dos horas más tarde, ya en alta mar, bailábamos las siete en la popa del barco al son de la música que había preparado. El sol brillaba ese día como brilla en un buen día de playa. Nos quedamos en bikini y nos echamos aceite para broncearnos. Las observaba atentamente. De vez en cuando alguna, debido a que tenía la piel

resbaladiza por el aceite, se caía en la cubierta del barco. Sin haber bebido, parecía que estaban borrachas por ese reencuentro con sus cuerpos. Entonces las prótesis comenzaron a volar de unas a otras, como si fueran pelotas en un juego, pero al tener las manos también resbaladizas, se les escurrían como peces, y todas saltaban de un lado a otro del barco intentando evitar que los óvalos de silicona cayeran al mar. En un momento dado, me quité la parte de arriba del bikini y me quedé en *topless*. Se hizo el silencio por unos instantes. Pero ese silencio se rompió cuando otra de las mujeres me imitó. Y enseguida todas las demás hicieron lo mismo. Allí estaban las Amazonas, con un solo pecho, o ninguno, dorándose al sol sin dejar de bailar y gritando groserías, que seguramente jamás hasta ese día habían siquiera susurrado, a unos chicos que se paseaban junto a nosotras en una entonces novedosa lancha motora. Recuerdo que cuando me quité la parte de arriba del bikini había tenido que superar algo no menos difícil, ese miedo de ser rechazada por tener mis dos pechos sin haber pasado, aparentemente, por enfermedad alguna. Bien sabía y comprendía que es difícil imaginar el dolor que supone que el cuerpo pertenezca a una identidad distinta de la que conoce la mente. Temía que la desnudez de mi cuerpo elegido, de mi cuerpo hecho, diseñado, pagado por mí misma sin haber tenido que enfrentarme a ese tipo de muerte, terminara con aquel entusiasmo. Pero no fue así. Aquellas mujeres no veían la diferencia, no se fijaban en las cicatrices de sus compañeras, como sí solía suceder inevitablemente en la comparación de las heridas cuando estaban en el hospital. No veían más que cuerpos sanos recibiendo directamente en la piel el calor de un sol que no sentían desde hacía años, ni en la mente ni en las espaldas, ni en los hombros ni, mucho menos, en los pechos. No podían, no necesitaban ver. Estaban ciegas y por eso se atrevían a sentir ese placer directo del mar, del buen tiempo, del aire libre. Hacía mucho que la mayoría de ellas había olvidado lo que se siente al aire libre. Tantos meses de hospital, sin nadie que les dijera que una parte del tratamiento debía ser el salir a la naturaleza, dejar que los elementos les recordaran mediante las sensaciones lo que ningún médico parecía querer recordarles: que estaban vivas. Sabía que esa euforia del momento pasaría, pero era un gran comienzo, y de lo que no cabía duda era de que ninguna, incluida yo

misma, olvidaría aquel día de desinhibición. Sin embargo, tampoco en ese momento fui capaz de mostrar mi barriga. Aunque pequeña, la tapé en todo momento con un minipareo, pensando, de paso, que debía proteger del sol a mi —todavía rosa, translúcida— niña.

Pero esos necesarios meses de tregua no iban a durar mucho tiempo. Siempre sucedía igual: cuando mi mente se encontraba algo más descansada, se activaba en mí un mecanismo interno, y volvía a integrarme en mi equipo de rastreo. En esos primeros días de activación, los sentidos se me agudizaban, oía mejor, olía mejor, veía mejor, como si realmente fuera una madre a quien la naturaleza ha ensanchado los canales perceptivos para mejor protección de su cachorro. De nuevo a buscar. A otear, a rastrear. Y es que no podía estar más de seis meses sin embarcarme de nuevo en la búsqueda de Yoro. A veces parecía que yo era la auténtica madre biológica, de la cual ni siquiera Jim podía darme alguna pista porque, de acuerdo con lo que él me decía, la identidad del padre y la madre biológicos siempre le habían sido ocultados. Insisto en ese sentimiento que reaparecía en mí de vez en cuando y que, al resultarme evidente mi embarazo, se alternó con una especie de vergüenza por verme buscando —no satisfecha con la niña que se formaba en mi vientre— a una hija extraña. Si antes de saberme embarazada me sentía como una mendiga de la maternidad, como alguien evidentemente incompleta que se conforma con las migajas de las migajas, a partir de entonces pasé a sentirme como alguien que nunca podría saciarse, una mujer siempre hambrienta de nuevos hijos, los suyos, los propios, una suerte de Saturno que devoraría a sus bebés pariéndolos, encontrándolos, solo para continuar la búsqueda. Esto hacía que, hasta con Jim, fuera bastante cautelosa a la hora de mostrar mis sentimientos hacia Yoro, mi ansiedad ante su cada vez más terrible desaparición.

La siguiente puerta a la que tuvimos que llamar fue la del faro de la isla de Queimada Grande, en Brasil. De todos nuestros viajes, recuerdo aquel como el primer descenso al infierno. El faro era el único edificio de toda la isla pues, según los rumores, por cada metro cuadrado había cinco víboras únicas en el mundo, cuyo veneno podía matar a una persona en menos de

una hora. También los rumores decían que la mujer y la hija del último farero habían muerto a causa de las picaduras de estas serpientes y que él vivía agazapado en sus recuerdos sin salir de la torre a pesar de que, por seguridad, el faro se había automatizado a comienzos del siglo xx. De acuerdo con las fechas, aquel hombre que íbamos a visitar no podía ser el mismo farero, pero lo cierto es que la leyenda que se contaba en el continente aseguraba que se trataba del mismo hombre. En cualquier caso, allí estábamos, en una zódiac tripulada por dos miembros de la marina brasileña y un médico que portaba el antídoto por si se producía un accidente.

Desde la embarcación, la isla de Queimada parecía un paraíso. Solo se veía verde, y el faro como única señal de la mano del hombre. Pero al pisar tierra sentí que todas mis fuerzas, toda mi esperanza, mis ganas de vivir e incluso mi vigor sexual, que normalmente podía sentir cuando miraba a Jim y lo visualizaba en una fantasía, se habían venido abajo. Sentía como si mi cuerpo no tuviera energía no ya para afrontar una nueva frustración en el faro, sino para dar un solo paso más. Entonces me sentí ajena a mí misma y comencé a caminar viendo y escuchando todo desde fuera, sin ganas, impasible. Lo primero que advertí fue la maleza. No se podía caminar si el primer hombre de la fila no abría paso cortando arbustos y ramas con el machete. Para evitar la mordedura de una serpiente, llevábamos botas hasta las rodillas. Pero me fijé en los árboles. Había decenas, cientos de pieles de serpientes enganchadas en las ramas. Así era como me sentía, como piel mudada de serpiente, esa piel cuya alma reptaba bien lejos, igual que mi sexo, pues ¿acaso no me había pasado media vida preguntándome dónde habría acabado mi sexo tras la explosión? Aunque fuera una parte de mí misma que nunca había querido, la idea de haber perdido esa parte de mí, sin la posibilidad, siquiera, de saber dónde había ido a enterrarse, o a deshacerse, me producía ansiedad. Creo que, como siempre había rechazado mi pene, como había pensado —cuando lo tenía— en la automutilación, vinculé su pérdida a una cierta sensación de haber sido yo quien lo había abandonado como a un perro. A menudo recordaba la figura de Antígona, aquella joven y preciosa griega que arriesgó y perdió su vida tratando de dar sepultura a su hermano, cuyo castigo había sido ese: no ser enterrado, pudrirse a

merced del viento y las alimañas, los perros, los buitres. Y es que el problema de lo que no se entierra, o no se quema, o ni siquiera se encuentra, es que nos sigue persiguiendo durante toda la vida. Los desaparecidos nunca mueren, su presencia nos acosa. Yo habría querido encontrar mi pene, poder llorarlo, acariciarlo una última vez, enterrarlo para saberlo, realmente, muerto; pero no siendo así, mi pene me persigue aún hasta hoy. Me da lástima ese cachito mío, aunque el resto de mi mente, o más bien de mi cabeza, nunca lo quisiera. Por eso, aquella isla me resultaba dolorosamente familiar, pues las pieles vacías me recordaban a esa imagen que solía perseguirme en sueños desde mis días en el hospital: mi pene buscándome como un lagarto sin ojos, un perro sin patas, por las ruinas de Hiroshima. Cuántas veces habría tenido esa idéntica pesadilla, esas mismas imágenes: lagarto, sin ojos, ruinas, perro. En Hiroshima.

En la isla las mudas eran tan visibles que seguramente desviaban la atención de aquellas serpientes que, vivas, nos estaban acechando, ocultas. Es cierto, pensé. En el barco nos habían dicho que las serpientes se escondían en los árboles porque era allí donde conseguían su principal fuente de alimento: los pájaros. Por eso había también esqueletos de aves por todas partes, entre los arbustos, en el suelo, en los árboles.

Al llegar al faro, uno de los militares llamó a la puerta y gritó el nombre del innecesario farero:

—Flávio, abra, le traemos algo de comida, unos señores desean verle.

Yo no esperaba nada. Ni que se abriera la puerta, ni mucho menos que aquel hombre nos diera alguna pista sobre Yoro. Pero la puerta se abrió, lenta, pesada, con un fortísimo ruido que se producía al rechinar el hierro salado contra el suelo. Y ante nosotros apareció una persona tan desgana como yo, que nos dejó pasar sin decir palabra. Los cinco le mirábamos y mirábamos el entorno. Estábamos en el angostísimo rellano de la entrada del faro. Al mirar hacia arriba, solo podíamos ver una larga escalera de caracol de donde caía, de vez en cuando, un trocito de cal. Cada grieta del faro estaba sellada con cinta aislante o con pegotes de cemento para evitar —imagino—, la entrada de los reptiles o las ratas. Y por todos lados,

basura. Mucha basura, principalmente latas de comida precocinada, esparcidas por el suelo. Flávio, en cambio, parecía limpio, y era apuesto, alto, atlético, pero mudo. Parecía mudo. Yo también lo estaba, así que fue Jim quien, situándose delante de todos, en aquel refugio, le preguntó por Yoro. Flávio no dijo palabra. Solo se abrió paso entre nosotros. Forcejeó un poco con la puerta verde de hierro oxidado y salió corriendo. Mientras los demás mirábamos sin salir del faro, el marino que había comandado el bote intentó detenerle, pero se paró cuando vio que Flávio se tiraba al suelo y se restregaba, como un animal pulgoso, por la maleza. Estaba descalzo, no llevaba camisa y, en una tierra donde las serpientes son tan abundantes como las hormigas, era cuestión de minutos que se produjera el encuentro. Oímos un gemido de dolor, y el marino salió a buscarlo, lo tomó en brazos y lo metió de nuevo en el faro. Volvieron a cerrar la puerta. Todos miramos al médico pero, en aquel momento, el médico reconoció que en realidad era dentista y que no tenía ni idea de qué era lo que llevaba en el maletín que alguien le había proporcionado a cambio de que desempeñara el papel de médico. Efectivamente, cuando abrimos el maletín, nadie sabía qué era lo que estábamos viendo. Había sobre todo muchas gasas, y un frasco que, al olerlo, resultó ser solo alcohol. Nada que pudiera ser un antídoto.

Al mirarle la pierna a Flávio, justo debajo de la rodilla, dos puntos rojos goteaban sangre. Hasta el menos informado sabía que, si la mordedura hubiera sido en el tobillo, el veneno tardaría más tiempo en subir al corazón. Pero ahora el veneno tenía que recorrer menos distancia, lo cual daba mayor ventaja al líquido mortal. Si la mordedura de una de aquellas víboras se tomaba una hora en acabar con la vida de un hombre, la que estábamos viendo se tomaría media pierna menos de tiempo. Jim puso un torniquete para retrasar la subida del veneno y, en una sábana, transportamos a Flávio hasta el barco. La pierna se había hinchado de inmediato. Era la primera vez, desde la explosión en Hiroshima, que yo veía un órgano que triplicaba su tamaño. Todo me recordaba aquel día de horror. Las pieles de serpiente como mi sexo, mi pene vacío. La hinchazón inmediata de lo que unos instantes antes era sano y fuerte. La distorsión de lo que hacía unos minutos era otra cosa. Flávio no decía nada. Solo miraba al cielo, inmóvil, como anestesiado. También yo me sentía anestesiada,

caminando como automatizada, sin ni siquiera reparar en que el camino de vuelta era tan peligroso como el de ida, con la amenaza del mismo número de serpientes, y un dentista sin antídoto.

Era un día de calor insoportable, y ni siquiera la brisa en el barco veloz podía calmarlo. Flávio y todos nosotros sudábamos. Llamamos por radio para que una embarcación se adelantara y saliera a nuestro encuentro con suero antiofídico. Cada diez minutos Jim aflojaba el torniquete para que la sangre irrigara la pierna antes de que los tejidos comenzaran a morir, en contra de la opinión de uno de los oficiales, que sostenía que la única alternativa era cortarla allí mismo, aunque no sé cómo quería que la cortáramos si no contábamos con un médico ni con instrumentos adecuados. Por efecto del veneno, poderoso anticoagulante, la sangre salía por los dos puntos rojos tan líquida como agua pero, por decisión de la mayoría, se pensó que era mejor no detenerla, pues por ella saldría algo de veneno. La tranquilidad de Flávio le beneficiaba porque su pulso latía tranquilo, lo que retardaría la subida del tóxico al corazón. Como en ningún caso debía dormirse, le hablaban, aunque en él nada había cambiado. Ni el miedo ni el dolor parecían haber influido en su actitud. No hubo un cambio entre el antes y el después de la mordedura, salvo por el hecho de que, pese al calor, Flávio comenzó a temblar. Estaba empapado en sudor, tenía el pelo totalmente mojado, pero temblaba como si estuviera en una sábana de hielo. Al llegar la embarcación de emergencia le administraron, allí mismo, una mezcla de suero antiofídico, antiinflamatorios, analgésicos y un antibiótico que hoy, creo, ha sido sustituido por la clindamicina. En el trayecto que quedaba hasta llegar al hospital, el sudor de Flávio comenzó a expeler un olor rancio, agrio.

Esperamos una semana, y estuvimos yendo cada día al hospital, con la esperanza de que Flávio, al recuperarse, pudiera decirnos algo, si no una pista sobre la trayectoria de Yoro, al menos un relato, una anécdota, un recuerdo, otra foto. Cualquier cosa haría que el viaje, el esfuerzo, las esperanzas merecieran la pena. Un gesto de comprensión, de hermandad, era un bálsamo con capacidad de limar las dificultades que tendríamos que enfrentar en la preparación del próximo viaje. Por ello fuimos testigos de todo el proceso de curas y recuperación. La pierna se volvió de un verde

oscuro e intenso. Tres días se tomó el cuerpo en neutralizar el veneno. Por la dificultad de coagulación, unas manchas moradas aparecieron por brazos y piernas, pero lo que más impresionaba fue la aparición, como de repente, de un bulto enorme en donde estaba la picadura. Yo, que me atemorizaba cada vez que veía un bulto, un quiste, un tumor o un simple orzuelo, no necesité nada más para darme por vencida. Aquel viaje había fracasado. Demasiadas cosas me recordaban a Hiroshima, y también yo vivía esperando la aparición de uno de esos bultos, que en mi caso sería radiactivo. Cuando el médico rajó con el escalpelo la carne de Flávio, una bola enorme de pus salió con fuerza. Pero los bultos en mi cuerpo, que yo esperaba y temía, no podrían ser extraídos. Eran como tubérculos venenosos que llevan, en su propia vida, la muerte.

A pesar de los días que estuvimos esperando las palabras de Flávio, este nunca habló y, la única vez que se levantó por sí mismo para ir al baño, se deslizó en silencio por las sábanas cama abajo y comenzó a reptar por el suelo. Comprobé que, efectivamente, como había supuesto desde el principio, no había nada que hacer. Flávio se había aserpentado para siempre.

El último viaje me dejó totalmente derruida. Me había acostumbrado a mi frágil salud pero nunca como en ese momento sentí el miedo a la muerte. Ni siquiera en los meses después de *Little Boy* había conocido esa sensación de pánico a una muerte repentina. El miedo a morir me acompañaba siempre, pero el temor a que me ocurriera en ese momento exacto, el temor a una muerte súbita, era un sentimiento nuevo. En los días posteriores a la explosión, y también durante los meses e incluso años siguientes, había visto cómo muchos *hibakushas* morían de la noche a la mañana, a pesar de que, aparentemente, habían conseguido sobrevivir e incorporarse a las filas de los mortales que visualizan de vez en cuando, como todos, su vejez. Siempre había sabido que yo pertenecía a ese grupo de riesgo, pero el miedo que se me cruzaba muchas veces por la mente nunca se posó en mi espíritu, y pasaba de largo y permitía que me centrara en los remedios concretos de esas pequeñas o medianas enfermedades que tenía que ir

tapando con parches. Pero la experiencia de ver a Flávio detonó ese miedo que, sin duda, llevaba dentro, esperando solo a que se encendiera la mecha que lo iba a activar. Quién me iba a decir que un desconocido hombre serpiente que ningún daño, más que el silencio, me había hecho, sería quien estimulara ese virus del miedo a morir de golpe y sin darme tiempo a una despedida, ni siquiera de mí misma. Pero no dejaba de tener cierta lógica, pues ver cómo aquel hombre henchido de un mal invisible exteriorizaba en su cuerpo la deformación producida por el veneno me hizo recordar que también yo, quizás, al día siguiente, o a la hora siguiente, o al minuto siguiente podía comenzar a traslucir lo que era, un cuerpo enfermo, y un alma que, por muchas ganas de vivir que tuviera, por mucho amor que pudiera dar y que efectivamente daba, era como un pájaro herido a merced de cuidados no ya ajenos, sino de un ser superior que insistía en probar su existencia con su inexistencia.

Aunque era consciente de que había otros que se encontraban en mi misma situación, me parecía sentir que era la única en mi especie. Esa sensación que había tenido por primera vez en el Museo de Historia Natural de Londres, donde no encontré, entre los especímenes en formol ni entre las personas que me acompañaban, nada parecido a mí, se agravó. No es que pensara que yo fuera un caso particular entre las demás víctimas, sino que realmente sentía que era la única representante de una raza distinta, como el bicho extraño de un huevo caído de otro planeta y condenado a estar entre humanos sin saber casi nada acerca de su propia especie, sin datos sobre su esperanza de vida, que era justamente lo que me interesaba más que ningún otro género de información. Era una alienígena criada sin padre, sin madre, sin nadie que tuviera un ADN similar, y tenía, por tanto, muchas preguntas sin respuesta, pero las que más me importaban eran las que concernían a ese dato principal del Tiempo: ¿cuándo iba a morir?; ¿cuánto vivían los de mi raza?; ¿ochenta años, cien, doscientos? Yo era una extraña entre extraños, y a veces pensaba que no tenía ni siquiera indicios sobre cuál podía ser el devenir de mi carne.

Entré, pues, en una época de neurosis que nunca antes había conocido y que se manifestaba, principalmente, en esa *tanatofobia* (aprendería bien esta palabra) o miedo a la muerte. Durante el día me cuidaba como siempre, no

desarrollé ningún hábito especial de hipocondría o autoprotección, pero por la noche todo mi miedo se concentraba en el terror a morir mientras dormía. Al principio me despertaba sudando, y empezaba a sacudir a Jim para que su voz me hiciera comprender, como un pellizco, que no estaba sola, que no estaba muerta. Cuando despertaba a la mañana siguiente recordaba lo que me había contado Jim sobre sus vivencias en el Buque de la Muerte, el *Oryoku Maru*, cuando la locura se manifestaba en esa obsesión de los reos por palpar en la oscuridad, desesperadamente, el cuerpo del otro, como para aferrarse, así, a la vida, a cualquier vida, si no a la propia, al menos a la del que tocaban. La falta de sueño hacía que me sintiera todo el día cansada, y cuando iba cayendo la tarde con la amenaza de la nunca ausente noche, me cargaba aún más los cafés para retrasar los efectos del cansancio y mantenerme despierta tantas horas como pudiera. Luego comencé a cambiar horarios. Decidí dormir de día y quedarme despierta de noche. Me parecía que durante la noche, cuando la mayoría duerme, nadie podría ayudarme si mi vida comenzaba a colarse discretamente por el sueño. Me sentía, es cierto, tremendamente sola, pero confiaba que mi pulso, mi aliento, fueran una pequeña parte del latido de los habitantes de Nueva York y que, si ese pulso, ese aliento me fallaran, otra pieza —otro hombre— de aquel enorme puzle vendría a ayudarme; siempre, eso sí, que esa otra persona no estuviera aletargada, maniatada, en ese simulacro de muerte que es el sueño. Tero todos aquellos remedios cambiaron de acuerdo con la lógica de mi enfermedad, y después de pasarme semanas tratando de esquivar la noche, pensé que lo mejor era volver a dormir con Jim pues, al fin y al cabo, si había alguien en el mundo que me quería, ese era él y, si había alguien capaz de sentir, pese a estar dormido, que me iba, también sería él. Antes de resignarme a caer dormida, nos abrazábamos, pero yo tardaba horas en conciliar el sueño. Al principio permanecía quieta, para no molestarle; luego comenzaba a dar vueltas en la cama, temerosa de perder la vida.

Según la época, me centraba en una enfermedad o en otra, pero la causa de muerte que más tiempo temí fue una embolia cerebral. Me había obsesionado con esos bultos, los tumores que aparecían en los *hibakushas*, y, como no tenía ninguno a la vista, comencé a temer que me hubiera

surgido un tumor interno, o algo que obstruyera un vaso sanguíneo del cerebro, un coágulo de sangre que impidiera fluir a esta. Esto hizo que algunas noches le pidiera a Jim que, de madrugada, me despertara y me preguntara algo que yo tenía que responder para asegurarme de que estaba bien y poder seguir durmiendo. Teníamos que poner el despertador a las tres o a las cuatro de la mañana, y entonces Jim me hacía alguna pregunta cuya respuesta Jim sabía que yo conocía. Así, cuando la alarma sonaba, me preguntaba cosas como el nombre de mi abuela, o mi comida preferida, preguntas tan evidentes que, de acuerdo con mi modo de pensar desde la enfermedad, si no respondía, era porque mi cerebro no funcionaba bien, y en ese caso Jim debía despertarme del todo para asegurarse de que no me encontraba en peligro de muerte. Las preguntas llegaron a rozar el absurdo cuando empecé a pedirle antes de dormir que, al sonar el despertador, me preguntara cosas como «¿de qué color es el caballo blanco de Santiago?» y otras preguntas que llevaban, en su misma formulación, la respuesta, por lo que estaba segura de que, si no contestaba, Jim debía alarmarse y tomar inmediatamente las medidas necesarias para impedir el mal mayor.

Para Jim aquella época fue dura, no ya por la incomodidad de romper el sueño, sino, sobre todo, por el modo en que el cansancio, la falta de reposo físico y mental, empezó a afectar a mi humor durante el día. La noticia de un viaje inesperado de Jim, debido a un asunto relacionado con una herencia familiar, no hizo más que empeorar la situación. No quería que se fuera, pero entendía la importancia del asunto y, por otra parte, al no decidirme a ir con él, pensé que tal vez, estando sola durante los diez días que duraría su ausencia, podría comenzar, como en una especie de terapia de choque, mi recuperación.

La primera noche que pasé sola fue tan insoportable que no podía imaginar una segunda noche así. A pesar de mis neurosis, era plenamente consciente de que estaba psicológicamente inestable y, esperando que se me pasara aquella época, no quise comentarlo con ningún amigo, así que en ese momento me resultó imposible llamar a alguien para pedirle que me acompañara durante aquellas noches y me hiciera la ceremonia del despertar y preguntar cualquier obviedad, cosa que me permitía conciliar, aunque pobremente, el sueño. Se sucedieron así siete días de enajenación,

cada uno de los cuales me pareció que duraba diez días, pues tuve la sensación de vivir setenta días en los que dejé de reconocirme, porque para enfrentarme al miedo que me producía dormir sola encontré una única solución: dormir con un hombre cada día.

No fue difícil. Hacía tiempo que no me arreglaba y esa fue la parte que aumentó algo mi autoestima. Mi físico no había desmejorado tanto, a pesar de los rastros que el miedo, como polvo de muerto, deja en las líneas de expresión, en los poros que, obstruidos, quitan toda luz al rostro. Así, me pasaba el día preparando la caza para la noche, buscando, oliendo y, finalmente, eligiendo a mi presa. Cuando llegábamos al apartamento bebíamos hasta emborracharnos, y me lo llevaba a la cama pidiéndole que me despertara al cabo de un par de horas, prometiéndole que entonces, una vez sobria, podría contentarle. Al igual que Sherezade consiguió postergar su muerte noche a noche manteniendo viva la curiosidad del sultán Shahriar mediante la promesa de terminar de contar su historia al día siguiente, siempre al día siguiente, yo pensé demorar mi muerte con la promesa, bastante más prosaica, de la consumación sexual, el único despertador que pude improvisar ante el viaje inesperado de Jim. El orgasmo del otro venía a ser en mis noches el recurso literario que se correspondía con el suspense de la historia que me mantendría viva. Yo no sentía placer, pero los gemidos del hombre al eyacular, el contacto repentino del líquido sobre mi vientre o en mi espalda, me resultaban suficientes indicadores de que estaba despierta y a salvo, lo cual me permitía seguir durmiendo serena; así, los hombres-despertador me resarcían de cualquier tipo de rechazo físico ante un cuerpo desconocido y, en principio, no deseado. Ya poco me importaba si aquellos hombres reconocían o no la peculiaridad de mi vagina. Solo quería no morir mientras dormía. Mi miedo era real. Estaba segura de que las reacciones que se producían en mi cerebro, en mi ritmo cardíaco, eran las mismas cuando iba a dormir que las que podían activarse en una persona que, realmente, se enfrentara a la muerte. Habría pagado cualquier precio por mi vida, y aquella prostitución no era ni siquiera el precio más alto que hubiera estado dispuesta a ofrecer.

Al cabo de siete días así, la noche anterior a la noche en que Jim iba a regresar decidí pasarla en blanco, y, para mantenerme despierta, pensé en

escribirle una carta que aliviara mi conciencia, aunque aquellas infidelidades me pesaban menos cuando me decía a mí misma que no había tenido otra opción. Para Jim, aquella carta sería una carta al miedo que me producía su ausencia, pero para mí era un modo de explicarme —y explicarle sin tener que delatarme— lo que había pasado.

Amor:

Debo de estar maldita, porque aquí está de nuevo tu presencia sin cuerpo, como una placenta vacía. En esta séptima noche sin ti, he despertado otra vez de uno de esos sueños donde sí estabas. Al principio no te veía, pero estabas, como ahora. Eras, eres, un estar sin ser, ¿y es posible imaginar un estado más doloroso en el amor? Pero al final apareciste. Apareciste naturalmente, como si siempre hubieras sido y solo mi miopía fuera la causa de que no pudiera ver la materia de lo transparente. Eso fue en sueños porque, al despertar, he vuelto a tu presencia sin cuerpo.

Tengo que levantarme de la cama. Pero peso, porque aún estoy mojada, y no es extraño, porque he sufrido setenta días de diluvio. Setenta días, amor. Si supieras. Mientras has estado fuera de casa han pasado muchas cosas. La principal, esta lluvia. Dentro de este mundo mío, el agua había llegado no solo hasta las cimas de la tierra, sino hasta las alturas del aire y más arriba, hasta el cielo. En el día setenta y uno el agua descansó, porque es muy trabajosa la labor de llover y ser llovido al mismo tiempo. Y siete días más estuvo reposando el agua. No estaba estancada, porque tú sabes mejor que yo que nada se estanca en la amplitud del cielo. Solo reposaba.

Pero no todo ha sido miedo e inundación. Mientras tú te enfrentabas, quizás, a los detalles nimios de una herencia, yo, en mi diluvio, veía amplios paisajes con un amante. Me habría gustado que también tú los hubieras visto, pero no eras tú. Era otro. Nadie elige la compañía en ese otro mundo nuestro. Él pensaba, como yo, que era duro pero hermoso ver que a los pájaros, único signo de vida sobre el agua, se les cerraban los ojos, adormilados por el vuelo

sin pausa. Al no tener dónde posarse, se turnaban para descansar las alas sobre un ave amiga, sobre esas plumas también cansadas que luego en justo intercambio sobre ellos descansarían. Pero antes de que el agotamiento impidiera que se siguieran posando los unos sobre los otros, o que el sueño les plegara las alas al cuerpo como el párpado se pliega sobre la córnea, las aguas, amor, comenzaron a retirarse y, con ellas, mi primer amante.

Primero fueron quedando al descubierto, poquito a poco, nuevos estratos del aire, de mayor a menor intensidad en su azul. Y cuando toda el agua llovida, de tan enorme superficie que parecía océano, bajó algunos metros más, se hizo visible el pico de una montaña, una mancha marrón. Siguió descendiendo el líquido y el pico fue aumentando de base. Primero su diámetro podía ser abarcado por los dos brazos de una persona, luego por los cuatro brazos de dos personas, luego por los seis brazos de tres personas, y así sucesivamente, hasta llegar a los brazos de dios, que coincidían con los de mi segundo amante, a quien hice que me abrazara desde atrás para no verle la cara.

Lo que en principio parecía ser la roca de una montaña cualquiera resultó ser la más alta roca en la cima de la montaña más alta, que se fue descubriendo de arriba abajo, a medida que el sol la secaba. Empezaron a brillar como chispas las pequeñas acumulaciones de sales, como aquellas que, cuando buceábamos juntos, yo recogía del espigón salvaje para salar el pescado atravesado por tu arpón. El calor secaba el marrón húmedo y oscuro y lo tomaba en un marrón rojizo, como arcilla que, tan moldeable parecía, tus manos fuertes podrían haber transformado a su imagen y semejanza. La montaña hecha mano, tu palma con esos cinco dedos que supieron sustituir el verbo por la caricia. Pero, de nuevo, no eras tú, sino otro. Un tercer hombre de piel muy cálida que me secaba las gotitas de lluvia.

Y el agua siguió bajando, y cuando el diámetro de la montaña habría necesitado de muchos brazos para ser rodeado, quedó al descubierto, en un gran saliente, balcón natural con vistas al

(todavía) océano, un enorme barco. Era de madera, y por la juntura de sus largas tablas iban saliendo chorros de lluvia almacenada. Las alimañas (no estaban muertas) acudieron alegres a beber. Se acercaban a saltitos, o serpenteando, o a rastras. Tú, quizás, pensativo, aburrido en un autobús, o firmando algún papel, y yo, recompensada por tu ausencia, viendo todo esto. El primer crujido del barco hizo que a algunas fieras se les erizaran un poco los pelos del lomo, pero cuanto más bebían, más tranquilas parecían. Cientos de rabos de zorros, lobos, hienas, lagartos, reposaban o colgaban de los cuerpos serenos, sin señal de alerta ni siquiera cuando del barco salió una pareja de algo. Era una pareja cubierta de una gelatina también rojiza. Y luego salió otra pareja. Y después otra, los pelos pegados, prensados por esa especie de gel orgánico que los cubría a todos. Es el semen de dios, pensé. Debido a esta envoltura no se podían ver todos sus atributos, pero cada par tenía algo en común: su disparidad, como si el arca hubiera salvado de las aguas no a cada pareja de semejantes, sino a cada ser único en sí mismo. No solo no había una pareja cuyos dos miembros tuvieran características similares, sino que ni siquiera había alguien que se pareciera a alguien. Eran cientos, y seguían saliendo, cientos de desiguales.

Cuando parecía que estaban todos fuera, amor, se quitaron la gelatina de los ojos y se miraron. Algunos, dependiendo de la especie, también se olían, y otros se palpaban con sus manos o patas. Parecía que cada uno buscaba a otro en la multitud. Estando todos envueltos por su capullo traslúcido comenzaron a lamerse, para disolverlo. Se lamían para hacerse visibles, audibles, tocables. Se lamían unos a otros y también a sí mismos. Entonces me vi en la multitud, yo también, lamiendo. Después de haber lamido a otros tantos, te encontré. También tú debías de haber estado tiempo buscando, porque tu lengua me limpiaba la piel despacio, cansada. Nos hicimos palpables, jugosos, suaves. Y cuando todos, no solo tú y yo, sino todos, estábamos limpios, copulamos con el elegido.

Aún estoy mojada, pero ya no es el diluvio, porque mañana regresas a casa. Ya puedo levantarme de la cama. Qué importa que tú estés seco y yo en las aguas, si, cuando hay diferencia, todo se acopla como el nido a la rama.

Tu amor,  
Nueva York, 1969 (el hombre acaba de pisar la Luna)

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## QUINTO MES: 1969

### Infierno de hielo

Jim no pudo leer la carta. Mientras caminaba por la calle la mañana del día en que él debía regresar, iba yo pensando —recuerdo perfectamente este detalle— que al hacer la compra no se me podía olvidar el té que solía tomar Jim, cuando de repente, al levantar la cabeza, a unos cincuenta metros, vi acercarse a nuestra vecina M. Antes de que Jim se marchara, le dije que desconectaría el teléfono pues, dada la época de ansiedad que estaba atravesando, prefería no estar pendiente de que llamara. Cuando vi a M, inmediatamente lo supe. Así, en la distancia, sin ni siquiera detenerme a pensar que su número de teléfono era el que siempre dábamos en caso de emergencia. Todo fue intuitivo, incitado, tal vez, por una mezcla de seriedad y conmiseración percibida no todavía en el rostro de la vecina, que aún estaba demasiado lejos, sino en sus movimientos. Así lo supe antes de saberlo. Jim estaba muerto y, antes de que a la vecina le diera tiempo de llegar a mi altura, me desmayé. Cuántas veces después de aquel día pensé que desearía haberme quedado en ese limbo de la inconsciencia para no tener que confirmar la noticia, para dormir en la duda, eternamente, hasta que la muerte viniera a darme el beso que me despertara en su reino. Creo que si hubiera sospechado lo que vendría después, habría apretado los párpados para no quebrar ese hilito que, desde el cerebro adormecido, me mantenía los ojos cerrados. Pero el destino me apretó la tuerca un poco más, el hilo se rompió, abrí los ojos y recobré la conciencia con la que confirmé la noticia.

Había sido en un accidente de tráfico, yendo en coche con parte de su familia, que había resultado ilesa. Dado que no convenía que viajara sola,

M se ofreció a acompañarme a la ciudad natal de Jim, Minneapolis, aunque ella tendría que regresar pronto por motivos laborales.

Minneapolis, la cuna de Jim, la ciudad adonde parecía haber vuelto para cerrar el círculo de su vida. Pensé que yo no volvería nunca más a mi cuna, a Hiroshima, y, mucho menos, para morir. Pensaba estas y otras cosas en los momentos de serenidad que me concedían los fuertes ansiolíticos que, para el dolor del viaje, M me había dado. En el avión estaba tan drogada que llegué a tener incluso un momento de euforia, en que comencé a reírme de mi llanto anterior, porque todo aquello me parecía tan poco importante como un chaparrón pasajero. Recuerdo que fue uno de los momentos más felices de mi vida. Entendí el placer de las drogas y, si bien estaba demasiado medicada como para mantener una conversación, por mi cabeza iban pasando pensamientos que nada tenían que ver con Jim, incluso planes futuros que guardaba desde hacía tiempo, proyectos; o detalles mucho más prosaicos, como preguntarme si me había acordado de meter en la maleta la crema hidratante para la cara. Mi nivel de enajenación llegó a ser tan elevado que en un momento dado me desabroché el cinturón de seguridad imaginando que mi embarazo no estaba en su quinto mes, sino ya en el noveno, a punto pues de dar a luz. Tras ese miedo inicial pasé a tener una alucinación principalmente placentera. Había oído decir que la piel del feto, durante los primeros meses de embarazo, es tan permeable que prácticamente todo él está formado por el agua del líquido amniótico. Me sorprendió esa comunicación entre lo externo y lo interno. Mi niña, esa niña que solía pensar sólida, estaba hecha del líquido en que flotaba, de mi líquido. De modo paralelo sentí que yo, dentro del avión, estaba hecha de lo mismo que todo lo que me rodeaba: pasajeros, asientos, maquinaria, ácaros. Me imaginé como un feto en el interior de un pájaro gigante, en absoluta comunicación con todo lo que pasaba en el interior de su barriga. Pude percibir cada pequeño crujido, cada cambio de olor, y hasta el cansancio de las ojeras de una mujer que se miraba en el espejo mínimo del baño. Fue mío también el humor de la azafata que me atendía con una sonrisa que yo sabía que era forzada porque ambas éramos la misma cosa, partículas flotando en el mismo elemento que nos traspasaba y nos constituía. Fui tornillo, turbina, cables. En ese estado comencé a ver cómo mi hogar

externo, el apartamento donde había vivido con Jim, se deshacía. Las piedras se hacían polvo. Una montaña de polvo como una torre hecha de desierto. Ahí monté mi cabaña, en la torre del desierto. Dentro puse un hombre que me estaba esperando, y un perro grande que me olía a medida que me acercaba, gimiendo con su hocico apuntando en dirección a mis pasos. Al llegar, el hombre me llevaba a la cama para destensarme los músculos tras el vuelo. El perro se quedaba fuera de la habitación porque nada debía perturbar ese ritual que había sucedido antes miles de veces para ocurrir de nuevo con la misma densidad en su líquido, la misma transparencia en el mío. La ventana estaba abierta. Fuera sonaban ranas. Grillos. Un lobo que aullaba. O dos. Qué bien me sentía en ese hogar antiguo, de olor a leña en casa romana, frente a las efigies de mis antepasados que miraban cómo mi hombre y yo hacíamos el amor para venerarlos. En la cama yo era una vestal que rompía su virginidad con el dios de siempre, el del día anterior, el de mañana, una y otra vez. Era la Penélope que se cosía el himen para que él se manchara de nuevo del rojo de mi espera elegida y libre, sin dolor, porque ya lo había roto muchas veces y sabía cómo hacerlo. Y entonces, él hacía lo mismo que siempre. Con un dedo manchado de sangre marcaba en la cal, comenzando por la pared situada sobre nuestra cama, su huella digital. Así hice mi hogar, con sus huellas dactilares por todas partes. Una cabaña o quizás una casa de Pompeya con pinturas al fresco siempre frescas: las marcas de sus dedos que no tocaron un carné de identidad, un pasaporte en ninguna oficina de legalidad. Puntos rojos por toda la pared, uno por cada noche, aunque había noches en que descansábamos y ahí había un hueco. Blanco. Silencio. En ese silencio comencé a ser de nuevo yo. H con dolor. H sin Jim. H sin hogar. Lo único que permaneció fue el sonido del perro ladrándole al planeta equivocado. Le dije: a la izquierda, Argos, tienes que ladrar más a la izquierda, y más alto. Pero ese perro no tenía oídos, solo entendía las caricias, y cómo podía acariciarlo desde un avión. Además, ya me había separado del resto, ya no era los pasajeros, las máquinas, la comida del vuelo; había vuelto a ser yo misma, consciente de que todo lo que dijera sería interpretado por los demás como locura, porque ellos no habían sentido, como yo, que todos podíamos ser lo mismo. Así, tras el efecto

narcótico vi mi casa vacía, sin ese fuego ancestral que algunos llaman *familia* y yo tendría que llamar *jamás*.

Al llegar a Minneapolis y salir del avión estábamos a treinta grados bajo cero. Los habitantes tenían la posibilidad de informarse, diariamente, de los minutos que podían estar al aire libre sin sufrir riesgo de congelación. Inmediatamente, M y yo nos metimos en un edificio cuyas escaleras mecánicas llevaban a un subterráneo que evitaba tener que caminar por la superficie. Así comenzó el descenso a las catacumbas, lo que recuerdo, entre mis viajes, como el segundo descenso al infierno, un infierno helado, tan contrario al ardor de la isla de las serpientes. Me parecía que, en el invierno de aquella ciudad, todo estaba preparado para preludiar lo que significa ir a recoger un cuerpo querido y gélido. Aquellos trayectos siempre interiores o bajo suelo, aquel frío omnipresente en las conversaciones de sus habitantes, aquella charla detenida, como ralentizada por la escarcha en la lengua o entorpecida por la pesadez de los abrigos, me parecían ser el mejor espejo para un tránsito a la morgue. Todo me resultaba como un adelanto escalofriante de lo que iba a encontrarme. Efectivamente, cuando entré en aquella sala congelada, el ambiente no me era extraño, porque la ciudad ya me había aclimatado para ese momento.

La familia de Jim, padres, hermana y sobrina, se manifestó tan indiferente como siempre. Permitieron que decidiera yo el futuro del cuerpo y, de acuerdo con el deseo de Jim, elegí incinerarlo para, más tarde, dejar sus cenizas en algún lugar de especial significado para él, lugar que en ese momento aún tenía que decidir o que, quizás, aún estaba por conocer. Todo había sido tan rápido que no tuve tiempo de pensar en estos detalles.

Quizás queriendo huir del frío de aquel lugar, mi mente me llevó a algo que se mantenía grabado en mi memoria como un resorte que se activaba cuando pensaba en el calor. Así, cuando estábamos en la sala de espera del hospital mientras terminaban los últimos trámites administrativos, me vino un recuerdo muy preciso, un relato que duró lo que yo sentí como mucho tiempo pero que, seguramente, ocupó solo unos minutos. Lo escuché en los días posteriores al ataque, cuando estuve ingresada en el hospital. Un hombre le estaba contando a la paciente que estaba acostada a medio metro de mí que, al llegar a su casa una semana después de la explosión, encontró

la pelvis de su mujer en el solar, un solar que era todo lo que quedaba del edificio donde habían vivido. Pero añadía aquel señor que no fue esa visión lo que le marcó. Lo que le hacía despertar por las noches era revivir el momento en que, al agarrar la pelvis para meterla en un cubo, se quemó la mano. Después de siete días, todavía estaba caliente.

No solo pensar en el calor, sino la misma circunstancia de encontrarme en un hospital me llevó a rememorar mis días de convalecencia, ligando un pensamiento con otro en esos instantes de espera con la familia de Jim. Así, recordé que cuando comencé a recuperarme, sentía como si la pelvis me quemara, y, debido también a la historia que aquel señor contó de la pelvis de su mujer, pensé que por alguna razón aquellos huesos, la caja genital, debían de conservar el calor mejor que otros. Sin embargo, a partir de la bomba perdí todo apetito sexual. Por mi temprana edad, solo había respondido a mi instinto mediante la masturbación, pero el último ardor de mi sexo no fue sexual, sino febril. Esto era tan importante para mí que también se lo había contado a Jim y, en ese momento, me alegraba de que me hubiera dado tiempo a contarle tantas cosas. De este modo le había explicado a Jim que ya en los primeros días de semiinconsciencia, cuando mi mente aún no sabía las heridas que sí conocía mi cuerpo, entré en fases delirantes, en las que se filtraba el miedo a las consecuencias de mi nuevo estado, y en la convalecencia comprobé que, si bien mi atracción por los chicos, mis sentimientos, seguían siendo los mismos, la libido había desaparecido. Igual que si hubiera perdido una pierna. Como había escuchado casos de víctimas que durante algún tiempo notaban ciertas sensaciones en el miembro amputado, esperé sentir el síndrome del miembro fantasma. Lo esperé durante años, sin querer escuchar que la sensación del miembro fantasma suele aparecer poco después de la pérdida. Prefería seguir considerándome, al menos en ese sentido, afortunada. La percepción en una pierna que no está no sirve de nada, porque esa pierna nunca podrá dar un paso ni acompañar a la otra pierna; sin embargo —me decía esperanzada—, la percepción de un sexo amputado será suficiente para que se despierte (por ser incorpórea) la cosquilla del orgasmo. Cuando fui despidiéndome de esta esperanza deseé sentirlo al menos una última vez. Aunque padecí muchos síndromes, no llegué a conocer el síndrome del

miembro fantasma. Estaba definitivamente amputada, como una escultura griega que lleva, en su belleza, su pena: aquel abrazo imposible de la Venus de Milo. Años más tarde, en uno de los pocos viajes de placer que he hecho en mi vida, estando en el Vaticano me detuve a mirar el Apolo Belvedere. Entendí entonces que la ubicación de mi tristeza no estaba en la pérdida del brazo de una mujer, sino en un pene perdido, lo cual, a pesar de ser una ausencia, implicaba cierto alivio.

Aquella primera noche en Minneapolis dormí sola. Descansé como hacía semanas que no descansaba. No habría dormido tan bien si hubiera imaginado que aquella muerte prematura de Jim se había llevado con él algo que, creo, me habría dicho si hubiera tenido más vida para encontrar el modo de decírmelo. En los días sucesivos, como no podía sospechar que Jim me hubiera guardado ningún secreto vital, mis pensamientos giraron en torno a ciertos recuerdos del pasado. Por algún motivo todo aquello me recordaba a mi Hiroshima natal y, cuando estuve junto al resto de la familia de Jim enfrente de los hornos crematorios, recordé una escena tan antigua que jamás había vuelto a recordar. No puedo describirla con mucho detalle, pues era yo muy pequeña, pero me vi a mí misma escondida observando una ceremonia a la que me habían prohibido el acceso. Mi tía había muerto hacía unos días y lo que yo estaba viendo desde mi escondite era el rito posterior a la cremación, tan diferente a los ritos del mundo occidental. Los familiares rodeaban el cuerpo incinerado de mi tía. Lo que recordaba formaba parte de un proceso que corroboraría después, cuando tuve la edad de aprender en qué consistía esta ceremonia. El cuerpo seguía manteniendo su forma de cuerpo, es decir, aunque había salido del horno crematorio, la temperatura escogida devolvía a los familiares el cuerpo en brasas, pero no pulverizado, tal como a veces la leña de la chimenea muestra la antigua forma del tronco que no obstante, en el momento de rozarlo, se desvanece casi por completo. Entonces vi cómo los familiares, uno por uno, pero todos, se iban pasando con unos palillos, e introduciendo en una urna, los pequeños huesos que quedaban. Sí recuerdo con nitidez que me sorprendió el hecho de que se pasaran los huesos de palillos a palillos, pues, tal como mi madre me había explicado a menudo, los palillos son personales y nada debe, nunca, pasarse de un comensal a otro en la mesa. Era una de las reglas

a las que mi madre le dedicó mayor insistencia, los palillos en Japón son una extensión muy íntima de uno mismo. También recuerdo que comenzaron por los huesos de los pies y terminaron por los de la cabeza. Esto, como aprendí más tarde, tenía un significado: que el cuerpo no entrara al revés en la urna.

Recuerdo ahora una escena que había visto semanas antes. Se demoraba el metro que estaba esperando para volver a casa. Las ratas corrían por las vías buscando comida entre la basura. Por su indiferencia, sabía que la llegada del metro no se produciría en los próximos minutos. Miré a los que como yo esperaban en el andén. Crucé la mirada con unos ojos velados de agua. Aún no había lágrimas, pero el velo estaba a punto de romperse. Eran de una adolescente que, en su tristeza, entregaba algo a su madre. Un bulto de medio metro de altura. Por el cuidado con que estaba pasando de las manos de la hija a las de la madre, parecía extremadamente delicado. Estaba cubierto por una bolsa de basura a modo de improvisado impermeable porque, afuera, había empezado a llover. La madre, temblorosa, tomó en sus manos el bulto pero, antes de que le diera tiempo a acomodarlo entre su pecho y sus brazos, la hija se lo arrebató en un movimiento nervioso, casi violento. La madre, a su vez, volvió a quitárselo a la hija, y la miró desafiante mientras se abrazaba al bulto con fuerza. La hija lloró, la madre apretó los ojos. Madre e hija, viuda y huérfana, se disputaban como fieras las cenizas del marido, del padre.

Y allí estaba yo, cargada con mi propia urna. Cuando por fin la tuve en mis manos, me despedí de la familia de Jim y pedí un taxi para ir al aeropuerto. Cuando cruzábamos delante de un parque totalmente nevado, le dije al conductor que detuviera el coche y me esperara. Tenía un ataque de ansiedad y necesitaba aire. Me senté en un banco donde el conductor no me viera. Me acomodé la bufanda, el gorro. El frío era verdaderamente insoportable, suficiente para meter en fase de hipotermia al transeúnte mejor abrigado. No podía respirar bien, por la ansiedad, por el frío, o por ambas cosas. Ni siquiera podía oler mi aliento, que se acumulaba en mi bufanda de lana. Me di cuenta de que no solo en ese momento, sino en todos los últimos días sin Jim, no había olido nada. Absolutamente nada. Había entrado en un mundo inodoro. Solía decirle a Jim que gracias a él

había aprendido a amar mi propio olor. Me olía a mí misma en su cuerpo, y me gustaba. Pero en ese entorno helado me parecía imposible volver a percibir mi propio olor. ¿Olerme dónde? ¿Sobre qué otra piel? Me pareció que Jim se había llevado, sin mi permiso, esa parte de mi olfato que él había desarrollado para que yo me oliera las esquinas de mi cuerpo. Desde entonces sería una mujer aséptica, un desodorante contra mí misma, una nariz a diez metros de mi rostro. Me quedé mirando la urna que había apoyado sobre mis piernas. Con aquellos guantes de nieve tan gruesos ni siquiera podía sentir la forma de la urna. Entonces me quité un guante y puse la mano en la cerámica, cubierta ya de escarcha. La curvatura de la urna parecía una réplica de la curva de mi barriga, lo cual, por un momento, me hizo tener la sensación de que sostenía en mis manos no a Jim muerto, sino a Jim en periodo de gestación. Jim en esa urna que formaba una curva como mi vientre de cinco meses. Sus primeras patadas. Los diminutos, aún no visibles dientes, ya en posición, bajo las encías. Su piel rosada por la ausencia, aún, de grasa. Jim en mi útero respondiendo con una voltereta a las últimas veces que alguien que no era él me penetró, siempre desde atrás porque, aunque poco visible, trataba de proteger mi barriga, de proteger a mi criatura. El lirio podría haberme congelado, pero me despertó. Vi en mi mano el anillo que Jim me había regalado. Nunca llegamos a casarnos, pero al año de conocernos me regaló un rubí como símbolo de sangre nueva, de renacimiento. No supe si Jim se refería a la suerte de habernos conocido o a la nueva vida que yo enfrentaba con él una vez alcanzada por fin mi sexualidad. Y allí, en aquel parque helado, pensé que ya nunca lo sabría, no sabría ya si aquel rubí era un símbolo de ambos o solo de mí, sola, siempre sola, a pesar de todo lo que había hecho Jim por hacerme sentir que él era y sería siempre mi compañero. Me iba a poner el guante de nuevo para volver al taxi cuando vi que la mano, por el frío, estaba ya enrojeciéndose y, sobre todo, debido en parte a mis problemas circulatorios, hinchándose. Entonces quise sentir el anillo. Esperé algo más y la mano se inflamó los milímetros suficientes para que el anillo apretara el dedo. Ahí estaba la respuesta. El aro me abrazaba la carne para decirme que aquella piedra roja era la vida, la de él y la mía. Al menos eso es lo que decidí creer en ese momento. Me arrepentí de no haberle contado mi embarazo, aunque él pudiera tomárselo

como señal de un desequilibrio, como una materialización física de mi deseo de ser mamá. Lo tomara como lo tomara, esa era yo, y él merecía saberlo. Me volví a poner el guante y regresé al taxi.

Al llegar a Nueva York volví a dormir, por segunda vez después de tanto tiempo, sin miedo. La tristeza ocupaba toda mi cama. La ausencia de Jim había venido a sustituir mi antigua fobia a la muerte. Si mientras él estuvo de viaje cada día que pasaba me parecían diez días, cuando murió me pareció que un día equivalía a diez semanas. Todo se había vuelto lento. Y, de repente, una noche caí en la cuenta de que el último sexo que había entrado en mí no había sido el de Jim. Ninguno de los últimos siete sexos que habían entrado en mí había sido el de Jim. Me dieron ganas de vomitarme a mí misma. Corrí a la ducha y me enjaboné a fondo como si, después de tantos días, aún quedara rastro de las pieles indeseadas. Pero tenía esa sensación de que todo pasaba demasiado despacio. Las lenguas de aquellos hombres se arrastraban por mi piel a la velocidad de un caracol que iba dejando su baba lenta. Agarré un jarrón que Jim me había regalado. Quise romperlo contra la pared. Pero no pude. Ni siquiera la rabia que palpitaba dentro de mí se manifestaba con la energía que yo esperaba. Era una rabia también pausada. Una rabia sumisa, cobarde, incapaz de atreverse a liberarme tan solo un poco con el destrozo de un simple jarrón. Entonces tomé aquella carta que Jim nunca llegó a leer. Luego acabaría guardándola, pero ese día la arrugué, y escribí algo que todavía hoy, al releerlo, siento como el ritmo principal que, durante mucho tiempo, rigió mi vida, esa velocidad siempre pausada, flemática, que se imponía a la enorme velocidad de mis —a pesar de todo— ganas de vivir:

Esta velocidad es insoportable. Ni lo bastante lenta para parar, ni lo bastante rápida para matar. Mi amor, mi amante, mi vida conduce. Yo voy a su lado. Un perro corre atado al coche. Es una evidencia. Un perro corre atado al coche. Maldita sea. No sabemos quién lo ha atado. Es una evidencia. Está ahí. Corre intentando seguir el ritmo de nuestra velocidad. Cuatro patas contra cuatro ruedas. No es justo,

mi amor. Es una carrera injusta. Dios va a perder. Su creación de las cuatro patas de un perro no tiene nada que hacer cuando compite con la creación de la rueda. Veo por el retrovisor exterior parte de la cuerda que ata al perro. No quiero ver el final de la cuerda, el principio del perro. Solo veo la cuerda. Que no se rompa. Que no se rompa. Que no se rompa, como ese jarrón que me regalaste y que espero que se caiga solo, que se haga añicos para que no me devuelva tu imagen. Es otra evidencia. No se rompe el jarrón. No se rompe la cuerda. No se rompe sola. Tampoco puedo romperla. Ni siquiera tengo la voluntad de romperla, porque la cuerda parece existir para unir al perro con el coche. La cuerda se me impone.

Es más fuerte que yo, que no existo ni para lo más simple: unir algo a un cuello. Unir algo a mi cuello y echarme al río. Ni siquiera para eso existo. Mi amor aprieta el acelerador. Pero la velocidad no cambia. La aguja del velocímetro marca exactamente esto: ni lo bastante lenta para parar, ni lo bastante rápida para matar. Velocidad de cruce. No hablamos, pero sé que mi amor quiere alcanzar la velocidad necesaria para acabar con esa carrera, porque el perro empieza a gemir, a aullar. Quiero taparme los oídos. Pero el aullido es líquido. Se cuela como el aceite por cualquier grieta. En el coche. En mi caracola auditiva que bombea la sangre como el corazón del cerebro. Sufro. Amor. Estoy sufriendo mucho. No quiero ver al perro. Pero veo las caras de las personas que nos cruzamos. Ojos aterrados al ver el dolor del animal. Nos hacen gestos con los brazos, nos gritan que paremos. No podemos. Es una evidencia. Esta velocidad existe con las moléculas de un cuerpo. Pobres de nosotros. Pobre perro. Tanto esfuerzo para finalmente acabar siendo arrastrado con sus cuatro patas de dios por el asfalto del hombre. Es una carrera injusta. El pelo, la carne van a perder en su combate contra el asfalto, más duro que la piel. Yo salí de tu costilla, amor, o quizás salí de la costilla del perro. Pero dios va a perder. Cómo puede competir la piel contra el asfalto, esa mezcla de carbono, hidrógeno, nitrógeno, azufre, metales, níquel y óxidos. Dios es una ubre de vaca. Da la materia prima y de su leche hacemos mezclas

duras, secas. Rezo para que se caiga y se rompa el jarrón. Rezo para que el perro también caiga, que se le pare el corazón antes de que lo desuelle el ser arrastrado. Dios, su criatura, va a perder, ya lo sé. Pero ¿cuándo? Velocidad uniforme que me está hiriendo, constante en el no demasiado lento ni rápido, sino en la agonía del medio. Es la misma velocidad con que mi amor y yo hacemos el amor. Pero eso es tan diferente, tan bello. Ni vivos ni muertos. Intento pensar en eso para olvidar al perro. Cuando hacemos el amor. O mejor dicho, cuando hacíamos el amor. En pasado. Tengo que acostumbrarme a hablar en pasado. Cuando hacíamos el amor. Ni vivos ni muertos. Un limbo pegajoso que nos cubría de una baba que sabe (perdón, que sabía) a nosotros. Ahí sí me gustaba esa velocidad. Qué hermoso cuando lo chupaba a velocidad de crucero y bebía el combustible que me daba proteínas para estar fuerte al día siguiente y poder chuparlo entero de nuevo para obtener el líquido que me daría fuerzas para otra vez moverme en este limbo hermoso de pegamentos blancos que saben (sabían) a nosotros. Si hubiera un hoyo en la carretera, un hoyo hondo, el perro caería y ahí podría quebrarse la cuerda. Un agujero. Mi amor y yo nos conocíamos todos los agujeros. Pienso en ello, para olvidar al perro, maldito sea su aullido y su dolor y esa fortaleza que lo mantiene corriendo. Los agujeros. Me concentro en los agujeros, los míos y los de mi amor. No tuvimos suficientes para introducirnos en ellos. Dios se tapaba los ojos para no ver que inseminábamos huecos que germinaban en lo más bello: no un niño, sino un ombligo, una garganta o un ano lleno de un líquido que era vida en sí mismo. Yo quería, yo quiero un hijo, pero lo nuestro era lo más bello. Cuánto darían los científicos por descubrir un planeta de vida, un planeta con un mar de sémenes subterráneos, y en la superficie, ríos blancos. El planeta albino, lo llamaríamos. Espermatozoides competirían en sus aguas y ahí Dios siempre ganaría, sin hombre, sin la invención de la rueda, del automóvil. Sin la masacre de un perro. Amor. Dios va a perder. Su creación de las cuatro patas de un perro no tiene nada que hacer cuando compite con la creación de la rueda. Dios va a perder. Pero

¿cuándo? Me va a reventar la cabeza con estos aullidos que nos persiguen como si, a la vez, de ellos dependiera nuestro movimiento. ¿Cuándo podremos enterrar al perro y lamernos, otra vez, todos los huecos? Chuparnos a velocidad de crucero. Ni lo bastante lenta para parar, ni lo bastante rápida para matar.

Entré en una época de soledad únicamente comparable con la soledad que había sentido cuando estaba encerrada en un cuerpo que otros habían elegido por mí. Era consciente de que mi vida con Jim me había hecho conocer el gran amor, pero también me había situado en una posición de relativa comodidad, pues ya no tenía que seguir librando el combate entre la idea de quedarme sola o encontrar a alguien que aceptara mi pasado, y mi presente. Durante los diez años que estuve con Jim lo había tenido casi todo, pero esto incluía esa especie de daño colateral de quien, después de una época turbulenta, se deja descansar y llevar por la corriente del río que ha sabido aceptarlo. Cuando recordaba cuánto había tenido que luchar en el pasado y lo comparaba con los últimos tiempos, me parecía que me había convertido en otra persona, más cómoda, más del partido de aquellos contra quienes había siempre levantado la voz tratando de hacerme escuchar. Me pareció, en definitiva, que desde que me había situado en la posición hegemónica del fuerte, del aceptado, de quien cumple la norma de una convivencia heterosexual a vista de todos, había perdido una parte del eje esencial de mi vida, esa empatía con el débil, esa necesidad de hermanarme con hombres y mujeres invisibles. Después de la muerte de Jim mi posición volvió, como antaño, a tambalearse. Otra vez tendría que debatirme entre estar sola o explicar, hasta cansarme de oírme hablar a mí misma, quién había sido yo y qué debían esperar de mis heridas.

Si difícil era esa nueva sensación, más difícil fue, a partir de la muerte de Jim, sentir que Yoro, la hija que había hecho mía tras tantos años de búsqueda, también moría. Es cierto que me quedaba la mía, la verdadera, la secreta, la escondida, la biológica, pero también durante un tiempo noté que mi vientre dejó de crecer. La muerte de Jim fueron dos abortos a la vez. Me sentía vacía. Vacía por dentro y vacía por fuera, sin nada que dar ni ganas de recibir. Evidentemente, Jim había dejado claro en varias ocasiones que

su único deseo, si algún día le pasaba algo, era que yo continuara la búsqueda de Yoro. Pero en ese momento, por primera vez en todos esos años, me sentí totalmente desconectada de ella. No es que ya no la quisiera, es que la sentí muerta, o no nacida. Volví a ser infértil, y me separé de esa niña como si las tijeras que cortaron la vida de Jim hubieran cortado, al mismo tiempo, el cordón umbilical que me unía a ella, o acaso Jim y el cordón umbilical fueran la misma cosa. Pero, durante un larguísimo periodo de tiempo, no solo dejé de cumplir la promesa de seguir buscando a su niña. También dejé de cumplir una segunda promesa: que jamás volvería a dejar que nada, ni nadie, me hundiera. Jim solía insistirme en ello, me hacía prometérselo constantemente, casi como una obsesión, o quizás, como si viera lo que ni siquiera yo podía ver: mi absoluta y constante vulnerabilidad, ese siempre estar en una cuerda floja que, en cualquier momento, podía dejarme caer al vacío. Y ahí, en el vacío, fue exactamente dónde caí.

Durante muchos meses estuve sin hacer nada. Dormía la mayor parte del día, el resto lo pasaba en el sofá. El hábito más nimio de mi rutina cotidiana se me convirtió en un reto. Si me duchaba ya podía dar el día por bien ocupado, porque incluso las necesidades más básicas me resultaban difíciles de satisfacer. La comida ya no me entraba. Tuve que forzarme a ingerirla en forma de puré, porque lo sólido, aunque lo partiera en trozos muy pequeños, se me atragantaba, seguramente porque la angustia me contraía los músculos de la faringe. Mi aislamiento fue tal que terminé por comenzar a sentir una agorafobia que me impedía incluso salir para hacer las compras. Una antigua amiga de Jim, F, las hacía por mí una vez a la semana.

Uno de los días en que abrí la puerta para recibir los víveres para la siguiente semana, F llevaba en sus brazos un perro. Me contó que era una perra que habían dejado a la puerta del supermercado, con una nota agarrada al collar, que decía que estaba vacunada, que era buena, pero que sus dueños ya no podían encargarse de su manutención, y también mencionaba su edad: doce años. Era, pues, una perra anciana. F me dijo que había pensado que quizás me vendría bien algo de compañía, aunque creo que lo que esperaba, en realidad, era que la responsabilidad de tener que

sacar a la perra me obligara a salir a la calle. Para sorpresa de F, que sostenía al animal en los brazos con un gesto escéptico, acepté quedármela. En aquel momento no había pensado que eso implicaba salir de nuevo a la calle, simplemente me quedé con la perra por razones que ya tenía muy pensadas. Y es que ocurría que estaba convencida de que yo no viviría mucho más. Había perdido todo aliciente, todo interés, y, de alguna manera, vi en aquella perra anciana la edad que yo misma, pese a mi juventud, había pasado a tener tras la muerte de Jim. En definitiva, me la quedé porque pensaba que a ambas nos quedaba poco tiempo, la misma razón por la que siempre le insistía a F en que no comprara botes grandes de nada, sino lo justo para siete días, pues no tenía sentido gastar dinero en comida que me sobreviviera, aunque esto, que era la verdadera razón, no se lo decía a F. De hecho, una de las pocas cosas que me inspiraba interés estaba relacionada con este sentido de la caducidad. Para mi último cumpleaños, poco después de la muerte de Jim, S me había hecho llegar por mensajero una hermosa planta. Grande. Tenía un tronco robusto que hacía que pareciera casi un pequeño árbol. Me gustó el detalle, pero desde que la recibí fue un gran motivo de preocupación. Como se me daban bien las plantas pensé que, si la cuidaba como sabía hacerlo, era ley de vida que viviera más que yo. Me obsesioné pensando qué pasaría cuando yo no estuviera, quién la regaría. F ya me ayudaba bastante, no quería cargarla con la absurda herencia de cuidar una planta.

En definitiva, por estas razones de la edad, por sus muchos años, acepté a la perra. De todos los alimentos cuya compra intentaba racionar, había uno que me preocupaba especialmente: los huevos. Solo los encargaba de tres en tres, pues, si un día algo me pasaba, como ya estaba empezando a prever, no quería que, por el olor, encontraran un huevo podrido antes de encontrar mi cuerpo. Estos detalles me obsesionaban tanto que a veces, a media noche, me levantaba de la cama para asegurarme de que los huevos estaban en el frigorífico, que no me había dejado ninguno fuera. Era una obsesión, como casi todas las que tenía, carente de lógica. Sabía de sobra que los huevos estaban en la nevera, pero el miedo me llevaba a levantarme y tener que comprobarlo dos, tres, cuatro veces. Me preocupaba mucho que confundieran el mal olor de un huevo pasado con el de mi cuerpo. Me

parecía que los huevos podridos serían los delatores más gráficos de mis ovarios disfuncionales, y no quería que la última imagen que alguien tuviera de mí se sustentara en esa falta, que me entristeció toda la vida tanto como el pene que nunca pude llegar a enterrar.

Pero resultó que a la perrita le gustaban los huevos, así que comencé a encargar seis, en lugar de tres, cada semana. Había escuchado que era bueno para el pelo de los perros y se los daba crudos, pero no notaba la diferencia, pues el animal tenía mal pelaje. Me hacía compañía, pero no fue fácil adaptarnos la una a la otra. Era una perra arisca, y se hizo con partes del apartamento que yo no podía cruzar sin que me lanzara un gruñido. De todas las habitaciones, su preferida, aquella de la que el animal hizo una especie de guarida, fue el baño. Supuse que, como parecía una perra de aguas, quizás le atraía la humedad. Pero, en un momento dado, la perra comenzó a pasar cada vez más tiempo en el baño, y también cada vez me gruñía más cuando yo tenía que entrar. Pensé que sus anteriores dueños debían de haberla alimentado poco, porque en solo unos días conmigo había comenzado a engordar. Concluí que quizás su aumento de peso se debía a los huevos. Y de vez en cuando miraba el arbolito, que iba floreciendo, y me decía que sí que tenía buena mano con las plantas. Tenía flores de color blanco y rosa, como si fuera un cerezo. Esto me hacía recordar las primaveras de mi infancia, cuando acudía con mis padres a admirar las flores del cerezo en abril. Qué lejos estaba todo aquello. Me parecía otra vida. Entonces ver las hojas de mi arbolito me suponía motivo de tristeza, pues en caso de que alguien se quedara con él, sería un incordio tener que barrer casi permanentemente las hojas del suelo. Tenía la sensación de estar criando algo para después abandonarlo, en plena niñez, florecido, sano. En cambio, la sensación que tenía al mirar a la perra era bien distinta. Su andar cansado —como cansada estaba yo—, esa gran necesidad de dormir que tenemos todos al final de la vida, sus manías, hasta su olor (yo crecí en una zona rural y sabía que todo lo joven, sea carne o piedra, huele distinto) me hacían pensar que sería yo quien sobreviviría, que verdaderamente no estaba cuidando a ese animal para abandonarlo, sino para poder enterrarlo. Esto es lo mínimo que toda viejita merece, pensaba. Le pondría flores de mi cerezo. Ya lo estaba preparando mentalmente. Y este era un pensamiento

alegre. Desde que murió Jim cualquier acto me parecía definitivo y solo podía ser triste o alegre, porque pensaba que podría no volver a repetirse. La tristeza o la alegría son las únicas caras de los dados con los que juega un viejo; al lanzarlos al aire y verlos sobre la mesa, el anciano solo encontrará una de esas dos opciones, porque los dados de la senectud no ofrecen tiempo para la indecisión, para no saber si uno está contento o triste, para detenerse en el proceso de formación que, en otras edades, uno se toma hasta llegar a un sentimiento radical.

Un día la perra comenzó a ladrar. Por primera vez me ladró, pues hasta entonces solo había emitido gruñidos. Estaba en el baño y, aparentemente, quería que la metiera en la bañera. Manías de vieja, pensé. Como pesaba bastante, tomé unos libros para formar una pila, desde donde el animal saltó. No entendía muy bien lo que quería, pero abrí el grifo, y cuidé de ponerle agua tibia, pues en el apartamento hacía algo de frío. Puse el tapón y las pezuñas comenzaron a cubrirse. Parecía que le gustaba. Se tumbó en el agua. Luego cerré el grifo y me senté a mirarla. Así mojada se la veía aún más gorda. La perra se tumbó de lado. Supuse que estaba disfrutando y que quizás no fuera ni siquiera una manía de esa perra, sino manía de sus antiguos dueños, que por alguna razón la habrían acostumbrado a eso, y pensé que no me gustaría tener que aguantar las manías de unos desconocidos. Pero algo estaba pasando. Los ojos de la perra habían cambiado de expresión. Miraba de un modo diferente. Era como si por primera vez me estuviera dando la bienvenida a mi propia casa. Entonces su barriga comenzó a moverse. Yo no quería entenderlo pero lo entendí. Se lamía la vulva, que estaba bajo el agua, pero no me atreví a quitar el tapón. Hasta que finalmente salió de la perra una bolsita que ella rasgó con los dientes. El primer cachorro estaba fuera. Soltaba unas burbujas por el hocico mientras movía sus patitas diminutas en el agua. Parecía un topo en un lago. Lo saqué y lo envolví en una toalla que empezó a temblar, no sé si por culpa de mis manos o por el frío que sentía el recién nacido. Salieron tres cachorros más. Idénticos. O eso parecía. Tras el último, esperé unos momentos. El agua de la bañera estaba roja. Las placentas flotaban divididas en partes como la membrana rota de un huevo gigante. La perra quería salir de la bañera. Le costaba. Pero ver a los cachorros en la toalla,

fuera, parecía haberle dado fuerzas, y logró saltar. Se puso a lamerlos. Me extrañó que una anciana pudiera parir. Por un momento se me volvió a pasar por la cabeza ese tema que había intentado apartar para siempre: mi maternidad. Lo deseché y le pregunté algo a la perra. Como una vieja, le hablé a la perra. No recuerdo qué le dije, pero lo que me preocupaba era quién viviría para cuidar a toda la camada, y al arbolito, cuando yo no estuviera.

Tal como F esperaba, me vi obligada a sacar a la perra a la calle. Absorbida por la idea de la caducidad, en un principio no había contado con esto, lo más básico, y las primeras veces me supuso pasar por un verdadero infierno. La agorafobia se me había presentado como una enfermedad galopante tras la muerte de Jim. No me daba tregua, y las reacciones físicas que tenía cuando estaba en la calle me dieron una idea de cómo el corazón late ante la experiencia de la muerte propia. El día que yo muera, mis últimos latidos, esas últimas sílabas del músculo al despedirse de mí, no serán extrañas a mi oído, sino el eco que rebota entre las cicatrices cardíacas que me marcaron ya en aquella época. Cuando abría la puerta y pisaba la acera sentía que los edificios de uno y otro lado de la calle se curvaban hasta encontrarse en su parte superior, formando una especie de cúpula que no permitía ver el cielo. Era como si estuviera caminando por un cilindro en movimiento, y tenía que andar sumamente despacio, agarrándome a las fachadas curvas para no caer. No sé si usted ha visto alguna vez en un parque de atracciones uno de esos círculos o ruedas por los que uno tiene que pasar mientras el aparato continúa girando. Pues era una visión parecida, solo que en mi caso ese círculo no era de un metro de largo, sino un cilindro de longitud indefinida. A pesar de mi malestar psíquico y físico, a pesar de que aquella curvatura espacial realmente estaba sucediendo para mí, en algún lugar de mi cerebro había una chispa que me decía que todo aquello no era la realidad, no era al menos la misma que el resto de transeúntes veía; es decir, mi conciencia podía discernir entre lo que yo veía y lo que otros veían, mi realidad y lo que era la realidad para los demás. Esto tenía un efecto positivo y otro negativo. Lo positivo era

que, puesto que yo tenía conciencia de que eso sucedía solo en mi cabeza, me resultaba claro que mi locura no era tan total como para pensar que todos, menos yo, se equivocaban. Apreciaba el saber que aún estaba lo suficientemente cuerda para reconocer que tenía un problema. Pero los síntomas, el sufrimiento, la adrenalina, eran tan intensos como si estuviera encerrada en una jaula con un tigre hambriento. Digamos que sentía el aliento de la fiera en mi nuca, los dientes rompiendo la carne, la herida que me desangraba, aunque no viera al tigre, quizás porque estaba agazapado detrás de mí. Me sentía desequilibrada en lo relativo a la percepción, los sentimientos, el cuerpo, y sana en lo neuronal, lo cual tenía una arista negativa, pues al saber que ese mundo era únicamente mío, un mundo que solo yo podía ver, aún me encontraba más sola. Además de la soledad, saber que los demás no veían un conflicto en esas calles que se curvaban para mí me provocaba mayor ansiedad todavía, porque me veía obligada a disimular lo que me estaba pasando, y creo que cualquiera puede imaginar lo difícil que es tratar de mantener el paso caminando por una acera inclinada sin que los otros, en una acera plana, se den cuenta de los esfuerzos que has de hacer para no caerte. Aunque tenía que luchar contra esa dificultad por culpa de mi nueva compañera, yo sabía que a la larga aquellas salidas forzadas podrían hacerme bien, y por otra parte me sentía mucho más segura agarrando la correa que si saliera sin nada a lo que agarrarme. La correa me daba cierta estabilidad, era para mí una especie de bastón dúctil, así que, después de tantos meses sin cruzar la puerta, pensé que era mejor tener ese punto de apoyo que salir totalmente desprotegida. Recuerdo que mi madre solía contarles encantada a sus amigas que yo, cuando era pequeña, durante el primer año en que anduve, solo lo hacía si me daban un periódico. Con el periódico en las manos era capaz de andar, bajar escaleras, correr, pero en cuanto me lo quitaban, me caía. Quién me iba a decir que muchos años después tendría que aprender a andar de nuevo, pero con la correa de una perra, sin estar ciega. Quién me iba a decir, también, que acabaría aborreciendo los periódicos, porque, como usted sabe, una guerra no es visible sin ellos. Si un país va a bombardear a otro y quiere cobertura mediática, ha de preguntar a los periódicos cuándo les parece bien que se lance el primer proyectil, cuándo será el día de mayor audiencia

lectora. La prensa dirige la agenda de la masacre; dispara el inicio del maratón de la guerra. Lo que de bebé me dio seguridad, hoy me da vergüenza.

El hecho de que me haya acordado ahora de mi más temprana infancia no es fortuito. No sé si estimulada por haber presenciado el parto de la perra, o quizás porque mi absoluta soledad volvió a azuzar mi instinto maternal como lo único que podía acompañarme, el caso es que volví a sentir el peso de mi embarazo, por primera vez desde la muerte de Jim, y lo retomé donde lo había dejado, en el quinto mes. Sin embargo, ahora el embarazo era distinto. Lo que sentí dentro de mí tenía un nombre definido, una presencia familiar, una identidad ya marcada: era Yoro. Y con ese nombre empecé a dirigirme a ella cuando necesitaba hablarle a mi barriga, sabiendo que a los cinco meses el feto tiene sus pequeñísimos tímpanos ya formados. Yoro podía, pues, no solo escuchar lo que nadie —salvo Jim— había sabido escuchar, mi corazón, sino que también podría escuchar lo que tampoco nadie —salvo Jim— había querido escuchar: a mí, mi voz, a H, la letra muda que, sin embargo, decidió, desde entonces, hablarle a la niña de Jim, a mi niña, a Yoro, que me escuchaba con sus diminutos oídos, y quizás con su pulgar en la boca.

A pesar de sentirme más acompañada gracias a mi embarazo, todavía sufría mucho. Estaba en la calle solo el tiempo suficiente para que la perra hiciera sus necesidades. A veces, si sentía que perdía el equilibrio, me sentaba en el escalón de algún portal y hacía como que le colocaba mejor el collar, o que me ataba un zapato, que luego volvía a desatar para atármelo otra vez. Lo que más me importaba era que nadie me hablase, pues no estaba segura de poder controlar la situación y responder normalmente. No todo era negativo. Sabía que, a los cinco meses, el feto podía notar los cambios de luz a través de mi cuerpo, y cuando el sol brillaba me reconfortaba pensar que Yoro estaba descubriendo eso tan hermoso: la luz filtrada por mi piel. Cuando la perra terminaba, me iba a casa y subía las escaleras muy deprisa, sudorosa, asustada, y solo cuando me tumbaba en el sofá y cerraba los ojos durante unos minutos, sintiéndome ya segura en casa, en tierra firme, comenzaba a tranquilizarme. En mi apartamento las paredes siempre estaban derechas y no tenía que disimular delante de nadie.

Obviamente había oído decir que la ayuda de un psicólogo solía ser de gran utilidad en estas situaciones. Como no me encontraba aún capaz de utilizar el transporte público o andar a pie más de unos cuantos metros, pensé que lo mejor sería darme un tiempo hasta poder visitar una consulta. Mientras tanto, comencé a fantasear imaginando en la figura del psicólogo una verdadera ayuda. Recuerdo aquellos días como días felices, porque pensar en esa ayuda me devolvía la esperanza. Desde que había vuelto a ver la luz del sol, aunque fuera solo durante esos breves instantes en que sacaba a pasear a la perra, había comenzado a pensar en algo en lo que antes no solo no creía, sino que me provocaba un profundo desinterés: mi recuperación.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## **SEXTO MES:**

### **Perdida en mi cerebro**

Llegó el día en que, gracias a muchos pasitos que venían después de otros pasitos, conseguí, aunque con mucha dificultad, entrar en la consulta del primer psicólogo que visité después de escuchar numerosas recomendaciones, el doctor T. Ya había pensado durante horas cómo explicar mi problema, mis fobias, mi tristeza desde que Jim se fue. Para mí era muy difícil poner todos los pensamientos en orden y, aún más, contárselos a un desconocido. Me esforcé mucho, por tanto, en intentar aligerarle el trabajo al doctor, haciendo de mi relato una herramienta útil para mi recuperación. Este doctor, después de escuchar el relato de mis síntomas, hizo un movimiento de ojos como si acabara de despertar y me preguntó, como si no hubiera escuchado nada de lo que le había dicho, por la relación con mi padre durante la infancia. Yo no comprendía la conexión, pues una de las pocas cosas que tenía bien claras era que mi situación se debía a algo muy concreto: la muerte de un ser querido, igual que crisis anteriores se habían vinculado con la circunstancia también concreta de tener que renunciar a la maternidad o a mi sexualidad. Aunque no veía por qué la relación con mi padre en mi infancia podía ser de interés, respondí a las preguntas solícitamente, fiándome así de la palabra de todos aquellos que aseguraban haber comenzado su recuperación entre esas cuatro paredes. Todos no pueden estar equivocados, me decía. Pues bien, aprendí que, a veces, es posible que todo el mundo, menos una misma, se esté equivocando. Aquel señor no tenía la inteligencia necesaria para valorar nada. Diagnosticó el problema que yo ya sabía, el que me llevó a la consulta, y dijo que era una depresión, y continuó afirmando que tenía que

tomar, cuanto antes, la medicación apropiada. Me remitió a un psiquiatra con el que, me dijo, trabajaría en equipo. Le pregunté si realmente era necesario tomar medicación, y quise saber de qué modo esa medicación me curaría. A lo primero respondió afirmativamente; a lo segundo, el doctor T no supo responder, simplemente me miró con una expresión burlona, como quien, a falta de argumentos, quiere aparentar que la pregunta no tiene sentido. Al cabo de seis meses de tratamiento tuve muy claro el método del doctor: prueba-error. Un método acientífico. Debido a los efectos secundarios de todo tipo que me producían las pastillas, me fue cambiando la medicación. No hacía falta ser muy lista para leer en los prospectos que las diferentes medicaciones estaban pensadas para diferentes problemas. Pero él solo buscaba aquella que no me produjera efectos secundarios, es decir, aquella que me mantuviera, simplemente, con la boca bien cerrada. Alternaba entre temporadas de perder todo el apetito a comer indiscriminadamente. En aquellos seis meses pasé de pesar cincuenta a setenta kilos, y de setenta a cuarenta y siete. Aparentemente, no daban con la droga adecuada, esa droga que, sin demasiados efectos secundarios, me tuviera sedada hasta que la tristeza desapareciera; una tristeza que habría desaparecido igualmente sin necesidad de química, y gratis. Ahí estaba el problema. Las perogrulladas que esos tipos aprenden en la universidad no pueden ser un fin en sí mismo, el fin es el dinero de los pacientes. Pero, por aquel entonces, yo aún necesitaba creer.

Un amigo me recomendó otro especialista. El mayor inconveniente era que la consulta estaba a una hora en metro de mi apartamento, y para mí el camino hasta el metro, el metro en sí, y el camino del metro a la consulta era el equivalente a empaparme en sangre de vaca y echarme, de un salto, a un mar de tiburones. Pero, en ese pensamiento mágico al que uno se aferra en circunstancias de debilidad, me pareció que aquel psicólogo, por el simple hecho de estar tan lejos, sería mejor, de acuerdo con esa idea de que el mejor mago es el que se encuentra más alejado, el que más esfuerzos y pruebas a superar requiere para poder llegar hasta él. Y así me vi envuelta en la consulta del doctor O. «O» que podría ser, también, un «o», el doctor Cero. Lo que debía ser una hora de trayecto fueron tres horas, pues tuve que salir varias veces del metro con acusados ataques de pánico y vómitos.

Todo aquello, sin duda, acrecentó esa sensación de que tanto sacrificio tenía que tener un sentido, una especie de sino positivo activado por el número de obstáculos superados. Con los mismos síntomas, el doctor Cero me diagnosticó algo totalmente distinto, una variante de trastorno bipolar, que también requería que tomase una droga, en este caso un estabilizador del ánimo. No necesité tantos días como en mi primera experiencia para negarme a tomar más medicamentos. Volví a cambiar de doctor.

En los siguientes tres meses me fueron diagnosticadas tantas enfermedades como doctores visité: tres, de acuerdo con los doctores E, Wy B. ¿Se imagina usted que, por un dolor de estómago, un doctor le diagnostique un cáncer de hígado, un segundo doctor le diga que se trata de una apendicitis, un tercero afirme que son solo gases, y que cada uno quiera tratarle inmediatamente con un trasplante de hígado, una operación de apendicitis y unas simples pastillas? Pues eso es la psiquiatría, la homologación del disparate, aprovechando que nadie puede constatar (ni contradecir) muchas de las ¿enfermedades? mentales. De los tres doctores, particularmente los doctores W y B me provocaron especial sufrimiento. El doctor W, al no saber cómo diagnosticarme, intentó seguir el método inverso, es decir, primero elegir la enfermedad, y luego ponerme en bandeja los síntomas. Así que durante las cuatro veces que le vi, el doctor W me preguntó, invariablemente, si escuchaba voces. La enfermedad que el doctor W había escogido era la esquizofrenia, y solo esperaba que yo le confirmara los principales síntomas para remitirme a un psiquiatra que compartiría con él los beneficios que la compañía farmacéutica, por medio del seguro, les regalarían. Nunca escuché voces, de modo que mi respuesta era siempre negativa, pero el doctor me lo preguntó tantas veces que me dio la sensación de que el especialista ya había hecho su diagnóstico y que solo la ausencia de voces le impedía tener la completa certeza. Dicho de otra manera, insistió tanto en el hecho de que yo debía de sufrir esas alucinaciones que, directa o indirectamente, me responsabilizó de entorpecer mi tratamiento. De este modo, pronto comencé a dudar de que las voces que escuchaba, las reales, las que todos podían escuchar, fueran ciertas, y temí que estuvieran solo en mi cabeza. Así, cuando se oía por los altavoces que una cajera del supermercado decía alguna cosa, yo me

asustaba pues pensaba que ya estaban llegando las voces que el doctor esperaba, y entonces solía preguntar a alguien, temerosa de la respuesta, si podía repetirme lo que había dicho aquella voz. Las otras personas siempre repetían lo que yo había oído. No había duda, las voces que escuchaba eran reales no solo para mí sino para el resto, pero tuve que pasar semanas de dudas y miedo para comprobarlo y poder decirle al doctor que no volvería nunca más a su consulta.

Por su parte, el doctor B me propuso un método que, a la larga, me causaría un gran problema: le conté que por la noche tenía que levantarme muchas veces de la cama para comprobar si los huevos estaban en el frigorífico y le dije que si los olvidaba fuera y yo moría mientras tanto y, al cabo de días, alguien, preocupado, lograba con ayuda de los bomberos o la policía entrar en la vivienda, mi temor era que confundieran el mal olor de los huevos con el olor de mi cuerpo. También le dije que esa obsesión con los huevos la había vinculado al dolor que me producía mi incapacidad para tener hijos a partir de una vez que escuché a un vegano decir que quien come huevos come periodo de gallina, y eso me hizo recordar que yo no había tenido nunca un periodo normalizado. Por supuesto, a esas alturas ya contaba con suficiente información como para saber que sería un acierto por mi parte no mencionarle mi embarazo y, al fin y al cabo, la obsesión persistía a pesar de este. Lo que hizo el doctor B fue pedirme que cada día escribiera veinte veces en un papel la historia de esta obsesión, lo mismo que le había contado a él, y que terminara escribiendo: «Los huevos que comemos no son período de gallina». Tampoco logré comprender las ventajas terapéuticas de este método, pero lo seguí. Cada vez que me venía la obsesión, en lugar de levantarme de la cama, lo contaba por escrito, una y otra vez. Cientos de veces escribí «Los huevos que comemos no son periodo de gallina». Como resultado, pasé de pensar en los huevos solo por la noche a pensar en ellos durante todas las largas horas del día. La escritura repetitiva había apuntalado mi temor. Meses más tarde, cuando por el efecto terapéutico del paso del tiempo dejé de tener aquella obsesión, le envié una nota al doctor con esta única frase: «Sus huevos solo son periodo de gallina».

Había, además, algo que me intrigó desde que me planteé buscar ayuda psicológica, y es que me preguntaba cómo era posible que métodos pensados por cerebros occidentales fueran empleados para analizar cerebros orientales como el mío, que se había formado en una sociedad que atendía a códigos morales, estéticos, civiles y legales totalmente diferentes. Es lo que más tarde leería agradecida por no ser la única que se había planteado esta cuestión: una minoría de psicólogos y sociólogos con algo de sentido común criticarían el fenómeno con el término inglés *weird*, acrónimo de «Western, Educated, Industrialized, Rich and Democratic Societies», esto es, los estudios se hacían —se continuaban haciendo— solo con personas que pertenecen a sociedades occidentales, cultas, industrializadas, ricas y democráticas. De este modo, la palabra *weird*, «raro», vendría a poner en evidencia la validez de estudios que aplican métodos pseudocientíficos y, algo más peligroso aún, drogas, basándose en el 96 % de los casos en una población que supone, únicamente, el 12 % de la población mundial. El método supuestamente terapéutico aplicado a la masa se basa en el estudio de una minoría («raros», por su escasez y no por su problemática) a la que yo, desde luego, no pertenecía.

No conseguí mejoría alguna con los diferentes doctores, pero no dejaba de asombrarme ante la desfachatez con que se atrevían a decirme cómo me sentía. Así, me decían cosas como «usted ha mejorado mucho» o «esta semana ha tenido una recaída». Aun cuando todo se tambaleaba, literalmente, para mí, aun cuando hasta las aceras y las farolas y el cielo se me curvaban sobre la cabeza, tenía la certeza de que nadie mejor que yo sabía lo esencial cómo me sentía yo. Sin embargo, allí estaban aquellos diplomados cobrándome, también, por decirme algo que solo yo, y nadie mejor que yo, podía saber. Ese monopolio, esa pretensión de dominar los sentimientos ajenos fue la última gota que necesité para concluir que para estudiar una de esas disciplinas había que ser una de estas cosas: o un descarado o un retardado. Se escucha a menudo decir que la gripe, con medicación, tarda siete días en curarse y, sin ella, una semana. Yo ni siquiera podía decir que con un psicólogo mi enfermedad tardaría en curarse el mismo tiempo que sin él, sino que estaba —y estoy— convencida de que el psicólogo es la mutación misma de la gripe, que hace que el

malestar dure mucho más. Recuerdo un caso, además, que me sacudió tristemente. Durante mis horas de espera en la consulta del doctor B me dio tiempo a encariñarme con otro de los pacientes que esperaban en la misma sala. Era un chico joven, elegante, muy leído, y muy solo. Me contó que durante los momentos críticos de su enfermedad él sí escuchaba voces que, de acuerdo con los demás, solo existían para él. Sin embargo —me dijo—, aunque comprendía que aquel síntoma debía ser controlado para algunos, no debía ser erradicado en su caso, pues mientras que tenía algún conocido a quien las voces le insultaban o asustaban, a él solo le decían cosas agradables y eran, sobre todo, su única forma de compañía. Meses después de que me contara todo eso, supe que se había suicidado. Le habían quitado las únicas voces que le hablaban. La medicación había hecho su efecto.

Con todo aquello, por encima de todos mis miedos, se acrecentó la fobia a las consultas de psiquiatras y psicólogos, y habría sido absurdo ir a un psicólogo para quitarme mi fobia al psicólogo, aunque, según ellos, esto es posible; sería, si no me equivoco, una técnica conductual, la terapia implosiva, que enfrenta al paciente con su propio miedo («situación *ansiógena*» me parece que lo llaman, con esos falsos aires de erudición) sin posibilidad de escapatoria. Hoy por hoy, por el bien del terapeuta, espero no verme jamás encerrada en la misma habitación que él.

A pesar de todo, no fui yo quien tomó la decisión de dejar las terapias y la medicación. Yo no tenía voluntad suficiente para dejar nada. Aunque tuve que escuchar tantas diagnósticos como terapeutas conocí, todos coincidieron en que estaba curada el mismo día. Lo recuerdo perfectamente, era un 7 de abril, la misma fecha en que mi seguro médico expiró. En aquel momento estaba aún algo confusa, pero, con el tiempo, supe ver que aquel día había puesto término a un sinfín de especulaciones no fundamentadas en ninguna ciencia, que me habían tenido durante meses incapacitada para pensar y hasta para hacer cualquier tipo de ejercicio físico, pues la medicación me dejaba sin fuerzas. Laxitud, flojera, debilidad mental y corporal, en definitiva: esclavitud creada en los laboratorios y ofertada por la industria farmacéutica con psicólogos y psiquiatras como vendedores de seguros.

Imagínese usted que, como he comentado anteriormente, en una época de locura, le queda la suficiente lucidez para aceptar que los pensamientos que tiene son producto de esa locura y no de lo que se acepta comúnmente como realidad. Es algo difícil de conseguir, pero imagine aunque sea por un momento que es capaz de alcanzar ese nivel de conciencia que le permite distinguir lo casi imposible: llegar a la conclusión de que su cabeza lo engaña por medio de razonamientos hechos con esa misma cabeza. Pero esta lucidez —ventaja que afortunadamente yo siempre había tenido— no es suficiente. El segundo paso, imprescindible, será pedir ayuda. Eso es lo que yo hice. Pedir ayuda. No funcionó con los psicólogos, por eso acudí a los amigos. Pero hubo un problema. Cuando agarré el teléfono para gritar desesperada que vinieran a buscarme, que me abrazaran, que me aliviaran aunque fuera con ese tiro que yo no podía darme porque no tenía voluntad para nada; cuando llamé a alguien, como le digo, para gritar auxilio, y ese alguien estuvo dispuesto a ayudar, y me dijo algo como «sí, voy a por ti, cálmate, todo se solucionará, solo dime dónde estás y voy», yo no supe decir dónde estaba. Sabía mi dirección, claro, no estoy escribiendo de un modo literal. Sabía cuál era mi ciudad, mi calle, el número de mi apartamento, pero no sabía en qué parte de mi cerebro me había perdido.

Hay un libro que leí más tarde y que me sacudió por el modo en que allí se trataba esto mismo que intento explicar. Espero no equivocarme demasiado al recordarlo. El título original del libro es *My Stroke of Insight*, pero en algunas lenguas se tradujo de un modo quizás más revelador, algo así como *Un derrame de iluminación*. En sus páginas la autora da su testimonio tras sufrir un derrame cerebral. Una singular circunstancia aventaja su relato, y es que la autora es neuroanatomista, una apasionada del estudio del cerebro y, particularmente, de los derrames cerebrales, por lo que pudo contemplar (con esa sección del cerebro que había quedado a salvo) su derrame como tal, incluso con cierta fascinación, ya que por primera vez podía entender desde dentro cómo reaccionaba, en parte, ese órgano al que le había entregado años de estudios, proyectos y sueños. ¿Qué posibilidades había de que una persona que tanto había sacrificado en la comprensión de los derrames cerebrales, una verdadera experta, sufriera precisamente un ataque de este tipo? Y allí estaba ella, muriéndose, al

tiempo que experimentaba con un órgano con el que ni ella ni sus compañeros habían nunca experimentado: no el cerebro de un mono ni de un hombre muerto, sino un cerebro vivo, y no un cerebro vivo cualquiera, sino el suyo propio. Pues bien, una de las cosas que más me fascinaron fue cómo contaba uno de sus pensamientos durante el momento exacto del derrame. Estaba sola en casa y trataba de pedir ayuda. Para ello necesitaba llamar a alguien, no recuerdo a quién, si a su madre, a otra persona o al hospital, pero el caso es que necesitaba recuperar un número de teléfono que tenía en la agenda de su móvil. Ese número era el más importante que habría de marcar nunca, porque de ello dependía su vida. Sin embargo, no fue capaz de reconocer las letras en la agenda del teléfono; creo recordar que en el libro contaba que tanto los números como las letras le parecían signos irreconocibles, y aquí es donde viene lo que me impactó: cuenta que en un momento dado asumió que era consciente de que tenía toda la información que había acumulado desde su niñez (incluido ese número de teléfono) en cientos de cajones de su cerebro; sabía perfectamente que todo lo que había perdido, todo lo que había registrado durante su vida hasta ese instante, estaba en algún lugar, pero ¿cómo saber en cuál de los tantísimos cajones se encontraba la información precisa que necesitaba en ese momento, la que iba a permitirle pedir ayuda? Así me sentía yo, solo que, en mi caso, no buscaba un número de teléfono. Lo que yo buscaba era dónde me había perdido. Cuál era el cajón, de esos cientos de cajones que me rodeaban en un laberinto de pasillos, en donde, al abrirlo, me descubriera a mí misma, acurrucada, pero alegremente sorprendida de haber sido encontrada por mí. Y así estuve mucho tiempo, abriendo y cerrando cajones, desesperada, con rabia, con ilusión a ratos, un día, y otro, y otro, con todas sus noches. Hasta que me cansé, hasta el agotamiento, de buscarme. Y me di cuenta de que nadie podría venir a ayudarme porque yo no sabía decir cuál era el cajón en el que me encontraba.

En ese momento, señor, ahí, llegué al fondo de mi desánimo, porque después del logro que supuso descubrir el engaño al que mi cerebro me sometía, y descubrirlo por medio del mismo cerebro engañoso, y después de aceptar que necesitaba ayuda, después de depositar mi confianza en la incompetencia de los llamados especialistas, después de escoger al mejor

amigo para que me empujara, para que me sacara de donde fuera que yo estaba, comprobé con pavor el peor de los miedos: no sabía dónde estaba. Eso es lo que pasó. Piense usted en esos relieves alargados y curvos que constituyen nuestro cerebro como una madeja de lana orgánica. Creo que se llaman circunvoluciones. Bueno, pues ahí estaba yo, en el interior de uno de esos pasadizos que forman esa madeja desde la cual, es cierto, pedía ayuda, pero ineficazmente. Entonces, aún víctima de mi agorafobia, tremendamente achicada por esa dificultad a la que me enfrentaba cuando pretendía llevar a cabo hasta el acto más simple, como pasear por la calle, me vestí y salí con la intención de ejecutar lo que yo pensaba que me iba a pasar por el solo hecho de caminar por la calle: mi muerte. Yo pensaba realmente que salir de casa me mataría. Ni siquiera pensé en la perra, ni en mi árbol. En la desesperación, pasear, morir, era mi única opción. Y así lo hice. Salí.

Llegué, apoyándome, reptando a ratos por las paredes, como si estuviera ciega o borracha, al parque que se encontraba cerca de mi apartamento. Recuerdo que estaba brotando la hierba. Era primavera. Me había cortado yo misma el poco pelo que aún me crecía bajo la peluca, un día antes, como si hubiera querido retrasar esa resurrección de la naturaleza que trae consigo el cambio de estación después de las nieves. Hierba en el parque, pelo más corto en mi cabeza, porque lo que yo quería decir era: flores, ardillas, animales que hibernáis, esperad a que me recupere para volver a nacer, esperadme para que pueda veros. Pero no me habían esperado. Ahí estaban los árboles, descarados, floreciendo, en primavera, mientras que yo no lograba salir del invierno. Florecía en Enwai, que es como yo llamo a Nueva York. Y así, pensando que iba a morir, eché a andar, atravesé el parque sin sujetarme a nada, libre, evolucionada: de mujer simia a mujer *erectus*, convencida de que la ciudad sería el último cuerpo que tocarían mis pies, que verían mis ojos, que comprendería mi cabeza malherida. Enwai se me presentó entonces como la primera ecografía de Yoro, y la contemplé con una mezcla de expectación y temor, mientras que, a su vez, Yoro, en mi vientre, me mostraba la génesis de Nueva York a medida que paseaba, con el ritmo cardíaco acelerado, propio de un feto de seis meses o de una ciudad en permanente gestación, nunca nacida del todo: la ciudad no nata.

Comencé por los intestinos. Un revoltijo de calles en un área de un kilómetro y medio de largo, de norte a sur —desde la calle Delancey hasta la Zona Cero—, y tres kilómetros de ancho, de este a oeste —desde el Williamsburg Bridge hasta Broadway—. Estaba mareada, todo me daba vueltas, tenía náuseas, seguramente debido a los sofocos de mi embarazo, pero seguí caminando. Lllaman Chinatown a esas tripas que rompen la cuadrícula del resto del cuerpo, porque entre el estómago y el ano no puede haber nada que sea cuadriculado. Siempre he tendido a pensar que el caos es producto del tiempo, de lo complejo, por eso me pareció increíble que Yoro, siendo aún tan simple, sin terminar, pudiera contener ya el desorden en su estómago, ese amasijo que no permitía ver ni el principio ni el final. No se aceptan tarjetas de crédito —me dijeron la última vez que me atreví a entrar en una tienda de ese barrio—, y es que allí los negocios se manejan con billetes y monedas, pues no quiere el intestino grueso pagar el impuesto de lo que no él, sino la boca, disfrutó; o quizás fuera que el aparato digestivo de Yoro aún estaba inmaduro, incapaz de digerir la sofisticación que el crédito y los bancos suponen con respecto al metal tangible, sonoro. Creo que en ese momento las funciones de mi bebé apenas bastaban para hacerse cargo de las pequeñas cantidades de líquido amniótico que, de mí, bebía. En Chinatown aquel día era día de fiesta, y una cabalgata ocupaba la calle. Seguí a un larguísimo dragón chino de papel que volaba y serpenteaba, muy rojo, contra el cielo. Qué suerte, pensé. Qué suerte poder despegar del suelo. Qué suerte sería poder volar con mi ya pesada barriga como un globo ligero o un planeta sostenido por leyes que no es necesario saber. Libre, sin referencias. El dragón tenía escamas amarillas como llamas, enormes, e iba sujetado por las manos grandes y pequeñas de quienes celebraban la fiesta caminando en procesión por las galerías digestivas, los tubos viscerales que digerían a todas horas patas de pollo, cabezas anaranjadas de cerdo, estrellas de mar, ranas o polvo afrodisíaco de muy diversos seres, que en mejores días corrieron por las praderas de Asia con las cuatro patas al viento.

Enwai es el nombre que ella misma se dio, por eso la llamo así, pero esto ya se ha olvidado, así que ahora la llaman Nueva York. Insisten en sus iniciales, N.Y., que hoy en día lucen en tazas, que son también el nombre de

un Estado, y que la gente lleva impresas en camisetas. «I ♥ N.Y.» exhiben los turistas como moda sobre sus pechos, sin saber que el dibujo del corazón no quiere declarar el amor que ellos sienten por la ciudad, sino el latido con que la ciudad late entre la piel y el algodón de la tela. Todavía hoy, cuando recuerdo aquel paseo por Enwai, me dan ganas de decir: «¡Oigan ustedes! Cuidado con ese corazón, que no es una pegatina ni un bordado. Es el músculo de mi niña, o de una isla que llaman (por esa manía de imponer nombres a todos) Manhattan, de la cual solo un tercio es asfalto, hierro, mecánica; pero atención, porque los otros dos tercios, todos los años por marzo, se desarrollan orgánicos como un niño, una rosa, un ovario». Pero no quiero entretenerme en pensamientos de hoy. Estaba hablando de aquel paseo, el tercer domingo de un mes de marzo, cuando estuve caminando por Enwai, cuando veía a Yoro, que en aquel mes había desarrollado —además de sus intestinos— su cabeza, su cerebro, sus pulmones y su brazo izquierdo.

Estaba sobreviviendo —caminando—, más de lo que esperaba, pero debido a la ansiedad me faltaba el aire, y para salir de la multitud me colé por una calle muy estrechita, que debía de ser el apéndice de Enwai. No me gustó saber que Yoro tenía apéndice. Por aquel entonces decían que no servía de nada, y los marineros, antes de embarcarse para cualquier viaje de muchos meses, se lo hacían extirpar, evitando así el riesgo de que lejos de la costa ese depósito llegara a saturarse de residuos nocivos y reventara. Cuando me recuperé un poco, bajé al metro. Pude sentarme, pero había muchísima gente de pie. Fuera brillaba el sol, y la gente volvía a lucir vestidos, faldas, y casi todas las piernas que veía iban descubiertas, como un bosque de troncos blancos, negros, que se rozaban y sentían, después de meses, la electricidad de una piel extraña. También yo sentí algunas pieles en el metro. Después de tanto tiempo, aquel roce humano me reconfortó. Con qué poco me conformaba, tan solo con la fricción de pieles anónimas.

Siempre sorprendida por mi inesperada resistencia, me bajé en la parada de Enwai que limitaba con el cielo: allí donde reside su cabeza. Está coronada por una guirnalda de plantas y un río. También a esto le han dado un nombre: Jardín Botánico del Bronx. Se ve al completo desde un avión o desde el ojo de ese halcón que tiene desde hace años allí su nido. Pero aquel

día yo lo recorrí a pie. En sus árboles sin hojas brotaban a cientos las yemas, que en muchos casos pasaban de ser invisibles a convertirse en flor y, por si un día perecieran y lo hiciesen con esa misma naturalidad, el jardín tiene un laboratorio de química vegetal que registra el ADN de todas las plantas que se desarrollan allí. Así, Enwai contiene en su cabeza una diadema que es en sí misma un planeta, una reserva natural arqueada donde se refugian las vidas más modestas, desde los robles hasta los líquenes. Son veinte los congeladores que conservan la información genética de las especies extintas. Pero estas cámaras frigoríficas Enwai no las enseña. Al contrario, las lleva ocultas en la diadema donde la naturaleza virgen protege la maquinaria de su supervivencia. Si vivo lo suficiente para que Yoro nazca y luego crezca —pensé— la peinaré cada día con el mimo que requiere un jardín de cuya subsistencia podría depender la reforestación de Nueva York.

Así se estaba produciendo la metamorfosis de Enwai, cuya aceleración en esos momentos yo alcanzaba a sentir, porque sin duda había llegado la primavera, y por eso encontré su cerebro en el interior de sus pulmones, pues su parte orgánica estaba intentando ganar terreno a la mecánica mediante una operación consistente en acompasar la maquinaria del pensamiento a las exigencias de la respiración humana. Estaba en Central Park. Allí, cuando Enwai inspira, piensa, y cuando expira, recuerda. En el centro del parque, a la altura de la calle 64, da vueltas la neurona principal, un carrusel de cincuenta y siete caballos de madera. Me monté en uno, blanco. Y entonces la vi. La mujer risueña montada en el caballo de al lado. Era la misma mujer de la imagen que había visto aquella vez cuando escuchaba la cajita de música que me había regalado un vendedor de Lyon. ¿Recuerda? Esa cajita que al sonar, por una especie de sinestesia, me conducía a unos recuerdos que, aunque no se correspondían con vivencias constatables, tampoco eran fantasías. Al igual que en la imagen que había visto tanto tiempo atrás, esa mujer negra empezó a pasar de caballo en caballo, riendo sin parar. Y yo me sentí contenta, después de tanto tiempo, por su risa. La música del calíope sonó durante los tres minutos y medio que duraron las siete vueltas. Al ser el mismo sentimiento, y por respetar el círculo, recurro a mis palabras previas. Iba yo, como dije, en un caballo blanco que subía y bajaba, subía y bajaba, subía y bajaba con la boca

abierta, como relinchando del placer que sentía copulando con aquella mula de carne y hueso que, bajo esos mismos caballos de madera, pero cien años atrás, había gastado su vida tirando del carrusel, moviendo entre resuello y resuello, cada vez más cansada, todos los círculos: el del carrusel, el de mi cajita de música, el de mi vida. En el tiempo que se tomaron los cincuenta y siete caballos de madera para dar siete vueltas, volví a aquellas noches de cinco años atrás en las cuales, tendida en la cama al lado de Jim, giraba la pequeña manivela de mi cajita para relajarme. En ese círculo del carrusel la linealidad del tiempo se había roto. Igual que en la cama había visto a mi compañera negra, montada en el caballo me veía en la cama junto a Jim. Esto fue gracias al cerebro de Enwai, que puede verlo todo a la vez. Enwai, mi tierra adoptiva y elegida, que otros insisten en llamar Nueva York, me estaba permitiendo sobrevivir sobre su cuerpo, y no solo eso, sino que me hacía el regalo de pensar que, si había sido capaz de romper una vez mi trayectoria vital, lineal, podría volver a hacerlo. Podía, tal vez, saltar hacia atrás y, con suerte, acordarme de que esa vez, antes de la explosión atómica del 6 de agosto de 1945 sobre mi querida Hiroshima, tenía que tomar la decisión de ser padre, aunque tuviera solo trece años. Ser padre, y luego mujer, para poder, al menos, evitar aquel embarazo tan largo que yo temía que no me diera tiempo a culminar. Ante la esperanza de poder romper esa inclemente linealidad del tiempo pensé que no se me podía olvidar esa decisión tomada en aquel entonces, y me la repetí a mí misma varias veces: ser padre de Yoro antes del próximo 6 de agosto de 1945.

El desarrollo de Enwai no terminó en aquel paseo, sino que fue dando cada año más muestras de regeneración biológica. Otra prueba: lo que siendo expansión, colonización de las células vivas de Enwai, considera la ciudad de Nueva York como su última adquisición urbanística. Es la High Line, las vías de tren elevadas en desuso, que ahora son un jardín mirador. Desde ahí arriba la mirada se cuela por entre los edificios y llega hasta el puerto con la misma facilidad con la que el mar recibe a la lengua que en él desemboca. Tan abundante es la vegetación que las vías ya no se ven. Piensa el alcalde, con ojos de piedra, que esto es jardín, pero es piel. Como la piel viste al hueso, el pasto crece sobre el hierro. Primero el verdor cubrió desde la calle 14 a la 20 —es el húmero izquierdo de Enwai—, y luego

desde la calle 20 hasta la 30 —es el cúbito y el radio—. Lo que antes eran raíles serán, cuando aparezca la mano, verde y fresca piel, de hombros a dedos. Quizás entonces, y no solo yo, sino todos, podrán ver a mi niña; acaso ahora, en este momento, tendida como una alfombra de hierba suficientemente suave como para que quien la atravesase se sienta llamado a acariciarla, o a quitarse los zapatos ante el respeto que impone el prado al buen pastor. Pero esto son solo imágenes, no crea que confundo significativo y significado. Yoro es hoy una mujer que conocerá a su tiempo. El pasto, el prado, no son Yoro, pero si Yoro tuviera un ideograma, este se correspondería con algo fresco y bueno para los hombres.

Aquel día paseé pensando que pasear y morir eran lo mismo. Pero viví en Enwai, resistí allí y, además, sentí la primavera con las primeras patadas de Yoro. El sol calentaba aún a media tarde. Me quité el vestido en un rinconcito apartado del pulmón verde y me tumbé. Lo olí. Olí el verde. A Enwai le crecía la hierba, y a mí comenzó a crecerme, por primera vez tras la bomba de Hiroshima, el pelo. Algunos meses después, a mis cuarenta y dos años, empecé a notar el peso de mi propio cabello. Algo más tarde sabría que en esa etapa del embarazo el feto está cubierto, para proteger la piel —carente aún de grasa—, por un vello fino, blando, llamado lanugo. En Yoro y en mí, pues, brotó aquel día la misma hierba morena, vello recién salido.

## **SÉPTIMO MES:**

### **Número Irracional**

Pero la primavera terminó para mí el mismo día en que comenzó. Y ya no volvería a verla hasta tres años después. Durante todo este tiempo, al cargar con Yoro dentro de mí, había dejado de buscarla fuera, y sentí cierto malestar por no haber podido seguir con la búsqueda que tanto había angustiado al hombre que más amé. Pero ni siquiera esto me dolía mucho porque, debido a mi tristeza, conocí las cumbres del egoísmo.

Intentaré resumirle lo principal de lo que viví en aquellos tres años de invierno. Mi perrita había muerto ya. Me olvidé de contarlo antes. Pero me quedé con uno de sus cachorros. Si lo menciono es porque, como verá más adelante, tiene importancia en tanto que sosteniendo la correa de esa cachorra me introduje en una época más luminosa. Pero eso fue después de mis tres años de invierno, un tiempo durante el cual mi agorafobia se agravó, algo que antes me habría parecido imposible. Conocí en esa época a un hombre a quien llamaré «Número Irracional». Le llamo así porque, aún hoy, no he logrado comprender cuántos decimales tiene. Quiero decir que fue un hombre infinito en la medida en que se me ocultaban la mayor parte de esas sutilezas que constituyen la individualidad del carácter de una persona. Sería para mí imposible elegir una palabra, o dos, o cien, que pudieran representarlo. Por ello empleo esta analogía con los números irracionales, que contiene una alusión a aquel griego cuyo descubrimiento le valió, según cuenta una leyenda que me fascina, que le arrojaran al mar desde un barco, y esa fue su sentencia de muerte. Mi hombre, mi «Número Irracional», también había sido arrojado por la borda de un barco o, más precisamente, de la sociedad. Y es que él, como Hipaso de Metaponto,

había cometido una osadía análoga en importancia. Se la cuento —la anécdota de Hipaso, si no la sabe— para que comprenda el porqué de mi asociación. La osadía del griego fue atreverse a medir la diagonal de un cuadrado de lado 1, esto es, la raíz cuadrada de 2, y demostrar que el resultado no era un número natural, ni racional, sino un número con decimales aparentemente infinitos y aleatorios. Había descubierto, pues, la inconmensurabilidad, una herejía para los pitagóricos, que explicaban la perfección del Universo, la música, la armonía, mediante números enteros o fracciones. Hipaso les enfrentaba, así, a la dificultad de medir el Universo. Esto fue una importante herida para el ego matemático. ¿Cómo medir la geometría del mundo, si ni tan siquiera se podía medir la diagonal de un cuadrado? Por su parte, la osadía del hombre que conocí, «Número Irracional» —un eminente exprofesor blanco de literatura inglesa en una universidad de su estado natal, Georgia, que había salido de la cárcel hacía unos meses—, fue darle una paliza a otro blanco que prohibió a una mujer negra que entrase en unos baños públicos. Es cierto que hacía ya un decenio que las leyes de segregación racial de Jim Crow habían sido proclamadas inconstitucionales, pero la población blanca de los estados del sur tardó muchos más años en admitir la racionalidad de un Universo erigido asimismo sobre cimientos negros. Recuerdo que aquel año comenzaron también a producirse una serie de denuncias de mujeres negras e hispanas que, preocupadas por la imposibilidad de quedarse embarazadas, acudían al médico para saber la causa de la aparente infertilidad y descubrían, de este modo, que sus trompas de Falopio habían sido ligadas sin su consentimiento por los cirujanos que les estaban realizando cualquier otra operación en años previos. Era la época de la eugenesia en Estados Unidos, practicada allí cuarenta años antes de que lo hicieran los nazis, el régimen que los norteamericanos condenaron, entre otros motivos, por llevar a cabo prácticas semejantes a las que había desarrollado el gran padre del intento de conseguir una mejora racial. Mi hombre, pues, había osado golpear no a un blanco, sino al Estado. Y ello le valió ser expulsado de la universidad y, lo que para él fue más grave, de esa vocación sincera que sentía por la enseñanza.

Nos habíamos conocido por medio de una amiga común, y nuestros primeros contactos fueron por carta. Prevenirle de mi embarazo no fue un problema. A pesar de que mi barriga de —calculé— siete meses era evidente, le dije que se trataba de un embarazo psicológico. Sabía que la somatización era lo único que podía explicar a los demás que ese embarazo se prolongara durante tantos años. A pesar de la realidad de mi estado, tuve que abrazarme, para que el resto me entendiera, al que sin duda habría sido el diagnóstico de un médico: yo misma me había preñado. Ya había leído sobre casos semejantes. Una mujer en Austria creía e hizo creer a su marido durante nueve meses que estaba embarazada de trillizos, tan grande crecía su vientre. Solo ante la demora del parto se descubrió que en su útero no había más que un gran globo inflado de deseo insatisfecho. Me apenó mucho leer cómo devolvieron los regalos que les habían hecho, no solo para un niño sino para tres, y cómo cerraron la habitación para no tener que enfrentar cada día la visión de un aborto que —por muy imaginario que fuera el embarazo— era real. Utilicé estos casos y así volví a justificarme, sometiéndome de nuevo al discurso diplomado para ser moderadamente aceptada.

Sí me resultó más problemática la idea de citarme con él en un lugar público que evidenciara el maltrecho estado de mi mente. Para sortear ese obstáculo, y con la excusa de mi timidez, le propuse que, para nuestra primera cita, escogiéramos un lugar a oscuras, un cine. Planeé todo de modo que el encuentro se diera en unas circunstancias que me hicieran sentir cómoda. La sala de un cine, un lugar cerrado y oscuro, resultaba un espacio perfecto. Precisé la hora, fila y asiento. Él llegaría primero. Yo entraría solo cuando las luces estuvieran apagadas. Buscaría el lugar indicado y me sentaría junto a él. Le advertí que estaría muy nerviosa, cosa normal dada la acumulación del deseo amontonado en las cartas que le había escrito. Y así ocurrió ese día. Cuando llegué estaba tan nerviosa que me senté sin mirar si al lado estaba él, como si fuera una espectadora más. Miré la pantalla de frente, mientras que añoraba el ojo cubista, ese ojo de mi sien izquierda que podría ver, sin dejar de mirar la pantalla y, especialmente, sin que él se diera cuenta, su perfil completo. Pensé que tenía que tranquilizarme, que él también tenía miedo, aunque en su caso por

otro motivo: era mucho mayor que yo. Pero ya le había escrito que eso era una ridiculez. Podría haberle dicho que Jim también me llevaba muchos años. Pero le dije lo principal, que, siendo la vida tan corta, ¿por qué había de amar solo a alguien que, por mera casualidad, había venido a nacer en el mismo decenio que yo? Yo cuento como los franceses, y si él hubiera tenido ochenta años le habría dicho: «Qué bien. Cuatro veces veinte». Mientras pensaba en eso, se giró hacia mí y nos saludamos susurrando. Todo fue muy despacio, con un comienzo lento, pausado, como el verso: *no desnudos, sino a través del velo/son deseables los senos*. Me fui, como acordamos, antes de que las luces volvieran a encenderse. Así transcurrió nuestro primer encuentro, entre dos iluminaciones. Agradecida por el don de la ceguera, desprendida del sentido de la vista, puse a los otros cuatro sentidos a comer de su mano, según una receta que le había anticipado antes por escrito, y que él cumplió, paso a paso, mimoso, delicado, durante el tiempo que duró la película. Esta fue mi receta:

Ingrediente principal:

1 kilo de abstracción (repetir 6 veces: «En esta sala solo estamos ella y yo»).

Para el olor:

Mire a la derecha de su butaca. Ahí estaré. Coloque su boca en la parte más alta de mi oreja, en el exterior, justo en la parte que se llama «saliente del hélix» (buscar, para mayor precisión, imagen en una enciclopedia). Nada de lengua. Muerda o, más bien, presione levemente los nervios con los dientes. De 334 veces.

Baje inmediatamente su nariz por mi cuello. Mi excitación bajará al mismo tiempo y, cuando su nariz llegue a mi escote, el olor ya estará ahí. Pero atención, no es exactamente mi olor. Es el nuestro.

Para el oído:

Chupe varios de sus dedos y deslice la mano bajo mi suéter hasta ponerla en el esternón. Es importante hacerlo rápido porque

los dedos deben permanecer mojados. Aplíquelos a mi piel como si fueran electrodos. La humedad conducirá la electricidad que estimulará el pulso. Utilice las yemas de sus dedos como oídos y escuche el palpito.

Para el tacto:

Métase en la boca una miguita de pan que yo le daré. Caliéntela hasta que se deshaga, durante unos diez segundos. Busque mi ombligo (sigue siendo profundo, a pesar del volumen de mi barriga) y coloque la mezcla en ese hueco. Déjela reposar un minuto, que yo sienta en mi cicatriz primera la masa de su pan ensalivado. Retírela y aprecie la textura. Esta textura es similar a la que quizás apreciará mañana cuando, desnudos, no haya licor del cuerpo que no compartamos. Será el reino de los cielos. Ese lugar en el que una mujer vertió levadura, la escondió en tres medidas de harina y, entonces, el mundo apareció erecto.

Para el gusto:

Ponga su lengua en mi lengua. Remueva y vierta de un golpe el kilo de abstracción: «en esta sala solo estamos ella y yo». Repita tres veces en su cabeza: «en esta sala solo estamos ella y yo».

Sintiéndome más segura, la segunda cita ya fue en un lugar iluminado. Quedamos en un *pub* enfrente de mi casa, al que llegué, como estaba ya acostumbrada, después de superar el escollo que suponían esos pocos metros de tierras siempre movedizas para mí. Era un lugar bastante espacioso, con unas mesas de madera enormes y unos bancos también de madera, larguísimos, donde se iba sentando la gente según llegaba. Recuerdo cómo iba vestida porque aquel fue el primer día, después de muchísimo tiempo, que volví a arreglarme. Llevaba una camiseta roja, sencilla, pero con escote pronunciado, unos pantalones oscuros, tacones, y mi pelo, natural, negro, largo, suelto. Mi nuevo pelo, recién nacido, que se convirtió en el mayor orgullo de mi fisonomía y me hizo pensar que me recuperaba de esa enfermedad latente, radiactiva, a la que había estado

esperando durante años, y a la que todavía —aunque ya no me importe tanto— espero. Él estaba sentado cuando llegué. Pedí una cerveza para superar los nervios. Hacía mucho que no bebía alcohol, y por mi origen, pienso, tenía una intolerancia al etanol, la misma que muchos asiáticos compartimos, como parece estar comprobado hoy en día. Así que con solo una cerveza entré en una especie de euforia con la que recibí de buena gana las manos de «Número Irracional» en mis muslos. Apenas nos habíamos visto la cara y ya me había sentado sobre él. Lo que más me gustó —porque en esto coincidía con Jim, y no porque sienta una especial atracción por los hombres grandes— es que era enorme. Lo comprobé al sentarme en sus piernas y, más tarde, cuando se levantó a pedir otra cerveza, me fijé en que la gente, por el mero hecho de ser tan alto y corpulento, parecía respetarle y, asimismo, respetar incluso que en un sitio público nos manifestáramos de un modo que en aquella época y en aquella sociedad puritana se reservaba, si acaso, para la más completa intimidad. Pero su mente estaba tan herida como la mía y, aunque ninguno de los dos lo sabíamos en esa segunda cita, nuestro modo de acoplarnos, esa inmediatez, esa sensación (normalmente falsa) de habernos encontrado, esa hambre de estar no un día, sino toda la vida junto a alguien de quien no sabemos nada, eran indicios de que algo no iba bien, de que ambos teníamos una carencia que llenar; pero ni un hombre, ni una mujer, ni un hijo, ni un amigo, ni un ejército, pueden llenar la soledad de nadie. He comprendido que la soledad solo se apacigua aceptándola con cariño, acomodándola en un buen espacio donde no se sienta amenazada. Hay que dejarla ahí, que viva, que respire, no inquietarla, e intentar desplegar nuestros amores, amistades, compañías fuera de su territorio, pues siendo el reino de la soledad indestructible, todo intento de combatir contra ella revierte contra uno mismo.

Aquella misma noche «Número Irracional» y yo hicimos el amor. No tuve necesidad de explicarle las peculiaridades de mi vagina. Él simplemente entró y yo traté de pensar que si aquel hombre nacido en el núcleo de uno de los rincones más racistas del planeta entero había sido capaz de aliarse con aquellos en contra de quienes le habían educado, sabría también conectar con mi diferencia sexual, una minoría en el universo vaginal. Y así fue. Entró, vio, y no se asustó de nada. Luego se levantó, le

vi de pie, desnudo, era un vikingo de dos metros diez. Tan blanco. Tan rubio. Con un cuerpo no perfecto, pero tan imponente que era imposible no sentir admiración por la energía que la naturaleza tuvo que invertir en construirle. Regresó al minuto con cuatro latas de cerveza. Me puso la cabeza sobre su pecho y me dijo que durmiera, que él solo quería mirarme mientras bebía. Debo decir que recuerdo pocos momentos tan pacíficos como aquel, sentir el peso agradable de la admiración de un hombre sobre mi cuerpo era algo a lo que no estaba acostumbrada. Así sucedió aquella noche y así siguió ocurriendo las sucesivas noches de los siguientes meses. Hacíamos el amor y él sacrificaba su sueño mientras yo me dejaba vencer por el cansancio en ese vapor que olía a sexo, a cerveza, a cabello sudado. Y no solo a cabello, sino a vello, porque al igual que mi calvicie parecía superada, mi vello púbico también había crecido, creo que más de lo usual, por lo que había podido ver en fotos o comparado con alguna amiga. Como era rizado, su longitud solo se manifestaba en su espesor, y para mí esto era una muestra de vida que nunca habría querido cortar, aunque sí dejé que aquel hombre lo hiciera al besarme, con tanta fascinación, con tanta dulzura y respeto como el que mostraba al hablar de escritores negros.

Sé que debo terminar pronto de escribir todo esto. Parece inevitable que caiga sobre mí la condena que se acerca con pasos que ya puedo escuchar, como un tren que se aproxima, si pongo los oídos en la tierra. Pasaré, por tanto, a contarle lo más relevante para el final de esta historia, pero antes transcribiré, tan rápido como me sea posible, algunas de las páginas que durante años escribí a Jim. Insisto, usted no merece conocer estas partes del relato, las más personales, e imagino que ni siquiera por curiosidad malsana le interesan. Usted, que conoce el sabor de la sangre, usted, bestia cebada, no entiende de historias, solo de volver a probar la carne humana que un día—cuando quizás aún podría haber seguido siendo persona— decidió arrancarle al prójimo, carne cuyo sabor rastrea desde entonces; un sabor *adolarado*, porque consiste en proteína de dólar. Sáltese cuanto quiera saltarse de las siguientes páginas. Si transcribo algunas de mis cartas a Jim es para irme de este mundo al menos con la esperanza de la comprensión de

un solo lector. El afecto de uno solo bastaría para sanarme. ¿Sabe? Ahora no deseo estar alegre. Antes pensaba que, con saber que Yoro estaba a salvo, no necesitaría más y podía morirme tranquila. Pero no ha sido así. Ahora que sé dónde está, ahora que la he tocado, que la he besado, que la he salvado, veo que su amor solo me ha dado ganas de vivir mientras ella viva. Estoy triste. Claro que lo estoy. Pero no lucho contra esa tristeza. Existe el derecho a la alegría. No el deber. Renuncio a mi derecho. Hoy. Mañana, quién sabe, quizás mañana esté alegre. O quizás ya no esté.

Desde esta cabaña no veo el mar, pero sí un río. Un río marrón y ancho. Lo veo desde la terraza. El amigo que la construyó tiene buen gusto, y buenas manos. El sol no escuece a la sombra de las pérgolas cubiertas de unas flores que nunca, fuera de África, he visto. Parecen frutos. Junto a la terraza hay un baobab. Recuerdo la leyenda. Ese árbol que, de tan hermoso, los dioses castigaron y volvieron del revés, dejando sus flores, sus frondosas ramas, su copa, enterrados. Así hicieron con Yoro durante mucho tiempo, y siendo ella lo más hermoso, nació y creció bajo tierra, junto a los diamantes, al oro. Pero yo la desraicé y la coloqué del derecho. La monté en un avión y ahora está lejos, a salvo de usted, fuera de esta tierra amiserada por la mano del hombre extranjero. Aunque quizás en este preciso momento Yoro esté extrañando esta visión que tengo yo, esta África con sus árboles sagrados del revés, sé que se acostumbrará a su nueva tierra, como yo —mujer también trasplantada— logré acostumbrarme.

Dieciséis años en África. Quién me hubiera dicho, dieciséis años y unos días atrás, que pisaría este lugar y me quedaría tanto tiempo. Toda la vida convencida de que moriría joven, de alguna de esas enfermedades causadas por la radiotoxemia y ahora, ya ve, escribo enferma, sí, pero enferma de vieja. La vejez, esta enfermedad que nunca pensé que llegaría a conocer, la única que no había imaginado en aquellas noches de insomnio provocado por el pánico a la muerte. Enferma de vieja, escribo en esta cabaña escondida, pero con unas vistas que valen oro a mis ojos, y acompañada por ese sonido constante de vida, noche y día, de los animales y a veces hasta de las plantas que crujen al crecer. Seguro, tuvo que ser aquí, fue en este

lugar donde comenzó la vida humana, una tierra que, a pesar de la explotación a la que está sometida, se resiste a la extinción total.

En esta terraza desayuno y escribo. Estoy frente a un tramo de río en el que hay muchos hipopótamos. Si quisiera, bastaría con adentrarme en sus aguas para desaparecer. Pero por ahora no quiero hacerlo. Cada mañana en esta tierra bella es otra vez el sol. Las raíces de los árboles son fuertes, capaces de soportarlos y alimentarlos, profundas. También las raíces de los baobabs ayudan, sostienen la tierra con la fuerza de sus flores, que se abren para que los animalillos subterráneos hagan sus nidos con sus hojas, sus pétalos. Recuerdo aquellos días en que fui alegre. Pero quién no es alegre en su primavera, aunque sea invierno. Ya en mi cuerpo cansado, el invierno no admitirá más resurrecciones.

Jim, mi amor, «Número Irracional» vive en la planta dieciséis de un edificio de Harlem en el que me he ido acostumbrando, como me pasó en nuestro propio apartamento, a no salir. Tiene en las paredes varias reproducciones de acuarelas de William Blake. Sobre la que ahora es también mi cama, una cama enorme, que desafía a las medidas de las llamadas camas matrimoniales, veo una imagen que se titula *Pity*. Blake pintó a un ser andrógino montado en un caballo que vuela en el aire, y ese ser sostiene a un bebé y baja los ojos hacia una mujer que, tendida en el suelo, con los brazos en el pecho, le devuelve la mirada. «Número Irracional» me cuenta lo que hay detrás de cada obra. No solo de las obras pictóricas o escritas de Blake, sino detrás de las palabras más simples. Utiliza el lenguaje de una manera virgen, dejándose afectar por esa aura especial que toda palabra tiene la primera vez que es escuchada, y trata de transmitir —imagino que a mí como también antes lo habrá hecho con sus alumnos— ese choque primigenio de significado. En el caso de la obra de Blake que está colgada sobre nuestra cama, me ha dicho que fue pintada a partir de unos versos del *Macbeth* de Shakespeare a los que Blake se refiere desde el título mismo de esta acuarela con esa palabra que alude a la piedad, la compasión. No he apuntado los versos y no podría escribirlos ahora de memoria, pero con solo mirar el cuadro puedo recordar de manera precisa lo que cuentan. Hablan de

un niño desnudo, un bebé, como símbolo de la piedad, y de un ángel destinado a mostrar el horror a los ojos de todos, hasta que las lágrimas sean tantas que acaben ahogando al viento; pero, en contraste, la voz de quien sea que hable —Macbeth, imagino— se duele de tener una ambición tan grande, un ímpetu tan excesivo que, al montar sobre el caballo de las buenas intenciones, acaba siempre cayendo al otro lado, demasiado lejos. Creo que no recordaría el significado de todo esto si, además de la imagen del cuadro, no contara con esa empatía que sentí al escuchar los versos, y es que yo me siento como una jinete que, intentando huir del rencor y el odio, habiendo visto los ojos de la piedad, convencida de querer llevar su reflejo a otros para prolongar la cadena de la compasión, siempre termino por excederme en mi salto, de manera que, yo también, caigo en aquel terreno donde nada de lo que hago significa nada, en ese campo yermo donde uno se vacía por el coladero de su propia intención, sin importar cuán buena sea. Ahora, por ejemplo, ¿acaso, Jim, no te estoy contando demasiadas cosas? ¿Debería omitir mis aventuras con otros hombres? Llevo semanas hablándote de otro. Creo que el hecho de contártelo todo confirma que, aunque no quiera aceptarlo, sé que no puedes escucharme. Entiendo ahora la necesidad de lo secreto. Lo que se oculta implica respeto. La absoluta sinceridad es incompatible con la vida, con el amor. Ojalá quisiera ocultarte algunas cosas, porque eso significaría que te siento vivo. Si llega el día en que me contengo al escribir algo por temor a que puedas enterarte, pensaré que no estás muerto, y entonces dejaré este diario, tiraré tus cenizas impostoras a la basura, me ducharé, me hidrataré la piel y saldré a darte la bienvenida.

Pero estaba hablándote sobre la obra de Blake. *Pity*. Piedad es lo que yo, ante todo, necesito. Piedad del mundo, de algún Otro, aunque sea uno solo, y piedad de mí para mí misma, para estimarme a pesar de no haber hecho nada en mi vida, nada que no sea cambiar mi cuerpo, amar a unas pocas personas y buscar a tu hija, una niña que no ha dedicado a mí ni un segundo de su pensamiento, puesto que no sabe de mi existencia. Si esa niña es la que llevo dentro, ya no lo sé, mi embarazo ha dejado de parecerme un milagro, ni siquiera un logro, pues el alumbramiento no llega y empiezo a sentir que todo esto es un castigo, que yo soy una Sísifo que, al

llegar con su piedra a la cima de la montaña, ve cómo esta insiste en caer otra vez pendiente abajo; solo que lo que en el mito griego es una piedra, en mi vida soy yo misma. Yo soy la enorme roca que cargo.

Cuando pienso en las pocas cosas que he hecho en mi vida, me pregunto de dónde voy a sacar las fuerzas para salir de este pozo en el que estoy, pues no me queda ni la esperanza que ofrece el futuro, ni la caricia de tu amor atesorado en el pasado, ni la voluntad de ocupar el presente. Pienso que, desde hace años, vivo solo para mover una marioneta de palo, que toda mi energía la he empeñado en hacer que se mueva algo que, sin mí, no tiene vida y, conmigo, tan solo parece tenerla. Me siento, sobre todo, muy cansada. Me pregunto cuándo esa marioneta se liberará para sostenerme a mí, para tirar de los hilos que mueven mi espalda, mis tobillos, mi cabeza, sobre todo mi pobre cabeza. Tengo la sensación de que cada despertar consiste para mí en ponerme a organizar las cuerdas vírgenes que solo mis manos y el suelo han tocado, separar y limpiar los hilos que arrastro, con la única intención de que, si un día mi marioneta decide devolverme el favor y levantarme, hacerme dar un salto, volar, correr o tropezar, no encuentre los hilos enredados. Pero ese día se demora, y por eso, amor, a veces pienso en cortar los hilos. Claro que lo pienso. Cortar los hilos y caer para siempre como un trozo de tela y de palo que serán desplazados y rotos por los puntapiés de los transeúntes, sin que nadie pueda imaginar que, una vez, ahí, pensó un cerebro y un corazón bombeó. Con lo fácil que sería desconectarme yo misma y, sin embargo, cuánto me cuesta coger las tijeras para cortar esos cables si no de vida, al menos de movimiento. De la vida y la muerte solo me separa un acto muy sencillo, un tijeretazo, algo que puede hacer hasta un ratón con sus dientes. ¿Cómo puede ser que entre un estado y el otro, separados solo por ese corte sencillo, haya tanta diferencia? ¿Por qué, ahora que he despojado a mi vida de todo valor, esta sigue teniendo la suficiente importancia como para que me cueste tanto mantener encendido su aliento, todos esos esfuerzos para alimentarme, lavarme, recogerme el cabello, apagar o encender las luces? ¿Por qué esa descompensación, tanto sacrificio para mantener algo que no debe de ser tan valioso, pues puede suprimirse sin ninguna dificultad y en cualquier momento? También me extraña que, una vez tomada la decisión de no querer vivir, cualquier

persona que me vea en el metro o paseando por la calle no pueda distinguir, en comparación con cualquier otra persona, las pocas ganas de estar viva que tengo. ¿Es que una decisión tan grande no es visible ni cambia en nada el modo en el que los demás me perciben? Pienso todas estas cosas y, sin embargo —ya ves—, vivo, y no solo eso, sino que a veces tengo una sensación de rabia que me lleva a pensar que, en lugar de cortar mis hilos, un día, no sé cuándo, cortaré los hilos de otros.

Piedad. La obra de Blake habla de piedad, por eso me gusta, y por eso, seguramente, «Número Irracional» la ha escogido para velar su sueño. No en vano también él tiene una especie de devoción por esas imágenes piadosas, en el sentido más pagano o más religioso de la palabra; una piedad que, aun en el caso de que tenga una representación artística vinculada tradicionalmente a la religión, él la siente de un modo íntimo y repleto de un significado muy personal. Por este compromiso de empatía, de compasión, él, ávido siempre de conocer la genealogía de palabras y sentimientos, me contó hace unas semanas la historia que respalda otras obras pictóricas con las primeras representaciones de la piedad. Esta historia es una de las más bellas que jamás me han contado desde que tú callaste, con dos personajes principales, los cuales, normalmente, son los únicos que aparecen en las obras que la representan: un hombre, por lo general anciano, encadenado en lo que invariablemente parece ser una cárcel, y una mujer bastante más joven colocando un pecho en la boca del anciano. Cuando «Número Irracional» me clarificó quiénes eran esos personajes, entendí la representación de la bondad más sencilla. Quiero contarte la historia. Creo que existen varias versiones, pero comparten el mismo esquema. Un hombre es condenado a morir de inanición en la cárcel por un delito que no se especifica. Se le permite recibir la visita de su hija, pero este permiso es concedido solo con una condición: la hija no puede llevar ningún tipo de comida. El tiempo va pasando y el hombre no muestra señales de encaminarse hacia el cumplimiento de su condena, que es la muerte por la falta de alimento, de modo que el carcelero comienza a sospechar. No puede entender la causa, pues la hija, tal como él mismo se encarga de verificar cada día, no lleva consigo ningún género de comida en sus visitas. Una tarde decide espiarlos, y entonces descubre los motivos: la

hija, que había parido hacía escasas semanas, amamantaba al padre con sus pechos de nodriza. Las autoridades, lejos de escandalizarse, toman el acto como símbolo de lo que luego sería la caridad romana, y dejan libre al padre; ese padre al cual su hija había convertido, por caridad, en su bebé.

Desde que «Número Irracional» me contó esta historia, pensé muchas veces en esa imagen del anciano encarcelado, especialmente cuando mi compañero salía a comprar o a pasear a la perrita y me encontraba aún más sola. Me sentía todo lo mal que podía sentirme: anciano y sola, o solo y anciana, dos tristezas de género opuesto, de esas que incluso por el roce de su distinta naturaleza producen fricción, como una rueda cuadrada, oxidada, en el alma. Y así me encarcelé, yo misma, en la cocina. Un día, cuando él vino de sacar a la perra, me encontró encerrada. Me había dado tiempo a colocar el frigorífico tras la puerta. Ahora que lo pienso ni siquiera sé de dónde saqué las fuerzas. Él intentó convencerme de que saliera, pero no me forzó. Durante tres meses no salí de ahí (son los meses en que apenas te escribí nada) y él tuvo que instalar un hornillo de *camping* en el salón para calentar lo mínimo: la leche, alguna sopa. Imagínate, tuvo que habilitar otra cocina en pleno centro de la casa. Ese fue otro descenso al infierno, ya he perdido la cuenta de cuál, pero no importa porque, en realidad, esos descensos no van por niveles, es decir, más que descensos son infiernos que están todos en la misma planta. Una colosal planta llena de habitaciones contiguas, todas en el mismo nivel, pero con sufrimientos tan diferentes que es la propia novedad la que semeja una nueva caída. Aquel era, según recuerdo, el tercer infierno a la derecha.

Consentí retirar mi trinchera de detrás de la puerta con la condición de que él no entrara. Y no entró. Tan solo me dejaba la comida fuera y yo abría lo justo para recoger el plato y, luego, para dejarlo. Me había emparedado a mí misma, y envidiaba en mis fantasías tener una hija de pechos llenos de leche de los cuales beber el alimento, y el calor de una familia. Entonces dejé que «Número Irracional» abriera la puerta y me abrazara cada día durante más tiempo. ¿Te gusta?, me preguntaba. Y yo respondía: Sí. Ese *sí* era la única palabra que a veces decía en todo un día, y ese *sí* fue también el primer síntoma de una nueva recuperación. Luego quiso sacarme de la casa, pero yo no podía. Todavía no podía. Hasta que esta mañana vino con una

idea. Me dijo que, si no quería andar, él mismo me llevaría en su espalda. Al principio me pareció una idea ridícula. Ya ves que todavía me queda sentido del ridículo, a mí, que tantas veces he tenido que perderlo cuando otros consideraban como extravagancias o actitudes vergonzosas aquello que para mí era lo más simple, tan simple como que era mi naturaleza, la sencillez con la que mi madre me trajo al mundo y que durante mucho tiempo —tú lo sabes— logré conservar.

Así pues, he podido salir de casa hoy, subida a sus espaldas, agarrada a su cuello como una niña. Si hubieras visto cómo nos miraba la gente. Él tan grande, y yo separada de él por mi vientre, cuyo crecimiento está detenido, pero que sigue estando muy abultado. A él parecía no importarle nada, ni las miradas ni mi peso. Andaba bastante erguido y me hacía sentir muy confortable. Llevaba, además, en la mano derecha, la correa de la perra, que andaba a nuestro paso, y que imagino sería lo único normal visto desde afuera. ¿Recuerdas esa escultura de Bernini? La de Eneas que, escapando de Troya, lleva a su padre al hombro, y que a su lado lleva a su hijo, extremadamente pequeño en comparación con esa especie de espiral que culmina en la cabeza del anciano. Así me imagino que se vería nuestro grupo. La perrita casi desapercebida, y yo a hombros de «Número Irracional» tratando de escapar de una ciudad en llamas que solo yo podía ver. Es extraña la sensación de andar tan alta. No solo he vuelto a ver la calle, las personas, los coches, después de tanto tiempo, sino que lo he hecho desde una altura muy superior a la que de ordinario lo hacía, cuando caminaba solo sobre mis piernas. Hoy miraba todo desde encima de los dos metros diez de «Número Irracional». Nunca habría imaginado que medio metro más de altura pudiera cambiar tanto la visión de lo que se mira. Desde ahí he visto no tanto a individuos, sino grupos, multitudes. «Número Irracional» me contó hace tiempo que tuvo que crecer aguantando las burlas y risas de sus compañeros de escuela, que muchos le trataran como a un gigante sin corazón, pero también me dijo que él no recordaba la risa de uno, ni de dos, sino una sola risa salida de muchos, y desde abajo. Creo que él no ve singularidades, sino conductas colectivas que se cuelan en una persona como podrían haberse colado en otra. Por eso, la paliza que le pegó a aquel hombre y que le llevó a la cárcel fue, según me dijo, una paliza

impersonal, atizada a un cuerpo que para él era el símbolo de esos tantos otros que constituyen el racismo.

La parte de Harlem en que vivimos es bastante conflictiva. La gente, con razón, no quiere blancos. Y así hemos andado los dos como un bulto inmenso, que no puede en modo alguno pasar desapercibido. Dicen que, en situaciones de cierto peligro, uno no debe mostrar su vulnerabilidad, pero yo pienso que eso no es cierto. A mí, por lo menos, siempre me ha parecido al revés. Ese poner la otra mejilla de la que hablan los cristianos me parece siempre la mejor defensa propia. En mi caso, creo que cuando iba montada sobre sus hombros, ser un apéndice de otro cuerpo, no utilizar mis piernas para desplazarme, irradiaba una enorme sensación de insuficiencia, la misma que emana nuestro barrio deprimido y, por tanto, no me sentía fuera de lugar, ni nadie me miraba como a una extranjera, pues no era el color de mi piel, sino mi fragilidad, lo que me asemejaba a aquellos a quienes la sociedad blanca trata de inhabilitar.

Te escribo ahora, Jim, desde la cama, recuperándome de un golpe en la cabeza. Ayer fue el día de Acción de Gracias. Me desperté especialmente contenta. Era un día para estar en casa, y eso justificaba, socialmente, no tener que salir y poder pasar las veinticuatro horas entre las paredes que tanta seguridad me dan. Es curioso cómo una cree que se acostumbra a no tomar en consideración los juicios ajenos, las críticas de la mayoría y, sin embargo, qué agradable resulta sentirse dentro de esa mayoría las pocas veces que te dejan sentir que encajas en ella.

Por la mañana, escuchamos en la radio una de tantísimas noticias similares que se rigen por un esquema común: que el maltrato y asesinato por parte de la policía a la población negra queda impune. En el barrio las cosas son así, se considera que el abuso de poder está tan consolidado que de nada sirven las protestas, pero como estas han de salir por algún lado, se filtran a través de canales como los del odio entre pandillas, los robos y los atracos, que si bien en ocasiones se llevan a cabo por un móvil económico, se endurecen o justifican por una cuestión racial. Pero ayer cayó una de esas gotas que colman el vaso, y mucha gente de toda la ciudad salió a la calle.

Esa última gota fue la noticia de que el policía (obviamente) blanco que metió hace unos meses seis balas en un cuerpo (obviamente) negro no irá a juicio. Es un caso más que demuestra la absoluta inmunidad policial que rige en Estados Unidos cuando el blanco de la diana es un negro. En este caso, un negro desarmado de quince años.

«Número Irracional» y yo estábamos cocinando el pavo para Acción de Gracias cuando escuchamos de nuevo la noticia, que esta vez venía acompañada de la advertencia de que ese día se esperaban disturbios, reyertas. Acción de Gracias. Sabes que siempre me ha gustado ese día por una razón muy simple: porque me gusta el nombre. Tú, Jim, te reías cuando te decía esto. Pero es cierto que, al margen de mis leves o pesados infortunios, siempre lo aproveché para agradecer lo que se me había olvidado agradecer, por las prisas, por la inconsciencia, por egoísmo. Pero ayer sentí la tensión en las manos de «Número Irracional», la rabia en su cara tras escuchar la noticia. Habíamos puesto el pavo crudo, recién desplumado, en la mesa de la cocina, y él miraba el hueco por donde lo habíamos vaciado. Le pregunté qué miraba y me dijo que estaba recordando una receta. Me hizo cierta gracia que, después de mi receta del cine, esta vez fuera él quien propusiera una. Le dije que ya teníamos los ingredientes, que estaba todo dispuesto sobre la mesa: manzana, beicon, maíz, pan, mermelada de arándanos, batata, caldo de pollo... Pero él dijo que la receta que estaba tratando de recordar era otra, y salió del apartamento a comprar algunas cosas que faltaban, me dijo. Volvió al cabo de un rato y puso sobre la mesa eso que él llamó ingredientes:

- Una botella de vidrio
- Un embudo
- Gasolina
- Aceite de motor
- Un trapo
- Cinta aislante
- Mechero.

Con las manos todavía temblorosas y un odio que se exteriorizaba en cada uno de sus movimientos, metió algunos de los ingredientes dentro del pavo y lo cosió, pero dejó fuera parte del trapo. Entendí. Esa parte del trapo era lo que parecía: una mecha, y el ave se había convertido de esta manera en un cóctel molotov. Añadió cinta aislante para asegurar la mecha a la piel desplumada. Luego me puso unos guantes, gafas y un gorro para protegerme del pavo que estaba, a su manera, cocinando, y posteriormente también él se protegió. Yo callaba. Entendía. Pero, sobre todo, callaba. Así es el sistema judicial cuando se trata de la vida de un negro. Se calla. Para no pararse en lo que no tiene importancia. Pero, sobre todo, se calla porque con ese silencio el Gran Jurado logra gritar, condenar. No al criminal, sino a la víctima, al muerto, al negro, a los padres negros del negro, de ese negro: el blanco de la diana.

Sí, ayer fue Acción de Gracias. Conmemorábamos el día en que los indios alimentaron, salvaron, a los blancos. Los mismos indios que hoy son hacinados y apartados en las reservas como animales en peligro de extinción. Qué gran invento, las reservas: latas de conserva de sardinas, monos, atunes, indios en la salazón de su propio llanto. Oímos gritos, sin duda estaban comenzando los disturbios. Salimos del apartamento. Yo, otra vez, montada a su espalda. Vi desde lo alto que iba saliendo gente de todas partes, como una marabunta enrabiada. Eran reacciones lógicas, violentas. La policía comenzaba también a llegar, a cortar las calles, a poner vallas. «Número Irracional» llevaba el pavo en una bolsa. Había que usarlo pronto para evitar que nosotros mismos fuéramos víctimas de un accidente. En un momento dado me lo dio. La agarré y, recordando lo que me había ido explicando mientras lo preparaba, lancé el pavo en un ángulo de entre 30 grados (para que salpicara más) y 45 grados (para que llegara más lejos). Noté un golpe fuerte en la cabeza. Me habían dado con una piedra destinada, seguramente, a la policía. Me desmayé y, medio inconsciente, vi que el pavo relleno, el pavo molotov, se mantenía suspendido en el aire, unos segundos. No caía. A pesar del bullicio, aislé todo lo que venía del ave. Escuché el sonido de su piel al ser atravesada, desde dentro, por la primera pluma que salía, con su cálamo, esqueleto central, limpio y derecho. Luego escuché cómo los demás cálamos salían como espigas de

trigo que se transformaban en plumas de muchos colores, rojas, azules, verdes, amarillas. Era precioso ver cómo se mantenía en el aire con tanto color. Ya no era un pavo. Era un quetzal, el ave que muere si no es libre. Estiró las alas, planeó elegantemente y vació gotas de su estómago sobre la multitud. Abrí la boca para que me cayera una gota. No hubo muertes, solo metamorfosis. Mezcla de pieles blancas y negras en una raza dalmatiana. No eran mulatos, porque los mulatos siguen siendo negros a los ojos del blanco y blancos a los ojos del negro. Eran las dos cosas, negros y blancos. El ave se fue lejos, vaciando gotitas como misiles germinadores de hermosos chuchos, raza humana de mil sangres. Ayer, en el día de Acción de Gracias, vi en mi desmayo la mezcla del hombre. Al despertar quise que el policía que curaba mi herida mientras llegaba la ambulancia fuera de piel blanca y negra. Pero para eso, mi amor, creo que tendremos que esperar, y a veces dudo que viva mucho más tiempo, el necesario para poder siquiera soñar con esa raza de las mil purasangres.

Tras unos días en casa, recuperándome de la herida en la cabeza, «Número Irracional» pensó que el aire libre me vendría bien. Lo preparó todo, incluido mi equipaje, y dejamos el apartamento. Hasta ahora ha sido el viaje más largo que he hecho desde tu muerte, ya ves, sin siquiera salir del estado de Nueva York. Después de casi cuatro horas en coche, «Número Irracional» paró en una explanada de Montauk, justo en esa punta de Long Island, a poniente del faro, el mismo sitio donde una vez fuimos a pescar cangrejos de pinza azul, ¿recuerdas? Habíamos salido de madrugada y llegamos sobre las ocho de la mañana. La cabaña desde donde ahora te escribo, que ha alquilado para un mes, se veía a unos doscientos metros de donde paró el coche. El lugar sigue siendo conocido por sus hermosos paisajes marinos, pero el domingo en que llegamos, al salir del coche, sentí, más que el mar, el espesor de la hierba, que era de ese color verde claro que indicaba su juventud. En efecto, estábamos otra vez en primavera. Después de tanto tiempo logré cambiar de estación, al menos por ese breve instante en que noté el frescor del rocío en los tobillos. Eso es lo que pensé en ese momento, que aquella sería una sensación fugaz, pero la realidad es que

durante todo ese día sentí esa misma exaltación del frescor, de cierta alegría. Intenté dar un paso y, aunque no pude, no me angustié. Él, como me había prometido, me subió a sus espaldas, así que volví a montar en ese amante grande que se hace cargo de mi debilidad, de la tristeza de haberte perdido, Jim, y del infinito embarazo que, al no concluir, ha terminado por asustarme, en mis pesadillas, con la imagen de Yoro enquistada. «Número Irracional» carga con todo, y bajo todo ese peso trota como si en ese trote me estuviera sacudiendo el polvo que he estado acumulando durante mi encierro.

Cada día nos levantamos muy temprano. La perrita se va a pasear por su cuenta y ya no vuelve hasta la noche. Bebemos leche fresca para desayunar. Aquí todo me parece verde y nuevo. No solo la hierba que nos rodea por todas partes, sino la leche recién ordeñada, el mar que aquí es azul oscuro, y el sonido de las aves; hasta mi nombre me parece verde y, por ello, más vivo, más sonoro. «Número Irracional» es mi caballo blanco durante el día, mi caballo trotado durante la noche. A veces una ventana entreabierta se abre totalmente debido a un golpe de viento mientras dormimos, y entonces yo aprovecho para acariciarlo y él no se mueve, duerme profundamente, cansado de cargar conmigo durante nuestros paseos. Yo le estoy agradecida. Lo amo. ¿Te importa que lo ame? Es un amor distinto al que siento por ti. A él nunca le escribiría tras su muerte porque, siendo franca, es una muleta necesaria en mi vida, pero más allá de mi enfermedad no sé si lo querría como lo quiero. Contigo es, fue, diferente. Te quise, Jim, en la salud y en la enfermedad. Quererse en la salud es lo que los curas mencionan como si eso fuera lo fácil, pero esa parte es la difícil. La enfermedad, y no la salud, es lo que une intensamente a los hombres, y es lo que está dejando las formas de «Número Irracional» impresas en mí, como las sombras atómicas marcaron las siluetas de las víctimas en las superficies que ocupaban durante la explosión. Al igual que el cuerpo de un nadador se pule por el roce del agua, he notado que mi cuerpo comienza a tomar la forma que este hombre deja cuando me bajo de él. Es como si mis huesos estuvieran comenzando a crecer otra vez. ¿No dicen que, si la mujer es joven, puede estirarse unos centímetros durante el embarazo? Yo no soy joven, pero esa es la sensación, él se mueve y yo, quieta, crezco encima. Quizás sea una

falsa sensación de crecimiento físico, pero si me miro completa en un espejo, adivino entre mis piernas la forma de su ausencia. Cuando nos separamos, ando suelta por la cabaña, pero no me siento sola si recuerdo que la forma de su espalda, mientras él está descansando, o cabalgando libre de mí por unas horas, permanece en la curvatura interior de mis muslos. Al regresar de su paseo yo corro a la puerta a recibirlo. Nos ponemos o nos quitamos el pijama y en sus ropas huelo todos los olores del campo, y todos los olores de mi caballo.

Estoy alegre. Somos alegres. ¿Quién no es alegre en su primavera, aunque sea invierno? Pero es primavera.

Esto es lo que te estaba escribiendo ayer cuando me interrumpí al verlo cabizbajo. Pensarás que es normal que un hombre tan alto mire hacia abajo. Pero miraba al suelo, todo el tiempo al suelo. Intenté justificarlo, y para tomarlo como síntoma de su alegría pensé que mirar hacia abajo es lo contrario de la tristeza. Mirar hacia abajo —me decía a mí misma para convencerme— es festejar la última huella, el presente más presente, el brote de una hierba que hace dos pasos estaba bajo tierra. Uno mira al cielo y no ve ningún nacimiento. Ve despertares. Pero eso es otra cosa. El sol que vuelve a salir es un anciano que nació hace millones de años. Para ver los nacimientos hay que centrarse en lo pequeño, a menudo en el suelo, en la aparición de una seta, en un hormiguero, en la grieta por donde la mariposa rompe el capullo. Pensaba que él podría ver todo eso, y que se alegraría con cada parto. Volví a montarlo, a vivir un día más encima de él. Llevaríamos un par de horas de paseo cuando en un momento dado llegué a pensar que yo y todo mi peso éramos para él su única razón de ser. Me di miedo, tuve miedo de mí misma al descubrirme en esa creencia ególatra, geocéntrica, de que otra vida me necesitaba para girar alrededor de mí, obtuso asteroide medieval.

Me quedé dormida, mi cabeza apoyada en su cabeza, y, cuando desperté, estábamos en un sitio por el que aún no habíamos transitado. Me di cuenta de que él no festejaba absolutamente nada. No sabes lo que fue aquello. Comenzó a caminar como lo más horrible, como un ciego que no nació ciego, sino que perdió los ojos por no usarlos. La ceguera de la desgana. Así iba, con los ojos —antes azules y brillantes— huecos.

Aprecié, aunque lo lamenté por él, que a pesar de su evidente tristeza todavía estuviera dispuesto a cargarme sobre su espalda para darme esa ración de aire libre que, poco a poco, me ayudaba a recuperarme. El paisaje cambió en un momento. El día se volvió noche cuando el sol todavía estaba en lo alto. Las raíces de los árboles comenzaron a hacerse más visibles. Emergían de la tierra para buscar la luz. Había poco viento, pero los árboles se rompían, porque aquellas raíces no tenían vigor para sujetarlos. Así, de tanto en tanto, caía un árbol. Árboles caídos, y árboles cayentes por todas partes, hasta que entramos en una ciénaga. Al principio fue un presentimiento: si no me bajaba de él, el peso conjunto nos hundiría. Quizás, al entrar en la ciénaga, si yo misma hubiera cargado conmigo, su destino habría sido diferente, pero intenté bajarme sin resultado, pues para aquel entonces, por mi dependencia absoluta de él, pensaba que ambos éramos una parte del mismo centauro, y cómo iba yo a separar la parte animal de la humana sin matarme, sin matarlo. Tampoco supe identificar a tiempo el canto de la sirena equina que atrae hacia las profundidades del lodo a los caballos que cargan con un peso impuesto e innecesario. Ciega y *encenogada* por esa ciénaga, escuché la música triste. Pensé que de esa partitura invisible manaba la fuente del cieno eterno. Ahora, al escribir todo esto, Jim, escucho la misma música, una melodía circular como el remolino de fango que lo absorbió. Mi hombre trotado. Tan cercano lo siento que tengo la sensación de que debe de estar por algún lugar, aquí abajo. ¿Te estaré escribiendo a algunos metros sobre el nivel de su cruz? Qué espanto.

Tal vez *tristeza* no sea la palabra adecuada para definir lo que sentí en aquella laguna. Era un sentimiento que no tenía contrario. Un sentimiento sin antónimos. Lo contrario no sería la alegría, pues era algo tan absoluto que no admitía ni siquiera el pensamiento de un matiz en su negrura. Bajé la cabeza. Recuerdo cómo se paró. Se paró sin más. En un segundo. Yo le pedía que se moviera, que nos moviera, pero ya no quiso andar, justo en medio de un lodazal que le llegaba por las rodillas y cuya superficie estaba a punto de rozarme los pies. Tampoco me decía nada. Yo tenía tanto miedo que no quise afrontar mi responsabilidad, antes de atreverme a separarme de él preferí pensar que la culpa la tenía la música, el tempo, *andante moderato*, esa melodía tan ligera como pesada, al igual que la harina que,

siendo polvo, espesa el líquido en materia. Traté de agitarlo, de acelerar la palabra, el pulso, la respiración, lo que fuera por cambiar ese paso lento. Le hablé rápido al oído. Le grité. Le di ánimos. Tiré fuerte de su camisa. Pero él no se movía. Inmóvil como el mármol. Y entonces empezamos a hundirnos. Cuando el lodo le llegaba por las ingles, a mí me cubría los tobillos; cuando le llegaba por la cintura, a mí me llegaba por las rodillas; cuando le llegaba por el pecho, a mí también me llegaba por el pecho. Estaba terriblemente asustada. Se hundía, y yo me hundía con él. El nivel del barro subía como la marea que con el mar oscurece la tierra. Vi cómo su piel blanca se iba tiñendo de abajo hacia arriba, hasta el cuello. Mi hombre blanco se iba oscureciendo. Negro, acaso como él quería. Solo entonces desmonté, no exactamente para ayudarlo, sino para que no me llevara tras de sí.

Por alguna razón yo no me hundía. Mientras que él parecía estar en tierras movedizas, se hubiera dicho que yo permanecía en tierra firme. Por primera vez después de tantísimo tiempo me sentía más estable que otro, y entonces sí quise recuperarlo, por él, no solo por mí. Demasiado tarde. Tiré de sus muñecas de manera tan fuerte que seguramente le hice daño, y movió la boca como hablando sin hablar, tratando de acomodar la lengua como si también este músculo se le hubiera debilitado. Durante unos minutos pensé que solo quería eso. Acomodar la lengua mientras se hundía parecía ser su último deseo.

Cuando el lodo le llegó a los labios tiré de él aún con más fuerza. La música que sonaba en mi cabeza seguía el mismo trote lento pero rápido, como un caballo malo que arrastraba a mi buen caballo hacia el fondo del barro. Lloré. Lo insulté. Entonces sí me disculpé por haberle sobrecargado. Le pedí que reaccionara, le dije que nunca más lo montaría, le prometí que sin mí recobraría su antigua resistencia. Le tiré del pelo, hice todo lo que pude. Y cuando las arenas negras y blandas le cubrieron los dientes y la nariz y los ojos vaciados y la última redondez de sus orejas blancas, lo odié. ¿Para eso me había sacado de la trinchera tras la que me refugié en la cocina, de mi propia tristeza? Cuando desapareció, cuando unas burbujas espesas en el agua pesada eran todo lo que quedaba de él ante mí, el último aire de sus pulmones, volví a verme sola. Sola en aquel lodazal. Le maldije

por dejarme así, otra vez, y por quitarme sus (mis) cuatro patas. Luego me maldije a mí misma.

No he denunciado su desaparición. Si encontraran su cadáver buscarían el arma del crimen, y me temo que el arma haya sido yo, ese excesivo peso que llevo en mis cincuenta kilos de cuerpo. ¿Qué es más pesado —me preguntaba mi padre cuando era pequeña— un kilo de paja o un kilo de hierro? Y yo siempre respondía que la paja. No había manera de hacerme entender que un kilo es un kilo independientemente de la materia. Ahora veo que yo tenía razón, porque ya de niña intuía mi destino, o mi castigo: cargar con un saco de hebras de hierro que a ojos de todos, de mí misma, parecen paja. Como nadie pudo sospechar el costal de hierro amarillo que cargaba, nadie pudo venir a aliviarme. Tu muerte añadió hierro a mi saco. Cansada, acabé por imponérselo a «Número Irracional». Pero al final él no aguantó la sobrecarga. Atrás queda mi blanco enorme hombre de plomo, mi caballo pesado. Con su forma en la curvatura de mis dos solas piernas, ahora te escribo como si caminara, un poco más alegre quizás, pero no demasiado.

Habiendo perdido toda mi confianza en la psicología y su chacha la psiquiatría, he tenido que ir superando mi agorafobia sin ayuda de nadie. Regresé a nuestro apartamento. Como tenía que sacar a mi perra a la calle empecé, poco a poco, a alejarme un poquito más de nuestro hogar, igual que había pasado antes con su madre anciana. Mi depresión ha conocido, pues, dos generaciones de perros, la última de las cuales parece estar marcada por un salir a superficie y tomar aire puro, después de tanto tiempo de estar respirando el mismo aire cargado de mis pulmones, como si se tratara de una de esas fuentes que echan la misma agua que cae, una y otra vez, con un letrero al lado que advierte: «Agua no potable. No beber». Así siento que he estado respirado durante años, en un circuito interno y cerrado por el cual inspiraba el mismo aire que recirculaba en mis pulmones sin regenerarse. «Aire no respirable. No respirar». Y eso es lo que he decidido, aprender a no respirar y, de este modo, poquito a poquito, abrirme al aire nuevo. Así parece haber comenzado esta fase.

No sé si desde donde estás recuerdas que entre el apartamento y el parque hay un complejo deportivo donde, en la época en que te fuiste a Minneapolis, se iniciaba la construcción de una piscina olímpica. Al pasar por ahí el otro día me fijé en un cartel que anunciaba que se abrían las inscripciones para un club de apnea. En mi entorno casi nadie sabe lo que es la apnea como deporte, pero yo recordé las leyendas que mi madre me había contado sobre unas mujeres de mi país que, a pleno pulmón, sin botella, bajaban muchos metros de profundidad en los mares de su isla para recoger perlas. Habiendo quedado huérfana desde pequeño, teniendo que superar —como sabes—, primero solo, y luego sola, tantas dificultades, siempre he estado segura de que hay una cosa con la que puedo contar, algo que nunca me ha fallado, lo mismo que permitió que me atreviera a contradecir mi sexo, pese a que es precisamente el sexo lo que todos utilizan para hacer una primera distinción entre las personas. Esa herramienta en la que confío es una intuición vinculada al bienestar del cuerpo y el placer, y una predisposición natural hacia aquello que, más allá de una efímera sensación placentera, me hace bien. La inclinación hacia lo que me conviene me ayudó a enfrentar ese drama que me había sido impuesto doblemente: como hombre y como mujer. De igual manera, es esa intuición corporal lo que he escuchado a la hora de decidirme a probar este deporte. Lo he consultado con nuestro médico de cabecera. Desde que no estás, no había querido volver a verlo. Cambié de médico. Me sentía incapaz de darle la noticia. Cuando entré en la consulta se levantó para indicarme que ya lo sabía, triste, pero también visiblemente contento de volver a verme. ¿Sabes? La gente piensa que cuando alguien se muere es mejor no hablar de esa persona a aquellos que la amaron. Cuando te perdí, nadie volvió a mencionarte. Transcurridos los días inmediatamente posteriores a tu muerte, cuando sí recibí los correspondientes pésames, hubo unos días, unas semanas, en que sentí que morías de nuevo, que morías cada día, otra vez, y otra vez. Al principio no sabía por qué tenía esa sensación, pero pronto me di cuenta de los motivos. Lo que te mataba diariamente, Jim, era ese silencio insoportable con el que la gente sustituía tu nombre. Era ese hablarme de cosas banales, o alegres, no cuestionándose nadie el hecho de que sin ti esas charlas, en ese momento, no tenían sentido.

Tu muerte dio, como en la apnea, una absoluta profundidad a las conversaciones, y me exigía o bien que se hablara llanamente de tu fallecimiento, o bien que se hablara de asuntos relativos a la no existencia, todos esos temas pesados y morbosos para muchos, pero en los que yo veía la representación de tu vacío. Necesitaba tanto hablar de ti como utilizar tu cepillo de dientes, que olvidaste en casa, con tanta fuerza que una mañana llegaron a sangrarme las encías. ¿Entiendes? Eso de que *no se menciona la soga en casa del ahorcado* es pura patraña. Yo tenía que hablar de la soga, de su tacto, de quién la fabricó, del vecino que se ahorcó del mismo modo, y, sobre todo, del ahorcado. Quería hablar de mi muerto y, si no se podía hablar del mío, al menos quería hablar de otros muertos, o de la muerte en sí, cualquier aspecto de ese campo semántico que, en realidad, me hablaba de ti. Me habría encantado que todos los que te conocieron hubieran venido a casa, pero no para callar, ni para mirarme con tristeza, sino para nombrarte. Habría agradecido que el bombero que te sacó de entre los hierros del coche me hubiera descrito tu última mirada. Y no fue así. Solo una persona te mencionó. Fue la hija pequeña de M, nuestra vecina. Una tarde, mientras merendábamos en una de las pocas reuniones de amigos que acepté, me preguntó si podía jugar con uno de tus soldaditos de colección. Vi que al instante su madre la obligaba, con los ojos, a bajar la mirada y callar. Ahí se me quebraron los nervios, rompí a llorar y les grité a todos que se marcharan. Estoy segura de que aún hoy creen que fue la niña quien, sin querer, me hizo daño, cuando en realidad fueron ellos, tratándome como si nunca hubieras existido, quemando tu memoria —que es el alma— y vertiendo frente a mis propios ojos las cenizas de esa alma en la urna donde ya estaban las de tu cuerpo. Eso es lo que hacen los que no hablan de los muertos, incinerar el alma. Por eso, el día en que —como te iba diciendo— entré en la consulta de nuestro doctor, me alegré de que él, antes de preguntarme qué necesitaba yo, recordara una anécdota contigo. Te quiere mucho, nuestro doctor, y por eso, seguramente, también él necesita seguir hablando de ti. Sin embargo, conociendo mis continuos ataques de pánico, me ha recomendado que no intente practicar la apnea, pues deduce que estar bajo el agua aguantando la respiración solo agravaría mis momentos de angustia. Pero le he dicho que soy capaz de intuir, con la misma validez del

verbo *saber*, que este deporte podría permitirme controlar una pieza clave en el rompecabezas siempre confuso de los mecanismos que disparan los ataques de pánico: la respiración.

En efecto. La apnea, esa supresión voluntaria de la respiración cuyo objetivo primordial es permitir que alcancemos grandes profundidades en el mar sin necesidad de respirar, ha resultado ser, como he comprobado hoy en la primera sesión, un excepcional medio de relajación. Con la finalidad de permanecer más tiempo bajo el agua, aprendes una serie de técnicas que ayudan a consumir menos oxígeno. Oxígeno es, precisamente, lo que me sobra, pues cuando tengo miedo, pánico, ansiedad, respiro con tanta frecuencia que la hiperventilación termina por producirme un vértigo que agrava el malestar. Te cuento en presente lo que he aprendido este primer día, porque la apnea es el tiempo del presente o, lo que es lo mismo, del tiempo indeterminado. Los minutos previos a la inmersión son vitales. Es ahí donde ha de comenzar la respiración pausada y la distensión de todas las partes del cuerpo. Una vez en el agua, hay que evitar aferrarse a ningún pensamiento. Esto es muy importante, nos dicen, y yo me pregunto cómo no voy a aferrarme a ningún pensamiento si vivo enganchada en tu red. Por lo visto, cuanto más complejo sea el pensamiento, más oxígeno consume el cerebro. El pensamiento cansa. Por eso conviene pasar por las imágenes mentales como cuando das un paseo en coche. Ves entonces pasar el paisaje sin necesidad de aferrarte a un árbol en concreto, a una montaña, a una iglesia. Entonces todo me parece un poco más sencillo. Es así. Encuentro mi propio mecanismo. Cierro los ojos y veo tu imagen que me saluda desde uno de esos libros en los cuales, al pasar las páginas rápidamente, se crea la ilusión de que el dibujo se mueve. No me aferró a ninguna página. No podría hacerlo porque, si me detengo, tú te detienes en ese estatismo, una vez más, de la muerte. No reparo en ningún detalle. No me da tiempo a ver tus ojos, tu boca, tus brazos, porque las páginas pasan muy rápido, pero sí veo tu movimiento, inasible pero vivo. Después de ver cómo me saludas, aparezco yo en el libro. Me besas, me desnudas, me acaricias, me chupas, me penetras, me abrazas, me levantas, estamos en la ducha, me enjabonas, me aclaras, me secas, nos vestimos, salimos por la puerta. A cenar. No a

morir. A cenar ostras con vino. No está mal para esta introducción del primer día: no asirme a ti, sino a tu movimiento.

Continúo escuchando al entrenador atentamente, sentada junto a mis compañeros alrededor de esta pequeña piscina aneja a la principal. La temperatura del agua es más elevada en esta piscina pequeña y permite un mayor rendimiento, pues también el frío hace que el cuerpo requiera más oxígeno. Somos, contando conmigo, doce personas. Cuando el entrenador termina la breve presentación, entramos en el agua, que nos llega solo hasta la cintura. Nos pide que nos coloquemos formando un círculo y que nos demos la mano. Debemos terminar de relajarnos y tomar una gran bocanada de aire antes de dejarnos flotar, bocabajo, en la superficie. Tomo tanto aire como puedo y, tal como nos ha dicho el entrenador, me dejo flotar bocabajo. Saco la cabeza al cabo de un minuto y tres segundos. Sé que el récord mundial está en siete minutos. Envidio esos siete minutos de paz. Pero no importa. Es mi primer día. Aparte de otro compañero, todos los demás están todavía sumergidos cuando comienzo a respirar. De acuerdo con el protocolo de seguridad, no rompo el círculo y, cada treinta segundos, aprieto las manos de mis dos compañeros, a uno su izquierda y al otro su derecha. Ellos responden apretándome de igual manera las manos. Están bien. Siguen flotando bocabajo y están bien. Creo que verlos flotar así, en círculo, totalmente relajados y hermanados por el hecho de permanecer suspendidos en el mismo líquido, es una imagen que no voy a olvidar. Por primera vez en tanto tiempo me siento sin miedo, bien, tranquila, y acompañada, en un círculo de desconocidos. También por primera vez después de meses, Yoro vuelve a darme otra patada. Aquí está de nuevo, retomando mi embarazo hoy, precisamente el día en que aprendo a respirar menos. Creo que Yoro será —como yo— una mujer acostumbrada a hacer peces del pan, vino del agua. Esos milagros no los hizo nunca dios alguno, sino un hombre bueno que, seguramente como nosotras, hizo lo mejor que pudo con lo poco que le dieron. Todavía en el agua, me acaricio el vientre. En efecto, se mueve. Sé que a esas alturas del embarazo Yoro debe de ocupar gran parte del útero y que el líquido amniótico ha disminuido, así

que me parece curioso que vuelva a manifestarse justo cuando estoy rodeada de agua. Mientras que mi líquido interno decrece, el externo, toda el agua de la piscina, me rodea, me contiene; mientras que yo aprendo a calmar la necesidad de respirar, los pulmones de mi bebé están casi preparados para conocer el aire. Vuelvo a recordar el embarazo de mi prima tras la explosión, su barriga decreciendo a partir del sexto mes, como arrepentida, como diciendo «me niego a ser en este mundo», desandando su camino desde el feto al esperma, desde el esperma a la nada. En la piscina pasa lo contrario, parezco ser yo la que desanda, la que se retrae de mujer a embrión, mientras que nuestra Yoro se impone y es más fuerte, más expansiva, y busca las aguas ilimitadas que se extienden más allá de mis paredes uterinas.

Señor, llamo su atención en este momento pues suspendo aquí la transcripción de mis escritos a Jim para comentarle a usted algo que, a raíz de ir escribiendo esta historia, veo cuánto ha influido en el desenlace de mi destino. Quédese con esto: detener durante unos instantes o —a ser posible— minutos, la respiración, liberarse de sus imperativos, tiene enormes beneficios para el cuerpo y la mente. Al comienzo de este testimonio ya escribí que parpadear demasiado es como hiperventilar. Con esto quería decir que cualquier movimiento, hasta el más mínimo, hasta la simple actividad del pensamiento, supone un consumo de oxígeno. En los momentos en que uno necesita encontrar la calma, disminuir el ritmo cardíaco, no hay nada mejor que suspender la respiración. Se puede imaginar cuántas veces he tenido que recurrir a este control para afrontar las agresiones que he sufrido en mi vida, pero también para agredir. El pulso, señor, el pulso firme se asienta en el corazón pausado. Pero para eso es necesario querer estar tranquilo. Por ejemplo, ahora que me dirijo a usted, siento el pulso en las sienes, rápido, y no quiero interrumpir esa rabia que hace que mi cerebro necesite tanto oxígeno que me obliga a respirar cada vez con más frecuencia. ¿Por qué? Porque usted tiene la batalla ganada. No necesito estrategias para matarle mejor, ni con más acierto ni con menor remordimiento (si fuera posible que ante alguien como usted yo tuviera ese

sentimiento). Ya ha ganado, así que por qué no permitir que mi rabia salga antes de que se vuelva contra mí misma. No, con usted no quiero tranquilizarme, ni respirar menos, al revés, respiraría hasta el jadeo. El jadeo de ese odio que —¿se da cuenta?— vuelvo a sentir con solo escribirle. Le contaré algo. Cerca del segundo hospital al que me llevaron había un crematorio. Cada día incineraban cuerpos, siempre a la misma hora, que coincidía con la hora de la cena. Al principio recuerdo el asco que nos producía la coincidencia de ese olor con la hora de la comida. Pero un día esto cambió, así, de buenas a primeras, y me sorprendí necesitando ese olor, que había pasado a estimularme el apetito. Ambos sentidos, olfato y gusto, al coincidir en el mismo momento, se habían mezclado. Estas mezclas suceden. Yo también, ahora, mientras escribo, puedo decir que, cuando se trata de dirigirme a usted, odiar y respirar es lo mismo. Y sin embargo, usted ya lo sabe, para matar bien es mejor estar tranquilo. (Vuelvo a las cartas que escribí a Jim).

Para formalizar la inscripción tras el primer contacto en la piscina, debía hacerme unos chequeos médicos que certificaran que mi forma física y mental era la adecuada para practicar este deporte. Nuestro médico de cabecera finalmente ha certificado que estoy psicológicamente estable, pues, una vez seguro de mi decisión, y después de haberme tratado tantos años, ha decidido apoyarme en lo que yo creo que es lo mejor para mí. Las pruebas físicas, en cambio, realizadas por otro médico, han sido más complicadas, y no tanto por la dificultad de los ejercicios en sí, sino por el modo en que se ha desarrollado la escena, hace apenas un rato. Cuando llamé a la puerta de la consulta y escuché la voz del médico pidiéndome que pasara, lo vi sentado tras su mesa, en una postura reclinada que me pareció bastante vulgar. Encima de la mesa había algunos papeles, pero lo que primero saltaba a la vista era un enorme racimo de uvas. Le entregué el formulario que debía rellenar de acuerdo con las pruebas que me piden en el club y le conté que iba a iniciar un curso de apnea, deporte que el doctor desconocía. Lo primero que me ordenó fue que me quitara la ropa. Sorprendida, le pregunté si era necesario, pues me había puesto ropa de

deporte, cómoda, para realizar cualquier tipo de ejercicio. El doctor, mirándome con una sonrisa un tanto burlona, me dijo: «No sé cómo los médicos examinarán a los pacientes en China, pero aquí, en Estados Unidos, necesitamos ver el cuerpo para proceder al examen».

Ni siquiera me molesté en corregirlo y decirle que soy japonesa. Ya sabes que estoy acostumbrada a esa confusión. Pero sí me sentí profundamente dolida por ese tono de superioridad que por su profesión adoptaba el doctor. Estas situaciones en que, como mujer, no tengo más remedio que consentir, no son tampoco infrecuentes, pero en mi caso resultan particularmente incómodas, pues yo he conocido en mis propias carnes, como niño y adolescente, las diferencias en el trato según el género. Finalmente tuve que acceder, con la única condición de que me permitiera dejarme puesta la ropa interior. Volví a advertir sobre la somatización de mi embarazo para que mi barriga no supusiera inconveniente alguno, y así, en ropa interior, he tenido que hacer sentadillas, correr en una cinta, hacer flexiones y soplar en un aparato que medía mi capacidad pulmonar. Mientras tanto el doctor, sin levantarse nunca de su silla, me miraba fríamente, y tomaba notas con una mano mientras con la otra iba comiéndose las uvas. Se las metía en la boca de una en una y no disimulaba el placer que sentía al saborearlas, y les daba vueltas con la lengua más tiempo del necesario, o quizás el placer tuviera también algo que ver con el hecho de contemplar a una mujer semidesnuda y morfológicamente embarazada que iba ejecutando las órdenes que él, con su bata blanca y un estetoscopio brillante como una condecoración, imponía.

Conseguí mi certificado y, a partir de ahora, espero entrar en uno de los viajes más importantes de mi vida. Un apneísta francés, Jacques Mayol, ha sido el primer hombre en llegar a cien metros de profundidad con una sola bocanada de aire. Obviamente, en el club, todos seguimos con entusiasmo sus progresos, y unas declaraciones suyas me han dado la clave para esperar que este sea uno de mis mejores viajes. Mientras que el submarinismo —dice Mayol— es un viaje exterior gracias al cual se puede visitar el mundo submarino, la apnea es, estrictamente, un viaje interior. De todos los viajes que he hecho, confío en que esta travesía, en la que el ejercicio fundamental consiste en aprender a vivir —por breves minutos— sin aire, sea la que

mayor autonomía me proporcione. Creo que debe de ser la misma sensación de libertad que la que los escaladores de las cumbres más altas del mundo tienen al llegar a la cima donde escasea, también, el mismo elemento químico: el oxígeno. Quizás el escalador crea que encuentra la libertad por encima de las nubes cuando, en realidad, puede que esta venga determinada por el hecho de haber podido liberarse de los imperativos de la respiración. He aprendido que la necesidad de respirar es una barrera falsa que, una vez superada, me introduce en un terreno de bienestar que me resulta imposible de alcanzar cuando respiro. Para incrementar al máximo esta placidez es necesario no solo suspender la respiración, sino encontrarse en el agua. Como otros compañeros, asumo que existe la posibilidad de que esta sensación se deba a que la memoria del cuerpo, donde quiera que esta se encuentre, recuerde esa serenidad vacía de pensamiento que todos hemos tenido en el vientre materno. Efectivamente, es como revivir la gestación de uno mismo y yo, que siempre he maldecido el terrible momento en que mi embrión decidió escoger los dos sexos, siento que me estoy reconciliando conmigo misma porque por primera vez logro darme cuenta de que esa vida sin forma que había sido meses antes de nacer, latía con el mismo corazón con el que yo la he estado juzgando. Comprendo, entonces, que no tiene sentido maldecir esa indecisión de mi semilla a la hora de escoger solo un camino en la bifurcación hacia el sexo masculino o femenino, porque esa decisión no ha sido tomada por otro, sino por mí. Entrar en ese estado de inconsciencia prenatal me permite asumir la responsabilidad de mi propia naturaleza, igual que asumí la responsabilidad de elegir, finalmente, el sexo que he mantenido hasta hoy.

Durante estas primeras semanas, el trayecto de mi apartamento a la piscina ha seguido triplicando el tiempo necesario, pues de vez en cuando tengo que sentarme en el primer escalón a mi alcance, y esperar allí hasta superar la angustia. Pero esto jamás me pasa al salir de la piscina, cuando ando a un paso y con una respiración normales. Estos caminos de vuelta me hacen recordar que mi vida, antes, por mucho dolor que sintiera, se parecía más a estos caminos de regreso en que puedo pensar libre de esa sábana pegajosa con que la ansiedad me tapa el juicio hasta el punto de hacerme creer, miles de veces erróneamente, que voy a morir en mitad de la calle.

Los entrenamientos en piscina me ofrecen sensaciones corporales que nunca había experimentado. Por ejemplo, cuando, sumergida, tomo las manos de mi compañero de acuerdo con las normas de seguridad, siento su pulso en la yema de mis dedos. Primero, un pulso normal y, poco a poco, noto que se va ralentizando, a medida que entra en esa fase de relajación extrema. Cada vez menos latidos, como una llamita que, de segundo en segundo, se apaga. Y así estoy encontrando, además, la cura definitiva para mi pánico a la muerte, pues soy yo la que decido, cuando el corazón se ralentiza y espacia cada vez más el tiempo entre sus latidos, tomar aire y elegir, a pesar de todo, la superficie. Sacar la cabeza del agua es una confirmación de mi compromiso con la vida, es derrotar a la muerte, tantas veces como inmersiones se hacen, y esta sensación se multiplica en el mar, donde la presión del agua, por la profundidad, ejerce como un abrazo sobre el pecho, que siento como la manifestación física de que alguien me acoge allá abajo, y me acogería allí para siempre, si así lo deseara yo. Pero ya no quiero eso, y con cada primera bocanada de aire que doy al romper la superficie vuelvo a nacerme a mí misma. Entonces recuerdo otra vez las historias que mi madre me contaba cuando era pequeña, las de aquellas mujeres de nuestra tierra, las buceadoras a pulmón que buscaban moluscos, orejas de mar, algas, esponjas, pulpos y, si tenían la mayor de las suertes, perlas.

Me pregunto si esa predisposición natural que siento hacia la apnea no me viene, en realidad, de aquellas historias o, quizás, incluso, de mis abuelas, que habían nacido precisamente en la aldea de Wagu, península de Shima, prefectura de Mie, un lugar ancestralmente conocido por la presencia de esas mujeres buceadoras que todavía hoy pasan de madres a hijas la técnica que vienen utilizando desde el 2000 antes de nuestra era, fecha de la que datan las primeras noticias de dicha actividad. Cuando imagino a aquellas mujeres que, para mayor comodidad, descienden desnudas en las frías aguas de esa zona del Pacífico, siento que mis entrenamientos no son más que una falacia, casi un esnobismo, y, por mis raíces, me veo con el derecho de viajar, un día, cuando me recupere, hasta Wagu, y poner caras, voces, movimientos, a las leyendas que me contó mi madre.

Si bien la apnea no me ha librado de la tristeza, sí me ha permitido aligerar el peso de mis principales miedos. El mar y el aire libre, que ya había empezado a mejorarme con «Número Irracional», han puesto punto final a esos años en los que dejé de funcionar. El sencillo contacto con la naturaleza me ha sacado de las consultas sacaperras de los psicólogos y ha quebrado la maquinaria que me imponía la sociedad, para que yo pueda ponerme en marcha. Se acabó mi adicción a la pseudociencia, la ludopatía de aquellas paredes empapeladas con diplomas absurdos. Ahora sé que uno sobrevive a muchas muertes, pero aún hoy en día, cada vez que oigo a un sintecho gritar enajenado en plena calle, siento que grita con mi misma voz.

Ya en gran parte recuperada, quiero realizar sola un viaje de placer, el primero después de tu muerte, Jim. Me resulta extraño viajar por un motivo que nada tiene que ver con la búsqueda de Yoro. En cierto sentido considero que estoy traicionando la promesa que te hice de continuar buscándola, y la certeza de llevarla dentro no alivia totalmente ese sentimiento de no estar cumpliendo mi palabra pues, al fin y al cabo, no rompo aguas y, a costa de explicar a los demás que mi embarazo es meramente somatizado, he acabado por empezar a creérmelo, teniendo en cuenta, por otra parte, que mi edad fértil ya pasó. Si lo piensas, todo puede tener una vuelta más de tuerca. La tuerca que entra sin necesidad de forzarla sería esta: como mi embarazo se prolonga, decido convencer a quienes me ven más o menos a menudo de que se trata de un embarazo psicológico. En cambio, si fuerzo la tuerca, si le doy una vuelta más, me encuentro con que yo misma llego a creer que mi embarazo, real, está solo somatizado. Es decir, somatizo no mi embarazo, sino su propia somatización. Así, los síntomas orgánicos se manifiestan a la inversa y dejo de sentirme preñada. Solo en los momentos de optimismo me digo que quizás esta gestación interminable sea la enfermedad radiactiva que he estado esperando siempre, una enfermedad positiva que terminará no en una muerte, sino en un nacimiento. Si dicen que todavía hay conejos que nacen con tres cabezas, ¿por qué no va a ser mi caso una más de las tantas anomalías nucleares que siguen produciéndose?

Y así preparo el viaje, jugando con la idea de que en cualquier momento podría dar a luz.

Es agosto de 1977. He llegado al pequeño pueblo de Wagu, coincidiendo con la temporada de pesca de las mujeres, que bucean de marzo a septiembre. Llevo conmigo a mi perra. Como si de una cuestión hereditaria se tratara, también este animal, como su madre, ha tenido cachorros a una edad tardía. Al haber dado leche durante tanto tiempo, tiene las ubres visiblemente grandes. Resulta en cierto modo extraño ver esa marca de amamantamiento reciente en una perra que es, de manera obvia, bastante mayor. Pensaba en este detalle al ver a las *amas* —así se llama a las buceadoras— entrando y saliendo del mar, siempre desnudas, sin distinción de edad, desde las *amas* más jóvenes, las aprendices que comienzan las inmersiones a los trece años, llamadas *kachido*, y que bucean más próximas a la costa, hasta las más veteranas, las *funado*, que pueden llegar a los treinta metros de profundidad con una sola bocanada de aire. Mientras las miraba, pensé que lo que hace visible el sexo de mi perra es la maternidad, esas ubres ya vacías pero aún muy grandes que muestran que mi perra es hembra. Sin embargo, esas mujeres buceadoras se delatan de un modo distinto; no es su paso por la maternidad lo que evidencia que pertenecen al sexo femenino, que ya se muestra con claridad en el rostro y la complexión corporal, sino que son sus pechos, esos atributos sexuales, los que normalmente delatan si han sido madres o no. Mientras que son las ubres las que delatan el sexo de la perra que ha parido, en la mujer delatan su maternidad. Teniendo esto en cuenta, recordé aquellos días en que, antes de mi embarazo, me parecía más a una perra recién parida que a una mujer. Lo máximo que mis pechos comprados podían evidenciar era que soy hembra, pero no creo que pudieran denotar mi —por entonces nula— capacidad para concebir.

Por tanto, a pesar de todas las operaciones a las que me he sometido, mis bonitos pechos solo conseguían engañar. Pasaba horas tumbada en la cama, enredándome en el pensamiento de que algunos podrían adivinar por su perfecta posición que no había sido madre, pero jamás podrían saber lo

verdaderamente terrible: que no podía serlo, y que mi infertilidad no era ni siquiera tal, sino una negación por parte de lo que no puede operarse: mi anatomía. Afortunadamente, lejos quedan aquellos tiempos, y me toco el vientre pensando que tu cabeza reposa sobre él como un gato satisfecho.

Como iba diciendo, desde la roca de Wagu he contemplado por primera vez un grupo de *amas* calentándose al sol en la arena antes de regresar al mar. Es la primera vez que he visto, por mí misma, que esas mujeres existen. Antes de esta escena, había paseado por las calles del pueblo pescador. No había ni un solo coche. Las maneras de andar, de hablar, se me hacen mucho más relajadas que en mi Hiroshima natal. Todo parece depender de un tiempo marcado solo por un reloj natural, del alba al anochecer, un tiempo que, si bien es estricto en lo que se refiere a las faenas en el mar, no deja de ser más llevadero, más flexible, al corresponderse con el transcurso natural del día, y no con los horarios impuestos por un trabajo realizado a escondidas del sol, en una oficina, una fábrica, o la propia casa. En una esquina, una mujer me llamó especialmente la atención. Sentada en un pequeño banco, devoraba moluscos crudos con una avidez que me impelió a iniciar una conversación, así que le pregunté si también vendía aquellos frutos del mar. La mujer, que debía de rondar la treintena, me dijo que en ese momento solo se reponía de la inmersión de la mañana para estar fuerte para la inmersión de la tarde. Era, pues, un *ama*, que se había distanciado un poco de sus compañeras para comer tranquila, perdiéndose por una vez los chismes que siempre se cuentan unas a otras durante esos descansos, y que acercan a las mujeres del pueblo y las fortalecen como una gran familia en la cual el mar —a pesar del peligro, del frío, de los esfuerzos— ha venido a ser el hombre común de todas ellas. Fue aquella mujer devoradora de moluscos la que me indicó el lugar de la costa donde buceaban, y una gran roca desde donde vería minutos después a sus compañeras tendidas al sol.

Cuando vi que una pequeña barca se acercaba a la playa, supuse que las mujeres se embarcarían para la inmersión de la tarde, y bajé corriendo. No tuve tiempo ni para pensar lo que quería decirles. Al llegar, vi a la misma mujer de los moluscos, que ya se había incorporado al grupo, y le pregunté si podía subir con ellas a la barca. Al escucharlo, todas dudaron. Llevaba

ropas que, si bien en otra ciudad no pasarían por elegantes, aquí, en esta aldea, donde todo parece estar decidido con el consentimiento del mar, resultan excesivas. Pero había trabajo esperando, no había tiempo que perder, y finalmente permitieron que me embarcara.

Mi nueva amiga se llama Tokumi. Salvo por una especie de *fundoshi* que le tapaba solo el pubis, dejando al descubierto las nalgas, estaba, como el resto, totalmente desnuda. En los breves minutos que la barca se tomó para llegar al lugar de la inmersión, Tokumi me explicó que recientemente había pasado a ser considerada una *junado*, esto es, que había entrado a formar parte del grupo de las veteranas, las que alcanzan un rango superior gracias a su destreza en el trabajo, y que ahora suele recoger los frutos a una profundidad media de veinticinco metros, aunque puede bajar bastante más. Yo he llegado en mis prácticas de apnea, después de un año de entrenamiento, al respetable máximo de treinta metros, pero sé que no es lo mismo descender y ascender que descender, trabajar y ascender. Hacen falta grandes dotes físicas y mentales para realizar aquel trabajo en unas aguas que no superan los quince grados centígrados.

Al llegar al punto de inmersión todas se echaron al agua equipadas únicamente de unas gafas, unas aletas, un *kaigane* para desprender los moluscos de las rocas y una cesta donde irían recolectando las presas y que les servía, además, de boya para descansar entre inmersión e inmersión. Para llegar más rápido al fondo las buceadoras se colocan plomos o piedras, y para subir dan dos tirones a la cuerda que llevan amarrada en la cintura a modo de cabo de vida y, el barquero, único hombre de la expedición, tira de ellas para facilitarles el ascenso.

Yo miraba desde la barca cómo las buceadoras bajaban y salían con su pesca, que metían en la misma cesta a la que se agarraban mientras se preparaban para volver a descender. En esos intervalos entre inmersiones, hacían al respirar un ruido que me pareció tan bello que por sí solo bastaría para justificar tanto sacrificio. Para llenar con más aire los pulmones, aquellas mujeres respiraban de una manera especial que hacía que emitieran una especie de silbido. Escuchar a una sola es hermoso. Pero escuchar a tres o cuatro a la vez lo es mucho más, pues cada una emite el silbido en un tono diferente. Estuve contando las inmersiones de Tokumi, entre silbidos y

silbidos, y hasta donde conté fueron cuarenta, más las que hubiera realizado por la mañana.

Aquellos sonidos, el ruido de los cuerpos al sumergirse cada pocos minutos, el olor y el sabor del té verde que salía de la tetera con que el barquero llenaba mi vaso cada vez que lo veía vacío, el leve movimiento de la barca..., todo aquello apelaba a cuatro sentidos: el oído, el olfato, la vista y el gusto. Sentía que todos esos canales estaban activos, excepto el del tacto. Y, sin embargo, no me hacía falta tocar nada, ni que nadie me tocara, para sentirme, después de tanto tiempo, sexualmente excitada. Excitada y atraída hacia el grupo de mujeres o, más precisamente, hacia el grupo de mujeres que estaban en el agua en ese preciso momento. Así que me levanté, tomé unas gafas que habían quedado en la barca, me desnudé y me lancé al mar. El barquero dijo algo que no entendí, pero no se interpuso. El agua estaba mucho más fría de lo que yo esperaba. Para tratar de calentarme, comencé a nadar en dirección opuesta a las buceadoras, intentando no interferir en sus labores. Una vez me sentí algo más aclimatada, volví al grupo y comencé a buscar a Tokumi. Ver a todas aquellas mujeres aleteando desnudas me pareció la máxima libertad que se podía encontrar en la esclavitud de un trabajo. Cuerpos naturales, tal como eran, sin necesidad de ocultarlos, peto tampoco de exhibirlos, en un grupo donde nadie mandaba y donde cada cual respondía a las únicas órdenes de su capacidad pulmonar. Fue esa libertad la que me excitó, conocedora por las constricciones de las que siempre fui víctima de lo importante que es poder desnudarse sin temor a represalias. Si pudiera llegar a ser como aquellas mujeres, pienso ahora, si después del dolor de mi identidad negada y de las posteriores operaciones que nunca fueron al cien por cien exitosas, alguien me diera un cuerpo normal, mi cuerpo, buscaría una ocupación que me permitiera estar desnuda la mayor parte del tiempo. Así iría al banco a cobrar el dinero de tu seguro de vida: desnuda. ¿Te fijaste en lo grises que son los empleados de la sucursal de nuestro banco? Tanto contar el dinero que no pueden gastar no debe de hacerles ningún bien. Yo entraría desnuda y con los billetes me haría, allí mismo, un taparrabos, ah, perdón, un tapapubis. «Tapapubis»... Sin darme cuenta me ha salido un nombre de animal. Muchos se me quedarían mirando. ¿Qué pasa?, les preguntaría. ¿Es

que nunca han visto un tapapubis? El tapapubis es una mascota del Pacífico que se alimenta de pequeños crustáceos.

Mis pechos no cambiaban de forma al sumergirse en el agua. Los de aquellas mujeres, en cambio, se erguían, eran dúctiles, estaban vivos como cualquier criatura marina. No quise romper el grupo, que arañaba el enrocado suelo marino con sus cuchillos, y decidí aprovechar el día de mar haciendo mis propias inmersiones.

De acuerdo con la longitud de uno de los cabos, las *amas* debían de estar a unos dieciocho metros de profundidad pero, un poco más allá de la planicie donde ellas trabajaban, había una especie de fosa cuya profundidad era delatada por un color azul mucho más intenso, casi negro. Me situé en el punto de la superficie que coincidía con esa fosa y comencé a descender, ganando un par de metros más en cada nueva inmersión. Cuando salía a respirar, me agarraba unos instantes a la barca y luego volvía a sumergirme. Plenamente relajada, atravesaba el nivel donde trabajaba el grupo de *amas* y me perdía en aquel agujero negro. No sabía exactamente a cuántos metros estaba llegando, pero sí sabía que durante al menos la mitad del descenso no tenía que moverme para caer, puesto que por el incremento de profundidad el cuerpo caía por sí mismo. Este efecto se produce a partir de los quince o veinte metros, con lo cual en superficie, cuando podía pensar más claramente, calculaba que debía de estar buceando a unos treinta y cinco metros. Sin duda, demasiado para mí, especialmente porque nadie me vigilaba, pero esa llamada que siempre tiraba de mí hacia el fondo era igual de poderosa con vigilancia o sin ella, y me sentía impelida a bajar otra vez, y a ganar, aunque fuera, unos centímetros más en cada nuevo descenso. La presión me comprimía los pulmones, y mi cuerpo, olvidado de la respiración, se volvió tan receptivo que sentí el todo en cada parte; en la yema de los dedos, en el ombligo, en la garganta. Volví a vivir, de nuevo, cómo el corazón distanciaba sus latidos, y de este modo entré en el ámbito en que se escuchan las pulsaciones descender como un eco que se despidе de ti, cada vez más débil. Era el sonido del corazón en reposo. Silencio, me dije, no pienses, tu corazón descansa. Los últimos ecos fueron casi

inaudibles, pero yo seguía inmóvil a muchos metros de profundidad, porque sabía que antes de que el eco terminara de perderse, irrumpiría el ángel humano que siempre me advertía de que ya era tiempo de salir. Normalmente sentía su soplo cerca de la nuca, el aliento de vida que me llamaba a la superficie. Pero, por alguna razón, aquella vez no vino el ángel, o no le escuché. La falta de oxígeno me había llevado, por el placer que conlleva, al estado más peligroso: la sensación de poder vivir sin aire. Y así, aunque con un sentimiento muy placentero y de gran paz, caí en la profundidad.

Sentí calor en la piel y un líquido caliente en la boca. Al abrir los ojos vi la cara de Tokumi que me sujetaba por la cabeza para incorporarme y darme de beber un poco de té. Comprendí. Me había desvanecido mientras estaba buceando. Pero eso no era todo. Me dijeron que, seguramente, en mi última inmersión, antes del desmayo, había sufrido lo que en buceo se conoce con el nombre de «narcosis de las profundidades». Debido a los efectos que produce el nitrógeno a causa de la presión, sin duda experimenté una euforia similar a la que provocan ciertos narcóticos, y eso me llevó a olvidar que tenía que salir. Les conté entonces a las *amas* lo que me había pasado. Les dije que al principio sentí esa sensación de alegría que me daba la seguridad de no necesitar más aire, de pertenecer, ya, al medio acuático. Por eso, efectivamente, seguí descendiendo sin pensar en el ascenso, y totalmente ajena al trastorno que comenzaba a afectarme. Lo siguiente que recordaba fue el haber visto, mientras seguía bajando hacia el fondo de la fosa, a todas ellas, las *amas*, alrededor de mí. Me extrañó en un principio, pero al igual que pasa bajo el efecto de ciertas drogas, no te cuestionas lo que ves. En el lapso de apenas un minuto viví, como en un sueño, un periodo mucho más largo. En un momento dado, vi que mis nuevas compañeras me miraban con expresión de asombro tras los cristales de sus gafas. Los ojos se abrieron, como queriendo indicarme que, detrás de mí, había algo que me amenazaba. Entonces me di la vuelta y vi una enorme vagina de ballena. Era, me pareció, hermosa, incluso mucho más hermosa que las humanas, de un color rosa algo más pálido, pero de una textura que a la vista resultaba deslizante como hielo virgen. Quise indicar a las *amas* que se acercaran a mirar conmigo, pero ellas no parecían inmutarse,

flotaban como criaturas de ese mundo submarino, y a las que nada, salvo el peligro que yo corría, podía asombrar. Volví a fijarme en la vagina, que parecía un corazón gigante palpitando a medida que se inflamaba; está en celo —pensé—, y, cuando miré de nuevo a las *amas*, esta vez fui yo la que tuvo que alertar con los ojos y señalar con un dedo que miraran a sus espaldas. Una ballena macho, a solo unos cien metros de distancia, avanzaba veloz hacia la hembra que se encontraba justo detrás de mí. Las *amas* se esfumaron, desaparecieron, y yo, situada entre el tonelaje del deseo de un macho y una hembra, tuve que nadar con todas mis fuerzas para no quedar aprisionada entre el calor de los dos vientres cetáceos. Cuando terminé de contar mi historia, todavía conmocionada, me costó creer que nada de todo aquello había sucedido. Es cierto que tales alucinaciones no son desconocidas, y se sabe que suelen darse al superar ciertas profundidades y condiciones. Es cierto, también, que había escuchado una anécdota de Jacques Mayol que contaba ese mismo peligro de ser aplastado por el deseo de dos cetáceos. Con todo, aún ahora, Jim, no estoy segura de que lo que te cuento no fuera real, y que las *amas*, para proteger ese mundo que les pertenece por derecho, me lo hayan querido ocultar.

## OCTAVO MES: 1978-1999

Siempre sola, decidí que, como estaba tan cerca de Tokio, podía visitar a S. Ya sabía, por nuestra correspondencia, que el negocio estaba yéndole mejor que nunca y que le había puesto un nombre definitivo: Mil Sangres. Me parece un nombre maravilloso. De hecho, he pensado muchas veces en ese concepto de la pureza a partir de la sangre bastarda, de la mezcla, de lo chucho, lo mestizo. Por un momento se me ocurrió que quizás S me lo había escuchado antes, pero eso no tiene ninguna importancia, venga de donde venga la idea, ese nombre es el más adecuado para su negocio, teniendo también en cuenta que el desastre del sida está dando lugar a un miedo a la mezcla, primero entre iguales —hombre/hombre—, pero ahora también entre heterosexuales. S ha colocado un segundo nombre bajo el letrero de mil sangres. Ese nombre, entre paréntesis, dice «Sí al sida». Con esto, S se manifiesta en contra de esas campañas publicitarias de pretendido alcance planetario que repiten en cada país: «No al sida». Desde que se difundió mediáticamente este rótulo, el negocio ha salido de su clandestinidad para convertirse en un receptor de grandes minorías. El nombre «Sí al sida» puede ser tomado por muchos como una ofensa, un innecesario atrevimiento, sobre todo entre aquellos que no están enfermos o se creen a salvo de la enfermedad, pero el sida existe, y existe en las personas que lo sufren. No se puede decir no al sida, eso es negar la existencia de la enfermedad, lo cual es imposible, y lo único que se consigue, con ese poco acertado eslogan, es que ese no al sida sea interpretado como un no al portador, un no al que tiene sida, y así no se margina la enfermedad, sino al enfermo. No sabes la cantidad de personas portadoras del virus que han contactado con S para agradecerle ese «sí»

rotundo que es una inclusión, un abrazo y, por supuesto, una resistencia a la enfermedad desde su profunda aceptación.

Gracias a S he conocido a la primera persona de un continente que tú y yo nunca llegamos a visitar: África. Primero has de saber —aunque si vas leyendo todo lo que voy escribiendo, esta aclaración será innecesaria— que S es, como yo, una buscadora de identidades, aunque por diferentes motivos a los míos. Para ella cada singularidad es un nuevo tesoro. Hay quien se siente deslumbrado por la riqueza, por el lujo, por el estatus social; ella solo quiere ascender a su éxito espiritual por esa escalera de caracol compuesta por peldaños que son todos y cada uno diferentes: la sexualidad. Todo lo singular le atrae. Pues bien, como digo, S ha traído a «Sí al sida» a la primera africana que conozco. Se llama K. Es, concretamente, de Bamako, una ciudad de la República de Mali. Cuando S me la presentó yo no sabía ni siquiera situar exactamente en qué parte de África estaba Mali. K llegó a Japón gracias a un sinfín de trámites administrativos a los que S tuvo que dedicar varios años. Es una de las muchas mujeres repudiadas en su país natal debido a que, como consecuencia de la ablación, la amputación del clítoris, no puede parir. Y digo solo parir, porque sí puede concebir, pero a la hora del parto, por algún motivo, los bebés se mueren en ese tránsito entre la tenue luz interna y el resplandor externo. Según he sabido, estos casos son relativamente frecuentes y, por lo general, no es motivo para hacer que una mujer quiera abandonar su tierra, pues algunas buscan y logran acogerse a la caridad en ciudades alejadas de sus poblados. Lo que ha hecho que esta mujer buscara una ruptura radical, y que dejara su país, su lengua, sus hábitos, fue el hecho de haber sido doblemente repudiada, pues en su último y frustrado parto se le produjo una fístula, un conducto, o más bien un agujero, que comunica la vagina con el uréter y el recto, y eso supone que tiene que soportar una permanente incontinencia de todo tipo de fluidos, lo cual provoca un hedor que ocasionó no solo su rechazo moral, sino también físico. En el improbable caso de que hubiera encontrado una mano amiga, esta mano la habría rechazado también por un

motivo que, aunque fuese inhumano, resultaba, al mismo tiempo, de lo más humano: ese olor nauseabundo.

K lleva en Tokio solo dos días. Van a operarla de la fístula la próxima semana, y por suerte se trata de una operación relativamente sencilla. He notado que mantiene una distancia exagerada, seguramente porque no puede creer que los pañales y las cremas neutralizadoras de olor que pueden adquirirse en Tokio sean muy efectivos. S ya me había hablado de su problema antes de presentármela y he querido respetar su necesidad de distancia, aunque me habría gustado abrazarla desde el principio. No sé si alguna vez te lo dije, amor, pero a mí no me importan los malos olores. No es que me gusten, pero no me incomodan tanto como a otras personas y, desde luego, si hay cariño, un mal olor no es impedimento para que pueda abrazar a alguien. En el metro de Nueva York, como sabes, a menudo un solo sintecho, con olor a orín antiguo y a sudor, es capaz de desalojar todo un vagón. La gente se tapa la nariz y la boca con la mano o con una bufanda, y aguanta así el trayecto hasta la siguiente parada, que aprovechan todos para cambiar de vagón. No les importa lo más mínimo que el sintecho se dé cuenta de cuánta repugnancia les produce. «Que se lave», piensan, pero no tienen en cuenta la cantidad de motivos que una persona puede tener para no lavarse y, aún más, para oler y molestar a los demás. Si yo me quedara sin techo por no poder pagar mis facturas hospitalarias, no me lavaría nunca, y pasearía mis vapores por todos los lugares públicos. Por eso yo nunca he llegado a taparme la nariz. Claro que el olor me incomoda, pero no me resulta tan repugnante y, sobre todo, abre en mis canales sensitivos una sensación nueva: ese olor, sea quien sea la persona, es siempre el mismo, es un olor democrático. Cuando estamos limpios, cada persona huele diferente. En cambio, cuando estamos meados y sudados, todos olemos a lo mismo. Por esta razón no me molesta tanto, porque solo en momentos como esos tengo la oportunidad de sentir el olor común, que, insisto, no me gusta, pero me permite tener una sensación poco habitual y mentalmente placentera. Hay cosas que me dan mucho más asco, por ejemplo, ver a una señora tapándose la nariz descaradamente por un simple olor. Sí, sin duda, si yo no tuviera un hogar y viviera en la calle también dejaría que se fueran acumulando en mí capas y más capas de hedor, solo

para asegurarme de que soy radicalmente diferente de todos esos que a menudo se tapan las narices pero chupan el culo de cualquiera a la hora de medrar para comprar perfumes capaces de camuflar su inhumanidad.

K tiene veinte años, y la mutilaron cuando tenía nueve. Una noche, su madre y su tía la despertaron mientras estaba durmiendo. Le acariciaban la cabeza y le decían que los próximos días iba a comer mejor que sus hermanos y que la cuidarían mucho. Ella no entendía nada. Todo estaba en silencio y su madre y su tía hablaban todo el rato en susurros. Antes de saber lo que iba a pasar ya tenía miedo. Era la primera vez que tenía miedo de un familiar, pero le dijo a S que cree que en el fondo sabía que esa noche le harían a ella lo mismo que le habían hecho a su hermana mayor y a otras niñas de la aldea. Ese acto, había escuchado muchas veces, era necesario para que ningún mal cayera sobre su familia. Después de explicarle que tenía que estar contenta porque en los próximos días la cuidarían especialmente y sería ya una mujer, la inmovilizaron, le separaron las piernas y sintió el corte, con tanto dolor que aún ahora asegura no poder soportar el sonido de un grito de lamento. Luego, para coserla, utilizaron espinas de acacia, lo cual le dolió incluso más, y más gritó, hasta que se desmayó.

Después de la amputación, K estuvo durante un mes acostada. Cualquier movimiento hacía que la herida le doliera más. A menudo tenía hemorragias, que desembocaron en una peligrosa anemia. Tenía pánico de orinar, porque el dolor en ese momento era insoportable, y a veces se le hinchaba tanto la vejiga que pensó que le reventaría. Conforme S y ella misma me han ido contando su historia he comprendido que K es la versión negra de todo el dolor que sentí tras la explosión de Hiroshima. Ese órgano que aproximadamente en la séptima semana de gestación se define y se convierte en pene o en clítoris, esa raíz común que marca a toda la humanidad como hermafrodita durante los primeros latidos de vida, nos había sido extirpada, y eso nos produjo mucho más dolor que lo que una niña puede físicamente soportar, y más del que un adulto puede psíquicamente superar. Aunque yo me retorcí en Hiroshima y ella en Bamako, la escasez de medios era la misma. No había nada para el dolor. Nada para la cicatrización de lo que nos habían robado. Nada que aliviara

ese espanto. Ni siquiera el hecho de que su aldea permaneciera en paz y sus familiares y vecinos estuvieran seguros hacía que nuestras situaciones fueran diferentes, pues en esa agonía es difícil pensar en lo que pasa alrededor. Que mi familia estuviera sana o muerta no es que no me preocupara, es que en aquellos momentos yo era solo una piel llena de heridas, quemazón, pus, quemaduras, fiebre, y ese tipo de dolor absoluto, cuando llega, es la única familia de la que te preocupas, ese dolor era mi madre, mi padre, mis hermanos y todo mi país, y solo cuando se fue aliviando pensé que todos ellos, los reales, la sangre de mi sangre, podían estar muertos. Y lo estaban. Muertos para siempre.

El haber conocido a K en «Mil sangres», estando ella tan vinculada precisamente a la sangre, me hizo pensar en la importancia de esta no como sangre perdida, derramada de un órgano amputado, sino como sangre transmisora, sangre que circula o fluye para hacer llevar un mensaje. Pensé en la malaria que sufriste en Birmania. Cada vez que por un simple resfriado te subía algo la fiebre, me preocupaba tanto de que estuvieras sufriendo un nuevo brote que me ponía a temblar como si yo, y no tú, fuera la enferma. Entonces imaginaba al mosquito culpable, un *anopheles* hembra, porque solo las hembras chupan la sangre para poder desarrollar sus huevos. En cada nueva fiebre, yo maldecía a esa hembra que podía activar en cualquier momento desde tu hígado la enfermedad, y conducirla por todo tu cuerpo, mensajearla, de nuevo, a través de la sangre.

S y K hablaban, no puedo recordar sobre qué. Yo me había sentado y simplemente las miraba. Me fijé en las córneas de K. Vi que estaban enrojecidas, por el cansancio, o quizás por la última infección urinaria. La sangre, también en las córneas. Sin dejar de mirar los ojos de K perdí la noción del tiempo. Esos dos globos blancos de K eran lo único estable, como si solo pudiera focalizar mi pupila en su iris, como un telescopio que se ajusta a base de volver borroso el entorno. Todo lo demás en mis ojos, mi propio iris, la córnea, todo lo blanco, se había extendido en un enorme espacio donde los objetos, K, S, un par de personas al fondo, las paredes, se revolvían como en un acelerador de partículas. Y ahí pensé antes de pensar

—que es como verdaderamente se piensa— que en cada uno de esos planos girando había una sangre que no me pertenecía, un pálpito que vivía cosas que yo no podía vivir por él, ni él por mí, porque no estamos conectados, o porque solo un tiempo breve nos ha sido dado. Las sangres, tan líquidas, y sin embargo siempre agarradas, como si tuvieran uñas, al mismo cuerpo. Después de haber visto la multiplicidad de formas, colores, personas unidas al fondo del caleidoscopio, sentí pena. Pena de estar viendo tantos planos, numerosos como los de un diamante tallado en facetas incontables, y desearlos todos, al tiempo que pensaba que, tristemente, yo habitaba solo en mí, en el mismo plano en el que había nacido. Mi vida es solo una sucesión de fotogramas de la misma película. Ayer, hoy, siempre, tan solo una víctima de Hiroshima, yo, que tan mal me veo en el papel de víctima. Ayer, hoy, siempre, una viuda de ti. Yo, que tanto te quise, que habría dado mil veces mi vida no por salvarte, sino porque no me dejaras sola y viva. El deseo de correr en otra sangre, aunque fuera por un momento, me oprimía el pecho. Sabía que si yo pudiera pasar por cada uno, si yo pudiera vivir en otras vidas, no tendría que devorarme a mí misma. Y es que a menudo, ahora como antes, me canso. Soy las ganas que se agotan porque no hay tiempo (ni, a veces, fuerzas) de extenderlas como un ave que vuela al mismo tiempo que queda en tierra. Yoro, Yoro, Yoro, maldita sea por siempre. Esa sangre hecha a partir de la tuya me ha desangrado de tanto buscarla. ¿Es posible perder el tiempo en algo más absurdo que buscar? El amor, sí, claro, se busca por amor, pero mientras se busca no se ama nada más que lo que no está. Un absurdo. Buscar para amar, en lugar de amar, directamente, a quien esté presente, a quien no se esconda, a quien no requiera que se malgasten los años tras su rastro. Por eso, si aquel momento se hubiera prolongado y yo pudiera saltar de faceta en faceta, si yo pudiera saltar de sangre en sangre, vivir en otras vidas, te sería fiel. Te sería infiel (otra vez). Me aburriría como la sangre espesa de un hombre perezoso. Sangraría la madera sin pensar más que en la materia del árbol. Carpintera. Sería carpintera, y después sería el pájaro que desangra la corteza. Sería también la bala del cazador que atraviesa el ciervo. Veloz. Sangre de pólvora disparada por otro. Sin esfuerzo cruzaría pelo, piel y carne, mi último destino, cuerpo cálido, animal, que me entierra en su centro,

alejándome de la soledad de la sepultura fría. Gotearía en una gruta. Volvería a conocerte. Me cerraría como tu glotis, que impedía que mi sangre bajara por tu garganta. Me abriría como solía hacerlo la mía (mi glotis) para tragar tu saliva germinadora. Imagino ahora su efecto en mi organismo. Tu saliva germinando tallos que ondean a merced de las corrientes internas, en el esófago, en las tripas, en las paredes suaves del estómago. Campos de colitas como flores largas en la primavera de un cuerpo que toma la luz a través de tu saliva. Fotosíntesis. Erosíntesis. Mientras tú durmieras, yo atraparía insectos con mi lengua untada en tu herida. Me olvidaría de ti. Creería en la paz. Haría la guerra. Haría el amor en la guerra. Sería el índice que atraviesa la cáscara de un huevo para aprender a qué sabe el amarillo. Viviría agazapada en la sombría pirámide solo por el placer de destensar como por primera vez los músculos, fuertes, rojos, a la entrada de ese rayo de luz que, durante apenas treinta segundos al año, la ilumina. Y de vez en cuando —pero atención: solo de vez en cuando — sería yo de nuevo, como podría ser cualquier otro. Yo ahora, yo entonces, y yo en mi pasado lejano, habitando la simultaneidad de mi gateo, de mis primeros pasos, con la búsqueda, siempre la búsqueda de tu sangre: Yoro. Maldita seas por siempre, Yoro.

Pero no maldigo a Yoro cuando la siento dentro. Porque también está mi sangre, esa sangre que inmediatamente transmite al cerebro la información de que estoy embarazada, una información que, a veces durante semanas, se repite en cada latido, sin descanso, una y otra vez, y retumba dentro de mí como retumba un mensaje en morse dentro de un submarino. Seguramente esa sea la primera llamada de la vida que llevamos dentro. Ahí está, comunicándose. Imagino que nunca como en un embarazo se puede sentir que los cambios del cuerpo, las señales, esa constante repetición de que algo se está transformando, no vienen del propio cuerpo, sino de otro, que te invade, la sangre de tu sangre que, sin embargo, te ocupa como un ser distinto, hasta el punto de que los que rodean a una mujer embarazada comienzan a cuidarla como si tuvieran que proteger al feto de su propia madre. Qué extraño. Es una invasión que pocos hombres pueden sentir, salvo que sufran una metamorfosis. Aquellos que han escrito sobre metamorfosis escribieron sobre el embarazo. Kafka fue una madre como

cualquier otra. Una cucaracha, un cisne, un toro, lluvia dorada. Si yo hubiera vivido toda la vida incomunicada y un día alguien me dijera que de mi cuerpo iba a salir otro cuerpo, me parecería mucho más creíble pensar que puedo convertirme en un insecto. Nos echamos las manos a la cabeza cuando nos hablan de magia, pero hemos normalizado el embarazo hasta el punto de banalizarlo. Yo no. Yo digo: esto solo puede ser magia y, como tal, en muchas ocasiones, siento el mismo miedo de aquel que al despertar vio que se había transformado en cucaracha. Es también esa sangre, desde su calidad de transmisora, lo que hace que, de vez en cuando, me sorprenda a mí misma controlando mis pensamientos, como si ese cerebro aún prematuro pudiera registrar a través de esa comunicación interna lo que pienso. ¿Qué pasa con esos momentos en que dudo de la existencia de mi hija? ¿Los registrará su ADN como desprecio, como que no la creo o no la quiero? ¿Qué pasa con esas ocasiones en que no me importaba vivir, ni siquiera por ella? No poder tener secretos es una sensación inaguantable. A veces he llegado a detestarla por considerarla una especie de vigilante, una espía. Pero entonces también me culpo por detestarla o, más bien, por cómo el hecho de que sepa que la detesto afectará a su crecimiento. Y de nuevo pienso en tu sangre. La sangre del padre, que ahora también circula dentro de mí. Y la sangre, también, de tu familia. Esa hermana tuya que jamás me inspiró la menor ternura o simpatía es también, durante el tiempo que tú circules dentro, mi hermana. Y esa sangre como alerta de que algo no marcha bien, las veces en que me creo mi embarazo, claro; ese mirar cada día, nada más orinar, si he sangrado. Y la sangre que fluye por el cordón umbilical a medida que mi ombligo empieza a desdibujarse. Yo, que siempre estuve tan apegada a mi madre, siento que a medida que mi ombligo desaparece corto el cordón umbilical que me une a ella. Tal vez así sea en realidad, el último rastro del cordón que nos une a nuestra madre se rompe para hacer posible el cordón que nos une a nuestra hija. Ya ves, el cordón que me unía a mi madre, el que su muerte en Hiroshima no pudo cortar, lo está cortando la vida. La vida, el explosivo más poderoso. ¿Sentiré el tapón de sangre que el cuerpo escupe, indicando la cercanía del parto? Me imagino que saldrá como un coágulo, como un tapón, de manera parecida al modo en que sale el periodo por la mañana después de toda una

noche retenido, espesándose, oscureciéndose por la presión. Cuánto quisiera sentir ese desprendimiento. Y cuánto temo que no llegue nunca.

Señor, vuelvo a llamar su atención porque dejo aquí de transcribir mis cartas a Jim y me dirijo de nuevo a usted. Sigo, pues, con mi testimonio.

Ha comenzado a llover torrencialmente y es improbable que nadie venga a buscarme mientras perdure la lluvia. Y luego, cuando amaine, ya sabe, habrá que sumar un par de días hasta que los caminos vuelvan a hacerse transitables. Pero para entonces ya estaré lista para ser yo la que acuda a su encuentro, la que se entregue. Tengo ahora, por lo tanto, tiempo de sobra para entretenerme en este relato. En realidad poco me importa si lo que voy a contar le interesa o no, pero qué voy a hacer en esta cabaña de la que ahora no puedo ni salir. Lo único que puedo hacer es jugar con la única persona que, de algún modo, está aquí ahora, conmigo: usted. Comencemos el juego. ¿Recuerda que anteriormente le dije que hay ciertas cosas de mi vida que solo podría usted entender si se las voy contando poco a poco, si voy dosificando la información? No me refería a que si le cuento de golpe los acontecimientos que más me han marcado, o, más concretamente, EL acontecimiento que más me ha marcado después de la bomba de Hiroshima, usted no pueda entenderme. Seguramente comprendería la información. Eso no es difícil. Pero lo que yo pretendo es dejarle empapado. Me gustaría, cuando menos, que parte de mi felicidad le empapara, cosa que sin duda le va a escocer, señor. Por eso, ahora que llueve intensamente comienzo mi juego, un juego de adivinanzas, ofreciéndole la primera pista:

Lluvia.

Esta lluvia es la primera pista. Gota a gota le ha ido mojando, sin que usted se dé cuenta, a lo largo de este relato. ¿Sería usted capaz, ahora mismo, de juntar todas las gotitas que componen lo que hasta ahora he escrito para decirme cuál ha sido ese hecho especialmente significativo de mi historia que quiero resaltar? Apuesto a que no. Déjeme, pues, abrir un poco la ventana y dejar que el agua salpique levemente este texto mientras le sigo contando, a ver si de esta manera comienza usted, tal vez, a sentir de

qué va todo esto. Si lo adivina antes de que yo se lo diga, habrá ganado el juego, en cuyo caso, aprovecho para felicitarle por adelantado.

Recuerde la tienda de objetos sexuales de mi amiga S, la que me dio el arma del crimen. Le diré que tuvo un gran éxito, lo cual le permitió comprar un local contiguo para montar una biblioteca, que se comunicaba con la tienda a través de una pequeña puerta, de modo que el murmullo de los clientes no estorbara la tranquilidad de los lectores. Al principio yo no entendía muy bien la razón de ser de esa biblioteca, que no era ni siquiera una biblioteca erótica. Desconocía los motivos de S para vincularla con un negocio que nada tenía que ver con la afición a la lectura; me extrañaba el esfuerzo que dedicó a hacerse con una cantidad considerable de libros, comprar mobiliario cómodo y elegante, lámparas individuales para cada lector en las largas mesas de madera... Yo no me sentía capaz de explicar de una manera racional la conexión lógica entre la tienda y la biblioteca, ni de justificar la necesidad de la lectura en un ambiente tradicionalmente tan alejado de ella, el ámbito sexual. Sin embargo, aunque no pude articular ninguna justificación, algo empezó a decirme que aquello tenía sentido. No sabía qué era, pero cuando pasaba de la tienda a la biblioteca, o al revés, no notaba un corte, sino una transición suave, para la cual, y precisamente leyendo, encontré pronto la explicación más sencilla. El órgano más erótico de nuestro cuerpo no son los genitales, ni la piel, sino el cerebro. Esa es la razón por la cual a lo largo de mi vida me había sentido a veces excitada leyendo libros que, aparentemente, no tenían nada de eróticos. Lo que me excitaba era ese órgano sexual primigenio que, al activar mi pensamiento, al retarlo, activaba también mi deseo. Lo mismo me pasaba con ciertos hombres especialmente sagaces, inquisitivos. Cuando hablaba con algún hombre cuya singular inteligencia sobresalía de manera manifiesta, sentía una repentina atracción que no tenía nada que ver con los rasgos físicos que suelen atraerme. Apuesto a que todavía no sabe adónde quiero llevarle con todo esto, y digo «quiero llevarle» porque no me importaría que ganara el juego, pues en ese caso sería un digno rival. A ver, otra pista, gotita a gotita de lluvia:

El cerebro, el órgano más erótico de nuestro cuerpo.

Si usted ha aceptado este juego es porque le interesa, y de algún modo se puede decir incluso que le intereso yo, que soy la otra jugadora. No es fácil despertar interés. Presumo que con esto me atribuye cierta inteligencia. Gracias. Así es. Soy una mujer inteligente. Ahora bien, ¿es usted lo suficientemente inteligente para leer lo que le estoy diciendo entre líneas? Si lo es, esa sagacidad le permitirá llegar a una culminación genital, antes de que yo se lo explique. Igual que en la biblioteca de S, yo soy el libro que atrae su atención, pero también el libro que le anticipa mi final.

Permítame entonces que le siga contando cosas sobre la biblioteca de S. Es evidente que no todas las personas se sienten estimuladas sexualmente por la lectura. Supongo que la lectura, o esa atracción por la sabiduría o la inteligencia, es un canal más de atracción que sí funciona para unos —acaso los que están dispuestos a transitar por él— y en cambio no lo hace para otros. Quizás, al igual que hay pieles menos receptivas que otras a las caricias, ocurre lo mismo con el cerebro. Pero sí es cierto que los días que estuve con S en su negocio ampliado pude comprobar que todo aquel que se estimulaba en la biblioteca pasaba luego por la tienda sin sentir la más mínima contrariedad. Leer parecía el juego preliminar al sexo.

Pasé muchas horas en la biblioteca. Había días en que se podría decir que estaba contenta, pero invariablemente me encontraba sola. Hacía ya tiempo que Jim había muerto, y con él murió la búsqueda exterior (no la interna, la que llevaba siempre dentro) de Yoro, y esto último que he escrito entre paréntesis podría ser otra pista, que podría expresar así: yo llevaba a Yoro dentro. Pero déjeme seguir, tal vez esto último lo entienda mejor al final de mi relato. Me parecía que mi amor por Jim, el amor que él y yo compartimos, pertenecía a otra vida, me sentía desconectada de aquellos tiempos pasados. Y, sin embargo, a pesar de que aparentemente mi vida era en muchos sentidos una nueva vida, cargaba con el vacío de la anterior. Seguía notando la gravedad de los ocho meses de gestación, pero sin dejar de sentir la ausencia. Mi vientre se manifestaba tan lleno como desierto. Lea esta cita, que copio de una de mis libretas, una cita que Okakura atribuyó, quizás modificándola parcialmente, al filósofo chino Lao-Tse:

«La esencia de una habitación reside en el espacio vacío encerrado por las paredes y los techos, no en las propias paredes o techos. La utilidad de

un cántaro de agua estriba en el vacío donde se puede meter el agua, no en la forma del cántaro o en el material del que está hecho. El vacío todo lo puede, porque lo contiene todo».

A veces pensaba que yo era un cántaro cuyo vacío no tenía sentido, un cántaro sin agua, o un cántaro cargado de agua, pero agua que nunca rompería. Ni agua para mantener húmedo mi barro, ni agua para ofrecer a quien pensara que conmigo podría saciar su sed. Tercera pista:

El vacío todo lo puede, porque lo contiene todo.

En aquellas circunstancias, la lectura me aliviaba mucho de la soledad, pero no cualquier lectura, sino, principalmente, los testimonios de personas que, como yo, habían reflejado por escrito su más absoluto aislamiento. Esa seguridad de saber que otros habían pasado por algo parecido me hacía sentir mucho más acompañada, aunque ya estuvieran muertos. Me parece triste, ahora que lo escribo, eso de sentirme acompañada por muertos, pero el solo hecho de leer que alguien había pasado por situaciones similares a las mías me lo presentaba como si estuviera vivo, enfrente de mí, poniéndome una mano de hermano en el hombro mientras yo leía lo que él o ella había escrito hacía años, o siglos. ¿Sabía usted que en algunos países se está comenzando a estudiar de qué manera podrían alertar a los habitantes del futuro, o de otros mundos, dentro de millones de años, sobre el peligro de los almacenes de residuos nucleares? El lenguaje será totalmente distinto, ¿cómo prevenir, pues, acerca de la peligrosidad de un almacén de residuos nucleares a aquellos que nacerán o nos visitarán dentro de miles de generaciones? Afortunadamente hoy tenemos la posibilidad de entender casi todo lo que se ha escrito, tan joven es la vida en la tierra. ¿Cómo no iba a sentir yo en aquella biblioteca que quien murió hacía apenas algunos siglos era de mi misma época? Si me leyeran dentro de mil años, aún me entenderían. Ya ve. Dentro de mil años aún entenderían este relato y, sin embargo, con casi absoluta certeza, no me juzgarían de la misma manera que usted lo está haciendo. Escuche lo que le digo: su ley no es nada en el tiempo. Nada. Ni siquiera se podría hacer esa comparación tan archiutilizada de los granitos de arena. Su ley no es ni un granito de arena. Mi palabra, en cambio, es mucho más que su ley. La palabra de cualquiera, hasta la del que no sabe leer, sobrevivirá durante miles de años a todas las

leyes actuales. Esa comprensión a través del lenguaje es lo que para mí da cohesión a una misma generación, a una misma familia. Por eso, al abrir al azar y leer un fragmento de un libro que S solicitó pensando en mí, sentí que me hablaban, o que hablaba yo, en el siguiente párrafo, que copio tal como lo registré en mis notas:

«Consideraba cada día como si fuera el último de mi vida. Y todo esto, naturalmente, sin el menor espanto. Para comprender semejante indiferencia a los veintinueve años, habría que haberse visto condenado, como yo, al más amargo de los suplicios: el aislamiento perpetuo. La idea de la muerte, por lo común tan repulsiva, se presentaba dulce e inefable para mi alma dolorida. La visión de una tumba me reconciliaba con la vida. Experimento no sé qué ternura hacia aquel cuyos huesos yacen bajo mis pies. Ese hombre, que fue un extraño para mí, se convierte en mi hermano. Converso con su alma, liberada de las ataduras terrenales; cautivo, deseo con todas mis fuerzas que llegue el momento de poder reunirme con ella. [...] Lo que describo lo he experimentado muchas veces, pues mi paseo favorito en París es ir al cementerio de Montmartre. El culto a los muertos ha nacido conmigo».

En mis peores momentos también yo pensaba en todos aquellos que, aunque no estaban vivos, me acompañaban. Quizás estuvieran muertos precisamente por no haber podido resistir la enfermedad social, el aislamiento, la incompreensión. Entonces me consideraba a ratos fuerte, a ratos sobreviviente, pero también —por el hecho de vivir— excluida de ese mundo que mejor me comprendía, el inframundo, y cuyas puertas usted ha empezado a abrir para mí. Gracias. Todo un caballero. Aunque no voy a ocultar que a ratos siento pena y no quiero irme, qué vertiginoso me resulta ahora el paso del tiempo.

Pero lo que hizo que me sintiera más directamente identificada con ese libro es lo que leí a continuación, el testimonio más bello y explícito de un —en la época llamado— hermafrodita, al que en su bautismo le impusieron un nombre de mujer: Adèlaide Herculine Barbin.

Este —principalmente— hombre nació el 8 de noviembre de 1838, en la población francesa de Saint-Jean-d'Angély, pero sus diarios no han sido publicados hasta hace pocos años. No solo me sentí conmovida por lo más obvio, su intersexualidad, sino por algo mucho más profundo: su honestidad, la sencillez y pureza que muestra al explicar lo que era, en un siglo donde lo que era no tenía otra cabida que la vergüenza pública. Desde el comienzo de la lectura me sentí atrapada por esa absoluta conciencia que el autor tenía sobre su trágico destino desde los primeros años de infancia, cuando nadie, ni ella misma, ni él mismo, absolutamente nadie conocía la excepcionalidad de su cuerpo. Fue un visionario de su propia tragedia y, a pesar de ello, fue capaz de amar. Exactamente igual que yo.

En una parte del diario explica Herculine que el doctor, al comprobar en su adolescencia que era más hombre que mujer, le dijo que su madrina había estado muy acertada, pues le había llamado siempre Camille. Camille, un nombre válido para ambas formas, masculina y femenina. Esto significa que el sexo de Herculine Barbin fue percibido, cuando nació, como indeterminado al menos por una persona, su madrina. Lo mismo pasó en mi caso: mi sexo fue percibido como ambiguo, pero yo no tuve ni tan siquiera una madrina que me llamara por un nombre que se ajustara a lo que yo era. Esta cuestión del nombre siempre me ha obsesionado. La verdad es que no he entendido nunca por qué tenemos que vivir toda la vida con un nombre que nos ha dado otro. Creo que el nombre es lo más sagrado, es lo que nos acompaña toda la vida, lo que nos representa ante los demás y, por lo tanto, debería ser elegido por uno mismo. Existen ceremonias de todo tipo, pero no existe una ceremonia específica en la que cada uno de nosotros pueda confirmar o rechazar el nombre que nos dieron. Nacemos, y no hemos abierto ni siquiera los ojos cuando ya han grabado nuestro nombre impuesto en la última losa de mármol. Por mi parte, me niego a aceptarlo. Yo elegiré el nombre de mi tumba. Por favor, escriba, simplemente, «H, de Hiroshima». Jamás sabrá el nombre que me dieron cuando nací. Tanto mi sexo como mi nombre fueron una imposición, el resultado de una asunción equivocada, una especie de apuesta irresponsable en una partida de cartas. La apuesta no de dinero, sino de mi vida, que no era en ese comienzo más que un pedacito de carne indefenso que, seguramente, sintió esa decepción

de los padres que no podían anunciar orgullosos las palabras clave de un nacimiento: «niño» o «niña». Estando aún envuelta en la cálida baba de mi madre, quizás noté la desilusión, el silencio o la vergüenza de los que se esforzaban por imaginarme fuera de ese limbo indeterminado de lo que no es ni pene ni vagina.

En los partes médicos, que venían adjuntos a la edición del diario, un tal doctor Chesnet describe el estado de Herculine —a quien habitualmente llamaban Alexina—, en 1860, cuando tenía veintidós años y acudió a él porque sentía unos fuertes dolores causados, seguramente, por unos testículos inguinales, es decir, unos testículos que nunca llegaron a descender y resultaban, por tanto, invisibles a simple vista. El doctor redactó un informe que aparece en los *Annales d'hygiène publique et de médecine légale*, y que yo arranqué del libro sin remordimiento, pues tenía la impresión de que, aunque no se correspondía con mi caso, me pertenecía, dado que nunca tuve acceso a ningún tipo de informe oficial —impositivo— sobre mi cuerpo. Cuarta pista, esta un poco más explicativa:

Nunca tuve acceso a ningún tipo de informe sobre mi cuerpo.

Ni siquiera yo, pues, podía imaginar lo que llegaría a descubrir. No conté, al contrario que usted, con ninguna pista. Y, para que no se despiste tanto, le doy otra: lo que llegué a descubrir no es Yoro. Esto, en realidad, no es una pista, ya le dije antes que sí la encontré, aunque decir que la encontré no es exacto del todo. Pero eso, que quedará plenamente explicado, no importa ahora. Lo que quiero decir es que conocer a Yoro, tras buscarla durante toda la vida, no sería lo más revelador. Céntrese en ese otro acontecimiento de mi vida con el que he empezado este juego.

El informe que he mencionado decía acerca de Herculine:

«[...] es morena, de 1,59 metros de altura. Los rasgos de la cara no están bien caracterizados y permanecen indecisos entre los de un hombre y una mujer. La voz es habitualmente la de una mujer, pero a veces en la conversación o en la tos se mezclan sonidos graves y masculinos. Un ligero vello recubre el labio superior; algunos pelos de la barba se notan en las mejillas, sobre todo a la izquierda. El pecho es el de un hombre, plano y sin apariencia de senos. Las

reglas no han aparecido nunca, con gran desesperación de su madre y de un médico que consultó, el cual se vio impotente para hacer aparecer ese flujo periódico. Los miembros superiores no tienen ninguna de las formas redondeadas que caracterizan a las mujeres bien hechas; son muy morenos y ligeramente peludos. La pelvis, las caderas, son las de un hombre. La región suprapubiana se halla provista de un pelo negro cada vez más abundante. Si se separan los muslos, se percibe una hendidura longitudinal, que se extiende desde el monte de Venus hasta las cercanías del ano. En la parte superior se encuentra un cuerpo peniforme, de una longitud de 4 a 5 centímetros desde su punto de inserción hasta su extremidad libre, que está formada por un glande recubierto de un prepucio ligeramente aplanado en la parte inferior y que jamás fue perforado. Este pequeño miembro, tan alejado por sus dimensiones del clítoris como de la verga en su estado normal, puede, según dice Alexina, inflamarse, endurecerse y alargarse. Sin embargo, la erección propiamente dicha debe de ser muy limitada, encontrándose esta verga imperfecta retenida inferiormente por una especie de frenillo que no deja libre más que el glande».

De esta parte del informe, lo que más me llama la atención es el modo de describir el sexo de Herculine como un miembro que, en sus dimensiones, está tan alejado del clítoris como de la verga. Así fue mi caso. Un bebé truncado a medio camino entre el clítoris y la verga. Pero ¿no es eso, precisamente, un bebé, algo que no es masculino ni femenino? ¿Por qué no mantener ese *status* hasta que el bebé pueda, al desarrollarse física e identitariamente, decidir por sí mismo? Pero no, por alguna razón el sexo se le impone con el martillo de un juez, y se le llama niño o niña, chico o chica, hombre o mujer, viejo o vieja.

Pero, al igual que yo, Herculine tenía muy claro que su cabeza y su corazón se sentían únicamente atraídos por un sexo. A Herculine le gustaban las mujeres. Ella se sentía hombre pero, educada como niña, como mujer, hasta mucho después de terminada la pubertad, estuvo siempre rodeada de compañeras, y después consiguió un trabajo como institutriz en

un colegio estrictamente femenino, donde conoció a su primer amor, una de las hijas de la directora de la escuela. En sus fantasías soñaba con casarse con ella, y envidiaba al hombre que finalmente tuviera ese derecho. Dormían todas las noches juntas, y la madre de su compañera creía que solo había entre ambas una amistad fraternal que la conmovía. En sus diarios, Herculine no entra en los detalles de su sexualidad con su joven amiga, pero sí queda claro que ambas estaban, además de enamoradas, sexualmente satisfechas. Por eso me extrañó leer un informe médico realizado ocho años más tarde por otro doctor, E. Goujon, incluido en el *Journal de Vanatomie et de la physiologie de rhomme*, que se refiere al caso de Herculine como un caso de «hermafroditismo imperfecto». ¿Qué quería decir la palabra *imperfecto*? ¿Acaso se ha reconocido en toda la historia de la medicina un solo caso de hermafroditismo *perfecto*? Precisamente, si el hermafroditismo se consideraba como la mezcla de hombre y mujer, Herculine era —teniendo en cuenta los datos que un informe declarararía un poco más adelante— perfecta, pues «la conformación de los órganos genitales externos de este individuo le permitía, aunque manifiestamente friera un hombre, jugar en el coito indistintamente el papel de un hombre o de una mujer», si bien la eyaculación no se realizaba a través del pene, que —de acuerdo con estos informes— no tenía orificio, sino a través de la vagina, que asimismo permitía la penetración. Quinta o sexta pista, empiezo a perder la cuenta:

La eyaculación no se realizaba a través del pene.

Pero en el informe forense hay otro dato que me impresionó; un dato fascinante, esperanzador y bello: Herculine tenía espermatozoides. Aunque ella nunca lo supo. Así se declara tras un examen microscópico realizado *post mortem*, cuando el cuerpo de Herculine, a la edad de veintinueve años, fue encontrado en una paupérrima habitación de una casa de huéspedes de París, muerto por asfixia carbónica. Se había suicidado o, mejor dicho, lo habían suicidado. Después de conseguir que cambiasen legalmente su estatus civil, después de marcharse a París para evitar las habladurías de sus vecinos, para comenzar una nueva vida, después de tantos esfuerzos e ilusiones, resultó ser demasiado tarde. Los amigos le volvieron la espalda. La sociedad, que la había educado y aceptado como mujer, no tenía medios

para incluirla como hombre. Y ni siquiera una enorme ciudad como París fue suficiente para ocultar que Herculine era un ser diferente. Al saber que Herculine tenía espermatozoides sentí una profunda pena, pues aquel, por fin, hombre quizás habría decidido su suerte de otra manera si hubiera sabido que, si bien le había sido negada su vida anterior, podría finalmente emprender una vida futura, con una familia, con descendencia, como él tanto había soñado. Y sin embargo allí estaba: muerto, solo, después de depositar sus esperanzas en aquella ciudad, París, que le gustaba porque le hacía sentir olvidado. ¿Hasta qué punto puede llegar a pesar la soledad para hacer que un hombre prefiera el olvido? ¿Hasta qué punto debió de doler a Herculine esa misma soledad para que prefiriera ser realmente invisible a tener que constatar que los demás —cruzándose con él, hablando con él— lo veían sin incluirlo? Sin duda, prefirió pensar que no le querían porque no le veían antes que tener que comprobar diariamente que no le querían porque le veían. Este hombre amó, quiso vivir, se atrevió a salir de su protección mujeril para cambiar de identidad, pero fracasó. Pidió ayuda durante años, dejó el trabajo de institutriz para el que tanto había estudiado, trabajó de camarero, de cualquier cosa, pasó hambre y, como él dejó por escrito, «no hubo puerta a la que no llamara». Todo lo que es vida al comienzo de sus diarios se torna muerte al final. Él se veía muerto desde antes de quitarse la vida. Por eso, leer sobre la existencia de espermatozoides me entristece. Me pregunto qué habría pasado si él hubiera sabido que la vida, esa vida que él naturalmente amaba y deseaba prolongar, no tenía por qué terminar en él.

Lo que más me conmovió de este testimonio es la profunda honestidad de Herculine —más tarde, Abel— consigo mismo, y esa fortaleza que le hacía distinguir su sinceridad frente a la hipocresía social que lo rodeaba. Cuando terminé de leer su diario, supe que Abel se marchó satisfecho consigo mismo. Esto me reconfortó. Es mucho más de lo que yo podía soñar en muchas ocasiones, y me dio ciertamente fuerzas para pensar que, si hacía un siglo este hombre encontró el modo de justificarse cuando todos lo acusaban, yo también debería poder encontrar la manera de justificar mi singular maternidad. Como mínimo, tenía un fiel y fuerte compañero: él, Abel Herculine.

La última pista:

Mi maternidad ha quedado justificada.

Fin del juego. Si a estas alturas usted no sabe de lo que hablo no es porque las pistas no hayan sido suficientes, sino porque seguramente usted es de esos que leen el papelito donde han escrito la pista como si el objeto que tiene que descubrir fuera ese mismo papelito. Pero eso no es una pista. Un papel no es el objeto. El papelito es solo un indicio, como el humo es indicio de que, en algún lugar, hay fuego. Pero pensar que el humo a partir del cual usted debía encontrar el fuego está contenido solo en las pistas sería también un error, porque el humo, como sabe, se dispersa por el aire. Cómo iba a contenerlo yo en un trozo de papel. Todo este juego ha sido humo, no se quede únicamente con las pistas más explícitas.

Si no ha encontrado el fuego, he ganado yo. No pido que me felicite, pero si me concede un deseo antes de mi muerte, le pido que deje que alguien más me lea. Recuerde lo que le dije en algún momento: la comprensión, el afecto de un solo lector, bastaría para sanarme. Si otros, ahora, me están leyendo, es que usted ha cumplido este último deseo. Se lo agradezco.

Pasé una larga temporada en Tokio, ciudad que abandoné para retirarme en Nueva York a la espera de una vejez tranquila. Para terminar con esta última etapa en la capital del país donde nací, me gustaría dejar por escrito el encuentro en el «Sí al sida» con una interesante persona cuyo conocimiento y serenidad supuso para mí una especie de bálsamo que, hace relativamente poco, en tiempos (también relativamente) felices, retomé para explicarme ciertas cosas. Volveré a ella al final de este relato. La persona a la que me refiero es un joven que sentía un amor, correspondido, por su hermana biológica. No sé si usted ha oído hablar de la *atracción sexual genética*. Yo lo oí por primera vez de la boca de aquel chico, aunque en aquel momento este fenómeno no tenía ni siquiera un nombre. Tanto él como su hermana habían sido abandonados con uno y tres años de edad. Fueron adoptados por familias diferentes. Con el tiempo, gracias a las posibilidades que poco a poco facilitaron que aquellos que quisieran

podrían averiguar su origen, se conocieron. Lógicamente, ninguno de los dos lo esperaba antes de aquel primer encuentro, pero el joven me contó que ambos sintieron una profunda atracción sexual desde el primer instante, atracción que llegó a desarrollarse en una relación y en un amor de pareja al que ninguno de los dos estaba dispuesto a renunciar. Por lo que me dijo, ellos no eran el único caso. Para contar con apoyo emocional, ante las críticas de la sociedad, pertenecían a una asociación que tenía entre sus miembros parejas de hijos y madres, hijas y padres, hijas y madres, y todo tipo de relaciones que aseguraban que su amor era el más fuerte que habían conocido, porque superaba no solo las barreras más íntimas de la consanguinidad, sino también las identidades sexuales, pues estas no evitaban que una mujer heterosexual pudiera enamorarse, dado el caso, de su madre. El chico, que estaba al día de los estudios que trataban de explicar este fenómeno, me dijo que los expertos lo vinculaban con algo que se había dado en llamar el *efecto westermarck*, que es el efecto que define el hecho de que las personas criadas juntas desde la infancia se vuelvan insensibles a una atracción sexual. Aquellos que, por el contrario, no se han criado juntos, no habrían estado sometidos a la influencia de ese efecto y, por tanto, la atracción sexual puede desarrollarse entre ellos libremente. Recuerdo el término —*efecto westermarck*— porque para mí tenía que ver con *western*, con occidente, con ese tradicional miedo a la endogamia que no ve más que las aristas negativas. Me pareció que la atracción sexual genética era una reacción natural cuando aquel chico me contó su caso. Después de crecer sintiendo que no se parecía a los hijos biológicos de sus padres adoptivos —a los que tenía que llamar hermanos sin sentir fraternidad alguna con ellos—, después de pasar toda la adolescencia sabiendo que hiciera lo que hiciera no satisfaría las expectativas de sus padres, después de estar toda la vida sintiéndose diferente a cualquier miembro de la familia, mirar por primera vez a los ojos de alguien parecido tuvo como consecuencia una más que lógica atracción y, al igual que en otros muchos casos, un amor tan lícito como cualquier otro.

## **NOVENO MES: 1999-2011**

Hacía bastantes años que no regresaba a mi apartamento de Nueva York. Tenía muchos miedos, desde el temor a abrir la puerta y derrumbarme al percibir el olor de Jim hasta la inquietud, más prosaica, que me producía imaginar las malas condiciones en que lo podrían haber dejado los diferentes inquilinos. Aún no sabía que aquella mañana, que había amanecido clara como la del 4 de agosto en Hiroshima, iba a marcar otra etapa, quizás la última, de mi historia.

Lo primero que vi, en un mueble de la entrada, fue la correspondencia que me habían enviado entidades o amigos lejanos que seguramente no habían actualizado mi dirección mientras estuve en Tokio. Revisé los sobres por encima hasta que vi, en uno de los remites, la palabra «Yoro». Podrá usted imaginarse lo que sentí al leer, por primera vez, el nombre de Yoro en un remite. Después de tantos años queriendo un hijo antes de conocer a Jim, después de tantos años buscando a Yoro tras convertirla en mi hija por amor a Jim, después de tantos años sin buscarla porque la sentía dentro (o, quién sabe, quizás solo para no tener que pensar a cada segundo en Jim), me encuentro, en un remite, su nombre. Nada menos que su nombre. Y nada más, porque no había ni apellido ni dirección. Pero, cuando me fijé más detenidamente, vi que, de acuerdo con el matasellos, aquella carta venía del Zaire, es decir, de aquí mismo, desde donde escribo ahora, la actual República Democrática del Congo.

Aunque había conocido varios países gracias a Jim, nuestras visitas nunca duraron lo suficiente como para adaptarme al ritmo del auténtico viajero, ese que deshace las maletas en la otra punta del mundo y en cuanto se ha lavado por primera vez los dientes en la nueva tierra, ya se siente en casa. Pero lo más importante es que yo era por completo reticente a

cualquier tipo de aprehensión de los nuevos lugares; de hecho, iba como un burrito con anteojeras, ya sabe usted, esas cosas que evitan la visión lateral. Mi mirada se dirigía siempre y únicamente al frente, y en el frente solo veía a Yoro. Lo demás, el exotismo de las comidas, la amabilidad u hostilidad de los habitantes del lugar que fuera, la propia historia del país, los paisajes no me importaban absolutamente nada. Así que mis viajes, en el sentido de conocer mundo, no tuvieron ninguna repercusión en mi crecimiento como persona, ni me aportaron nada parecido a una desenvoltura cosmopolita, lo cual hacía que siempre me sintiera insegura fuera de Hiroshima, Tokio o Nueva York. Hice muchos kilómetros viendo siempre el mismo horizonte: Yoro. Y luego dejé de buscarla, y ya para qué viajar. Me quedé en Tokio. Hasta que de nuevo en Nueva York vi su nombre en el remite de un sobre enviado desde un país en el que seguramente no había pensado nunca, y eso bastó para que se me agolparan en la cabeza tantos pensamientos que tuve que sentarme en el sofá, no sé durante cuánto tiempo, sin ni siquiera abrir el sobre ni ver nada de lo que había a mi alrededor, en el espacio donde había vivido tantos años con Jim, con parte de mis enseres, con algunos de sus detalles, con esos muebles que habíamos elegido juntos. Ahora que lo pienso, creo que por un instante sentí —aunque fue un sentimiento no exento de vértigo— algo parecido al agradecimiento, pues la carta había llegado a su destino y era reciente. Por lo demás, solo preguntas se iban sucediendo unas a otras y de un modo tan rápido y desordenado que casi no podía detenerme a analizar ninguna. Yo tenía sesenta y seis años. Había sufrido lo que usted ya ha podido leer. Mucho. Había sufrido mucho. A esa edad avanzada, me había hecho a la idea de vivir una vida tranquila. Y sin embargo, aquel nombre volvía a llamarme, con tanta, no, mejor dicho, con más intensidad de la que lo había hecho antes. Yoro, con su simple nombre en el remite, antes de que me atreviera a abrir el sobre, me pedía auxilio, estaba segura de que no podía pedir otra cosa, y lo hacía desde un país del cual yo lo desconocía todo, y del que no tenía ninguna opinión, salvo esto: si algo había imaginado alguna vez como las antípodas de mi cultura, eso era África. Salvo por el encuentro con K, la chica de Mali repudiada por su familia que conocí en Tokyo, África había sido siempre un lugar imaginario. No era real, y así podría haberme muerto, desconsiderando la

realidad de todo un continente, que había situado, solo, en un espacio de fantasía, de ficción. ¿Cómo iba yo sola a enfrentarme a un viaje así? ¿Me pediría realmente Yoro en la carta que la ayudara o —peor incluso— que fuera a buscarla? ¿Quizás quería decirme lo contrario, que ella vendría a verme? Ya ve usted, incluso ahora, cuando lo recuerdo, estoy tan nerviosa que ni siquiera me he fijado en una cosa importante: Yoro no sabía de mi existencia. Entonces, esa carta tenía que ir dirigida a Jim. Ni siquiera en aquellos primeros momentos con el sobre en la mano había reparado en ese hecho fundamental: para Yoro, yo no existía. En cualquier caso, la abrí y la leí. Después de su lectura pasaron muchas cosas en cinco minutos. Grité, lloré, rompí ese jarrón que Jim me había regalado y que nunca quiso romperse solo, el jarrón que tampoco ningún inquilino rompió, para seguir persiguiéndome con la ausencia no ya de Jim, sino de todo, de Yoro, de mí misma. Quise también romper la carta, olvidarla. Pero la guardé, y desde aquel momento la llevé siempre conmigo. Considero que aquel día entré en mi noveno mes de embarazo, que duraría aún mucho tiempo, pero que presentaba una ventaja: ya podía tomar menos precauciones, moverme en la ducha sin temor a resbalarme, ya me sentía menos pesada, porque Yoro ya no se estaba gestando dentro, sino fuera de mí, y yo debía encontrarla para cortar el cordón umbilical, para acunarla, para cantarle también en nombre del amor de Jim.

Cuando lea en las siguientes páginas lo que Yoro escribió, señor, trate de imaginar lo que significó para mí. Lea entonces esa carta también desde el futuro que usted conoce, y lo verá, si no absuelto, sí justificado. He pasado la primera mitad de mi vida centrada en Yoro, y la segunda mitad, mis años en África, buscándola con el miedo permanente de morirme antes de encontrarla, de no llegar a tiempo. Y no llegué, pero sí llegué. Lo entenderá más adelante. Pero digamos por ahora que cuando llegué y supe lo que había pasado, ya todo me dio igual. No sé cómo explicarlo. Quería y quiero pasar mi vejez con Yoro, pero la gran misión de mi vida, abrazarla, ya estaba cumplida, y el odio que sentí por los que le habían hecho daño fue en ese momento mayor que la posibilidad, que algunos quizás valorarán como más reflexiva, de tragarme ese odio para pasar con ella los años o meses que me queden de vida. Era una sensación extraña. Intentando

pensarlo de una manera lógica, cualquiera habría concluido que mi responsabilidad era estar con ella, darle todo el amor de Jim y el mío, premiarla por su pérdida y por tantísimos años de ausencia. Sin embargo, cuando tuve la oportunidad de vengarla, de vengarla a ella y no solo a ella —esto también lo entenderá usted más adelante— lo hice, aun a sabiendas de que eso significaría separarnos de nuevo, y ya para siempre, y que yo quedaría en manos de esa justicia de usted. Pero ¿sabe una cosa? Creo que en el fondo acepté separarme de Yoro por una razón, que viene determinada por esa fatalidad que ya nos había sido impuesta. Porque, dígame usted, ¿qué iba a hacer después de encontrarla? ¿Jugar a ser Jim? ¿Jugar a ser la madre finalmente satisfecha? ¿Jugar a las casitas, a nuestra edad? ¿Jugar a llenar nuestro tiempo con un intercambio de historias y circunstancias, todo lo que no habíamos sabido la una de la otra, como si se tratara del reencuentro de dos viejas amigas? La gente, a menudo, repite expresiones vacías, cosas como «vamos a recuperar el tiempo perdido» o «vamos a ponernos al día». Quizás, antes de encontrar a Yoro, también yo hubiera dicho este tipo de frases hechas, sin pensarlas, pero ahora veo que una frase hecha no es más que un eufemismo con el que ocultamos lo que esas frases son de verdad: palabras que carecen de todo sentido. El tiempo perdido no se recupera, y uno no puede ponerse al día por una razón muy sencilla: somos mucho más que datos; de hecho, diría que el noventa por ciento de lo que somos no es información, sino que tiene que ver con los sentidos. Podría contarle a Yoro que su búsqueda siempre frustrada, por un lado, y la pérdida de Jim, por otro, me recluyeron en una habitación durante años, que salir a la calle era andar por un túnel giratorio, que durante años la sentí verdaderamente en mi vientre y que este, efectivamente, crecía. Todo eso y mucho más podría decirle, pero ¿le permitiría todo eso comprender mi amor? No. Aunque no sea el caso, los datos se pueden falsificar. ¿Por qué? Precisamente por eso, porque no significan nada, son intercambiables, superfluos. Lo único que vale es decir con un fuerte contacto físico: «Yoro, aquí estoy. Siente, en este abrazo, todo el peso de la vida que he gastado buscándote». Y es cierto que en mi cultura el contacto físico no es usual ni siquiera en casos extremos, pero hace mucho que yo soy un ser híbrido. Da igual, cámbiese, si se quiere, el abrazo por un gesto, y será lo mismo. Lo

que no vale, en ningún caso, es la información. Si me quedara vida por delante, podría llenarla de datos y hechos, de vivencias compartidas al lado de ella, y eso sí que tiene valor, el futuro compartido, pero para tres días que me quedan en este mundo preferiría asegurarme de que nadie volvería a estar al alcance de las manos que, en nombre de la paz de todas las naciones, abusaron de Yoro. Yo no tendré un uniforme, señor, ni un nombre propio tan pesado como la pringue de una *pizza* de militares y *mozzarella*, pero sí tengo un poder que todo el mundo tiene, un poder bastante grande y mucho más sencillo de lo que uno imagina antes de ejercerlo: el poder de quitarles la vida a otros. Y eso es lo que hice, sin necesidad de escudarme en la bandera de la paz que ellos violan cada vez que violan a una mujer. Yo sola me basté. Así, habiendo abrazado a Yoro, supe que eso bastó para que ella comprendiese todo lo que tenía que comprender. Yoro lo sabe todo, nos sabe, nos sabe a Jim y a mí. No nos hizo falta nada más. ¿Recuerda que le hablé a usted anteriormente, sobre la atracción sexual genética, esa atracción que sienten personas de la misma familia que no se han criado juntas? Algo así me sucedió con Yoro, y a ella conmigo. No es que sintiéramos una atracción sexual —lo cual, de haber sucedido, no me habría extrañado—, pero sí sentimos una atracción atávica, una atracción que nos unía desde antiguo, algo que habría hecho que nos reconociéramos aun sin saber lo que nos unía. ¿Qué hace que un padre y una hija se enamoren cuando se conocen, a pesar de haber estado separados toda la vida? No es el diez por ciento de información, sino ese noventa por ciento que existe en un nivel mucho más profundo y que tiene que ver con una conexión corporal infinitamente más fuerte que todas las fiestas de cumpleaños de aquellas hijas que siempre conocieron a su padre y soplaron junto a él las velas en cada celebración. Eso es lo que Yoro y yo sentimos al encontrarnos. Por esa sensación de saber que ya todo estaba colmado, me permití convertirme en una criminal. A mi edad. Ya ve usted. Sin tiempo ya para arrepentirme ni, mucho menos, ganas de hacerlo.

A continuación, lea usted si quiere la carta de Yoro que leí aquel día y que, según el matasellos, había sido enviada un mes y medio antes:

Querido papá:

Dentro de unos minutos un amigo en quien confío vendrá a recoger esta carta que luego enviará a escondidas. No son fáciles aquí las cosas y llevo años intentando enviar esta carta escrita, hasta ahora, solo en mi cabeza para evitar que la encuentren. Todo ha sido muy precipitado y acaban de decirme que hoy se me presenta la oportunidad; por tanto, comenzaré por lo más urgente. Estoy en algún lugar del Zaire. Búscame. ¿Todavía me recuerdas? Eres lo único que tengo. Todas las familias por las que he pasado me resultan hoy indiferentes. No sé si lo sabes, pero tuve que vivir con cinco familias distintas. Una cada dos años. Solo contigo estuve más tiempo, mis primeros cinco años. La dirección que apunto en esta carta es la que me obligaste a memorizar. Por supuesto, he vivido esperando que no hayas cambiado de domicilio. Todas esas familias me cuidaron, no lo niego, y a todas las extrañé en su momento, pero el mejor amor que recuerdo es el que tú me diste, aunque como era yo tan pequeña no sé si lo he idealizado. Tengo mucho miedo de que estés muerto, o de que me hayas matado en tu corazón, donde una vez me tuviste, tal como creo recordar. No sé dónde me tienen, papá. Solo sé que me trajeron al Zaire que, me parece, es un lugar enorme, y tan inestable que hasta ha ido cambiando de nombre. Ahora, según creo, se llama República Democrática del Congo. Pero no puedo confirmarlo, pues vivo bajo tierra. Algunos de los compañeros de este cautiverio subterráneo dicen que pronto nos llevarán a Namibia. Cuentan que allí hay uranio y que la gente muere en las minas a cielo abierto de donde se extrae; como aquí morimos sepultados para arrancar los minerales de las tripas de la tierra. Al menos ellos ven el cielo cada día. Cuando recibas esta carta estaré probablemente en este lugar o en algún lugar de Namibia. Pero, como eres militar, confío en que puedas encontrar el modo de dar con mi paradero. No sé cómo llegué aquí. Un día estaba con mi última familia y lo siguiente que recuerdo es que me habían metido en un avión rumbo a no sé dónde, con un hombre que me vigilaba, y que luego hubo otro avión, y otro. Me pusieron a

trabajar en cosas de las que ahora no quiero ni sería capaz de hablarte. Finalmente me metieron en una mina, y aquí estoy. Claro, esa es otra pista, pero me han dicho que en este país hay muchísimas minas como esta, así que lo que te doy no es mucha información. He oído decir que estamos en una mina de coltán, situada cerca de Goma, pero no estoy segura. Una de las torturas a las que estamos sometidos consiste en mentirnos respecto a donde estamos, y cada cierto tiempo lo llaman con un nombre diferente. No podemos fiarnos de nada de lo que nos dicen. Solo creemos en lo que vemos. En la muerte, principalmente. Muchos compañeros han muerto y tampoco nadie dice nada tras su muerte. A veces los dejan tirados en el mismo sitio donde mueren, si no estorban, y allí acaban sepultados por la tierra y las piedras que los demás seguimos excavando a mano. Somos nuestra propia fosa común.

Durante un tiempo mis familias fueron redactando informes que dirigían a no sé quién, informando sobre mi salud.

Me hacían preguntas todo el tiempo. He pasado una vida de análisis y sometimiento a todo tipo de pruebas. No sé qué enfermedad se esperaba que contrajera, pero lo cierto es que ahora sí empiezo a sentirme débil, por primera vez, y tengo miedo de que sea por culpa de esa enfermedad que todos parecían esperar. Si lo es, y si es grave, quiero morir cerca de ti, papá. Me despido antes de que vengan a recoger la carta. Confío en que te llegue. Te estoy esperando. No me olvides. Además, papá, estoy embarazada, mi vientre está creciendo, y lo sigue haciendo en estas condiciones de miseria, de trabajo en túneles durante catorce horas al día. Tengo mucho miedo. Quiero a este niño, aunque sea fruto de una violación. Fue uno de esos hombres armados, aunque aquí todos los que vigilan la mina están armados. Esta mina, de hecho, es también una cantera de armas. Al principio quise quitarme al niño, nunca quise ser madre, y menos tras haber sido violada. Además, tampoco soy demasiado joven ya. Treinta y nueve años voy a cumplir. Más de la mitad los he pasado viviendo bajo tierra. Como una muerta. Me habría arrancado este bebé yo misma, pero no sabía cómo, y

también me dio miedo hacerlo. Ahora es lo único que me acompaña. Si vienes y no me encuentras, búscalo a él, o a ella. Para que todo sea más fácil he decidido ponerle de nombre, sea niño o niña, mi mismo nombre: Yoro. Aquí hay un uniformado español que me ha dicho que Yoro en su idioma significa llorar, pero que se escribe de forma diferente. Si alguien merece ese nombre, esa soy yo. He llorado mucho. Por favor, insisto, si no puedes encontrarme a mí, busca a tu nieto o nieta, que tendrá mi mismo nombre, y encárgate de que viva para contradecirlo. Yo ya he llorado por mí y por ella, y por los hijos de sus hijos. No te he olvidado nunca. Eres mi padre.

Tu hija, Yoro

Tenía yo sesenta y seis años cuando leí aquella carta. Había regresado a Nueva York para descansar, para quedarme definitivamente en el que una vez fue el hogar que compartí con Jim, y cuidar de mí misma mientras esperaba —como siempre había esperado— que me llegara la definitiva enfermedad mortal. Había cumplido esa edad y vivía tranquila, sin miedo. Pero aquella carta me quitó años. Aquella llamada de ayuda me rejuveneció, lo cual no significó que de repente fuera más feliz, ni más bella, ni más ágil, sino que me devolvió el miedo que tuve treinta años atrás. Miedo porque sabía que iría a buscarla y que, para buscarla, debía vivir, y para encontrarla debía vivir bastante más, y para vivir bastante más debía tener, de nuevo, miedo a la muerte, miedo a no llegar a tiempo. Un miedo doble, pues sentía que, otra vez, no se trataba de mí, sino de dos: ella y yo. Este miedo me dio, ante todo, fortaleza. Fortaleza para cuidar de mí misma y de ella, de Yoro, a la que sentía, otra vez, dentro de mí. A mis sesenta y seis años noté el peso de un embarazo definitivamente avanzado. Nueve meses de gestación. Era una anciana embarazada y terriblemente fuerte. Me acordé de mi madre. Cuando era pequeña siempre me decía que había querido darme un hermanito, y que mi padre y ella habían tratado durante mucho tiempo de dármele, pero que nunca lo consiguieron. Me lo decía con tristeza, en cierto modo como si se sintiera avergonzada, como disculpándose por no haberme dado un compañero de juegos, primero, y

luego un compañero con quien compartir mis penas o logros cuando ella no estuviera, alguien con quien llorar su muerte. Era muy intuitiva. Mi madre. Parecía, más que nada, presentir que iba a quedarme sola demasiado pronto. Un hermano, suponiendo que hubiera sobrevivido a la bomba, habría sido, es cierto, una gran ayuda en mi vida. Unos ojos que hubieran amado el mismo seno materno y que hubieran visto todo el dolor que mis ojos vieron me habrían aliviado de gran parte de la tristeza que, desde pequeña, comenzó a pesarme sobre los párpados.

Mi madre solía decirme que, para obtener cualquier cosa, hay que ser capaz de verse a sí mismo con ella, hay que poder visualizarse junto a eso que uno desea. La carta de Yoro me hizo comprender el sentido de aquellas palabras. Gracias a la carta yo era capaz de verme, creo que por primera vez, con Yoro. ¿Significaría eso que ya la tenía, que iba finalmente a encontrarla? En cualquier caso, esta especie de embarazo que lindaba ya con el alumbramiento, fue lo que me hizo pensar en mi madre. Se daba la coincidencia de que el día anterior habría sido su cumpleaños, y me di cuenta de que, excepcionalmente, se me había olvidado dedicarle un pensamiento, transmitirle mi felicitación. Yoro y ella se fundieron de repente dentro de mí, y empecé a explicarme algunas cosas. Pensé que mi madre, es cierto, no había podido quedarse embarazada una segunda vez, pero cuando me ovillaba en su útero haciendo un pequeño jersey rosa de lana, mi madre gestó, para no dejarme sola, dentro de mí, a otra niña. Por eso nací preñada. Por eso me sentí, tantos años después, preñada. Por eso, en realidad, siempre he vivido preñada. Preñada —el día que leí la carta— a los sesenta y seis años. Y es por eso, también, que finalmente resistí, que me recuperé de lo que cualquier otro habría solucionado con un tiro, una soga o un cuchillo. Aguanté gracias a la hija que dentro de mí gestó mi madre para que me hiciera compañía. Ahora creo que si puedo estar sola es por eso, porque nunca lo estoy, aunque lo parezca cuando me miran los otros, incluso cuando yo me miro a mí misma. Debe de ser por eso, también, que me cuido, y que solo en contadas ocasiones he bebido alcohol. Tampoco he comido cosas que dañen mi salud, ni he dado una calada a un cigarro, ni he conocido el efecto de ninguna droga. Por eso elegí muy bien a quién podía entrar en mi cuerpo. Por eso araño si me atacan. Por eso, a

pesar de todo, y aunque yo no sabía por qué, nunca elegí morir, ni mucho menos daría mi vida por nadie, ni por mi madre si estuviera viva, ni por Jim, aunque a veces llegara a pensar que, por él, sí la daría. Pero no, no habría dado mi vida por nadie, porque no soy una, sino dos. Por mi niña dentro de mí, una niña que, cuando leí la carta, supe que era Yoro. Yoro dentro de mí, no desde mi nacimiento, sino desde antes, desde mi propia formación, el proceso que me llevó de ser embrión a feto, de feto a bebé. El mejor tesoro que me regaló, sin que yo lo supiera, mi madre: mi fortaleza. Es ella, mi fuerza, quien me da la energía. Tantísima energía. Y la gente se preguntaba por qué tenía tanta vida, a pesar de mi edad. Te vas a desgastar, me decían los que ignoraban lo que llevaba dentro. No me gasté, porque mi vida no era una vida, sino dos. Hoy, más que nunca, lo sé. Y usted lo sabrá también, cuando yo quiera contárselo. Fui un cuerpo con dos corazones, un cuerpo dentro de otro. Debe de ser esa la razón por la que mi perrita se acercaba a mi vientre y ponía sus orejas en él como si me aplicara un estetoscopio. Seguramente escuchaba los latidos de Yoro y sollozaba como el sonido de una ecografía, y creo que a Yoro también debía de gustarle la cercanía del animal. Yo sabía que le gustaba algo cuando, si cerraba los ojos, me sentía liviana y volaba como un águila en reposo, un águila que descansa en el vuelo de otra águila. Había pensado varias veces en esa imagen. Esa es la fortaleza, el vuelo alto y en paz. Ese fue el regalo de mi madre. Sesenta y seis años de un embarazo que no quise interrumpir, porque es cierto que a veces pudo ser pesado cargar con tanta vida, pero lo verdaderamente inaceptable era abortar a la hija de mi madre. El día anterior había sido su cumpleaños y ni siquiera había pensado en ella. Con la carta de Yoro en la mano, cerré los ojos y dije algo que expresó mis sentimientos más o menos así:

«Mamá, ayer fue tu cumpleaños. Estaba lejos y no pude festejarlo contigo. Pero te agradezco la astucia con que acompañaste mi vida. Mi niña y yo, nuestra hija y yo, te queremos con la fuerza de dos corazones que bombean tu belleza y generosidad».

Aquella carta me daba la fuerza necesaria para ir a buscar a Yoro, para darla a luz, pero a medida que fui pensando en mi viaje, comencé a inquietarme. Era la primera vez que me enfrentaba a su búsqueda sin Jim. Por si esto, a mi edad, hiera poco, la carta me sacudió además por otro motivo. Habrá leído usted que Yoro decía que la iban a llevar a extraer uranio de una mina. Uranio. El principal componente de la bomba que arrasó Hiroshima y Nagasaki. Uranio. En manos de mi niña. Un metal que es relativamente abundante en la corteza terrestre, pero cuya explotación puede llevarse a cabo de forma rentable solo en las tierras que lo contienen en una alta concentración y, de estas tierras, preferiblemente en aquellas en donde la contaminación derivada del proceso extractivo no le importa a nadie, ni a los gobernantes ni mucho menos a las compañías internacionales que se encargan de explotar las minas. Es decir, la mayor parte de las explotaciones están en los basureros del mundo, esos paisajes que no interesan a nadie, esos aires que pueden envenenarse porque los pulmones que llenan son órganos de personas que no tienen ningún valor, los olvidados. La energía nuclear es la más limpia —he escuchado decir muchas veces—, pero créame, algo sé sobre el uranio, y sé que quitando los riesgos de accidentes en las centrales situadas en países desarrollados o no, la fase más contaminante es la primera, la fase de extracción, no solo para el medio ambiente y las ciudades cercanas, sino para las manos de las personas que lo sacan sin siquiera saber que los está matando. Aunque los trabajadores supieran que su vida peligra, seguirían extrayendo el uranio, porque la muerte por hambre parece más inminente que la muerte a causa de una enfermedad radiactiva. El hambre se siente, acucia día a día, pero la enfermedad causada por la radiación es una enfermedad silente. Además, usted sabe que en África los trabajadores siempre son superiores en número a la oferta de trabajo. Hay mil hormigas por cada miga de pan. Si no se les informa de los riesgos a los que están expuestos no es por el temor a quedarse sin obreros, sino porque no hay tiempo que perder; la reina blanca ordena que hay que sacar el material sin pausa. El tiempo no es solo oro en África. Es aún más valioso. El tiempo es uranio. Los negros no merecen ser informados, ni siquiera, sobre el porqué de la muerte que les sobreviene, esa muerte a la que no renunciarían, porque la necesidad de llenar la boca

propia, o la del hijo, las de los hijos, o los padres, se siente como más apremiante. El hambre, esa ley fisiológica, no se esconde, al contrario, se manifiesta. La radiación, en cambio, es el modo que tiene la muerte de saciar su hambre: el silencio.

Uranio. Su simple nombre me parecía venir de los infiernos, como Urano, aquel dios, hijo y esposo, precisamente, de Gea, la Madre Tierra. Uranio era lo que había cambiado mi vida. Me había quitado a mis padres, abuelos, amigos, había arrasado mi ciudad, destruido mi país, insultado a la raza humana, y sin embargo seguía siendo, para casi todos los países, el oro más codiciado, el oro radiactivo que Yoro estaba extrayendo, manipulando, en algún lugar de África. Nada menos que en una mina africana donde, con certeza, la explotación no seguía ningún tipo de medidas que garantizaran la seguridad de unos trabajadores que, como yo misma comprobaría más adelante, solo pueden llamarse esclavos.

Voy a ahorrarle los pormenores de mis preparativos para el viaje a África. En primer lugar porque debo terminar este testimonio hoy mismo. Y de todos modos, voy a decirle algo, nunca me he fijado en los trayectos. Cada vez que voy a algún sitio, ya se trate de una corta distancia a pie o de un largo viaje en tren, paso directamente del paisaje de partida al paisaje de llegada. Lo de en medio es siempre un gran hueco por donde me vuelo para meterme en mi mundo. No me interesan los itinerarios, solo de dónde vengo y hacia dónde voy, que en mi caso no son cuestiones existenciales, sino literales, prácticas.

Y por lo tanto me limitaré a decirle que logré llegar a un desierto roto por una de esas minas, concretamente la mina de Rössing, en Namibia. Como los preparativos me habían tomado unas semanas, decidí comenzar por este país, adonde Yoro decía en su carta que iban a llevarla y, de ahí, si no la encontraba, pasaría al Congo.

La mina de Rössing se encuentra en el desierto del Namib, a unos sesenta kilómetros de Swakopmund, ciudad colonial alemana donde aún hoy —como pude comprobar en mi última estancia— se vanaglorian de sus edificios, sus calles anchas con casitas de cuento de hadas, a la sombra de palmeras plantadas en estricto orden, todas a la misma distancia, rigurosamente alineadas, como dientes ajustados en una boca por el mejor

ortodoncista alemán. Pero no solo se enorgullecen de su urbanismo, sino también de ese trato especial que los alemanes dieron a la población, en comparación con otros colonizadores. Pusieron escuelas, por lo visto. Qué buenos fueron los alemanes. Lo que no dicen es que eran escuelas solo para blancos. Pero en mis recuerdos de Swakopmund no hay escuelas, sino esos campos africanos de trabajo que constituyeron los primeros ensayos de los campos de concentración que los alemanes llevarían luego a Europa, junto con ojos, cerebros, órganos de africanos conservados en formol y destinados a estudios raciales. Hace solo un par de años que Alemania devolvió algunas de las calaveras que se había llevado de ese país. Ahora los descendientes de los colonos dan palmaditas en los hombros a los negros huérfanos de abuelos, los saludan como colegas, hacen surf en las dunas de ese desierto, e invitan a sus amiguitos internacionales para que los graben hablando en *slang* norteamericano con sus cámaras de última generación en la frente. Hace poco una amiga me contó cómo dos miembros del personal de paz de las Naciones Unidas se tiraban por las dunas montados en una especie de tabla que hacían bajar a trompicones. Me pareció casi tan ridículo como su mal llamada *misión de paz*, que ni a trompicones llevan realmente a cabo. Pero lo cierto es que aquellos desiertos son un reclamo turístico que supone las mayores ganancias económicas para el país, por encima de la minería. La propia ciudad de Swakopmund, entonces como hoy, es un enclave turístico importante. Al oeste cierran esa zona las heladas pero atractivas aguas atlánticas, y el desierto del Namib forma su frontera por los otros tres lados. Tiene un clima húmedo, nublado, pero igualmente muy singular, pues los muchos barcos que cada año encallan en sus costas por culpa de la niebla son en sí mismos una atracción, extraños pecios que la gente, adultos y niños, va descarnando de materiales para vender, hasta dejarlos en el esqueleto. Este turismo, una de las pocas fuentes de ingresos del país, está no obstante amenazado por la extracción de uranio que se exporta hacia el Reino Unido, Francia, Estados Unidos y mi país, Japón. Pero qué me importará a mí todo esto a estas alturas. Imagino que si lo escribo es porque todavía me importa, pero continúo con lo que realmente quiero que me importe: Yoro, a quien esperaba encontrar en la mina del desierto.

Uno de los habitantes de la última aldea que visité me explicó, por medio de alguien que hablaba inglés, lo que la invasión del desierto había significado. Comprendí el valor que aquella explanada de arenas inabarcables había tenido antes de la mina. Las multinacionales que montaron el negocio lo defendían diciendo que aquel era un lugar idóneo porque estaba en medio de la nada. Como si la nada no fuera tanto o más valiosa que el algo, lo habitado, la ciudad. Ignorantes. Hicieron que el desierto perdiera su presencia. Hicieron desaparecer nada menos que la necesaria *nada*, aquel lugar imprescindible no solo para las pequeñas vidas de los animales y plantas que lo ocupaban, y que comenzaron a extinguirse, sino para los habitantes de las aldeas cercanas, y para el turismo. El silencio fue reemplazado por el ruido incesante de las grúas, de la maquinaria que cada varios segundos emitía, además, un intenso bip, bip, bip. El vacío, necesario como espacio mítico para habitantes lejanos, y fundamental como espacio físico para habitantes cercanos, se había llenado de caminos y carreteras que serpenteaban formando una enorme espiral que, a medida que iba descendiendo bajo el nivel del suelo, se iba cerrando en un óvalo de kilómetros de vueltas, al fondo del cual muchas manos trabajaban como hormigas en busca del cáncer.

El señor que me hizo de traductor en la pequeña aldea me puso sobre la palma de la mano un pequeño reptil, parecido a un camaleón, de color rosado. Apenas quedaban otros de esa misma especie, o al menos los aldeanos ya no se los encontraban por las arenas como antes, me dijeron. Creo que nunca he visto una criatura tan hermosa. Tenía la boca como en una permanente sonrisa, pero lo que más llamaba la atención era su piel, tan fina que resultaba traslúcida, de modo que cuando me fijé bien vi que lo que al principio parecían colores pastel de la piel —azulado, naranja, un verde muy suave— no eran en realidad tonalidades de la propia piel, sino los colores de los diferentes órganos internos, que se dejaban ver a través de ella. Recordé la leyenda de una antigua reina de Bretaña, de quién se contaba que tenía la piel tan delicada y tan blanca que, al beber vino tinto, la garganta se le iba volviendo azul al paso del líquido. ¿Cómo podía aquel animal, aparentemente tan delicado, resistir la luz del desierto, los rayos directos de ese sol que a mí, en solo unos minutos, me había enrojecido y

manchado los brazos, las manos, toda la piel que no llevaba protegida? ¿Cómo podía ese bichito —que parecía que estaba a medio formar, todavía dentro del huevo— sobrevivir en ese lugar? Había hecho del impetuoso sol su hábitat y, sin embargo, no había podido sobrevivir a algo, aparentemente, menos poderoso que el astro rey: la mano del hombre.

Un día los habitantes del lugar vieron llegar camiones, enormes cantidades de maquinaria pesada, toda clase de aparatos, una tecnología que nunca habían visto. La compañía que desde los años setenta llevó la explotación de las minas era la británica Rio Tinto. Habían prometido colegios, empleos y formación técnica para la población pero, de hecho, al cabo de los años no había mejorado en absoluto el nivel de vida de los habitantes. Lo único que aumentó fue la expectativa de muerte, debido a la contaminación directa o indirecta. Los trabajadores trabajaban por nada, y los beneficios del uranio se iban fuera del país o, como mucho, quedaban en manos de los gobernantes que habían firmado la autorización para explotar aquellas minas. A los pocos años, en 1978, se construyó una especie de ciudad prefabricada a unos quince kilómetros de la mina. La bautizaron con el nombre de Arandis, y estaba pensada para los trabajadores de Rössing. Visitar el asentamiento y la mina, como entenderá cuando se lo cuente, significó para mí un nuevo descenso a los infiernos. Antes he mencionado que los infiernos de mi vida no estaban uno debajo del otro, sino todos al mismo nivel, que formaban una enorme superficie donde cada puerta se abría a un grado distinto dependiendo de la novedad del sufrimiento. Nunca los había visto como dolores graduales, escalonados de menor a mayor, sino que era esa novedad lo que hacía parecer a cada uno peor que el último, aunque quizás no lo fuera. Pero lo que vi finalmente en Rössing sí fue un descenso clásico, una verdadera bajada al averno que, por encontrarse realmente bajo el nivel del suelo, sí me dio la sensación de ser más perverso que los que había conocido hasta entonces. La geografía de la caída ajustaba por fin uno de mis infiernos a la imagen subterránea con que tradicionalmente se lo ha representado.

Arandis me recordaba a Los Álamos, no solo porque la infraestructura quebraba el desierto, sino por ese sol, ese calor que se apropiaba de todo como alegoría de lo que se cocía allí, el material atómico. Al llegar a la zona de las viviendas, un rudimentario cartel de alambres y cartón decía WELCOME TO ARANDIS. Por sí solo el cartel me pareció ya una burla, pues daba la bienvenida a un lugar que poco difería de los barracones de los campos de trabajos forzados. La atmósfera era de gran tristeza. Los materiales de las casetas, su disposición, hacían del asentamiento un lugar mucho más desangelado que Los Álamos. También el hecho de que la gente estuviera allí para ganarse el pan —literalmente, el pan de cada día, y no de dos días— de una manera que no implicaba ilusión alguna, como sí pasó en el campamento norteamericano, contribuía a crear ese aspecto general de grisura y desesperanza.

No había ni un alma fuera de los habitáculos. Todos estaban trabajando en la mina, a la que llegué una hora más tarde. Y por fin vi ese óvalo del infierno, el inmenso pozo donde muchos negros trabajaban —como había escrito Yoro en la carta— a cielo abierto. Recuerdo que cuando lo leí en la carta pensé que esta circunstancia era al menos un factor positivo, sobre todo en comparación con el trabajo de los mineros que trabajan en galerías subterráneas. Pero cuando pisé Rössing sentí lástima por Yoro, pues si realmente estaba, o iba a estar allí, el sol la abrasaría. Una vez más comprobé que los datos no son nada. Nada. La mayor parte de la información válida entra solo por los sentidos. Hasta que no sentí ese calor no pude entender que había algo peor que asfixiarse en la humedad de un túnel: abrasarse al sol que cae libremente y que no solo quema la piel, sino también los órganos, el estómago, la garganta, las fosas nasales. Sentí la broma siniestra que nos gastaba allí un ser superior: había tendido una manta de fuego invisible entre el cielo azul y nuestras cabezas, sostenida por el aliento continuo de un dragón condenado a no desplazarse ni un centímetro en la franca amplitud del aire. A simple vista no fui capaz de distinguir un solo rostro blanco entre los rostros negros. Tras pagar lo necesario (se me olvidó decir que vendí el apartamento de Nueva York para pagar sobornos) me dejaron bajar al primer escalón de la mina. Y pude así mirar hacia abajo y contemplar esa especie de cono invertido en el que se

iba extrayendo el material estéril que después sería separado del mineral. Me vino a la cabeza la imagen de las terrazas escalonadas de los cultivos del Perú, esos bancales que en muchos casos aprovechan las curvas naturales de las montañas. Las formas eran similares, pero los colores bien distintos. En Perú, el verde; en Arandis, el amarillo, una cantidad gigantesca de polvo amarillo que lo cubría todo, incluyendo los pulmones, aunque esto resultaba imperceptible a la vista y era un hecho que se ocultaba a los trabajadores. Pero bastaba con pensar un poco para desconectar inmediatamente las terrazas vivas del Perú de aquel lugar, una mina a cielo abierto que contaminaba el aire, las aguas superficiales y subterráneas, y que destruía o extinguía fauna y flora, y desmembraba el paisaje... Pensar que Yoro podía estar allí me aceleró el corazón pero, al mismo tiempo, el saber que podía tal vez estar en cualquier otra mina lejos de mí me llenó de angustia. Era una angustia agravada por aquel sol, que, a pesar de ir protegida y llevar gorro, me quemaba incluso la piel bajo la ropa. Algunos trabajadores llevaban casco, pero casi todos iban desprotegidos. No veía agua por ninguna parte, a pesar de que el sudor resbalaba por las caras de todos. Nadie levantaba la mirada, no sé si porque estaban acostumbrados todos ellos a vivir mirando al suelo, o porque rehuían, de la única manera que les era posible, el impacto del sol directo en el rostro. El sol de su tierra que antes habían amado, se volvía allí, al igual que los capataces, un sol humillante, que les hacía trabajar con la cabeza gacha, pues la dureza del trabajo les impedía usar gorros, ni siquiera camisetas. Las pieles negras estaban, en muchos casos, enrojecidas. Entonces yo no sabía, como hoy, que las pieles oscuras también necesitan protección. Ver todo aquel horror en un solo día fue una experiencia insoportable para una persona de mi edad. Me entró un cansancio repentino. Me senté en una piedra, sola, triste, bloqueada, sin saber por dónde empezar. Aunque cuidé de sentarme en algo parecido a una sombra, empecé a sentir el calor en un grado que jamás hasta entonces había sentido. Parecía un verano en el núcleo de todos los veranos. Se me había nublado la vista, y así estuve unos minutos en que sentí la eternidad de mi cuerpo descomponiéndose. Yo entiendo de estos procesos. Sabía que el sol estaba comenzando, silencioso, a lastimar con su calor las células, los andamios invisibles, ancestrales de toda piel. Solo una vez había

soportado un calor comparable, aunque mucho menos intenso. Fue en el continente americano, cuando estuve junto con S en Teotihuacán. Ambos calores se juntaron y, por culpa del cansancio, o del propio aturdimiento, o para evadirme, o para quedarme, recordé aquel día que viví en México.

Bajo el inmenso sol, un señor que sostenía en la mano una hoja de nopal, ese cactus comestible y delicioso, nos pidió que nos fijáramos en unos puntitos blancos que se podían ver en la hoja. Acerqué la cara y le escuché explicarnos lo que esas manchitas eran:

—Son los huevos de un insecto, la grana cochinilla, que se reproduce en las hojas de este cactus.

Con un palo muy fino, el hombre levantó cuidadosamente un huevo de la hoja y lo puso sobre un papel. Al pincharlo, una mancha roja apareció sobre el blanco. Extendió luego con el mismo palito la mancha, formando un círculo granate. Después pinchó la hoja del cactus y extrajo una especie de baba, y con ella cubrió la mancha. «Y ahora —dijo—, para proteger el color, se utiliza esto, el jugo del mismo nopal, que le sirve a la sangre como fijador y secador».

Toqué el círculo con el dedo índice. Efectivamente, estaba seco. Retiré el dedo como asustada. Quizás veía en el círculo rojo un espejo que me devolvía la imagen de mí misma mientras iba deshidratándome, porque era mediodía, mediodía en la mina y mediodía en México, y la temperatura seguía subiendo, ¿en la mina o en México? Ya no me acordaba, porque las colitas de los ácidos grasos comenzaban a derretirse, las células se movían con mayor fluidez, espermatozoides huidos, liberados de la carga reproductiva. Pero otras cosas menos amables sucedían también. Debido al calor, las membranas se estaban dañando, y se rompían en partes minúsculas, partes que eran réplicas de partes de mí misma, multiplicadas y reducidas, infinitesimalmente; y así, los múltiples senos, las rodillas, los tobillos, solo visibles al microscopio, me corrían por dentro como esos rabos de lagartija que soba ver desde que sobreviví a Hiroshima y que coleteaban otra vez, y otra vez sin encontrar el cuerpo. Todo eso les sucedía también a los negros que estaba viendo. Lo mismo que en México. Era la muerte de la proteína. Y entonces deseé el contacto de otra carne, otros líquidos, otros sudores, porque el cuerpo encuentra siempre su manera de

comunicarse. Me apeteció en Teotihuacán, no en la mina, en la mina solo sentí el calor y el deterioro.

El señor de Teotihuacán sacó otra planta, que era como un cardo. «Se llama chicalote» le oí decir, y el hombre comenzó también a desangrarlo. La savia era amarilla, y con ella dibujaba, alrededor del círculo grana, los rayos que le faltaban al astro. Sangre animal y sangre vegetal. La planta era muy parecida a las que vi en el desierto de Namibia, tan secas que nadie podría imaginar que, de ellas, pudiera salir una flor cuyo olor se percibía con toda su intensidad a muchos metros de distancia.

Yo miraba el círculo que había dibujado el señor, los rayos, y subía un poco la mirada para observar, escondida tras mis gafas de sol, a J, que estaba enfrente. S nos había presentado el día anterior, y él se ofreció a acompañarnos. Me gustaba mucho aquel hombre. J también miraba el círculo pintado y, así, no advertía que yo lo estaba mirando, y que lo pensaba. Pero no lo pensaba como pensaba en todo lo demás, sino

con ese tipo de pensamiento  
que no es lineal como la avenida de los muertos,  
sino vivo,  
circular,  
recorriendo una y otra vez el perímetro  
de esa circunferencia que enlazaba la cola  
de los ojos con que yo le miraba, con la boca  
de los ojos con que él me esquivaba.  
Pensamiento circular también como la mina,  
espiral,  
enroscado,  
hacia dentro.

Dejamos al señor repitiendo el mismo dibujo, sentado en una silla a pleno sol. El calor parecía no afectar a aquel hombre, carne ignífuga que proyectaba en la tierra una sombra alargada como la aguja de un reloj que, menos para él, se movía para todos. Para todos, pero especialmente para mí, que sabía que solo un día junto a J me había sido dado, y sentía el tiempo

pasando en el avance de ese reloj cuya manecilla, de sombra inasible, no podía agarrar ni detener. Es el horror de la sombra, siempre la sombra, ese contorno torpe que no sabe interpretar los brazos que se abren para abrazar a alguien, y en su equivocación proyecta en el muro una cruz por donde nunca pasa, ni pasará, el cuerpo capaz de salvarla.

Tengo sed, dije. Le pedí agua a J. Para entonces hacía ya rato que mi cuerpo regulaba el calor mediante la evaporación. Sudaba, perdía sales, electrolitos.

Bebí menos de lo que necesitaba, pensando (deseando) que aún nos faltaba mucho recorrido. Y yo, que no había reparado aún en las quemaduras que el sol iba haciéndome, cada vez más visiblemente extensas, sí notaba lo que ocurría dentro de mí, esos vasos sanguíneos que se comenzaban a dilatar, intentando irrigar las partes más superficiales para devolver la sangre enfriada a los tejidos corporales más profundos. Me pasaba la mano por la frente y notaba las pisadas marciales de ese ejército de mecanismos microscópicos que se organizaba para aliviarme la carga de calor.

J me llevó a un lugar desde donde —me dijo— sin tener que alzar la voz, podríamos ser escuchados desde muy lejos. Desde allí se habría dirigido el jefe emplumado a la masa de súbditos. Para comprobar esa acústica extraordinaria, susurré algo a J:

—¿Puedes oírme?

Nada. J no me oía. Pero una silueta lejana que en aquel mismo instante caminaba hacia el horizonte del valle pareció girarse. Extraño era aquel lugar, donde la cercanía se protegía de sí misma con ese opérculo (puerta orgánica) tras el cual se retrae la caracola marina; esa tapa que, teniendo forma de oreja, es sorda, y ciega los oídos del molusco en su concha. Y lo aísla.

El sol seguía ardiendo (era México, era la mina, o era Hiroshima), y cada vez más fuerte, y el sistema inmune seguía enunciando su respuesta biológica mediante el enrojecimiento. Pero aquella era una cadena de sordos: J no me oía. Yoro no me oía.

como tampoco yo oía ese proceso

que me destruía  
por dentro,  
ese fatal chasquido que sufría  
el ARN de nuestras células.  
Nadie oía nada.  
Estábamos demasiado cerca.

No me resultó tan duro subir los escalones de la pirámide más alta, la del sol. Mucho menos duro de lo que me habían advertido. Mucho menos duro de lo que me resultaba bajar los escalones de la mina. Es lo que dicen: la bajada, más dura que la subida. En algunos tramos de la pirámide la gente descansaba, acaso no todos por falta de fuerzas, sino por ese desánimo que, cada vez que ellos o sus padres o los padres de sus padres habían nombrado en sus largas o cortas vidas, se había ido acumulando como el polvo, y transmitía, de generación en generación, esa genética del desaliento, un boca a boca que iba pasando de unos a otros esa desgana que afloja las piernas y la voluntad, y destensa la palabra.

Subir a la pirámide no me resultó difícil, pero sí lo fue ver que en la cúspide no podía extender la mirada más allá de la gente. Un numeroso grupo de personas levantaba los brazos en torno a un predicador. El rojo que antes me marcaba solo los hombros había comenzado a bajar hacia arriba, a subir hacia abajo, ya nada tenía orden, como un incendio que se propaga según el capricho del viento. La mina era aquella pirámide bocabajo, y en ella la gente, en lugar de echar las manos al cielo, hacia dios, las echaba a los demonios minerales del subsuelo.

Yo me movía sabiendo que, debido a la radiación ultravioleta, las células estaban liberando su material alterado, haciendo que las células vecinas y sanas iniciaran una respuesta inflamatoria para deshacerse de las que estaban siendo dañadas por el sol. Aunque aún no me dolían las lesiones, empecé a marearme y, siguiendo un proceso similar, también yo quise liberarme de la gente dañada. Y así le pedí a J que saltáramos una valla. Una valla puesta allí para que los turistas no salieran del redil, de las fronteras de lo seguro, del decorado, de la historia muerta que les habían contado. Una valla insolente que separaba lo transitable de aquello que era

capaz de transitar sobre la carne. Insistí: «Saltemos». Y saltamos. Y ya no teníamos que caminar, porque otras cosas caminaban sobre nosotros. No era gente, porque la gente había desaparecido tras el salto. Eran otras vidas. Eran los bloques de piedra enormes pero livianos, eran esas plantitas que se agarraban discretas a nuestros zapatos como se agarraban, pidiendo tan poco, a la piedra desértica. Era el vértigo de lo verdadero. Era la paz. Era la soledad compartida. Y después del silencio, la risa. Me pinté algo en la palma de la mano: «Nos estuvimos riendo aquí, y descansamos».

Tras las pirámides, subimos al coche. Entonces sí. Las quemaduras comenzaban a escocer, a ambos, aunque a mí, siendo tan blanca, mucho más. En ese espacio cerrado, el calor, la excitación, la sequedad de la piel que exigía con urgencia una crema, o saliva ajena, o tan siquiera una caricia... todo eso, tanta carencia, iba sobre ruedas, en un coche ciego, o simplemente egoísta, que no entendía que debía detenerse ahí mismo, hidratarnos urgentemente.

En una parada tan solo nos miramos y nos advertimos el uno al otro sobre las quemaduras:

—Te has quemado —dijo J.

—Tú también —respondí.

Cierto que él era moreno prieto, y yo muy blanca, pero el paso del sol, la masacre celular, la regeneración, en ese punto ya no entendían la diferencia entre las pieles, la pigmentación, la genética individual y, por esta ignorancia, las quemaduras podían asegurar a cualquier desconocido que se cruzara con nosotros la bonita coincidencia:

Los dos veníamos del mismo sitio,  
los dos habíamos estado expuestos,  
los dos habíamos andado juntos  
y desprotegidos.

Pero un solo día nos había sido dado. Se acercaba el final. Mi pensamiento seguía siendo circular como el viento interno de un tornado, que se desplaza sin necesidad de romper el bucle de ese deseo que lo atrae todo hacia él. Pero, tristemente, el tiempo insiste en su forma, el tiempo

—entonces como ahora— no era circular como mi pensamiento, sino que seguía siendo (o pareciendo) lineal como el *Miccaohtli*, esa calzada de los muertos que hacía apenas unas horas los dos habíamos caminado juntos sin saber, o quizás sabiendo, que nos llevábamos a nosotros mismos. Dos kilómetros caminando, acalorados, cargando con algo mucho más pesado que un muerto: el peso de la renuncia, el rechazo de un regalo que no se nos volvería a ofrecer.

Antes de regresar al hotel donde S y yo nos hospedábamos, bebí con J algo en una lata sin vaso ni mesa ni sillas. Solos los dos y dos latas en el banco de una plaza que cerraba su perímetro en la primera iglesia de la Nueva España. La única luz del círculo era una farola muy débil, como un cigarrito en la boca de un gigante que se apiadaba de nosotros y nos abrazaba. Nos acurrucamos, sin tocarnos, en el pecho del coloso. Era cálido. Pero ya había comenzado el silencio, no incómodo por la falta de palabra, sino por el presagio de la glaciación que sucede a toda una era (todo un día) de calor.

Llegamos al hotel cabizbajos, como protegiéndonos, a destiempo, de un sol que brilla en la noche. La inflamación desencadenada dolía. El calor había propagado el deseo hacia aquellas partes que el sol no vio, no tocó, que tampoco nosotros nos habíamos visto ni acariciado. El calor lo había empapado todo como un líquido, las espaldas, los labios, la garganta, el sexo. Pedí agua de nuevo.

Agua.

Agua para enfriar las quemaduras.

Agua para dividir las aguas de los pechos rojos.

Agua para ahogar la palabra dulce (*quédate*)

que no había de ser pronunciada,

porque solo un día, o eso creíamos,

nos había sido dado.

Y tanto dolía la piel (o el deseo, que es lo mismo) que a la entrada del hotel nos abrazamos superficialmente, como dos irresponsables, desoyendo o malinterpretando el grito de las células, que cojas, mancas, ciegas nos

pedían, nos rogaban, que les concediéramos un flujo que volviera a juntar todos los miembros que se habían despeñado por los doscientos treinta y ocho peldaños del sol.

Nos alejamos, anticipando con tristeza que las heridas se irían cerrando. Ninguno de los dos iba a utilizar compresas frías, corticoides, antiinflamatorios. Para qué. La muerte celular es irreversible. Sabíamos que, cuando cicatrizáramos, cuando salieran las ampollas y luego reventaran y luego se secaran y luego la piel retomara su color de invierno (muy blanco para mí, muy moreno para él), todavía seguirían escociendo.

Cuando abrí los ojos vi que estaba en otro escalón de la mina. La frente me ardía. Nadie me había socorrido. Tenía una pequeña magulladura en el antebrazo. Los esclavos —insisto en que aquello solo podía ser llamado esclavitud— tampoco me habían ayudado, ni siquiera encajándome en la desplazada sombra. Me levanté como pude. Yo, anciana. Yo, prácticamente muerta de calor. Yo, añorando aquel amante mexicano que nunca fue pero cuyo chasquido cuerpo a cuerpo, durante mi inmersión en la mina, pude volver a escuchar.

Después de reanimarme a mí misma —porque, al fin y al cabo, a eso sí estoy acostumbrada— me reuní otra vez con el intérprete y comenzamos a preguntar a los trabajadores por Yoro. Aunque no tenía ninguna fotografía reciente de ella, contaba con una ventaja: su piel blanca, y sus rasgos orientales. Por suerte para mí y para Yoro —pues nadie en aquel lugar habría distinguido por las facciones las diferencias entre asiáticos—, China aún no había metido las garras en la mina ni enviado, como haría después en ciertas explotaciones Africanas, prisioneros chinos para que pagaran sus delitos por medio de trabajos forzados que, si llegaban a cumplir, reducirían la duración de su condena, aunque en la mayoría de los casos lo que firmaban al viajar a África era una sentencia de muerte que en China, en muchos casos, no habían recibido. Esa era la única ventaja con la que contaba en mi búsqueda, la diferencia física de Yoro en relación con el resto de trabajadores. Aquellos a los que íbamos preguntando nos decían que no había nadie allí con esas características, e inmediatamente aprovechaban la ocasión y comenzaban a hablarnos de sus condiciones de trabajo, pero siempre en voz baja, asustados. Nos pedían dinero y ayuda, en silencio,

gritaban, realmente gritaban auxilio en susurros. La gente que trabajaba allí —nos decían— iba enfermado. Los capataces les aseguraban que era debido a que fumaban y bebían alcohol, pero esa no podía ser la causa ya que eran una minoría los bebedores y fumadores. Ellos nos dijeron que sabían que había algo más, solo querían saber qué era. Ninguno de los dirigentes o médicos de la compañía minera admitió nunca la influencia de ese polvo radiactivo al que algunos de los mineros estaban expuestos las veinticuatro horas del día.

Cuando, tiempo después, comenzaron a generalizarse las protestas procedentes del exterior, vinculadas principalmente con activistas antinucleares, se supo que los controles que debían medir los niveles de radiactividad a diario solo se realizaban una vez al año. Según los portavoces de las empresas que explotaban la mina, los datos registrados indicaban que los niveles de radiactividad estaban por debajo de los potencialmente peligrosos. Pero los expertos independientes advertían del peligro de que no estuviera nunca en nivel cero, y de que, por ser la radiactividad acumulativa, un día más otro, más otro —a un nivel inferior al alarmante para un periodo muy corto de tiempo, pero siempre superior a cero—, provocaba enfermedades derivadas del mismo ingrediente que servía para abastecer a algunos países de armamento nuclear: el uranio.

Muchísimos años después de Hiroshima me encontraba, pues, en un lugar de África donde también los médicos admitían órdenes contrarias a todo atisbo de humanidad: aceptaban ocultar a los enfermos su enfermedad, y además les permitían seguir trabajando en las mismas condiciones que los mataban día a día. Así trabajaban cientos de peones, que morían para un rey extranjero en ese hurgar continuo, en esa excavación incesante bajo el sol de su muerte.

Yoro no estaba en Rössing ni tampoco —al parecer— había pasado por allí. O bien no había llegado, o bien lo que decía en su carta lo escribió estando mal informada o engañada. O quizás, simplemente, estaba muerta. Pensar en esto último, su muerte, no afectaba a mis planes, pues yo estaba decidida a dedicar el resto de mi vida a buscarla. Moriría en África. Respecto a mis

ánimos, a veces flaqueaban, claro, pero por lo general los había llegado a tener tan bajos durante ya tanto tiempo que por mucho que se debilitaran nunca lo hacían tanto como para tener que rendirme, pues ya estaba acostumbrada a vivir con la dosis suficiente de tristeza que hacía que cualquier recaída nunca me hiciera caer mucho más abajo. Se podría decir que mi dosis de tristeza era una dosis de mantenimiento. Aprendí la mecánica del dolor intenso una cuerda de funámbulo en la que el acróbata, el herido, no tiene que preocuparse por perder el equilibrio cuando cruza de un lugar a otro. El equilibrio no es un problema para quienes solo tienen que ocuparse de la única acrobacia difícil para ellos: reafirmar la voluntad de no abandonar la cuerda, de vivir en ella. Eso es lo importante, no descender nunca, pues solo el peso del cuerpo impide que la cuerda suba un poco más, dado que el dolor tiende a elevarse para dejarnos caer, como un peso muerto, desde el cielo. Yo había nacido como víctima, así que desde muy pronto aprendí que no podía mantenerme en el suelo, donde las hormigas, los depredadores, los perros, acudirían al olor de mi carne siempre abierta. Mi lugar estaba en esa cuerda que quedaba a unos tres metros de altura. No aspiraba a andar como la mayoría, en tierra firme, porque sabía que debía concentrar todos mis esfuerzos en resignarme a ese caminar sobre el cable tenso. Ciertamente era incómodo, pero una aprende a vivir en esa incomodidad, y lo importante era no elevarme más para que, si volvía a caer, el golpe no me rompiera todos los huesos ni me matara definitivamente. Por eso siempre me mantuve así, conforme, discreta, tratando de hacer de la incomodidad mi territorio, funámbula, pero al mismo tiempo consciente de que desde esos tres metros escasos sobre el nivel del suelo contaba con una ventaja frente a los demás: podía saltar desde arriba como una pantera que desde la rama se lanza sobre su presa; tenía, pues, la posibilidad de atacar desde una posición emboscada, desde una altura invisible, tal como la bomba cayó sobre mí. Aunque de menor potencia, me sentía por momentos como si yo fuera el arma de Hiroshima, y pronto iba a saber quiénes serían el objetivo de mi explosión. Desde entonces, señor, ya no vivo en mi cuerda. El dolor se ha destensado. Estoy tranquila. Ahora que estoy en el suelo, a veces echo de menos la tentación de saltar, pero la venganza me ha puesto los pies sobre la tierra.

Las únicas dos referencias que aparecían en la carta de Yoro eran la mina de uranio situada en Namibia y la mina de coltán de la República Democrática del Congo. Tras mi fracaso en Namibia, como no sabía por qué mina empezar —de las innumerables que hay en el Congo—, me decidí por una de las más conocidas, la que está a las afueras de Goma, en Kivu del Norte.

Me alojé en una casa con vistas al lago Kivu. Parece un lugar hermoso. Parece limpio. Pero ese lago es el infierno, me advirtieron antes de llegar. A unos trescientos metros de profundidad, el lago contiene aproximadamente 300 km<sup>3</sup> de dióxido de carbono y 60 km<sup>3</sup> de metano, gas que resulta un potencial detonador sobre todo porque está cerca de un volcán, el Nyiragongo. Esto convierte al Kivu en un lago explosivo y si el gas que contiene saliera a superficie, se expandiría por la atmósfera y provocaría la muerte por asfixia de miles de personas. Teóricamente, esto podría suceder en cualquier momento. Pero no me dio miedo. Pocas cosas me daban miedo ya, pero al atardecer, antes de prepararme para dormir, y viendo esa aparente belleza del lago pensé que, si un día llegara a explotar, expulsaría el cementerio que también contiene: las víctimas de Ruanda. Y en sus cercanías hay, además, un campo de refugiados. Qué le voy a contar de esta zona que usted no sepa. Cuando más tarde entré en el campamento supe que aquel refugio era como el lago, tranquilo solo en apariencia porque, en su estómago, un grupo de cascos azules se dedicaba a pudrir (¿todavía pudre?) a los refugiados y a las refugiadas, especialmente a ellas, que llevan en su sexo la moneda que mejor compra la ayuda internacional. Sí, el azul de los cascos azules es el mismo azul del lago Kivu. Un azul que es un marrón encubierto. Pero de estos cascos tan azules me encargaré después.

Como los caminos de la zona eran tan precarios, a los pocos días de haber llegado me acostumbré a medir las distancias en tiempo. Los kilómetros no existían. La ausencia de carreteras hacía imposible determinar la distancia con patrones de medida espacial. Todo, pues, se medía en tiempo, aunque siempre aproximado, pues las horas o días que se tardaba en ir de un lugar a otro dependían de las lluvias, de que hubiese o no un árbol atravesado en el camino, de la presencia súbita de una aduana

ilegal e improvisada, o de una bala que dilatara ese tiempo inexacto del espacio concreto y lo transformara en la inexactitud del tiempo infinito.

Pero, además del tiempo, el día en que salimos hacia la mina pude calcular la distancia gracias a otro factor que indicaba nuestra proximidad cada vez mayor a nuestro destino, y es que desde el coche empezamos a cruzarnos con numerosas personas que caminaban cargadas con sacos a la espalda. Muchos eran adolescentes y niños. Tampoco me asusto por esto, no crea usted que voy a escandalizarme a estas alturas por ver a un niño con un saco a la espalda. Además, sería una hipocresía defender que ese niño vaya a la escuela si su familia, si él mismo, no tienen ni para comer. Pero el coltán es un metal macabro porque, al ser uno de los metales más densos del planeta, pesa mucho, y un saco de 40 kg es un saco relativamente pequeño, así que podría usted —como tantos otros— decir, viendo el tamaño, que hasta un niño puede cargar con él, y que si se encorvan es porque tienen el vicio de quejarse. Y así nos fuimos cruzando con muchísimas personas, que a menudo se detenían a pagar el peaje exigido por grupos armados, o por el ejército regular, un dinero que les cobraban para permitirles continuar su camino con la carga de mineral, que luego venderían en la ciudad a dos dólares lo que en Europa se compraría por seiscientos euros el kilo. Todo esto lo supe después. Tampoco importaba porque, fueran cuales fueran las cifras, nada podría haber justificado aquella cadena de horrores que comenzaba en el interior de la mina.

El interior de la mina. ¿Sabe lo que hace la gente en el interior de una mina? Buscar. Durante años, durante toda su vida, dedican su salud, su tiempo, su esfuerzo a buscar. Una búsqueda eterna de algo, en este caso el coltán, que la gran mayoría de quienes lo buscan ni siquiera sabe para qué sirve, es curioso. Estuve en las galerías de la mina buscando, y estuve todo el tiempo rodeada de gente que buscaba. Galerías construidas específicamente para la búsqueda. Ojalá, pensé, hubiera yo tenido un túnel, o mil, donde excavar. Pero la búsqueda que hasta entonces había guiado mis pasos se había desarrollado en una inmensa explanada, en una pampa enorme rodeada de horizontes sin límite, y en esa inmensidad no había ningún mineral que limpiar, ningún pedrusco del que retirar la tierra cuidadosamente, despacio, para prolongar la esperanza de localizar ese

material valiosísimo que, de todos los mineros, solo a mí me contentaría. Envidié, pues, ese oficio sostenido durante siglos que es la minería; incluso el hecho de que en aquellas minas no contaran los obreros con ningún tipo de maquinaria y los procesos de extracción fueran totalmente artesanales me resultaba envidiable, pues supuse que las técnicas de búsqueda y retirada del mineral pasarían de boca en boca, de generación en generación, gracias a lo cual la búsqueda se basaría en una especie de autoridad ancestral sustentada en el trabajo conjunto de generaciones de personas. Yo, en cambio, era una minera solitaria, nadie me había enseñado a cavar, nadie me ayudaba a achicar el agua de mi galería porque —ya lo he dicho— mi galería era una explanada y, cuando entraba el agua, no había lugar donde echarla, y yo solo podía esperar, empapada, durante días, meses, años, a que ella sola se secara. Y tampoco esas linternas en las cabezas que vi en la mina de Goma me habrían servido a mí de nada, porque mi búsqueda tenía lugar a la luz del sol, y su potencia era el motivo, y no la oscuridad ni mis muchos años, de que mi vista estuviera cada vez más dañada. Tampoco tenía yo los ventiladores con que los mineros renovaban el aire en las galerías para intentar protegerse de los gases, pues yo trabajaba al aire libre, vagando por las múltiples variables que presenta el mayor enemigo de toda búsqueda: la libertad absoluta, sin pistas, sin consejos, sin guía. En cambio, aquellos mineros del coltán iban moviendo sus precarios ventiladores para poder respirar mejor. Y qué ironía que, en el exterior, lejos de las galerías subterráneas, floreciera esa tierra a la que llaman, por su frondosa vegetación, el segundo pulmón del mundo. Los mineros, y también yo en aquel momento, éramos microbios que atacábamos los alvéolos de ese pulmón al que también otros, desde fuera, atacaban mediante la tala de árboles, las matanzas de sus pobladores, y la venta por una miseria de sus tierras a compañías multinacionales que, a cambio, utilizaban aquellos espacios baratos como vertederos sin control. Pobre segundo pulmón del mundo, herido de muerte, tuberculoso, neumónico. Recorrí así muchas galerías, soportadas por troncos cada cuatro o cinco metros, catacumbas donde la gente vivía incomunicada sin saber que el fruto de su excavación era, precisamente, una pieza indispensable para la comunicación mundial, el coltán, un superconductor fundamental para la fabricación de teléfonos

móviles, ordenadores portátiles y armamento de última generación. El coltán era esa moneda que ellos sacaban con sacrificio y que serviría para financiar las guerras que mataban a sus padres, a sus hijos, a ellos mismos, que vivían y agonizaban sepultados por esa misma moneda envuelta en kilos de tierra.

Al salir, vi que algunos mineros buscaban el mineral con bateas, agitándolas en el agua del río turbio, utilizando el mismo procedimiento que se emplea para buscar oro. En el fondo de la batea se sedimentaban unas pizquitas negras y grises: eso era el coltán. Todo era oscuro en aquel sitio, no solo lo que buscaban y el interior de la mina, sino también el exterior, los rostros sucios, la extraña ausencia de sol. Empecé a preguntar por Yoro a los que trabajaban en el exterior, que fueron pasando la misma pregunta de uno en uno hasta que la pregunta llegó a los oídos de los que estaban en la boca del túnel, que asimismo fueron pasándola hacia el interior. La pregunta, mi voz, debía llegar hasta el riñón de la tierra, pensé, y luego regresar —ojalá que depurada, positivamente respondida— por la misma boca del mismo túnel hasta donde yo estaba esperando, sentada en una piedra, con el agua marrón cubriéndome los pies, tapándome las varices moradas que en aquel momento se me ocultaban como las galerías donde Yoro podía tal vez estar.

Temía que ninguna voz saliera del túnel. Recordé el silencio radical que reinaba en Hiroshima pasados los primeros días tras la explosión de *Little Boy*. En el hospital donde yo estaba, los moribundos dejaron de quejarse. Ni siquiera los niños lloraban. Solo se escuchaba un susurrar de nombres. Eran los que buscaban a los familiares de caras voladas, en una extraña experiencia, porque el encuentro no dependía del que buscaba, sino del buscado. La documentación, el papel, fue lo primero que se quemó en la explosión, así que la única manera de identificarlos era la voz del superviviente. Si el herido no tenía las fuerzas o las ganas necesarias para decir «soy yo» a esa boca que se acercaba a su oído, entonces su padre, su hijo, seguiría susurrando indefinidamente en las orejas equivocadas. Pasados tantos años de aquello, era yo la que buscaba a un ser querido, esperando que él mismo se identificara.

Finalmente mi voz salió y regresó a mí. Tampoco ellos habían visto trabajando allí a ningún blanco en los últimos años. Tuve que tragar la respuesta a esa pregunta después de una digestión tan lenta que temí que pudiera tomarse más tiempo en ser digerida del que mi cuerpo se tomaría en seguir agarrado a este mundo. Me espantaba imaginar mi estómago digiriendo la gran respuesta —la respuesta definitiva, la información buscada durante toda una vida— tanto tiempo que me llegara solo cuando mis oídos, llenos de gusanos, no pudieran ya escucharla, ni enviar la señal a mi cerebro sin forma, caído en el fondo del cráneo, reducido o líquido.

Señor, sé que me queda poco tiempo. Intentaré ser aún más breve, y digo *aún* porque, a pesar de las páginas que compruebo que llevo escritas, he intentado evitarle algunos detalles, sobre todo desde que empecé a pensar que, en cualquier momento, pueden venir a por mí.

Estuve diez años viviendo una vida subterránea. Incluso cuando salía afuera, todas las imágenes que se cruzaban por mi cabeza pertenecían al interior de las minas. Se puede decir que, habiendo pasado casi quince años en este continente, no lo reconocería más que bajo tierra. En eso sí soy una experta. ¿Sabe? Con mi amiga S solía fantasear con el proyecto de dar algún día la vuelta al mundo en submarino. Nos hacía gracia la idea de descubrir este planeta desde los fondos acuáticos. Sin pasaportes, sin amaneceres ni atardeceres, inmersas en el azul intenso, casi negro a veces, del océano profundo. Un viaje no exterior, sino al interior del mar, de nosotras. Despertarnos y acostarnos no cuando el sol lo impusiera, sino cuando nuestro reloj interno comenzara a funcionar con autenticidad, liberado de la dictadura del ahorro energético, del trabajo obligado, de la ducha matutina. Además, nunca me ha gustado el turismo terrestre, ni los monumentos, ni mucho menos las miserias que muchos gobiernos tratan de esconder al turista, aunque algunos ni se molesten en hacerlo. En realidad no tengo ni idea de cómo funciona un submarino. No pensé de dónde habríamos sacado el combustible, ni tampoco me gustaba pensar que, de vez en cuando, habría que salir a superficie para que la máquina, y nosotras, respiráramos. Pero para eso están las fantasías, ¿no es cierto? Uno puede

imaginar lo que quiere y descartar los pormenores que le incomodan. Olvide, de nuevo, estos detalles que ni a usted le interesan ni yo tengo interés en que usted sepa, porque corresponden al mundo de mis deseos. Sobre mi estancia en África, qué voy a decirle. Ha nacido usted en un continente hermoso, por lo poco que me he detenido a mirar cuando estaba en la superficie, pero lo están agujereando por dentro, están dejando hueco a este continente, y un día usted se dormirá en su cama, pero se despertará bajo tierra, o irá a la habitación de su hija y al abrir la puerta verá solo un profundo agujero donde los mineros siguen agujereando y echando el material inútil sobre el cadáver de esa niña que, apenas unas horas antes, usted tapó y besó en su cama. Se quedará agarrado al marco de la puerta, paralizado por la visión del camisón blanco desapareciendo bajo el marrón, el gris, el negro azulado de la carne de esta tierra. Y desde ahí empezará a ver cómo funciona el aterrador engranaje. Verá cómo el cuerpo sepultado irá deslizándose por uno de los túneles, como una tuerca recién hecha se desliza en la cinta transportadora de una fábrica, donde nadie piensa que está montando el arma que acabará sepultándole como otra tuerca que caerá en la misma cinta transportadora, y así sucesivamente, hasta que este continente sea solo una gran fábrica que escupe tuercas para que un hombre de otro hemisferio dispare barato. Recuerdo que, al poco tiempo de llegar, me invitaron a una fiesta en la cual vi a un conocido artista belga hacer una escultura —o así lo llamaba él— que resultó muy elogiada y que, al cabo del tiempo, yo llegaría a asociar con la masacre de África. Ante los ojos del personal de la embajada de su país, a quienes había invitado a esa fiesta de inauguración de su obra de arte, agarró un bidón de aluminio líquido y lo volcó en la boca de un hormiguero. Esperó unos instantes a que el líquido se solidificara, cavó, extrajo un gran bloque de tierra, y lo limpió con el agua a presión de una manguera, y así dejó a la vista los pasadizos que habían cavado las hormigas. Los túneles plateados de aluminio mostraban la belleza de ese laberinto insectívoro, pero allí ya no había ni rastro de vida. A veces pienso que esa sería la única salvación para estas tierras. Que un escultor gigante vertiera plomo líquido en los miles de túneles de este hormiguero humano, antes de que quede totalmente hueco y caigamos al fondo todos: hombres, elefantes, culebras, antílopes, monos. Aunque para

entonces creo que yo estaré lejos de aquí. No estaré viva, ni aquí ni en ningún lugar. Pero Yoro sí, Yoro ya está a salvo y yo me río de usted. Lo desprecio. Me siento feliz. Nada me quitará esta felicidad. Aunque me torturaran antes de ejecutarme, pensaría: «estas torturas durarán uno, dos, siete días. Pero mi felicidad durará toda la eternidad, más que mi cuerpo, más que mi conciencia, porque será un sonido que se repite en cadena, el golpe que un gorila dominante se da en el pecho para reclamar como suyo un trozo de tierra, o el ruido de la lluvia que viene a rellenar las grietas del terreno que la sequía separó». Usted no tiene poder sobre ese sentimiento mío que prevalecerá: la alegría, la risa libre, la chispa aérea, lejos del confinamiento corporal.

«El Congo termina por cambiar a la mejor persona» escuché una vez decir a un soldado de las Naciones Unidas. ¿Se acuerda de que le conté lo que ocurrió un día en un programa de televisión norteamericano llamado *This Is Your Life*, que en cierta ocasión reunió en el mismo plato de televisión a una víctima de Hiroshima y a William Sterling Parsons, el comandante del *Enola Gay* que arrojó la bomba? Bueno, pues hace un par de años vi otro ejemplo de registro audiovisual que me pareció casi tan triste como el de ese programa. Usted ya sabe de lo que hablo, pero vuelvo a pensar en ese lector que sigue conservando la capacidad de empatía, el lector que es capaz de experimentar dolor ante el sufrimiento del Otro. A ese le diré, a riesgo de detener momentáneamente mi relato, que hay un vídeo que forma parte del material con el que pretenden formar al personal de la organización internacional más grande del mundo, las Naciones Unidas. *The United Nations* dicen sus miembros llenándose la boca con esas palabras cuando las pronuncian ellos, pero yo digo que esa organización fue creada para legitimar los actos de los norteamericanos ante la opinión pública del mundo. Las Naciones Unidas, esa puta de mil vaginas abiertas permanentemente a la Casa Blanca. El vídeo al que me estaba refiriendo se llama «Servir con orgullo. Tolerancia cero con el abuso y explotación sexual para nuestros empleados», y en él se informa a los funcionarios de la ONU de cuestiones que —pensaba yo— cualquier integrante de las

Naciones Unidas debía tener ya bien sabidas. Así, por ejemplo, el vídeo define qué se considera «explotación sexual». Más adelante, con todo lo que estaba por venir, este vídeo sería una de las piezas con las que comencé a montar el puzzle que me permitiría entender la siniestra imagen final. Ahora, mientras escribo, me imagino a los miembros de la misión de paz de la ONU sentados en una silla con una carpeta y un boli, tomando apuntes mientras les explican qué se entiende por «explotación sexual». Parece ser, por tanto, que no es tan evidente como podría parecerlo que alguien que trabaja en defensa de la paz no sepa lo que es, por ejemplo, la pedofilia. El vídeo repite en varias ocasiones el enunciado de reglas tales como «el pago con dinero, empleo, bienes o servicios a cambio de sexo está prohibido». También explicita ese mismo vídeo algunos casos, reales, como ilustraciones prácticas de la teoría. Y así, cuenta el caso de una adolescente de dieciséis años que fue llevada como prostituta a Liberia, y allí quedó recluida en un lugar llamado Sugar Club. Al ver en la puerta del establecimiento un coche de la ONU, la muchacha piensa que está salvada, siente alivio y corre al coche a pedir ayuda. El conductor la viola, y luego informa al dueño del club de que la chica había intentado escapar. Es como lo que ocurre en esos cuentos populares, cuando una princesa se desorienta en un bosque y cree por fin estar a salvo al ver una casita cálidamente iluminada. No se da cuenta de que en esa casa, más que en el bosque, está el peor peligro, o solo lo comprende cuando el soldado se cierra la cremallera. Otra historia ilustrativa del vídeo: un trabajador de la ONU le daba galletas a una joven a cambio de sexo; la dejó embarazada y se fue. La madre sobrevivió vendiendo plátanos para mantener al pequeño, por menos de un dólar al día. Al niño lo llamaban, de manera denigratoria, con el nombre de *mzungu tali tali*, que significa *no es blanco ni negro*—, un niño diferente que los propios médicos congolese se negaban a tratar alegando no conocer los misterios de esa diferencia, ese cuerpo mezclado. Así van los soldaditos más blancos dejando mulatos tras ellos. Las violaciones de los cascos azules más morenos o negros dejan un rastro menos evidente. Pero hay un momento en el vídeo que me sobrecogió de manera especial. La cándida y santurrón voz en *off* dice (lo apunté bien apuntado en mi libreta) lo siguiente: «Hay otras consecuencias para las víctimas, además de la

posible discriminación, la amenaza real del VIH y la de los embarazos no deseados, pues es quizás el robo de la dignidad de una persona el mayor de todos los daños producidos». Por lo visto, la Organización de las Naciones Unidas también se atribuye capacidades sobrenaturales: la de quitarle la dignidad a una mujer. Estos tipejos uniformados creen que la dignidad está en el coño, y que llevan en sus falos el poder de ultrajarla. Pues no, señor, la dignidad es otra cosa y, desde luego, no se ve alterada por los actos cometidos por algunos de estos impostores.

Al final del vídeo, por si no ha quedado claro o por si el mensaje pudiera olvidarse, hay una recapitulación de los mensajes que me recordó a lo que suele aparecer al final de una receta de cocina, cuando se enumeran otra vez los ingredientes mencionados al principio. También aquí se insiste:

Recuerde:

No al sexo a cambio de dinero, trabajo, bienes o servicios.

No al sexo con niños.

Obligación de denunciar la explotación y el abuso sexual.

MONUSCO. Así se conoce la misión de paz específica del Congo, el acrónimo de «Misión de la Organización de las Naciones Unidas para la Estabilización en la República Democrática del Congo». Pero yo creo que debería llamarse Molusco, *mollusk* en inglés, *mollusque* en francés, ese animal baboso que se esconde cuando algo se le acerca. ¿Qué nombre le ponen a su mandato? Ah, sí, un mandato de «monitoreo», o sea que están allí para no hacer nada, para jugar a las cartas, pues estas misiones envían al Congo soldados que solo sirven para contar muertos y para mirar. Son los grandes mirones del mundo, los *voyeurs* de la muerte, en el mejor de los casos y, en el peor, hacedores de perversión.

La MONUSCO tiene aviones, armas de tecnología punta, los mejores camiones. En el Congo la gente dice que esa misión está allí para no hacer nada y que, aunque tiene muchísimos recursos, solo los moviliza para transportar mineral y comerciar con aquellas compañías que se encargarán después de venderlo en el mercado internacional. También se dice que, en muchos casos, los miembros de la MONUSCO venden armas a grupos

rebeldes, o las intercambian por oro u otros metales, con lo cual acaban siendo ellos mismos quienes financian los conflictos internos. Al coltán se le ha llamado el «oro azul»; no sé si será por su color, que es más bien negro, pero, visto todo lo que llegué a saber, yo lo llamaría así en honor a los cascos azules. La resolución 1857 de las Naciones Unidas otorga a esta organización la responsabilidad de vigilar y controlar las rutas del oro y el coltán. Y eso es la perdición. La perdición ocurre en el preciso momento en que nombran juez del criminal al propio criminal, en el preciso momento en que el personal de las Naciones Unidas es autorizado internacionalmente para vigilar las rutas de cuya corrupción forma parte. Señor, usted podrá decirme una y mil veces que los cascos azules no hicieron nada. Yo podría decirle lo mismo: efectivamente, no hicieron nada. Pero eso solo sería, como digo, en el mejor de los casos, cuando se dedican a esa labor de monitoreo que, aunque inútil y de gran cinismo, resulta idílica frente a muchas de sus acciones. Usted también podrá decirme que soy una vieja, que mi cabeza no puede discernir con la rapidez de una cabeza joven. A eso le respondo que es cierto, que hoy, en los días en que escribo este testimonio, soy muy vieja, pero como mi cabeza se paró durante tantos años, como se tomó un descanso y se durmió en su locura, no está tan desgastada como otras de mi edad, como la suya, que seguramente nunca se durmió en el sueño de la reparadora insania porque los locos, mientras dejan de razonar, dejan de producir, se descuelgan del corrupto engranaje social, y apuesto a que usted nunca habría querido permitirse que la locura acabara con su ambición. Usted está muy cuerdo. No hay duda. Está muy cuerdo hoy, pero cuando llegue a mi edad, se limpiará la baba con un billete de cien dólares pensando que es un trapo.

Ahora, dígame, ¿cómo es posible que, después de tantos años, ciudadanos europeos, o norteamericanos, o de cualquier país que se otorga a sí mismo el derecho a la defensa de los derechos humanos —y la consiguiente superioridad con la que tales países ondean su bandera— sean capaces de ver día tras día cómo los rebeldes o los propios soldados del ejército regular congolés masacran de manera sistemática a sus niñas y mujeres? Como usted sabe, señor, en África en general, y en el Congo en particular, la economía familiar se sustenta únicamente sobre la mujer. Los

hombres no trabajan. Las mujeres lo hacen todo. Se encargan de recoger el agua, de lavar la ropa en el río, de conseguir comida. Las más afortunadas logran vender los pocos productos que les da la tierra y que les dejan los rebeldes. Las niñas de cuatro o cinco años preparan la comida para sus hermanos varones. Cuando llegué, en contraste, me extrañó ver a los hombres sin hacer nada, jugando a las cartas, o sentados a la puerta de sus hogares. Por eso, un día le pregunté a uno de estos hombres por qué solo las mujeres trabajaban. Me respondió que los hombres son guerreros, y que no pueden trabajar porque tienen que estar listos para la guerra en todo momento. Volví a pensar en ello a raíz de lo que más tarde escuché decir a una mujer inteligente y buena, a quien para respetar su anonimato llamaré V de valiente. En el Congo la mujer —decía V— se ha convertido en un arma de guerra. Los rebeldes saben que todo depende de ella, así que si la destrozan, si la violan, no podrá trabajar durante días. Algunas sufren tanto que acaban por quitarse la vida. No hace falta que las maten. La violación sistemática es suficiente para arruinar este país. Entonces V contó una historia a todos los que habíamos acudido a esa reunión informativa y necesaria sobre la situación de la mujer en el Congo. Éramos unos veinte. La mayoría eran europeos. Usted sabe ya todo lo que he tenido que ver. Pues bien, créame si le digo que cuando escuché este relato de boca de V vi, como si la viera por primera vez, la crueldad absoluta. Sentí la misma sorpresa, el mismo asco, la misma impotencia, las mismas ganas de gritar o de correr hacia ningún lugar y todos los lugares al mismo tiempo. La historia que contó V fue esta:

V tenía una amiga que era de su mismo poblado, Jeannette. Los rebeldes la secuestraron junto a sus cinco hijos. Durante una semana la violaron, la torturaron, le metieron botellas de agua hirviendo en la vagina. Al cabo de una semana, la acomodaron en una habitación y la cuidaron. Le dieron agua, le curaron hasta donde era posible las heridas. Durante esos días le estuvieron dando incluso carne. Hacía mucho tiempo que Jeannette no comía carne. Jeannette pregunta a los soldados por qué la cuidan después de haberla destrozado, y les pide por favor que le dejen ver a sus cinco hijos. Uno de los rebeldes responde: «¿Ahora nos dices que quieres ver a

tus cinco hijos? ¿Ahora que te hemos estado cuidando durante siete días? ¿Ahora, después de haber comido por fin carne?». ».

A V no le hizo falta aclarar más. No le hizo falta decirlo, todos los que escuchábamos su relato comprendimos de qué carne se trataba. Una señora se levantó, se abrió paso casi a tientas entre las sillas, ciega, mareada. Fuera de la pequeña sala se escuchó un grito: «¡Por favor, un médico!». Un chico se acababa de desmayar al mismo tiempo. Obviamente no vino ningún médico, y ahora aquel grito de blanco recién llegado me pareció casi una impostura. ¿Un médico para aliviar una sensibilidad dañada? ¿Acaso debería haber advertido V que su relato no era apto para todos los públicos? No, no solo no lo advirtió, sino que no se inmutó ante nuestras expresiones de horror, ante ese grito de alguien que seguramente tuvo que esperar hasta ese momento para saber lo que era el dolor de verdad. V permaneció quieta, con sus manos sobre la mesa, solemne, nos miró a cada uno a los ojos, a todos y cada uno, y, con una voz serena, dijo: «*Je suis désolée*. No quiero heriros, pero el Congo necesita ayuda».

## ALUMBRAMIENTO: 2011-2014

A pesar de su carta, Yoro nunca se había movido del Congo, pero sí había cambiado de mina. De extraer coltán pasó a sacar oro en una mina controlada también por bandas armadas, la mina de Chondo. Cuando llegué ella ya no estaba allí, pero fuera de la mina pasó algo que tampoco olvidaré. Un hombre pesaba en una rudimentaria balanza el oro que le iban entregando. En un platillo de la balanza había una cerilla, y en el otro ponía el oro que le daban. No entendí los motivos, pero delante de mis ojos degollaron a una mujer y le robaron aquella pizquita de metal, que pasó de la balanza a manos del hombre que la degolló. Aquella fue la primera degollación que vi. Me he preguntado ya varias veces si veré la mía; si los circuitos de mis ojos y mi cerebro seguirán funcionando durante ese segundo en el cual veré y oleré la misma tierra que me cubrirá, el último frescor de la raíz que acaso se enredará alrededor de mi cintura como el primer abrazo de bienvenida a la nada.

La mina de Chondo era el inframundo del tercer mundo. Era el séptimo mundo. No era posible que más abajo hubiese algo peor. Pero hoy en día creo que siempre hay algo más abajo, algo peor y suficientemente pesado como para sostener todos los estratos que se amontonan sobre su superficie enterrada. Pienso que, en realidad, nunca he llegado a ver los fuertes cimientos del infierno y, sin embargo, qué profundo llegué. Cuando me llevaron a la mina de Shinkolobwe —la última mina que por suerte iba a tener que visitar— en la región de Katanga, dejé de contar infiernos. El descenso es infinito porque en ese descenso está el viaje hacia la muerte; no la muerte, sino el viaje del errabundo que no puede descansar.

Usted sabrá lo que se extrae en la mina de Shinkolobwe. Yo lo habría sabido aunque no me lo hubieran dicho. ¿Sabe por qué? Porque, conforme

nos aproximábamos con el *jeep*, noté que la vegetación era cada vez más débil, y más y más débil, más seca, más amarilla, muerta, y más muerta. También los sonidos que delataban la presencia de los animales se iban haciendo cada vez menos frecuentes, hasta desaparecer por completo. Silencio. Cuando llegamos todo era silencio. Frente a mí, un pequeño lago artificial que los belgas, presionados por los norteamericanos, habían creado para esconder lo que había debajo. Pero lo que había debajo sobrepasaba las dimensiones de ese lago, y la mina se seguía explotando clandestinamente, el mineral se tenía que exportar a través de Zambia. Muchos dicen que era cobre, otros dicen que cobalto. Puede ser. Pero lo que realmente tiene un gran valor ahí es el uranio. Uranio, señor. De nuevo el uranio, sí, pero lo que diferencia a esta mina de la de Rössing es que su uranio no es un uranio cualquiera. Es el mismo uranio que alimentó las bombas de Hiroshima y Nagasaki. Así es la vida a veces, ¿no es cierto? Cuando piensas que has logrado desprenderte de lo que tanto daño te hizo, te encuentras en medio de un río que no te lleva a su desembocadura, sino a su nacimiento, para que tengas que deslizarte por el mismo cauce una segunda vez. Allí estaba yo, en esa cantera que exterminó mi ciudad. Una mina aparentemente cerrada de día, pero en la que, por las noches, muchos trabajaban en la extracción del uranio, que luego otros sacaban ilegalmente del país, en camiones que eran revisados en las fronteras por detectores de radiactividad inservibles, y que por unos cuantos dólares de soborno pasaban fácilmente cualquier control. En esta tierra, ya sabe usted, solo lo inanimado tiene derecho a la vida. Las personas se matan, los animales se extinguen, la vegetación se quema, pero la materia prima del dinero, sobrevive. Es el continente de los derechos humanos del dólar. El hombre no es más que un conductor, un hilo de cobre. Los dólares no te salvarán la vida, aunque si te mantienes vivo te darán la posibilidad de moverte. El que tiene dinero y está vivo, puede moverse, el dinero garantiza esa movilidad, pero no la supervivencia, que depende del azar. Esto ocurrió en el año 2011. La segunda noche que pasé en la mina de Shinkolobwe, bajo un túnel cuyo techo filtraba agua radiactiva del lago, averigüé, por fin, que Yoro había muerto. Lo esperaba, no crea usted que no contaba con esa posibilidad.

Si no he querido contarle antes la muerte de Yoro es porque quería que usted diera, al menos a lo largo de su lectura, los mismos pasos que yo fui dando. Así es, descubrí que Yoro estaba muerta, y eso fue en el año 2011, en un túnel donde llovían las mismas gotas ácidas que cayeron sobre las bocas abiertas de mi sedienta Hiroshima. Lo descubrí casi al final de mi vida y lo escribo casi al final de este testimonio, al que seguramente le queden más páginas que a mí días. Yoro. Muerta. Pero no me derrumbé, porque, como sabe, ya me había derrumbado tantas veces que había perdido la capacidad de entristecerme hasta ese punto. Le voy a contar una cosa. A mí me gusta mucho que me acaricien. Al pobre Jim llegué a aburrirlo a menudo de tantas veces que podía llegar a pedirle que me acariciara los brazos, el pelo o las piernas mientras veíamos una película, o antes de dormirme. Alguna vez, para liberarle de este capricho, intenté acariciarme yo misma, pero no era lo mismo, las caricias solo me relajaban si venían de una mano ajena. La explicación es —o esta es la explicación que yo misma me he dado— que la piel solo recibe ese placer cuando llega de manera imprevista, por sorpresa, cuando la caricia se produce sin que el cerebro sepa la intensidad, el momento o el punto exacto en que se va a producir. Bueno, pues con la tristeza, creo, pasa lo mismo. La tristeza, como el placer de la caricia, se produce en un terreno virgen, pues para que surta efecto es necesario que pase como por primera vez. En mi caso, tengo la impresión de que, de tantas tristezas por las que he pasado, ya ninguna puede pillarme por sorpresa; soy un brazo, una pierna, un cabello manoseado tantas veces por el mismo sitio que he perdido la capacidad de entristecerme. Sin embargo, sí podía, y puedo, alegrarme, porque a pesar de lo que he hecho, soy una mujer buena, y las buenas personas nunca pierden la capacidad para sentir alegría. En ese caso, el saber que Yoro había tenido una hija, si bien no me compensó por la pérdida, sí me animó lo suficiente como para reiniciar la búsqueda. Muchas veces me había preguntado si el embarazo del que hablaba en su carta se habría llevado a término de manera feliz. Comprobé que sí, y comprobé, también, que había llamado a su niña, tal como prometió en la carta que Jim no pudo leer, con su mismo nombre,

Yoro. Yoro, su hija, la nieta de Jim. En cierto modo también mi nieta, solo en cierto modo, o eso es lo que yo creía antes de descubrir lo que voy a decirle.

Lo que voy a decirle lo leí en un documento que una protectora de Yoro me dio en la mina. Yoro se lo había confiado a ella temiendo que alguien pudiera arrebatárselo a su hija. En este documento constaba por escrito el apellido de Yoro, un apellido que Jim conocía, pero que siempre me ocultó. Jamás usó ese apellido para referirse a ella. Al leerlo, lo entendí todo de inmediato. Existía, por supuesto, la posibilidad de una coincidencia. Pero ni se me pasó por la cabeza. Supe que si aquel apellido coincidía con el mío se debía a que Yoro era carne de mi carne, sangre de mi sangre, y el mismo motivo por el cual mi encuentro con Jim tampoco había sido una coincidencia. Todo adquirió sentido en un instante, justo cuando vi levantarse todo mi Universo, en el mismo segundo en el que, súbitamente, se erigió ante mis ojos el significado de toda la historia de mis muchos años. Como digo, el encuentro con Jim no fue casual. Jim me había buscado porque era yo el padre de su niña, el padre biológico y, cuando me encontró como la mujer verdadera que soy, solo fue natural que se enamorara de lo más cercano a Yoro que tenía.

Todo esto le parecerá a usted muy complicado. No lo es tanto. Antes le he explicado que los médicos norteamericanos, durante los días posteriores al ataque y durante todo el periodo de ocupación, no tenían derecho a tratar a las víctimas atómicas. Pero sí tenían otros derechos. Derecho a la experimentación. Derecho a extirpar un testículo que la bomba no dañó y a extraerle los espermatozoides —aparentemente mucho más fuertes que yo— para inseminar con ellos un vientre anónimo del que nadie, jamás, supo nada. Nació Yoro, bebé destinado a ilustrar, desde su primer día y año tras año, las consecuencias que la radiactividad tenía en un feto, en un niño, en un joven... hasta donde llegara viva. De ahí los informes médicos que las familias de acogida tenían que enviar periódicamente. Pero Yoro solo comenzó a dar signos de radiotoxemia aquí, en las minas, cuando trabajaba con toneladas de agua atómica sobre su cabeza, sacando de la roca el mismo material que la había matado ya cuando nació, pero sin el cual nunca

habría nacido. Yoro fue una hija de Oppenheimer; una niña, y luego una madre, de uranio.

La misma mujer que me dio el documento que Yoro le había confiado me dijo que lo único que hizo en sus últimos días fue pronunciar el nombre de su hija, a quien —con la esperanza de hacer más probable su identificación— llamó, como he dicho, con su mismo nombre: Yoro, como «llorar» en español. Nunca se me olvidará la petición que puso por escrito en aquella carta. Le pedía a Jim que se encargara de que Yoro viviera para desmentir ese verbo, *llorar*. Por otra parte, Yoro, mi hija, para mí no podía quedar más identificada, puesto que le habían dejado mi mismo apellido, no sé si como único rasgo de compasión que me dedicaron como padre o si, por el contrario, por simple desinterés, por menosprecio, por pensar que Jim jamás querría o podría encontrarme. Me dieron tan poca importancia que le dejaron a mi hija mi apellido, como el que se esconde en un armario no tanto porque piense que es un buen escondite, sino porque sabe que nadie buscaría ahí. Pero Jim me buscó, me encontró, y no me dijo jamás quién era yo. Quise a Yoro, la busqué como si fuera mi propia hija sin saber que lo era, y lloré su ausencia durante toda mi vida. Por qué me lo ocultó Jim, se preguntará usted. Es una respuesta que no puedo dar con seguridad. Probablemente, encontrarme como mujer exigió a Jim un nada fácil proceso de asimilación, y luego —imagino— debió de necesitar un tiempo para enfrentarme a mí con esta noticia; pero la muerte, ya lo sabe usted, se lo llevó demasiado pronto.

Cuántas veces me pregunté dónde habría acabado mi sexo tras la explosión. Cuántas pesadillas viví en las que mi pene y mis testículos se arrastraban buscándome inútilmente. Jim sabía, sobre eso, mucho más que yo. Lo había sabido siempre. Sabía donde estaba lo máspreciado de mis testículos, lo que había salido de ahí, mi niña. Había sabido sobre mí las cosas más importantes de mi vida, y me había querido como ningún hombre ni nadie lo había hecho ni jamás podría hacerlo. Como su mujer y como padre de su hija.

Como digo, me contaron en la mina que en los últimos días Yoro madre solo repetía su propio nombre, que era el nombre de su hija. A cualquier pregunta, ella respondía siempre lo mismo: Yoro. Y no era porque hubiera enloquecido, estoy segura, sino por esa necesidad de hacer que permaneciera el nombre con la esperanza de que, quizás, pasara de boca en boca hasta que Jim, tras haber leído la carta, viniera en su busca. Vuelven a resonar en mi cabeza las palabras de esa carta: «Si no puedes encontrarme a mí, busca a tu nieto o nieta, que tendrá mi mismo nombre, y encárgate de que viva para contradecirlo». Me gusta pensar que, aparte de una finalidad práctica, Yoro había heredado de mí la idea de darle mucha importancia al nombre propio. Seguramente comparto ese interés por el nombre con otras tradiciones orientales, más similares a la mía. Pienso, por ejemplo, en los caracteres chinos que se utilizan para designar el «nombre propio», formados por las palabras «boca» y «luna». Unos dicen que se debe a que el último día de cada luna se decían los nombres de los guardias imperiales que debían relevar a sus compañeros durante los próximos días; otros —y esta es la explicación que más me gusta— defienden que esta etimología tenía un fundamento distinto: el nombre del recién nacido se susurraba del padre a la madre a la luz de la luna. Se susurraba, en efecto, como algo sagrado. Yo me llamo a mí misma H, lo cual no quiere decir que sea la inicial del nombre que me dieron mis padres, quienes ni siquiera acertaron a respetar mi sexo. Elegí esta inicial por un motivo concreto. Después de saber que Yoro había encontrado el significado de su nombre en español, empecé a preguntarle a un ciudadano de ese país cómo se decían ciertas palabras, hasta que le pregunté por la pronunciación de Hiroshima en su idioma. «Iroshima —me respondió— porque la *h* no suena, por eso la llamamos la letra muda». La existencia de una letra sin voz me pareció algo maravilloso. Es una letra como yo, con presencia, con cuerpo, pero afásica. Entonces me di cuenta de que ese era mi nombre, el de los mudos, el de mi ciudad calcinada. Soy H, la hija muda de la muda Hiroshima.

Por lo que me dijo la mujer de la mina, tampoco a mi hija ni a mi nieta las dejaron hablar mucho. Yoro niña quedó desprotegida al morir su madre. Desde que nació había sido carne de cañón. Para empezar, al ser fruto de una blanca y un negro, no era ni blanca ni negra, eso que los congoleses

llaman *mzungu tali tali*. Pero, además, tenía otros rasgos que la diferenciaban. Fundamentalmente la forma de sus ojos y un cuello bastante largo. Por esta razón un guarda birmano que había ayudado a su madre durante años le colocó algunos anillos dorados a la niña mientras iba creciendo, para que si un león la atacaba tuviera el cuello protegido, decía, aunque otras veces decía otras cosas, como que en su tierra esos anillos eran símbolo de nobleza. Pero qué leones. Qué nobleza. Ni una cosa ni otra se ven bajo tierra.

Al morir Yoro madre, Yoro hija fue llevada a un campo de refugiados situado en Goma. Cuando llegué a la ciudad abrí mucho los ojos, y lo primero que pude ver fue la enorme presencia de la prostitución. Efectivamente, junto con los pequeños comercios, la prostitución es el medio más usual de vida para una mujer, que vende su cuerpo a cambio de dinero o de comida. Por esta razón no comprendí la necesidad que podía tener ningún soldado de violar a menores, o de pagar el sexo con niñas mediante galletas o Fanta. Me explicaron el motivo después, una vez en el campo de refugiados. Los soldados no querían contagiarse de ninguna enfermedad, y las niñas tenían más probabilidades de estar sanas. Ante la creciente demanda, como había ocurrido antes en otros países, al Congo comenzaban a llegar prostitutas de otros lugares, y se instalaban allí para satisfacer los deseos de esos integrantes de la ONU que, por mucho que se trate de ocultar, también forman parte de su maquinaria, y que conlleva el tráfico humano de menores.

En aquel campo de refugiados había cientos de víctimas de violaciones, incluidas aquellas mujeres, de menor o mayor edad que, como consecuencia de su violación, habían tenido lo que terminó por llamarse un «bebé MONUC», esto es, un bebé fruto de una violación o una transacción sexual delictiva por parte de un miembro de los cascos azules. Solo las niñas tan pequeñas que aún no habían llegado a la menarquia se salvaban —por obvia imposibilidad física— de los embarazos. Allí pude constatar yo misma, con testimonios directos, todo lo que he estado refiriendo aquí. En la carpa principal de las Naciones Unidas había colgados por todas partes pósteres con dibujos que indicaban la prohibición de tener relaciones sexuales con menores. Muchas mujeres acuden a las Naciones Unidas en busca de ayuda.

¿Imagina usted lo que debe de significar para ellas encontrar en el supuesto refugio todas esas advertencias dirigidas al mismo personal de paz? Piense qué clase de confianza puede garantizar la presencia de estos carteles en la misma sede de los que se supone que han llegado al país en calidad de protectores. Es como si uno llega herido a un hospital y lee en el quirófano un cartel con un mensaje que dice: «Matar a los pacientes no está bien».

Una periodista me dijo que a estos soldados les entregaban con el uniforme unas tarjetas donde se enumeraban diez reglas de conducta que, como los carteles de las carpas y el vídeo que mencioné anteriormente, volvían a subrayar la prohibición de los abusos sexuales. La idea de imaginar a algunos de estos soldados, veladores de la paz, con estas tarjetas donde se explican esas diez reglas tan simples en el bolsillo, me resultaba desagradable. Diez reglas en una tarjeta con el formato de una *pocket card*, como esas que se utilizan para aprender el vocabulario de un nuevo idioma mientras vas en el metro o esperas en una cola. Una manera rápida de memorizar, pero con un fondo perverso: se trataba de memorizar la prohibición de actos terribles, como si fueran nuevos; es decir, en esas tarjetas el verbo *violar* no era sino algo que había que aprender, de manera consciente, a no hacer. Se aprendía la lección que dice «no debo violar» igual que se aprende que en inglés *table* quiere decir «mesa». Y se memoriza. Y si lo olvidas, sacas la tarjeta del bolsillo, lo memorizas de nuevo y vuelta a empezar. Y si pierdes la tarjeta o la memoria o la humanidad, bueno, ahí se incrementan las posibilidades de que suspendas el examen en la vagina o el ano de una niña. Eso es todo. Lo importante, si eso ocurre, es el paso siguiente: ocultarlo.

Así ha sido en el Congo. Usted lo sabe bien. Más de 20 000 soldados vinieron a proteger al país en lo que ha sido la misión de paz más importante de las Naciones Unidas. Pero la situación solo ha empeorado con la presencia de la ONU en este país. Se dice que si se acaban los muertos se les acaba el trabajo, y que instigan los conflictos internos para seguir cobrando doble sueldo: el del ejército de su país y el de la ONU. Creo que al principio la gente tenía esperanza, pero cuando yo entré en aquel campo, los refugiados solo se preguntaban cuándo les dejarían en paz, o en guerra, pero sin todas esas tropas de casco azul. La mayoría de las

víctimas no tenían recursos para acusar al violador, especialmente en un país donde muchas personas no saben ni siquiera el día o año de su nacimiento. El personal más comprometido hacía lo que podía, y habían llegado a solicitar que se creara un banco de ADN de los soldados para así hacer posible un reconocimiento genético, la comprobación de la paternidad de los bebés MONUC y la consiguiente inculpación de los criminales. La mayoría de los soldados también pedía que se creara ese banco, pues las denuncias podían caer sobre cualquiera, inocentes incluidos, aunque en general, culpables o no, todo el Congo ha sido un gran complot de silencio por parte de la única organización con dinero y medios del país.

Varios días comí dentro del campo de refugiados, con los soldados. La carne —me decían mientras me servían— es argentina; el queso, francés; el café de la sobremesa, colombiano; el chocolate, belga. Todo pagado por la ONU. Y la mente, señor, que a veces nos lleva por derroteros que nos avergüenzan, me jugó una mala pasada, pues mientras comía me pregunté por qué algunos de los soldados no tenían la decencia de pagar a las niñas con un buen asado de carne y chocolate, y no con Fanta o galletas. Me pareció una lástima que los niños del Congo no sepan lo que es el chocolate. Sorprenderme a mí misma pensando eso me dio miedo. Recordé lo que me habían dicho, aquello de que el Congo es capaz de cambiar a la mejor persona, y me sentí, por un momento, más cerca de los criminales que de las víctimas.

En el campo de refugiados de Goma, Yoro no había pasado inadvertida. Con sus anillos al cuello me dijeron que se había ido a trabajar, voluntariamente, a una especie de zoo que un gran caudillo del ejército congolés había instalado a las afueras de la ciudad. Seguramente Yoro pensó, con razón, que en una tierra donde las personas han sido animalizadas, un zoo es mejor refugio que un campo de refugiados.

Cuando llegué, vi los destrozos provocados por la revuelta que hubo el día anterior en la ciudad. Pero aquel era, estaba segura, el último paso, el eslabón que me llevaría definitivamente a Yoro. El zoo. Por eso, lo único que quería era entrar en el recinto. Al verlo desde fuera, roto, aullador,

ensangrentado, pensé que en lugar de entrar por una puerta, lo más práctico sería hacerlo por medio de una suma de dinero, siempre negro; lo único negro que los blancos, y los negros, respetan. Pero ni siquiera tuve que pagar nada, porque los incendios del día anterior habían destruido buena parte del recinto, aunque, según llegué a saber, mucho antes todo el zoo había sido abandonado en manos de dios, que allí no existe.

Lo que pasó una vez que pude colarme por entre las nuevas ruinas no debería escribirlo porque usted no se lo merece. No merece que le cuente lo que sentí cuando encontré a Yoro. Me querría poco a mí misma si me permitiera escribir siquiera tres palabras que le ayudaran a imaginar aquel momento. Esto atañe realmente a mi corazón, y fue tan bello y doloroso a la vez que no quiero gastar ni un minuto en explicarle cuánto cambió aquel instante toda mi vida. Pero sí se lo expliqué a mi Jim muerto, cuando tuve la calma suficiente para hacerlo, y cuando tuve la lejanía que acaso también me distanció al escribirlo de la fiebre del instante en que lo viví. Adjunto a continuación esa carta que le dirigí a Jim, escrita como si realmente hubiera pensado que podría leerla; escrita desde la vida. Quizás el lector clemente y humano quiera conocer los detalles que precedieron el final de mi historia, si algún día usted decidiese compartir con otros este testimonio, cumplir mi último deseo. Usted puede saltarse estas páginas que escribí para Jim y pasar directamente a las últimas, donde explico lo único que en realidad le interesa para este caso, mi crimen.

El zoo de una ciudad en guerra, amor. Imagínate lo que es el zoo de una ciudad en guerra. Nadie que no lo haya visto podría imaginar que ahí se siente, mejor que fuera, el dolor de las personas. La muerte de la gente no se aprecia cuando ves a la gente muerta. Yo ya había visto tantos muertos que todos me parecían iguales. La muerte de la gente se ve mucho mejor en un zoo de fieras dejado de la mano humana; en las barrigas flácidas que los hipopótamos arrastran como recién paridos por el estanque artificial en el que apenas queda agua; en la afonía del orangután que, de tanto chillar, perdió la voz y abre la boca en un grito mudo que sin embargo te araña el tímpano. Fuera del zoo, los heridos y los muertos son todo lo mismo.

Unidas por el sufrimiento, las personas pierden su individualidad. Pero en un zoo donde los animales han sido abandonados en su encierro, cada especie manifiesta el dolor de un modo distinto, pues lo hace dentro de los parámetros de su ser: el ser del oso, del mono, del león, de modo que cada animal es, en su naturaleza, una de las muchas facetas que forman el diamante del corazón humano. Siempre he sabido que el arca de Noé no llevaba animales, sino todo el espectro de sentimientos que una persona puede sentir. Pretendía salvar la alegría y la infelicidad en todos sus matices. Esa era la labor de Noé.

Si hubieras visto los ojos de Yoro, amor... Te habrías enamorado de ella, a pesar de que es tu nieta, y a pesar de tu amor por mí. Yo misma sentí una atracción especial. Una especie de atracción genética. Qué hermosa es nuestra nieta, hija de mi hija biológica, y qué bueno fuiste tú buscándome, haciéndome sentir su madre sin necesidad de decirme que lo era. Me lo habrías dicho si hubieras vivido más, lo sé, pero eso ahora no importa. En realidad nunca ha importado, porque he llegado a ella por los mismos caminos que debería haber transitado si hubiera sabido la verdad, y acaso el desconocimiento solo me dotó de algo más de paciencia cuando me decía a mí misma: ánimo, no te preocupes, porque buscar a la hija de otro no debería ser tan importante. Pero cuando la vi por primera vez supe que había salido de mi misma secuencia genética. Son cosas que se saben sin necesidad de haberlas estudiado. ¿Tan importante es la sangre, mi amor, que es capaz de hacernos identificar los misterios del cromosoma humano? Siempre he pensado que no, que la sangre no es importante, y todavía quiero pensarlo, pues he vivido con la idea de que, mal parida por mi madre, erróneamente identificada por familiares y médicos, me nació a mí misma. Sin embargo, cuando Yoro me miró, sentí que el cachorro del cachorro que había gestado durante tantos años me reconocía, me olía, y me revisaba el cuerpo como con hambre, acaso buscando el pezón de mujer que me negaron cuando nací, condenándome a cargar con el pecho plano de un hombre triste. Pero allí estaba Yoro, haciéndome madre y abuela de un solo golpe. Tan fácil. Todo desapareció cuando la vi. Como en una sala de parto, solo ella, recién nacida, existía. Su presencia lo era todo. Incluso tú desapareciste en los primeros momentos. El parto, amor, no dolió. Quiero

decir, es verdad lo que todas las madres repiten como si fuera un lugar común: cuando Yoro nació, nada de lo que había sufrido anteriormente dolía ya. Es difícil de explicar, no es realmente que nada doliera, sino que el sufrimiento pasó a ser como parte de una película que yo podía ver escena por escena, pero que había dejado de sentir.

Después de tantos años buscando a Yoro, encontrarla fue reencontrarte a ti. Echar agua a tus cenizas al pie de un árbol y ver cómo tus miembros se iban alzando. Todo tú erecto. Los ojos de Yoro eran los tuyos, pero con el brillo acumulado de la estrella que se calienta a base de la presión de los años. Tenían tu presión. La presión, también, de la guerra. Ella, tan joven, y ya con esa mirada a punto de estallar de rabia, de calor. Pero era buena. Se agachó para acariciar la piel acartonada de un cocodrilo. El animal no se movía. Si hubiera sido una persona, habría pensado que estaba muerto pero, en un cocodrilo, la inmovilidad y la tristeza son lo mismo, y la tristeza, ya se sabe, es un árbol de hoja perenne.

Íbamos caminando despacio, mirando todas las jaulas. Muchas de ellas estaban abiertas. A unos cincuenta metros vimos acercarse un tigre. Lo supimos por sus rayas. Las rayas eran casi lo único que le quedaba. Rayas sin tigre. No podía andar. Solo avanzaba con las dos patas delanteras, que arrastraban a las traseras, tan lentamente que no temimos nada cuando se acercó. Al llegar a nosotras se paró y dio una dentellada hambrienta al aire; a eso había quedado reducida su fuerza felina, al intento fallido de un camaleón por atrapar una mosca.

Yoro es hermosa, amor, pero lo que más llama la atención es su bondad. Acariciaba los barrotes de hierro como si fueran carne herida. Entraba en las jaulas con mucho respeto, como no queriendo despertar a los muertos. Vimos a un elefante joven, aún estaba vivo. Tumbado de costado alargó hasta nuestros pies su trompa vacía, que de nuevo me recordó esa imagen recurrente en mis pesadillas: piel mudada de serpiente; pero yo ya sabía qué había sido de mi pene, de mis testículos. Todo estaba en Yoro. Una trompa de elefante vacía ya no era el símbolo de mi sexo buscándome por toda Hiroshima, sino que era solamente eso, una trompa de elefante vacía. Yoro y yo nos pasamos muchas horas tratando de recoger la poca hierba que quedaba, el pienso, el agua, en otras jaulas. Para el elefante. Estaba muy

débil. Yoro le ponía la comida en los lóbulos que están situados al final de la trompa para que la oliera, y luego se la metía en la boca mezclada con agua. Parecía que hubiera crecido criando elefantes enfermos. Quizás haya sido verdaderamente así. Por ahora no sé nada de ella. Cómo preguntarle. Tampoco le he dicho quién soy. Pero creo, Jim, creo que lo sabe. Ojalá pudieras ver cómo me mira. Lo sabe como yo siempre lo he sabido, como tú nunca me lo dijiste, con esa comunicación silenciosa que se transmite de cuerpo a cuerpo. De todos modos, se lo diré. Tengo que pensar cómo. Cómo decirle, con palabras, por qué hemos agotado una vida, la única que teníamos, buscando a su madre, buscándola a ella. Era nuestra única vida, Jim. Una vida casi entera invertida en la búsqueda de este tesoro que no has llegado a encontrar.

Estuvimos siete días yendo al zoo. Los seis primeros salimos a pie. El último, mi amor, el último, Yoro salió a lomos del elefante. Si lo hubieras visto. Era manso. Sus patas intentaban esquivar los cuerpos tendidos por el suelo. Cuando también yo me subí me di cuenta de que, vista desde dos metros de altura, la desolación se multiplica. Así supe que la ciudad entera había sido un campo de batalla. Por eso los reyes y dios merecen menos perdón, pues cuanto mayor es la altura, mejor se puede ver el páramo, y mejor se puede prever la guerra.

Caballos escuálidos con las costillas al aire se paseaban y husmeaban el pasto humano. Lo mordían. La dieta herbívora mantenida durante miles de años era reemplazada por la carnívora. Cosas de la guerra, que todo lo puede. Vi que los caballos, amor, al contrario de lo que sucede con otros animales, mueren sin quejarse, su manera de manifestar el dolor es el silencio. ¿Moriré yo silente como un caballo o lanzaré un grito de cerdo que acalle de golpe todo el silencio que sufrí? Así fuimos recorriendo la ciudad durante cerca de una hora cuando el elefante, tras haber por fin recuperado su memoria ancestral, dirigió su trompa al cielo y, con un bramido, se sacudió de nosotras. Tiradas en el suelo escuchamos cómo sus patas se alejaban sin esquivar los rostros de quienes con la mirada ya vacía le habían arrebatado la libertad. Dos cascos crujieron bajo una de sus pisadas. Me gustó el sonido. En uno de ellos ponía «paz». Pero lo sólido no se cuela por ningún lugar y, así, el seso soldadesco convertido en un hilo líquido

desembocaría, quizás, en las lagunas de la verdadera Paz, esa paz que aquellos soldados habían ridiculizado. Hacía solo un año que una niñita mimada en traje de chaqueta pronunciaba un discurso feminista en la sede de la Organización de las Naciones Unidas. Pero el mundo no se arregla con la voz cándida de una actriz. El mundo se arregla con la pisada de un elefante que, en su carrera, impone su memoria. Tú me enseñaste que la igualdad no se pide por favor. La igualdad no se discute. Eso era antes. Ahora es distinto. La única manera de defender a los negros y a las mujeres es una pisada de elefante. El mundo ya no entiende las palabras.

Jim, amor. Yo que nunca he creído en nada más allá de la muerte, te escribo. Ya ves. Y te escribo así, todo desordenado, porque ahora veo que no te he contado lo principal. Tendría que haber comenzado diciéndote que Yoro era una de las atracciones del zoo. Sí. Como cualquier otro animal. Te preguntarás por qué. Y yo sé que no estás, que no me leerás, que es absurdo escribirte y, sin embargo, busco las palabras adecuadas para decirte de una manera delicada que Yoro lleva en el cuello cinco anillos de bronce. Más de un kilo de peso empuja sus clavículas hacia abajo. Quién nos iba a decir que nuestra nieta, esa de ojos nipones a cuya madre hemos buscado siempre, sería una mujer jirafa de carnes morenas. La encontré acurrucada en su jaula. Una argolla unía uno de los aros de su collar a una cadena sujeta en uno de los barrotes. «Un guarda me dijo que Birmania está en guerra». Eso fue lo primero que dijo. Solo después pensé que también tú habías sufrido en Birmania. ¿Todavía hay conflicto en aquella tierra? Creo que no te pensé en el momento porque cuando Yoro mencionó Birmania, lo hizo como justificándose por todas las guerras, de esa manera que no me pareció extraña sino, más bien, un modo discreto de pedir perdón por toda lucha, cualquiera. Ya te he dicho que el rasgo que predomina en Yoro es su bondad. Y me lo dijo en mi primera lengua, en japonés. Esa lengua que —según me contó después— su madre le había enseñado como protección, para que nadie las entendiera. Toda ella estaba hecha un ovillo de tristeza, salvo su cuello, erguido y dorado. Miraba, a sus pies, una jaula diminuta. En el interior había un grillo. «En una cosa se asemejan un insecto y una mujer jirafa —me dijo—, si nos quitas un anillo, ya no somos nada». Imagino que es cierto. El insecto se desangra, el cuello de la mujer se quiebra. Cuando

rompí la cadena que la sujetaba a la reja, tardó una hora en decir otra palabra. Entonces, empezó a contarme.

Antes de decirte lo que creo que me deslizará hacia el final de mi vida, has de saber que Yoro me contó, eslabón por eslabón, la historia que había llevado a su madre, nuestra hija, de Japón a África. Y es que su madre no enfermaba. Como sabes, los informes médicos que las familias iban enviando periódicamente daban siempre resultados estables. Yoro fue un bebé fuerte, una niña resistente, una adolescente sana. El proyecto confidencial, ese bebé probeta que había sido plantado con la esperanza de ver y estudiar cómo florecían en él las malas hierbas, cómo crecían espigados los penosos cipreses de la enfermedad atómica, fue creciendo como una adolescente sin ningún problema de salud, y estuvo tan fuerte durante tanto tiempo que dejó de interesar a los gestores del proyecto. Se deshicieron de ella por sana. Y, para que no hablara, la enviaron, tras firmar un convenio laboral de antemano incumplido, a las minas de este continente olvidado. Así sucedió. Todo tan sencillo, y tan difícil. De Japón a África, Jim. Debimos venir a África juntos. Cómo no se nos ocurrió. El origen. De la mujer. De Yoro. Hoy esa cicatriz, ese queloide de mi mejilla izquierda que tiene la forma del continente africano me parece, más que nunca, lleno de sentido, como un antojo que me marcó el contorno de ese capricho necesario tantos años buscado: Yoro.

Y luego, sí, Yoro me contó quién la llevó, tras la muerte de nuestra hija, primero al campo de refugiados de Goma, y luego al zoo, donde no solo era exhibida como atracción turística, mujer jirafa —como ella pensaba y aceptaba—, sino también como reclamo sexual. Quien entrara allí podía abusar de Yoro mientras veía a los animales que también eran objeto de abusos. Recordarás, amor, cuánta pena nos produjo Sandy, nuestra orangután de Borneo, humillada, prostituida. Las condiciones de Yoro eran similares. Entenderás, entonces, lo que voy a hacer, y lo aprobarás. A Yoro, afortunadamente, le quedaba fuerza en un dedo para señalar, días más tarde, la boina azul que la llevó, engañada, del campo de refugiados a la jaula.

Pero eso sería unos días más tarde. Cuando nos conocimos, apenas hablaba, y solo lloraba por los animales que habían muerto en la última balacera. La primera noche dormimos en la misma jaula. Dos mujeres en

una jaula y, dentro, otra jaula con un grillo. Recordé una antigua costumbre china. Las concubinas se dormían con el canto de un grillo encerrado en una jaula que, se dice, era casi siempre de oro. Pensé que los anillos del cuello de una mujer jirafa también solían ser de oro. Pero Yoro tenía el cuello engarzado en latón, y la jaula de su grillo era un ensamblaje de palitos. Cuando me llevaste a Tailandia nos dijeron que allí crían a los grillos por su carácter agresivo. ¿Recuerdas? Los echan a pelear y la gente hace apuestas. Tú me regalaste un grillo perdedor. Tenía una patita mordida y ya no servía para luchar. Colgamos su jaula en la mochila. Las primeras noches el grillo cantó. Mi amor. Las primeras noches cantó, y escuchando ese canto le di la mano a Yoro para intentar dormir, por primera vez desde que te fuiste, bajo el peso justo de tu abrazo.

No sé adónde irán las palabras de esta carta, pero sí sé que encontrar a Yoro no es, como pensábamos, el final del viaje. El final no podría dejarlo por escrito, sería un riesgo innecesario, teniendo en cuenta sobre todo que no lo puedes leer. Pero, si todo sale como lo he planeado, y si sobreviviste a la muerte y estás arriba, o al lado, es posible que muy pronto te lo cuente yo misma. Amo la vida. Pero perderla es una posibilidad que engorda a medida que avanzo en este viaje. Y ya sabes que nunca se me dieron bien las dietas.

Señor, Yoro y yo estuvimos esperando unos minutos en un pequeño agujero situado bajo la alambrada del campo de refugiados. Usted, claro, esto no lo sabe. Yoro conocía bien el lugar porque por ahí le pasaban desde el exterior, mientras había vivido en aquel campo, algo de comida que no tenía que justificar ante las autoridades. Me contó que una vez por semana se escuchaba a media noche un silbido, a cuya llamada acudía ella con otros cinco refugiados para recibir, a través del hoyo, la ayuda que un desconocido les pasaba. Me imaginé a aquel grupo de seis personas en plena noche; eran como gatos hambrientos, de esos que acuden ávidos a la llamada de una voz cuyo nombre no les importa. Esa dependencia de la caridad sin nombre me pareció más propia de animales que de personas. Después de unos minutos de espera, escuchamos unos pasos y permanecemos, silenciosas, en el agujero. Mi mano se apoyó en algo duro,

áspero; me temí lo peor, un cuerpo frío, pero era una raíz de árbol. Miré hacia arriba y no vi el tronco, ni la copa, nada. Recordé la leyenda del *baobab*, ese árbol que había sido castigado, por su desmesurada belleza, a crecer hacia dentro, bajo tierra. Ahí estaba con Yoro, en el mismo estrato que la raíz de un árbol condenado a la ceguera como un topo. En esta tierra las cosas más bonitas no parecen medirse sobre el nivel del mar, sino que todo, hasta la luna y las estrellas, hasta las aves y las nubes, todo está por debajo del suelo, soterrado, miedoso. El muerto y el escalador de alta montaña están, ambos, bajo tierra. ¿Cómo puede ser que quien, a golpe de piqueta, esfuerzo y músculo, sube a lo alto de una cumbre para encontrar aire, horizonte y libertad, no alcance a ver más que lo mismo que ve el muerto? ¿En qué momento fue enterrado este continente sobre el cual la vida corría, volaba, aullaba de placer? Es importante que usted sepa estas cosas que pasaban por mi cabeza antes del final. No es que, por ello, vaya a comprenderme mejor, pero quiero que conste, ante todo, que amo la vida, porque eso me sitúa muy por encima de usted.

Mientras esperábamos en el hoyo a que los pies de las personas que teníamos tan cerca comenzaran a andar de nuevo, empezó a llover. Era una lluvia de gotas livianas pero abundantes. La tierra comenzó a empaparse y mi mano se hundió un poco. Toqué otra parte de la raíz. Me entró frío. Por un momento tuve miedo de estar, yo también, muerta. Luego pensé que el frío es ese rasgo de lo muerto que sienten los vivos. Decidí, pues, que estaba viva. A veces estar muerto o vivo me parece ser solo cuestión de decidir si uno está muerto o vivo. Seguí valorando mi estado: aunque había pasado todo el día sin comer, no tenía hambre. Tampoco tenía sed. Mi última comida había sido el día anterior, un cuenco de arroz que compartí con Yoro. La última agua que bebí la había bebido también hacía muchas horas. Mi boca estaba seca, sin sed. Mi estómago, vacío, sin hambre. Es como si esa sequedad y ese vacío estuvieran destinados a recordarme que los vivos necesitan agua, comida, y en cambio yo, sintiendo su ausencia, no necesitara nada. Nada. No necesitaba comida ni agua. Entonces ¿estaba muerta? Miré a Yoro y se disiparon todas mis dudas. Estábamos vivas. O quizás solo terminó siendo eso, cuestión de decidir que estábamos vivas.

Cuando los que se habían parado enfrente de la alambrada se fueron, vi que Yoro tenía la cabeza apoyada de lado sobre la tierra. Yo no quería esperar más tiempo, pero ella me agarró del brazo y me retuvo en el hoyo. Decía que las arañas hacían música al tejer sus telas, que las larvas producían al crecer un ruido como el ronroneo de un gato al estirarse. Me aseguraba que todos esos sonidos minúsculos son ciertamente bellos, y que había aprendido a distinguirlos en las minas. Apreciaba esas almas que durante años fueron su única compañía, vidas que nadie miraba, que se aplastan con una pisada o simplemente se ignoran. Entonces me dijo que tenía miedo. Y algo pasó, señor, que nunca olvidaré. Yoro estiró la mano y, a la luz de mi pequeña linterna, vi lo que me quería mostrar. Una hormiga voladora había extendido las alas sobre la palma de su mano, formando así una cruz, y no es que yo sea cristiana ni crea en demasiadas cosas, pero sí tuve que creer que fue aquel el modo en que la naturaleza había decidido compartir nuestras circunstancias. Un caracol salía de su concha y, después de dejar en su brazo un rastro húmedo como un beso continuado, regresó a su caparazón con las antenas caídas. Un huevo de lagarto se quebró para que Yoro pudiera ver —y el gesto me pareció evidente y generoso— el espectáculo del nacimiento de la prematura cría. Todas esas vidas mínimas estaban con Yoro. Sobre mi piel no había ninguno de esos animalillos. Todos estaban sobre la piel del Yoro, acariciándola a su manera. Creo que si Yoro no hubiera podido caminar, la habrían levantado; miles de espaldas diminutas la habrían sostenido y transportado bocarriba, de cara al cielo estrellado. Pero allí estaba yo para moverla y, después de retirarle con cuidado toda esa cantidad de vida que se había posado en su piel, la ayudé a subir, finalmente, al otro lado de la valla.

Era noche cerrada, y el terreno estaba hecho un lodazal porque había caído mucha lluvia. Tuvimos que andar con especial cuidado para que nuestras pisadas no hicieran ruido al chapotear en el agua. Por suerte, la tienda que buscábamos no estaba demasiado lejos del agujero por donde habíamos entrado y, de todos modos, en el peor de los casos, sería improbable que alguien no uniformado se molestara por nuestra presencia, pues las moscas no molestan a las moscas, sino a otras personas, y allí no había personas, porque todo el que entraba acababa convertido en un

insecto negro que se disputaba con otros insectos negros las basuras del mundo. Cualquiera podría pensar que, siendo aquello un campo de refugiados, la valla que lo cerraba estaría ahí para proteger lo de dentro de lo de fuera. Pero no era así. Como ya he contado, muchos de los refugiados encontraron allí una guerra dentro de la guerra, y en ese lugar la ayuda humanitaria se vendía más cara que en el exterior.

Cuando vi la tienda, antes de que Yoro me lo dijera, supe que era la que buscábamos. No era difícil. Estaba iluminada y, desde fuera, se escuchaban risas y algo de música que solo al acercarnos más pude identificar. Lo que sonaba era un *rock and roll*; se trataba, concretamente, del gran Jerry Lee Lewis cantando «*Great balls of fire*». Grandes bolas de fuego. Eso era lo que yo tenía en el esófago. ¿Sabe una cosa? Realmente me dieron ganas de bailar. No sé si usted ha escuchado o recuerda esta canción. Tengo en la mente la imagen exacta del bellissimo Lee Lewis, con la camisa abierta, el pecho joven y fuerte, tocando el piano y agitando su flequillo en una onda rubia que se levanta hacia arriba cada vez que dice *Kiss me, baby*, frase que rompía con una carcajada ante los miles de fans que gritaban su nombre. Yo también me habría arañado la cara por Jerry. Me pareció paradójico que de allí, de esa tienda inmunda, saliera su música, la energía de ese enorme talento que tocaba para celebrar la bella insolencia de la juventud, la libido eterna, el no a la guerra por el *rock and roll*. Esa fue la clave de la denuncia y el compromiso de los genios del *rock*, una suerte de espíritu deportivo que no entendía de diferencias frente a la euforia común del ritmo corporal y psíquico.

El soldadito que Yoro señaló estaba con otros dos. Era una imagen grotesca verles jugar a las cartas con sus cascos azules. Es posible que los otros dos quizás fueran de los buenos. La verdad es que no me lo planteé. Cada vez sentía más rabia, y la música me daba una vitalidad que, junto con esa ira, se convertía en una violencia que hasta entonces no había conocido. Cada vez que escuchaba una carcajada de aquellos tres soldados, otra bola de fuego me entraba en el estómago y se ponía a la cola de las que se me iban acumulando en la garganta. Le sorprendería a usted saber cuántas bolas de fuego caben en una persona antes de que explote. Claro que yo no iba a explotarme a mí misma. No quería ser yo la que estallara. Estaba contenta,

con mi nieta de la mano justo a tiempo, al final de mi vida. Había parado de llover hacía un rato. Los ojos de Yoro reflejaban la luz de la tienda. Otra bola de fuego se me estaba cociendo dentro. Solté la mano de Yoro y di una vuelta completa a la tienda, vertiendo el combustible en la base de la lona. Seguía escuchando la música: *Kiss me, baby, woooooo, it feels good*. Regresé al lugar donde estaba Yoro. Saqué de una bolsa el arma del crimen. No sé si recuerda usted que antes ya le dije que había sido mi amiga S quien me había proporcionado esa arma. Se trataba de una réplica exacta, fabricada en plástico, de un consolador mesolítico al que también me referí anteriormente, un pene de dieciocho centímetros de longitud que alguna mujer u hombre primitivo debió de haber usado hace unos once mil años. Me pareció extraordinario que aquella escisión sexual con respecto al Otro se hubiera producido unos ciento diez siglos antes de la llamada revolución feminista. Por ese motivo le pedí a S que me diera una réplica, antes de saber que yo misma, más tarde, iba a meterle una mecha en lo que venía a ser la uretra. Mientras colocaba bien la mecha recordé el modo en que, años atrás, el día de Acción de Gracias, lancé un pavo molotov en una revuelta de Harlem. Me repetí varias veces:

Lanzarlo en un ángulo de entre 30 grados (para que salpique más) y 45 grados (para que llegue más lejos).

Prendí la mecha frente a la tienda. Vi cómo el fuego se iba acercando al glande, material inflamable y, antes de que tocara el prepucio, lancé el pene mesolítico al interior de la tienda donde los tres soldados jugaban a las cartas, y todo ardió de inmediato. La música de Jerry Lee Lewis se acalló antes de que cesaran los gritos de esos hombres cavernarios.

Recuerde el principio de este testimonio, la primera hoja que escribí. Este era el incendio. Usted lo sabía, lo que no sabía era todo lo que pasó en mi vida entre este incendio que abría y ahora cierra mi testimonio. Aquí lo tiene. La lona se quemaba con la rapidez de la piel sintética. Yo le daba la mano a Yoro. Noté que estaba temblando, y lo hacía al mismo ritmo que el fragor del incendio. El temblor de Yoro parecía darle al fuego algo que su sonido no tenía: materia. Yoro y las llamas eran espalda y pecho de un mismo ser, indisociables como lo son el tambor y su golpe. Y así, a través de ella, sentía en mi mano el último chasquido del alma de una mesa, de un

vaso de latón, de los tubos metálicos que sostenían la tienda. Fijarme en la sutileza de estos detalles no implicaba que no me importara que personas y cosas estuvieran ardiendo frente a nosotras, pero en las situaciones más graves he aprendido a contener el impulso de correr, de llorar, de tratar de corregir lo que ya no tiene remedio. No quería pestañear. Parpadear demasiado es como hiperventilar. Mantener constante el movimiento de las pestañas ahorra oxígeno, energía, y me ayudaba a que las piernas no me fallaran. Así pude mantenerme en pie. Así he sostenido siempre la mirada. Claro que tenía miedo. Claro que sentía compasión. Pero me controlaba, no solo porque si yo caía otros vendrían a comerme, sino porque no quería que ningún músculo se me contrajera otra vez de rabia, ni de pena. Ni un músculo. Así se lo prometí a él. Le prometí a Jim que ni un músculo se me contraería de nuevo, ni de rabia, ni de pena. Detenerme en esos pensamientos, este mirar desde lejos un calor que estaba tan cerca de mí misma como mi piel, me ayudó a cumplir mi promesa. Busqué la tranquilidad, a mi manera, en ese hilo de la memoria del que tiro cuando necesito recuperar alguna vivencia que me ayude a mantenerme impasible. Lo encontré. El hilo. El hilo del que tiré fue la muerte de Quang Duc, el monje que con setenta y seis años se quemó ante mis ojos y los de otros muchos monjes en una calle de Saigón. Buscando la libertad se prendió fuego, se ardió a sí mismo, y estando en llamas no alteró su postura meditativa con ningún movimiento, ni el más imperceptible. Los otros monjes, yo misma, llorábamos, algunos con él, sin tratar de oponernos a su deseo; otros pedían ayuda, para salvar su vida, también por él, pero al mismo tiempo en su contra, porque él debía arder para dar fin a la persecución, para conquistar la paz para sus hermanos, y para todos los que, como yo, necesitamos no pestañear mientras nos enfrentamos a un incendio. Fui encontrando la serenidad. El calor de las lonas en llamas me alejaba de allí, de ese ahora, y avivaba el calor del monje a quien vi arder en Saigón, y así, cuanto más ardía el campo de refugiados, más me escapaba, sin moverme, hacia el momento en que moría Quang Duc. Al igual que el temblor de Yoro parecía dar cuerpo al ruido de las llamas, también los gemidos de quienes amábamos al monje parecían dar sonido a su silencio,

pues él, que ardía vivo, no emitió ni una palabra, ni un grito, ni un crujido que indicara una queja, un dolor, un reproche.

Así, sin una queja, sin un dolor, sin un reproche, me alejé del campo de refugiados con Yoro, que para entonces ya había aprendido a darme besos y abrazos, y me había llamado muchas veces abuela, y otras tantas, abuelo.

***[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)***

## **Agradecimientos y referencias**

Gracias a Ana Laura Santamaría y a Alejandra Toro, por tanto amor. A Gloria Noriega, que rescataba tortugas en una playa de Florida y me enviaba el sonido del mar que escuchaba en ese momento. A ella le debo también gran parte de las imágenes sobre la bella sangre que envuelve un embarazo. A María José Villegas Arévalo, porque siempre está y, lo más importante, porque siempre es, verdadera. A Sandra Medina Lozano, por nuestra amistad de infancia, y porque se atreve a contar sus temores, sus amores, con profundidad y detalle; sabe que su bondad la protege. A Isabelle Champaney, que sobrevivió a la picadura de una serpiente, dándome así tiempo para agradecerle cuánto me ayudó en mis días franceses. A Ana Carmen Martínez, que se pasó muchas horas indagando sobre los maravillosos pasadizos de quien no es hombre ni mujer. A José María Cabeza Laínez, que una noche, en una estepa de China, escuchó a un padre que susurraba a oídos de su esposa el nombre de su primer hijo, y me lo contó como algo sagrado.

A Felipe R. Navarro y Ernesto Calabuig, que me ayudaron en los entrenamientos que me permitieron atravesar a nado el estrecho de Gibraltar, travesía sin la cual no sé si habría podido escribir esta novela, que pensé en gran parte mientras nadaba, durante largos meses de disciplina acuática.

Quiero también mencionar algunas de las obras que he tenido en cuenta mientras escribía esta novela, y subrayar mi gratitud a sus autores.

En estas páginas cito unos versos de Peter Rosegger que leí en el Centro de Visitantes de Mauthausen. Al parecer estaban inscritos en una placa situada sobre los hornos crematorios de Ebensee, uno de los campos de

concentración anejos a Mauthausen. No he podido encontrar la fuente original en alemán, por eso en el texto lo cito en su traducción inglesa.

El fragmento de Walt Whitman que cito pertenece a *Hojas de hierba o (Leaves of Grass)*.

La frase «Al abrazo imposible de la Venus de Milo» es un verso de Rubén Darío que aparece en el poema «Yo persigo una forma», incluido en *Antología poética* (Edaf, Madrid, 1988).

«No desnudos, sino a través del velo/son deseables los senos» es una traducción de Octavio Paz del poema «Retórica», cuyo autor es Kalidasa. Me disculpo por no haber conseguido localizar datos del libro en donde leí esa frase.

Cuando hablo del Proyecto Orión, lo hago basándome en un artículo publicado en la revista *Science* el 9 de julio de 1965 (volumen 149, número 3680). Lo escribió Freeman J. Dyson y se titula «*Death of a Project*».

Me documenté sobre la sinestesia entre el olfato y el gusto que H sufre en el hospital, y que hace que el olor a muerte le despierte el apetito, gracias a un testimonio que entrevistó Robert Jay Lifton, y que leí en su obra *Death in Life. Survivors of Hiroshima* (Random House, Nueva York, 1967).

También cito a lo largo del libro fragmentos o datos de obras como *Herculine Barbin, llamada Alexina B.* (Talasa, Madrid, 2007); *Nagasaki. Las crónicas destruidas por MacArthur*, de George Weller (Crítica, Barcelona, 2007); e *Hiroshima*, de John Hersey (Vintage, Nueva York, 1989).

Marina Perezagua



MARINA PEREZAGUA (Sevilla, 1978) es escritora y profesora. Licenciada en Historia del Arte por la Universidad de Sevilla, y ha sido profesora de Literatura y Lengua Española en la Universidad Estatal de New York (Stony Brook). Ha dado clases de español y cultura española en Lyon y en diversas universidades privadas y públicas de Nueva York. Ha publicado dos libros de relatos, *Criaturas abisales* y *Leche*, este último traducido al japonés y las novelas *Yoro* y *Don Quijote de Manhattan*. Sus relatos han aparecido en revistas como *Renacimiento*, *Sibila* y *Carátula*.

***OceanofPDF.com***

## Notas

[1] Que ningún gusano baboso/Se arrastre un día sobre mi cuerpo/Que mi más puro yo se consuma / Pues constante fue mi amor por el calor y la luz/Quémenme, y no me entierren. (*Traducción de la autora*). <<

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)